LA TIERRA DE CANAAN

ISAAC ASIMOV



La tierra de Canaán

ISAAC ASIMOV

Título original: *The Land of Canaán*
Traducción: Néstor A. Míguez

ISBN: 950-9879-17-7

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Distribución en Capital: Dist. Rubbo, S.A.
Distribución en Interior: D.G.P.

Indice

A Arthur C. Clarke,
primero en ciencia ficción,
segundo en ciencia,
por el Tratado de Park Avenue

1. Antes de Abraham

La Media Luna Fértil

En Asia occidental, en la nación de Irak, hay dos ríos que fluyen desde las montañas turcas hasta el golfo Pérsico. Son el Tigris y el Eufrates. Estos dos ríos son una infaltable fuente de agua, de modo que las tierras que los rodean son particularmente adecuadas para la agricultura. Es una tierra fértil, de clima suave, inviernos lluviosos y veranos secos. Su fertilidad es tanto más notable cuanto que al noreste están las duras montañas de Irán y al sudoeste el árido desierto árabe.

Esta franja se extiende desde el golfo Pérsico hacia el noroeste, por las márgenes de los ríos hasta las fronteras de Turquía. Luego avanza hacía el Oeste, a través de la Turquía sudoriental y la Siria septentrional, para seguir después la línea costera mediterránea hacia el Sur, incluyendo no sólo la costa siria, sino también el Líbano, el norte de Israel y Jordania occidental.

Esa región, que va desde el golfo Pérsico hasta el centro de Israel, tiene una forma similar a una gran media luna. El historiador norteamericano James Henry Breasted la llamó la Media Luna Fértil, y éste es el nombre con que se la llama ahora comúnmente.

Al sur del cuerno occidental de la Media Luna Fértil se extiende una tierra árida y desolada, llamada la península del Sinaí, que es el puente que une los grandes continentes de Asia y África. Inmediatamente al oeste de la península del Sinaí se encuentra el extenso río Nilo, que fluye desde el Africa centro-oriental hacia el Norte, hasta el Mediterráneo. A ambos lados de la parte más septentrional del río se extiende otra franja de tierra apta para la agricultura, franja rodeada de desiertos por ambas partes. Algunos historiadores incluyen el valle del Nilo como parte de la Media Luna Fértil, pero esto no es frecuente.

El hecho humano más importante en relación con la Media Luna Fértil *y* el valle del Nilo es que, hasta donde llega nuestro conocimiento, la civilización comenzó allí. Fue en esas regiones o cerca de ellas donde se inició la agricultura, donde se fabricó alfarería por primera vez, donde fueron originalmente domesticados los animales, donde se construyeron las primeras ciudades y donde se inventó la escritura.

Las ciudades se unieron por vez primera para formar unidades mayores gobernadas por una autoridad central en los extremos de esas regiones. Por el año 2800 antes de Cristo, a lo largo de los tramos inferiores del Tigris y el Eufrates, la civilización sumeria estaba en su pleno apogeo *, mientras también florecía la civilización egipcia **. Con el tiempo, ambas llegaron a formar grandes imperios.

---

* Una historia de las diversas culturas de la región del Tigris y el Eufrates se hallará en mi libro *The Near East,* Houghton Mifflin, 1968 [versión española, *El Cercano Oriente,* Alianza Editorial].

** Una historia de la civilización egipcia se hallará en mi libro *The Egyptians,* Houghton Mifflin, 1967 [versión española, L*os egipcios,* Alianza Editorial].

Las dos civilizaciones tuvieron la fortuna de estar tan lejos la una de la otra que no tuvieron ocasión de enfrentarse hostilmente. Durante dos mil años después de la creación de las dos civilizaciones, no tuvieron ningún contacto militar directo. Ninguna de ellas tuvo que rechazar a la otra ni se halló ante el trance de destruir o ser destruida. Pero hubo comercio entre ellas a través de las regiones intermedias, y ello benefició a ambas.

Pero ¿qué ocurrió con esa parte de la región fértil situada entre Sumeria y Egipto? ¿Qué sucedió en la parte occidental de la Media Luna Fértil? Esa parte es más pequeña que la oriental y no es tan fértil; también es menor y menos fértil que el valle del Nilo. Sin embargo, en los primeros días de la civilización, esa parte occidental era tan avanzada como las otras regiones.

Pero estaba entre ellas. Nunca pudo gozar de la paz que brinda el aislamiento. Las civilizaciones del Tigris y el Eufrates siempre avanzaban hacía Occidente con la esperanza de dominar la costa mediterránea, y con igual persistencia Egipto avanzaba hada el Norte.

Atrapada en el medio, la costa mediterránea nunca pudo formar un imperio. Fue siempre un conjunto de ciudades-Estados y naciones pequeñas y débiles. Durante toda su historia estuvo dominada por los imperios vecinos, con excepción de un pequeño lapso alrededor del 1000 a. C.

La mayoría de los libros de historia tienden a prestar mucha atención a los grandes imperios, a sus grandes victorias y derrotas. Se tiende a pasar por alto a las pequeñas ciudades y naciones que nunca fueron imperios ni tuvieron un papel destacado en la guerra. Así, habitualmente se estudia la parte occidental de la Media Luna fértil en relación con los diversos imperios que la dominaron en uno u otro período de la historia.

Sin embargo, el extremo occidental de la Media Luna Fértil, en proporción a su tamaño, ha contribuido más a la moderna civilización occidental que todos los poderosos imperios del valle del Nilo y del Tigris y el Eufrates. Para mencionar sólo dos puntos, fue en la franja de tierra que bordea el Mediterráneo oriental donde se inventó el alfabeto moderno. Y fue también allí donde se elaboró una religión que, en formas diversas, ahora domina Europa, las Américas, Asia occidental y el norte de Africa.

Por esas dos contribuciones solamente, la parte occidental de la Media Luna Fértil merece un libro de historia separado, dedicado a los sucesos que se produjeron en esa parte pequeña, pero sumamente importante, del mundo.

Pero sería útil disponer de un nombre para toda la región, pues «la parte occidental de la Media Luna Fértil» es una frase pesada y demasiado larga para usarla con mucha frecuencia. Ningún país ocupa ahora toda la región, pues se divide entre Siria, Líbano, Israel y Jordania, de modo que no podemos usar ningún nombre moderno determinado. También en el pasado estuvo dividida en naciones diferentes: Moab, Edom, Amón, Judá, Aram, etc.

En la antigüedad se usó, al menos para una parte de la región, el nombre de Canaán. Es un nombre que nos es familiar en Occidente porque aparece en la Biblia. Por conveniencia, pues, llamaré «Canaán» a la franja de la costa mediterránea que constituye el extremo occidental de la Media Luna Fértil.

La nueva Edad de Piedra

La agricultura ata a los seres humanos a la tierra. Mientras los hombres cazaron y recolectaron frutos en estado silvestre, podían deambular libremente. En verdad se vieron obligados a ello, quisiéranlo o no, a fin de buscar alimento. Pero una vez que empezaron a cultivar plantas tuvieron que permanecer en la vecindad de sus cosechas en crecimiento, para cuidarlas y protegerlas de los animales en busca de forraje y de otros hombres.

Para su mayor seguridad, los agricultores tendieron a agruparse y construir casas en un lugar que pudiese ser defendido fácilmente. Así surgieron las ciudades. Entre las primeras de estas ciudades, había una que posteriormente fue llamada Jericó. Hasta es posible que Jericó haya sido la más antigua ciudad del mundo, en cuyo caso la idea misma de construir ciudades habría aparecido por primera vez en Canaán.

Jericó está ubicada en el valle del río Jordán, que corre hacia el Sur a través de Canaán, a unos 80 kilómetros de la costa, y desemboca en el mar Muerto. Jericó está a unos ocho kilómetros al oeste del río y a unos diez al norte del mar Muerto.

No es, en general, una región atractiva. El Jordán es un río de corto recorrido y sinuoso que no es navegable, y transcurre por un valle muy cálido y húmedo que está por debajo del nivel del mar. El mar Muerto es un lago de agua sumamente salina en el que no hay vida alguna. Sin embargo, la zona en la que estaba Jericó tenía sus ventajas.

Estaba situada en una colina de escasa altura, que la hacía más fácil de defender. (Los enemigos tenían que arrojar piedras o lanzas hacia arriba, mientras que los defensores las arrojaban hacia abajo, de modo que la gravedad los favorecía.) Además, en Jericó, el nivel hidrostático por debajo del suelo era bastante alto, de manera que había siempre fuentes de agua. En las tierras secas, la presencia de fuentes o manantiales es fundamental, pues no puede haber defensa sin agua, ni agricultura o pastoreo sin agua para la irrigación. La tierra elevada y la seguridad del agua hicieron de Jericó un lugar favorito de reunión, en un principio, para los cazadores, y luego para los agricultores en busca de seguridad.

Las más antiguas huellas de ocupación humana en Jericó han sido fechadas en el año 7800 a. C., hace casi diez mil anos. En un comienzo, la ciudad tal vez sólo estuviera formada por pequeñas chozas, pero más tarde se construyeron moradas más sólidas. Por el 7000 a. C., la ciudad estaba rodeada de una fuerte muralla de piedra que circundaba unas 40 áreas de tierra y tenía al menos una torre de diez metros de altura, desde la cual un centinela podía observar fácilmente si se acercaban enemigos. Cuarenta áreas pueden no parecer mucho, según patrones modernos, pero en aquellos días las casas eran pequeñas y la gente se apiñaba en ellas; aun sin rascacielos, la ciudad puede haber albergado más de 2.000 personas.

Jericó estuvo unos tres mil años en la Edad de Piedra, período en el que la piedra fue el único material con el que se hacían herramientas para trabajos duros y armas. Es verdad, por entonces hubo una próspera industria del sílex, pues éste es una piedra dura que puede ser fragmentada fácilmente en láminas filosas.

Sin embargo, fue aquella una época de cambios más rápidos que los que hasta entonces había presenciado la humanidad. La creación de la agricultura unió a los hombres e hizo aumentar la población. Al haber más gentes y más comunicación entre ellas, fue mayor el número de ideas que surgían y eran puestas en práctica. Esos cambios originaron lo que se llama la Nueva Edad de Piedra o Edad Neolítica. («Neolítico» es una voz derivada de palabras griegas que significan «piedra nueva».)

Tantos fueron los cambios que se produjeron después del comienzo de la agricultura, en efecto, que es costumbre hablar de la Revolución Neolítica.

Por ejemplo, se necesitaban recipientes para transportar el cereal de los campos a las ciudades. Es muy poco lo que puede llevarse en las manos, y aunque las pieles de animales tenían mayor capacidad, carecían de formas convenientes y eran difíciles de usar. Apareció un modo de fabricar recipientes más rápidamente y con menos inconvenientes. Se entretejieron cañas para obtener un recipiente que era ligero, resistente y poroso. Al entrelazar las cañas, podía darse al recipiente cualquier forma conveniente que se desease y se lo podía transportar fácilmente, junto con los cereales que contenía. En suma, se inventaron las cestas.

Aunque las cestas podían contener cereales, frutas o guijarros, no podían contener agua. Una manera de hacer impermeables las cestas era revestirlas de arcilla húmeda. Al evaporarse el agua, las finas partículas de arcilla permanecían unidas, y esa cesta recubierta de arcilla no dejaba filtrar los líquidos *.

Las cestas de arcilla podían fácilmente empezar a gotear cuando se rompían pequeños trozos de arcilla. Era fácil repararlas, sin duda, pero con el tiempo se descubrió algo mejor. Quizás el descubrimiento se efectuó cuando una de tales cestas fue puesta accidentalmente demasiado cerca del fuego. Resultó que el calor endurecía la arcilla hasta darle casi la consistencia de la piedra.

Debe de habérsele ocurrido a alguien dejar totalmente de lado la cesta misma. Supóngase que puede darse a la arcilla la forma de una cesta y luego hacerla endurecer por el fuego. El resultado sería una vasija más pesada que una cesta, desde luego, pero mucho más resistente y, al mismo tiempo, impermeable al agua e indestructible por el fuego.

La arcilla endurecida, o «pieza de alfarería», era una especie de piedra artificial. Podían hacerse vasijas tallando la piedra, pero era un duro trabajo. En el tiempo empleado en hacer una vasija de piedra, era posible dar forma y endurecer cientos de recipientes de arcilla. Cuando se hallaron métodos para alcanzar temperaturas suficientemente elevadas, se dio mayor brillo y se hizo no porosa la superficie externa del recipiente. La adición de colores y dibujos convirtió las vasijas en obras de arte que satisfacían tanto el anhelo del hombre de lo bello como el deseo de lo útil.

El uso del torno de alfarero, una rueda horizontal que podía hacerse girar con una masa de arcilla en el centro, hizo aún más fácil el modelado. A medida que el giro de la rueda expele la arcilla hacia fuera, la mano del alfarero puede darle forma, haciéndola redondeada y baja, o alta y delgada, o adoptar cualquiera de una variedad de formas más complicadas.

Las invenciones como la cestería y la alfarería fueron tan importantes en la determinación del modo de vida en los tiempos neolíticos como la agricultura. Por ejemplo, una olla de arcilla podía ser colocada directamente sobre el fuego. Si contenía agua, ésta se calentaba hasta hervir sin que la olla se rompiese. Esto supuso una nueva forma de cocinar, cociendo la comida en lugar de asarla.

---

* La Biblia relata el cuento de cómo la madre de Moisés ocultó a su niño de quienes podían matarlo: «...hizo para él un arca de espadañas, y la untó con cieno y pez; puso al niño en ella y la dejó entre las plantas de orillas del río» (Exodo, 2,3). Las espadañas eran cañas y el arca era una cesta de cañas entrelazadas suficientemente grande como para contener un bebé. Luego la hizo impermeable con brea, para que pudiese flotar.

La Revolución Neolítica no se produjo en todas partes inmediatamente. Sólo en unos pocos lugares de la tierra se experimentaron sus comienzos, en 7000 a. C., mientras la mayoría del género humano permanecía en diversas culturas paleolíticas («La Antigua Edad de Piedra»); algunas partes de él las han mantenido hasta la actualidad. Pero Canaán estaba en la vanguardia de esa revolución. Es posible, por ejemplo, que la alfarería se inventase en Jericó. Si fuese así, es otro gran progreso que debemos a Canaán.

Otra notable invención de la Epoca Neolítica fue la tejeduría. En lugar de las toscas cañas usadas para hacer cestas, se tejieron fibras delgadas, como el pelo lanudo de la oveja o las hebras de hilo del lino. El resultado fue no el grueso y rígido tejido de las cestas, sino un material muy delgado y flexible que podía cubrir el cuerpo. El paso de las pieles a los textiles significó que la vestimenta se hizo más ligera y cómoda. Puesto que los textiles eran porosos y fácilmente lavables, ello hizo que los seres humanos estuviesen más limpios y oliesen mejor, y probablemente, también, que fuesen más sanos.

Por el 5000 a. C., Jericó era ya una ciudad desarrollada, formada por casas individuales con varias habitaciones cada una y con pisos de yeso, en vez de tierra prensada. Probablemente, había también otras ciudades en Canaán por entonces.

Canaáan debe de haber prosperado no solamente porque era suficientemente fértil como para sustentar la agricultura, sino también porque era un punto intermedio. (Estar en el medio tiene ventajas tanto como desventajas.) La civilización cada vez más compleja del Tigris y el Eufrates fabricaba objetos que no se fabricaban en el valle del Nilo, e inversamente. Canaán pudo recibir objetos de ambos y servir como centro de intercambio. Había tierras al norte, en la península de Asia Menor, que también contribuyeron con artículos para el comercio.

Naturalmente, el pueblo de Canaán hizo todo lo que pudo para hacer pasar los artículos al precio de un substancial beneficio para él. En otras palabras, se hicieron comerciantes. El nombre mismo de Canaán quizá provenga de una palabra de la lengua de ese antiguo pueblo que significa «comerciante».

Los comerciantes por lo general son prósperos y, además, de una civilización avanzada. Al disponer de los productos de muchas culturas, pueden escoger entre ellos y beneficiarse con todos, Esto ocurrió, ciertamente, en la tierra de Canaán, que prosperó mucho en la Epoca Neolítica.

La Edad del Bronce

Un producto que indudablemente entró en Canaán del exterior fue el metal. Algunos metales a veces se hallan en estado natural. Pueden encontrarse pepitas de cobre, plata y oro, así como ocasionales trozos de hierro allí donde han caído meteoritos. El oro era bonito, pero muy raro y demasiado blando para ser usado de otro modo que como ornamento. La plata no era mucho mejor, y no era tan bonita. El hierro era demasiado duro para ser moldeado con las técnicas de la Epoca Neolítica. En cambio, el cobre era bastante blando como para forjar con él una punta de lanza y suficientemente duro para ser utilizado durante un tiempo, antes de embotarse su filo (después de lo cual podía ser afilado nuevamente).

La gente empezó a usar trozos de cobre forjados a martillo junto con la piedra. De las culturas que lo hacen se dice que están en el «Período Calcolítico» (de palabras griegas

que significan «cobre y piedra»). El Período Calcolítico se inició en aquellos lugares donde había probabilidades de encontrar pepitas de cobre. Cuanto más comunes son las pepitas, tanto antes aparece dicho período.

No sabemos exactamente dónde ni cuándo se usó el cobre por primera vez, pero hay ciertos indicios de que apareció en la península del Sinaí, tal vez ya en 4500 antes de Cristo. En todo caso, tribus con una cultura calcolítica entraron en Canaán no mucho después del 4000 antes de Cristo.

Sus rastros fueron hallados por primera vez en excavaciones realizadas en un sitio llamado Teleilat el Ghassul, inmediatamente al este del Jordán y a unos 15 kilómetros al sudeste de Jericó. Por esta razón a ese pueblo Calcolítico se lo llama ghassuliano.

Los ghassulianos parecen haberse concentrado en el sur de Canaán; se han excavado asentamientos de ellos cercanos a Beersheba, que es la ciudad importante más septentrional de Canaán. Allí se han encontrado rastros de una permanente industria del cobre.

Una industria semejante involucra más que el mero uso de pepitas. Se descubrió de algún modo que ciertas rocas azules, si se las calienta intensamente, dan cobre; tal vez se construyeran hornos de carbón sobre ellas. Entre las cenizas se hallaban rojizos trozos del metal y quizás en algún momento alguien estableció una relación entre los hechos. La piedra, un mineral que contenía cobre, era mucho más común que las pepitas de cobre, de modo que la provisión de éste aumentó muchas veces.

La utilización de cobre proveniente de minerales acarreó complicaciones, pues el cobre no era siempre de la misma calidad. De algunos minerales se obtenía un cobre rojizo y no muy duro; el obtenido de otros era casi amarillo y quebradizo o rojizo pero muy duro. Un tipo particular de cobre era especialmente bueno para fabricar herramientas, pues era excesivamente duro y mantenía el filo por largo tiempo. Posteriormente se descubrió la razón de ello. Los minerales que lo producían eran impuros y, además del cobre, contenían otro metal: el estaño. Cuando se obtenía cobre en presencia de un poco de estaño, la mezcla -el bronce- era mucho mejor que cualquiera de ellos aisladamente.

Con el tiempo los hombres aprendieron a buscar minerales de estaño para agregarlo deliberadamente al mineral de cobre antes de calentarlo. El bronce llegó a ser de uso común, y durante dos mil años fue empleado para fabricar herramientas y armas con preferencia a todo otro material. Este período es llamado la «Edad del Bronce». La Edad del Bronce comenzó alrededor del 3100 a. C., y Canaán entró en ella casi inmediatamente. (El uso del bronce se difundió lentamente. Por ejemplo, sólo en el 2000 a. C. Europa occidental entró en la Edad del Bronce.)

La Edad del Bronce hizo más duras las guerras. Las Armas de bronce eran más efectivas que las de piedra, y las medidas defensivas debían ser también más eficaces. A comienzos de la Edad del Bronce las ciudades de toda Canaán se rodearon de murallas cada vez más poderosas. Cada ciudad trató de someter a su dominio la mayor cantidad posible de tierras de labranza y custodió sus fronteras. Una ciudad que se considera una entidad independiente y con un aparato militar propio es una «ciudad-Estado». Por el 2500 a.C., Canaán, en plena Edad del Bronce, era un conglomerado de tales ciudades-Estado.

En este período las civilizaciones de Egipto y Sumeria adquirieron mayor complejidad. Sumeria, por el 3100 a. C., había creado el arte de la escritura, una especie de código pictográfico en virtud del cual todos se ponen de acuerdo en que ciertas

marcas representarán a determinadas palabras o ideas. La idea de la escritura fue rápidamente adoptada por los egipcios, pero estos inventaron su propio código, que era mucho más bello que el de los sumerios.

La escritura era un modo tan conveniente de llevar registros y transmitir instrucciones que echó raíces en casi todas las culturas a las que llegó desde fuera. Más aún, la idea surgió independientemente en diversos lugares de la Tierra. Los chinos inventaron su propia escritura, por lo que sabemos, y lo mismo los indios mayas de América Central. La mera existencia de la escritura elevó la civilización e hizo posibles otros adelantos. A medida que Sumeria y Egipto creaban una cultura cada vez más compleja, producían una mayor variedad de objetos deseables y una creciente disposición a comerciar para obtener aquellos objetos de los que no disponían. Por ello, Canaán, a mitad de camino entre ellos, floreció.

Algunas de las ciudades cananeas más grandes llegaron a cubrir una superficie de 100.000 a 200.00 metros cuadrados. Para proteger a la ciudad de Megiddo se construyó una muralla que tenia ocho metros de espesor. Algunas de las ciudades cananeas de la época estaban situadas a orillas del mar, hecho que habría de tener la mayor importancia.

El agua es una vía para el comercio mucho mejor que la tierra. Esta es accidentada e irregular, y arrastrar por ella cargas pesadas es una tarea ardua y lenta. Para hacer posible el comercio terrestre es menester construir caminos, y para hacer factible la labor se necesitan terrenos lisos y llanos. Además, hay que disponer de vehículos con ruedas para eliminar la fricción, y deben usarse animales que arrastren los vehículos.

El agua, en cambio, es uniforme y llana. Las balsas de madera flotan en ella aunque lleven pesadas cargas. Los ríos que se usaron por vez primera a tal fin fueron el Nilo y el Eufrates, cuya corriente llevaba automáticamente las balsas y sus cargas aguas abajo. Navegar aguas arriba es más difícil, aunque es posible conseguirlo con velas, si hay viento favorable, o con remos, si no lo hay. Los diversos tipos de barcos, grandes estructuras cóncavas, podían llevar cargas más pesadas sin hundirse y eran más fáciles de impulsar por el viento o los remos.

Un gran peligro para la navegación eran las tormentas. La lluvia y el viento pueden destruir hasta los barcos más fuertes. Pero esa posibilidad no era muy grande en los ríos. Las tormentas no eran frecuentes en el Eufrates y prácticamente inexistentes en el Nilo. En todo caso, si había inconvenientes de cualquier género, un barco fluvial podía llegar enseguida a la costa cercana. Las cosas son diferentes en un mar abierto como el Mediterráneo. Allí las tormentas son mucho más intensas que en los ríos, y las olas pueden actuar como arietes. Además, un barco puede estar a muchos kilómetros de la costa más cercana, cuando se adentra en el mar. Si hay tormenta, el barco puede no lograr ponerse a salvo en la costa; o, si llega a la costa, puede tratarse de un lugar inhóspito y ser destruido contra las rocas.

En resumen, los barcos usados para navegar por el mar tenían que ser diseñados más cuidadosamente y correr riesgos mayores que los usados para navegar por ríos. No es sorprendente, pues, que la navegación por mar fuese muy posterior a la navegación fluvial, y que, cuando finalmente los barcos se aventuraron por el mar, tendieran a navegar muy cerca de la costa.

Sin embargo, también era grande la tentación a internarse en el mar, Egipto, por ejemplo, tenía gran necesidad de madera para la construcción, pero ya en 3000 antes de Cristo los bosques habían sido cortados y había poca o ninguna madera en la tierra. Pero

había hermosos árboles de cedro en las cadenas montañosas de Canaán. Sus troncos eran, por lo común, altos y rectos, y podían servir como pilares para sostener techos. A tal fin los egipcios también podían usar pilares de piedra, pero la madera era mucho más liviana, más barata y más fácil de manejar.

Pero ¿cómo podían llevarse troncos de cedro a Egipto? Podían ser arrastrados por todo Canaán y a través de la península del Sinaí, pero las dificultades eran tremendas. Era mucho más fácil llevarlos a algún lugar conveniente de la costa cananea, ponerlos en barcos y transportarlos a Egipto por mar, hasta la desembocadura del Nilo.

Un lugar, al menos, conveniente era la ciudad de Biblos *. Situada sobre la costa mediterránea a 270 kilómetros al norte de Jericó, Biblos parece haber sido fundada en una época tan remota como el 4500 a. C. No es tan vieja como Jericó, pero hubo periodos de la historia en que Jericó estuvo deshabitada. Esto no ocurrió con Biblos, y algunos historiadores sospechan que ésta es la más antigua ciudad permanentemente habitada que ha existido sobre la faz de la Tierra.

Biblos era el puerto más cercano a los bosques donde crecían los cedros. Después de llegar a Biblos se los podía cargar en barcos y llevar hasta la desembocadura del Nilo. Esta se hallaba a 400 kilómetros al sudoeste, pero, puesto que los barcos se ceñían cuidadosamente a la costa, el viaje era de 650 kilómetros.

Los barcos no retornaban vacíos. Se cambiaban los cedros por productos egipcios que eran llevados de vuelta a Biblos y vendidos. Un artículo que abundaba en Egipto era una caña que crecía en las orillas del Nilo. Se cortaban las cañas y se extraía de ellas la médula fibrosa del centro de su largo tallo. Se colocaban las largas fibras unas junto a otras y luego se ponían hileras transversalmente. Así, se colocaban varias capas alternativas.

Esas capas luego eran embebidas en agua, se las prensaba y se las dejaba secar al sol. El resultado final era una delgada y lisa lámina sobre la que era muy fácil escribir. No hubo en el mundo antiguo nada más conveniente como material de escritura que este producto de las cañas egipcias que los griegos posteriormente llamaron «papiro». (De esta voz deriva la palabra «papel», aunque el papel moderno se hace con materiales distintos y por procedimientos en un todo diferentes.)

Naturalmente, a medida que el uso de la escritura se difundió en el mundo antiguo, creció la demanda de papiro. En siglos posteriores, Bíblos fue un centro del comercio de papiro, hasta el punto de que los griegos comenzaron a llamar al papiro «biblos» y a un escrito hecho sobre un largo rollo de papiro un «biblion». El plural de esta palabra, que designaba a una colección de tales rollos, era «biblia», de donde proviene nuestra palabra «Biblia».

Los cananeos, que guiaban sus delicados barcos bordeando la costa entre Canaán y Egipto, a veces eran alejados de la costa por tormentas. Si sobrevivían, podían llegar a islas cercanas. Dos grandes islas del Mediterráneo oriental a las que probablemente

* «Biblos» fue el nombre por el que se conoció esa ciudad mucho después de ese primitivo período de la Edad del Bronce; era un nombre usado por los griegos. La mayoría de las formas que nos son familiares de los nombres antiguos son griegas. Los egipcios parecen haberla llamado «Ilubna», y los súmenos la llamaban «Gubla». En la Biblia se la llama «Gebal», que probablemente es mas similar al nombre que le daba el pueblo que la habitaba. Hoy existe allí una pequeña ciudad del Líbano moderno llamada Yabayl. En este libro usaré las formas más comunes de los nombres, tales como aparecen en la Biblia o en historias griegas, y sin preocuparme si estos nombres eran los usados realmente por los habitantes mismos o cuáles son los nombres modernos.

llegaron de este modo son las que ahora conocemos como Chipre y Creta. Chipre está a poco más de 160 kilómetros al oeste de Biblos, mientras que Creta se halla a 650 kilómetros al oeste.

Chipre muestra claramente rastros de la influencia cananea desde época temprana. Una vez descubierta, resultó ser un lugar sumamente conveniente para visitar luego, pues era rica en los minerales de cobre que tanta importancia tenían en la Edad del Bronce. En verdad, la palabra «cobre» *(kyprios,* en griego) parece haber provenido del nombre mismo de Chipre *(Kypros,* en griego).

En cuanto a Creta, los griegos, en un período muy posterior de su historia, tenían un mito sobre la manera como Creta fue colonizada. Decían que su dios principal. Zeus, se enamoró de una princesa de una ciudad situada sobre la costa cananea. Adoptó la forma de un toro blanco e indujo a la princesa a que montara sobre él. Cuando la joven lo hizo, se sumergió en el mar y nadó hasta Creta, que se pobló desde entonces con los descendientes de ambos. El nombre de la princesa era Europa y, según el mito, de él deriva el nombre del Continente. Este mito quizá sea un vago recuerdo del hecho de que los comerciantes cananeos desembarcaron en Creta y contribuyeron al desarrollo de la civilización de la isla. La primera forma de escritura creada en Creta aún no ha sido descifrada, pero parece expresar una lengua relacionada con la de los cananeos.

Sea como fuere, por el 3000 a. C., Creta entró en la Edad del Bronce, por influencia de Egipto tanto como de Canaán, y la isla fue la sede de la más antigua civilización europea. También se convirtió en una tierra de comerciantes y llegó a competir con los cananeos por el dominio del mar.

[Mapa I – LA MEDIA LUNA FERTIL (c. 2500 a. C.)]

Los invasiones

El comercio parece ser una actividad pacífica que beneficia a todo el mundo. Y lo es, si cada uno se contenta con una parte justa. Pero ¿se contenta todo el mundo con una parte justa? Y, de todos modos, ¿cuánto es una parte justa? Una ciudad comercial compra y vende. Compra lo más barato que puede y vende lo más caro posible, pues la diferencia es su beneficio. La ciudad puede sentirse justificada en actuar así, porque asume la responsabilidad del transporte y el riesgo de pérdidas entre la compra y la venta.

Pero los que comercian con esa ciudad pueden sentirse estafados. Pueden pensar que obtienen demasiado poco por lo que ellos producen y pagan demasiado por lo que necesitan. Una vigorosa tierra de productores, pues, puede sentirse tentada a apoderarse de la ciudad comercial, efectuar por su cuenta las compras y las ventas, y guardarse los beneficios.

Por el 2615, Egipto se había convertido en una nación poderosa, a la que llamamos el Antiguo Imperio. Entre otros avances, había desarrollado su potencia militar. Tenía un ejército bien equipado que podía atravesar la distancia que había entre el valle del Nilo y las ciudades cananeas.

Presumiblemente, se enviaron ejércitos egipcios hacia el Norte y, durante la época del Antiguo Imperio, Canaán estuvo bajo la influencia egipcia. Esto significaba que las ciudades cananeas tenían que pagar tributo a Egipto, es decir, entregar cada año una

cantidad fija de bienes para que los ejércitos egipcios no destruyeran las ciudades. En efecto, los egipcios participaron de los beneficios comerciales.

Naturalmente, las ciudades cananeas se resintieron de esto. En cualquier momento en que se sintieran fuertes, o en que consideraran debilitado a Egipto, podían negarse a pagar el tributo. En tal caso, Egipto podía intentar castigarlas. Si la estimación cananea de la situación era correcta, Egipto no estaría capacitado para hacerlo y las ciudades se librarían del tributo por un tiempo más o menos largo. Si el cálculo cananeo era erróneo, Egipto podría hacer estragos en Canaán y luego imponerle un tributo aún mayor. La primera noticia que tenemos de una situación semejante se remonta al 2300 a. C. cuando el Antiguo Imperio ya no estaba en su apogeo y Pepi I era rey de él.

Durante el reinado de Pepi I se envió una expedición contra el pueblo de Canaán (o los Habitantes de las Arenas, como los llamaban los egipcios, porque vivían lejos del Nilo), comandada por el general egipcio Uni. Este dejó una inscripción en su tumba, donde describe la gran hazaña militar de su vida. Una columna del ejército egipcio marchó sobre Canaán por tierra, y otra fue transportada por mar.

La columna transportada por mar, como es natural, la pasó mejor y desembarcó en un promontorio llamado Nariz de Antílope. Quiza se trate del monte Carmelo, que está sobre la costa marítima a unos 160 kilómetros al sur de Biblos, que avanza sobre el mar y tiene una forma que podría hacer pensar en una nariz de antílope. El ejército egipcio hizo todo el daño que pudo: derribó murallas, incendió casas, destruyó cosechas, etc. Luego retornó a Egipto con todo género de objetos valiosos y, sin duda, con la promesa de las ciudades castigadas de que en lo sucesivo pagarían fielmente el tributo.

Pero Egipto no era la única preocupación de las ciudades de Canaán. También estaban las tribus incivilizadas del exterior de la Media Luna Fértil, Constituían un peligro permanente, porque las ciudades tenían muchas cosas que las tribus deseaban. No sólo poseían manadas de animales y tierras productivas fuera de sus murallas, sino también alfarería, ornamentos de metal y otros lujos dentro de ellas. Las tribus, en comparación, tenían muy poco y carecían de técnicas o recursos para producir lo que los hombres de las ciudades poseían. Una solución sencilla al problema era abalanzarse sobre las regiones civilizadas y apoderarse de lo que deseaban. Hasta podían establecerse en ellas, convirtiéndose en gobernantes de las ciudades y reduciendo a esclavos a sus habitantes.

La Media Luna Fértil se curva hacia arriba, alrededor de la enorme península de Arabia. Con excepción de algunas regiones costeras, esta península es árida, desértica en gran medida y no puede sustentar a una población grande. Cuando la población aumenta, algunos miembros de las tribus deben morir de hambre o marcharse. Por lo común, algunos se marchaban.

Así, los ghasulianos habían entrado en Canaán desde el Sur por el 4000 a. C. Más tarde, alrededor del 3000 antes de Cristo, otro grupo de pueblos llamados fenicios por los griegos ocuparon las ciudades costeras de Canaán. Es muy probable que estas incursiones fueran acompañadas de mucha violencia y derramamiento de sangre, pero carecemos de detalles de esas primitivas invasiones.

Sabemos más sobre una invasión posterior. Algún tiempo antes del 2000 a. C, otro grupo de tribus salieron a raudales de la península Arábica y se desplazaron hacia el Este y el Oeste, contra los dos cuernos de la Media Luna Fértil. Parecía un movimiento de pueblos mayor que cualquier otro anterior. Desde el punto de vista de los pueblos del Tigris y el Eufrates, esos salvajes invasores venían del Oeste, por lo que fueron

llamados los *amurru* u «occidentales». Este nombre nos es más familiar en su forma bíblica de «amorreos».

Los amorreos gradualmente se apoderaron de la mayor parte de la Media Luna Fértil. En el Este, pusieron fin a la cultura sumeria. En el Oeste, se adueñaron de Canaán. Cuando los primeros libros de la Biblia hablan de los habitantes de la tierra de Canaán, se refieren a los amorreos.

Los pueblos de Arabia hablaban variedades estrechamente emparentadas de una familia de lenguas que ahora llamamos semíticas *. Los que hablan lenguas semíticas son a veces llamados, para mayor brevedad, semitas. Los amorreos eran semitas, y la lengua que hablaban era una forma primitiva de la lengua que ahora llamamos el hebreo.

Por entonces, el Antiguo Imperio había llegado a su fin en Egipto, y el país se había disgregado en fragmentos feudales en los que diversos individuos luchaban por el poder. Egipto no estaba en condiciones de hacer un esfuerzo unificado *y* no podía proteger a Canaán de los invasores amorreos. Por ende, Canaán pasó por un período oscuro, en el que varias ciudades fueron saqueadas y destruidas.

Pero, con el tiempo, los amorreos se asentaron (como sucede frecuentemente con invasores salvajes) y aprendieron que, a largo plazo, es más conveniente permitir que los centros de civilización continúen su vida normal y paguen un tributo razonable que saquearlo todo y dejar una desolación incapaz de producir más bienes ni llevar a cabo su comercio.

Lentamente las ciudades de Canaán revivieron, pero estuvieron, dominadas por los amorreos, pues los nombres de los reyes que encontramos en testimonios posteriores al 2000 a. C. que han llegado hasta nosotros son de forma claramente semítica.

---

* Uso esta palabra porque algunos de los pueblos que hablaban variedades de esa lengua son descritos en la Biblia como descendientes del hijo de Noé, Sem.

2. Después de Abraham

Abraham

El pueblo que dominó Canaán ocho siglos después de la invasión amorrea conservó leyendas sobre sus antepasados, que habían entrado en Canaán por aquella época. Es difícil saber hasta qué punto las leyendas se basan en hechos, pero las gentes que hacían tales afirmaciones las conservaron cuidadosamente porque, en parte, servían para legalizar su soberanía sobre esa tierra.

Hablaban de un antepasado llamado Abram (y más tarde, Abraham), nacido en la ciudad sumeria de Ur y que había atravesado toda la Media Luna Fértil hasta llegar a Canaán. Se decía que en Canaán había hecho una alianza (esto es, un acuerdo legal) con Dios, por la cual, a cambio de ser adorado, Dios otorgaría toda Canaán a los descendientes de Abraham. Este cuento es relatado en los capítulos 12 a 15 del Libro del Génesis, de la Biblia.

Los que se consideraban descendientes de Abraham creyeron ese relato y consideraron que él les daba derechos legales sobre Canaán.

Asociadas a los cuentos y leyendas que posteriormente se reunieron concernientes a Abraham y sus descendientes inmediatos, Isaac y Jacob, había una serie de antiguas ciudades cananeas. Ellas eran, de Norte a Sur: Siquem, Betel, Salem, Hebrón y Beersheba.

Siquem, a 50 kilómetros al noroeste de Jericó, está en un estrecho valle, de no más de 90 metros de ancho, entre dos montañas. Los caminos que conducen del río Jordán al mar y desde el sur de Canaán al norte pasan por ella. Esto brindó ventajas comerciales a Siquem y la hizo prosperar. Aún después de decaer política y económicamente, siguió siendo un importante centro religioso.

De las cinco ciudades mencionadas, tal vez la menos importante fuese Salem. Estaba situada a 50 kilómetros al sur de Siquem y se destacó principalmente porque, como Jericó (a 24 kilómetros al este), estaba construida sobre una colina que tenía una permanente provisión de agua. Por ello, era particularmente fácil de defender y llegaría el tiempo en que, después de modificarse ligeramente su nombre para dar «Jerusalén», iba a convertirse en la ciudad más importante de la región y, más tarde, en una de las más famosas del mundo.

El cuento bíblico de las migraciones de Abraham nos relata su entrada en Egipto durante un período de hambre en Canaán. Sus experiencias en Egipto no fueron muy felices, lo cual era de esperar, quizá, pues los egipcios no podían abrigar muchos sentimientos amistosos hacia los invasores amorreos que habían puesto fin a la provechosa ocupación egipcia de Canaán.

Sin embargo, el Egipto en el que entró Abraham (posiblemente por el 1900 a. C.) era pacífico y próspero, pues había terminado el caos que se había producido con la

decadencia del Antiguo Imperio. Egipto, bajo una nueva serie de reyes, se unió nuevamente para formar lo que recibe el nombre de Imperio Medio. Esto sucedió por el 1900 a. C., no mucho después de que la furia amorrea cayese sobre la Media Luna Fértil.

Es sorprendente que los amorreos, después de ocupar la Media Luna Fértil, no cayeran también sobre Egipto. Tal vez planearon hacerlo, y quizá algunas correrías avanzadas llegasen hasta el Delta del Nilo. (El cuento sobre el descenso de Abraham a Egipto puede ser un vago recuerdo de esto.) Lo que quizá impidió que esas correrías se convirtieran en una invasión con todas las de la ley fue el hecho de que los reinos amorreos creados en la Media Luna Fértil estaban en lucha unos con otros.

La región del Tigris y el Eufrates había sido el escenario donde surgieron grandes imperios, y el más grande de ellos había sido fundado por Sargón el Acadio, rey de un pueblo semítico que había entrado en Sumeria siglos antes de la invasión amorrea. Tradiciones posteriores sostenían que su reino se extendía sobre el arco septentrional de la Media Luna Fértil y llegaba al mar Mediterráneo.

Pero después de la invasión amorrea, la región del Tigris y el Eufrates se dividió en distritos separados e independientes que se combatían unos a otros y, en general, no representaban un peligro para los de fuera. Pero de cuando en cuando algunos de ellos se unían para llevar a cabo alguna incursión provechosa.

En el capítulo 14 del *Génesis*, se describe una de tales correrías, que quizá se produjo por el 1900 a. C. Los invasores se lanzaron a través de la Media Luna Fértil y se dirigieron al Sur, hacia el este del Jordán, para apoderarse del más expuesto y débil de los reinos amorreos que se habían establecido en Canaán. Frente a los invasores del Este había cinco «ciudades de la llanura», las más grandes de las cuales eran Sodoma y Gomorra. Al parecer, estas ciudades estaban ubicadas en la región del extremo meridional del mar Muerto.

El mar Muerto, que recibe las aguas del Jordán, tiene unos 80 kilómetros de largo y no más de 16 de ancho. Su superficie es de unos 900 kilómetros cuadrados, sólo un poco mayor que los cinco barrios de la ciudad de Nueva York. La superficie de sus aguas está a unos 400 metros por debajo del nivel del mar, lo que hace de sus costas las tierras más bajas del mundo, pese a lo cual es profundo, pues tiene en algunos lugares cerca de 400 metros de hondo.

El mar Muerto no tiene salida al océano, de modo que las sales que arrastra a él el Jordán no pasan, sino que se acumulan. El mar Muerto contiene en la actualidad sal disuelta en una proporción que va del 23 al 25 por 100. No hay vida en él, y sus costas son desoladas. Sin embargo, en la. Era de Bronce el clima quizá fue mejor; la Biblia alude a la fertilidad de la región en esa antigua época.

Las ciudades de la llanura fueron derrotadas y saqueadas por los invasores, y la Biblia describe cómo Abraham rescató a su sobrino Lot, que había sido capturado por ellos. Las ciudades no sobrevivieron, pues en el capítulo 19 del *Génesis* se relata el cuento de su destrucción por un fuego proveniente del cielo. Es posible que un terremoto o una erupción volcánica, o hasta un gran meteorito, provocase un leve hundimiento de la tierra y que las aguas del mar Muerto se volcasen hacia el Sur. (La parte más meridional del mar Muerto es superficial en comparación con la profunda parte septentrional.) Esto también puede haber causado un empeoramiento del clima de la zona.

Los desastres que se abatieron sobre Canaán en esta época —la incursión del Este y la catástrofe natural, cualquiera que ella fuese— permitieron a Egipto imponer su

supremacía en la región después de la interrupción de dos siglos causada por la invasión amorrea. Alrededor del 1850 a. C., el Imperio Medio estaba en su apogeo, y el rey egipcio Sesostris III pudo enviar un ejército a Canaán que llegó tan al Norte como Siquem.

El carro

Pero lo peor de la invasión amorrea había pasado por entonces, y la civilización se estaba recuperando. En verdad, uno de los gobernantes amorreos, Hammurabi, había establecido su capital en la hasta entonces poco destacada ciudad de Babilonia y creado el más impresionante imperio que había existido hasta entonces en Asia. En 1700 a. C., toda la región del Tigris y el Eufrates estaba bajo su gobierno y llegó a un nuevo apogeo de la cultura al convertirse Babilonia, por primera vez, en capital mundial, posición que iba a mantener durante catorce siglos.

Pero se estaban gestando tormentas en el Norte, detrás de las montañas que bordeaban en aquella dirección la Media Luna Fértil. Las tribus bárbaras de Asia Central habían domesticado el caballo y, por 1800 a. C., habían creado un modo de enjaezar el animal y engancharlo a un carro ligero de dos ruedas suficientemente fuerte como para transportar a un hombre.

Los carros podían transportar un ejército por tierra mucho más rápidamente de lo que ese mismo ejército podía avanzar andando. Además, una carga de caballos y carros comúnmente podía romper las filas de los soldados de a pie. Para su horror, los hombres de la Media Luna Fértil se encontraron frente a soldados imbatibles.

Entre los primeros pueblos que poseyeron el carro y el caballo había uno al que conocemos como los hurritas. Estos descendieron sobre el arco septentrional de la Media Luna Fértil desde las estribaciones de las montañas del Cáucaso, al norte del Tigris y el Eufrates, inmediatamente después de la muerte de Hammurabi. Los carros y caballos se lanzaron estruendosamente hacia el extremo occidental de la Media Luna Fértil y entraron en Canaán y la atravesaron. Los gobernantes amorreos, aturdidos ante el ataque, no pudieron resistir. Algunos se unieron a los invasores y los acompañaron más allá de Canaán, a través del Sinaí, hasta Egipto.

Por primera vez en la historia de Egipto, éste tuvo que enfrentarse a un enemigo proveniente del otro lado del Sinaí. No pudo resistir a los caballos, como no había podido hacerlo Canaán. Las fuerzas egipcias se disgregaron y huyeron, y los invasores hurritas y amorreos ocuparon la parte más septentrional del valle del Nilo, alrededor de 1680 a. C., casi sin combatir. El Imperio Medio se derrumbó.

Los invasores dominaron durante un siglo el delta del Nilo. Su religión y cultura no eran las de los egipcios nativos, y por ende eran odiados. Los egipcios llamaron «hicsos» («gobernantes extranjeros») a los invasores. Los historiadores egipcios posteriores se sintieron profundamente humillados por este episodio y se referían a él lo menos posible, excepto para denigrar a los hicsos por ateos y crueles. Por esta razón no sabemos casi nada del período de los hicsos.

Pero, al parecer, durante ese siglo, hubo un reino centralizado que se extendía por el Egipto septentrional y Canaán, y cuya capital era Tanis, sobre la rama más oriental del Nilo. En la Biblia se la llama Soán.

Aunque la capital estaba en el delta del Nilo, de modo que los gobernantes hicsos pudieran estar cerca del centro de riqueza y de poder, el corazón de sus dominios estaba

en Canaán, donde la población pudo identificarse con los gobernantes, y no en Egipto, donde la población les era violentamente hostil. Fue la primera vez en la historia que un reino centrado en Canaán gobernó tierras externas a la mitad occidental de la Media Luna Fértil.

Un importante centro cananeo de la época de los hicsos fue Hazor, situada a unos 150 kilómetros al norte de Jerusalén. La rodeaba por todas partes una gran muralla inclinada que se extendía hasta bastante lejos de la ciudad propiamente dicha, método de fortificación ideado para rechazar el ataque de los carros. Restos similares se encuentran a todo lo largo del camino que lleva hasta Karkemish, situada sobre el Eufrates superior, a unos 650 kilómetros de Jerusalén.

Los habitantes posteriores de Canaán que se consideraban descendientes de Abraham tenían leyendas sobre la entrada de sus antepasados en Egipto en el tiempo de la invasión de los hicsos. Un nieto de Abraham, Jacob, según las leyendas que conserva la Biblia, tuvo doce hijos. Uno de ellos, José, ganó el favor del rey egipcio (presumiblemente uno de los gobernantes hicsos) y ocupó un cargo que hoy llamaríamos «primer ministro». José luego llevó a Egipto al resto de su familia, y allí se multiplicó.

Durante el siglo en que floreció el reino de los hicsos, los invasores del carro y el caballo crearon otros reinos al Norte y al Este. En las regiones superiores del Tigris y el Eufrates, sobre las ruinas del Imperio de Hammurabí, las tribus hurritas se fundieron en un reino que luego fue llamado del Mitanni. Mientras tanto, en Asia Menor otras tribus de hombres llamados los hati (o hititas, en la Biblia) crearon otro vigoroso reino.

[Mapa II – Canaán (c. 1600 a. C.)]

Los hurritas hablaban una lengua que no tiene vinculaciones claras con otras lenguas, pero la lengua hitita tenía el tipo de estructura gramatical propio de casi todas las lenguas de la Europa moderna y partes de Asia, hasta regiones tan alejadas como la India. A toda esta familia de lenguas se la llama ahora «indoeuropea».

Otras tribus se trasladaron al este del mar Negro y pasaron por las tierras montañosas de lo que es el Irán moderno. Se llamaban a sí mismas «aryas», que significa «noble», y nosotros los llamamos «arios». (La palabra «Irán» es una forma de «ario».) Más tarde también llegaron a la India.

Pero Egipto, al menos, no iba a desaparecer. Nunca había sido conquistado totalmente. La parte meridional del valle del Nilo había permanecido en manos de los nativos. Surgió un nuevo y enérgico grupo de gobernantes cuya capital era la ciudad meridional de Tebas.

Habían adoptado la técnica del caballo y el carro y, bajo su rey Ahmosis, los egipcios del Sur avanzaron hacia el Norte. Por el 1570 a. C., los ablandados gobernantes hicsos fueron expulsados del Delta, y Egipto recuperó su integridad. Así se inició el Nuevo Imperio, que fue su período de mayor grandeza, en el cual sus reyes obtuvieron el título de «faraones» («gran casa» o «palacio», por el lugar donde vivían) y fueron los más poderosos monarcas de la Tierra.

El Nuevo Imperio no se contentó con consolidar su gobierno sobre Egipto. La humillación de la invasión de los hicsos no fue olvidada. La frontera nororiental debía quedar asegurada a toda costa, para que las tribus de Asia nunca pudieran irrumpir

nuevamente en el valle del Nilo. Por esta razón, los faraones intentaron ocupar Canaán no sólo por sus beneficios económicos, sino también como puesto fronterizo avanzado que custodiase la patria, puesto que debía tener una fuerte guarnición.

Por otro lado, esto era exactamente lo que no querían las nuevas potencias situadas al norte de Canaán. El Mitanni, que por entonces era el reino más fuerte del Norte, intentó colocar a Canaán bajo su influencia, para hacer frente al renaciente poder egipcio.

Canaán estaba entre esas dos fuertes naciones. La derrota de los hicsos en Egipto había destruido la unidad de Canaán y era otra vez un conjunto de ciudades-Estado. Por sí misma no podía rechazar a Egipto y el Mitanni, ni siquiera separadamente. Tenía que elegir a uno de ellos como amigo y aliado, y en conjunto las ciudades cananeas optaron por el Mitanni. En primer término, el Mitanni era más afín en tradición y cultura que Egipto. En segundo lugar, era tal vez el más débil de los dos reinos, y es mejor tener un aliado más débil que uno fuerte. (Un aliado demasiado fuerte se traga fácilmente a aquellos a los que ayuda.)

El Nuevo Imperio llegó a su apogeo con Tutmosis III, quien, después de una larga minoría, se convirtió en gobernante único de Egipto en 1469 a. C. Prácticamente el primer acto del que fue exclusivo responsable consistió en la decisión de ajustar cuentas con Canaán. Frente a él había una liga de ciudades cananeas encabezadas por Cadesh, situada a unos 500 kilómetros al norte de Jerusalén. Era, quizá, el último resto del poder hicso y, por ende, la que debía temer la venganza de Egipto. Además, estaba suficientemente cerca del Mitanni como para confiar en recibir ayuda militar en caso de emergencia, además de la ayuda financiera y material que indudablemente recibía.

Para llegar a Cadesh, Tutmosis tenía que tomar Megiddo, que estaba a 250 kilómetros al sudoeste. Megiddo no era una ciudad grande ni importante en sí misma, pero estaba en una eminencia que dominaba el paso entre el sur de Canaán y el norte. Si Tutmosis no lograba hacer pasar su ejército por allí, Cadesh podía estar segura durante largo tiempo. Cadesh lo sabía muy bien, por lo que fortificó vigorosamente a Megiddo. Luego, sólo cabía esperar.

Cadesh tuvo que conjeturar por cuál ruta Tutmosis se acercaría a Megiddo, pues carecía de fuerzas para custodiar todos los accesos posibles. Cadesh conjeturó mal, y sus carros permanecieron en una ociosa espera mientras Tutmosis marchaba por otra ruta. La batalla se inició cerca de Megiddo en 1468, con ausencia de los carros cananeos. Cuando llegaron al campo de batalla era demasiado tarde: Tutmosis había logrado una victoria completa. Dejó atrás parte de su ejército para que pusiera sitio a Megiddo, que capituló siete meses después.

Año tras año, Tutmosis reiniciaba sus campañas cananeas, hasta que, en 1462, llegó a la misma Cadesh y la destruyó. Luego cruzó el Eufrates para internarse en el Mitanni, pues pensaba con razón que la liga cananea nunca se le hubiese resistido de no ser por el apoyo del Mitanni y que nunca aseguraría su soberanía sobre Canaán mientras el Mitanni siguiera atizando rebeliones. Por consiguiente, saqueó las regiones rurales del Mitanni para enseñarle discreción.

Sin embargo, no dejó tropas del otro lado del Eufrates. Estaba demasiado lejos para mantener satisfactoriamente un ejército. Pero retuvo todo Canaán, desde la península del Sinaí hasta el Eufrates, y esta región, junto con el valle del Nilo, constituyeron el «Imperio Egipcio». Fue el apogeo de la potencia egipcia.

El alfabeto

Durante un siglo, Canaán permaneció bajo la firme dominación egipcia. El Mitanni hizo todo lo posible para estimular revueltas, pero no osaba ir más allá, y una ocasional marcha hacia el Norte del ejército egipcio bastaba para sofocar revueltas y obligar al Mitanni a una hostil pero clara retirada.

Para Canaán fue otra época de prosperidad. Ocurre a menudo que una ocupación extranjera, aunque mal tolerada, lleva la paz a una región que, en otra situación, dedicaría el tiempo en reyertas intestinas. Con la paz y el desarrollo del comercio bajo la égida de una potencia protectora (a menos que esa potencia sea represiva hasta el punto del suicidio, cosa que Egipto no era) llega la prosperidad.

Fue por entonces cuando Canaán hizo otra gigantesca contribución a la cultura mundial, además de la invención de las ciudades, la alfarería y los viajes marítimos. Esa nueva contribución concernía a los elementos de la escritura.

Al principio la escritura consistía en imágenes de aquello a lo que se aludía. Con el tiempo se hizo tedioso dibujar imágenes reconocibles y se usaron símbolos reducidos. No era necesario dibujar un buey entero, si para sugerir la idea bastaba una cabeza triangular con dos cuernos (como una A invertida). Después de un tiempo, los garabatos que eran admitidos como representación de un objeto particular tuvieron que ser aprendidos independientemente, pues se hicieron demasiado esquemáticos para ser reconocidos por quien no supiera lo que habían sido en un principio.

En los valles del Tigris y el Eufrates, donde la arcilla blanda era la sustancia común para escribir, se hacían los símbolos perforando la arcilla con un estilete que dejaba pequeñas marcas «cuneiformes» («en forma de cuña»). En Egipto, que poseía el papiro, podían escribirse los signos con un pincel, y eran mucho más gráciles.

A medida que pasó el tiempo y la escritura se difundió, las cosas sobre las que era menester escribir se hicieron más abstractas y complejas. Como consecuencia de ello, los símbolos se hicieron aún más intrincados y difíciles de comprender. El símbolo que representaba a un caballo también podía indicar «velocidad», y el que representaba a la boca también podía significar «hambre». Dos símbolos unidos podían significar algo que no tenía nada que ver con ninguno de los símbolos en la realidad, sino sólo con el sonido de ambos. Por ejemplo, si en castellano tuviésemos un símbolo para «sol» y otro para «dar», podríamos unir ambos símbolos para significar «soldar». [Por razones obvias, hemos tenido que cambiar el ejemplo del original inglés. *N. del T.*]

Naturalmente hubo intentos de abreviar el proceso. ¿Por qué no hacer que los símbolos representen sílabas, aunque en sí mismas las sílabas no tengan significado? Si en castellano tuviésemos un símbolo para «man», otro para «za» y otro para «na», ninguno de los cuales es una palabra por sí solo, combinando «man», «za» y «na» obtendríamos una representación de la conocida fruta. La ventaja de esto consiste en que hay menos sílabas diferentes que palabras diferentes.

Hasta podemos hacer que un símbolo represente al sonido con el que comienza la palabra de la cosa representada. Si tenemos símbolos para representar un pote, un arco, una rata, una taza y una espina, podemos hacer que cada uno sólo represente el sonido inicial y que pote-arco-rata-taza-espina simbolice la palabra «parte». Puede parecer ridículo usar cinco símbolos para significar algo que puede representarse con uno sólo, pero los mismos símbolos pueden ser combinados en infinidad de maneras y, en definitiva, sólo tendríamos dos docenas de símbolos para representar muchos miles de

palabras, y sólo tendríamos que memorizar estas dos docenas, en lugar de muchos miles.

Los egipcios pensaron en todo esto, pero nunca dieron el paso decisivo para simplificar su escritura. Usaron sílabas y sonidos iniciales, pero sólo los agregaron a sus símbolos originales para palabras e ideas. La razón de ello quizás haya sido que la escritura estaba en manos de sacerdotes que juzgaban una ventaja para ellos el hacer que la escritura fuese algo complicado.

Esa complicación aseguraba que la escritura no se volviese demasiado común, que los legos seguirían siendo analfabetos. De este modo, los sacerdotes serían esenciales para el Estado, en la medida en que la escritura era esencial, y naturalmente aumentaba el poder de los sacerdotes. Tan asociados estaban la escritura y el sacerdocio en Egipto que los signos de la escritura egipcia fueron llamados posteriormente «jeroglíficos» por los griegos, palabra que significa «incisiones sagradas».

No ocurrió lo mismo en Canaán, donde los comerciantes hallaron que los sistemas de escritura intrincados causaban pérdidas en los ingresos. Si deseaban comerciar con los valles del Eufrates, el Tigris y el Nilo, debían conocer un poco la complicada escritura cuneiforme como la complicada escritura jeroglífica. Además, constantemente debían preparar listas, recibos, notas de venta y todos los otros elementos del comercio en un sistema o en el otro, o quizá en ambos. Necesitaban desesperadamente algo más breve.

Algún comerciante cananeo, un genio anónimo, decidió aplicar la idea de hacer que los símbolos representasen el sonido inicial, como hacían a veces los egipcios, *y usarlos con exclusividad.*

Así, la palabra cananea para «buey» era «'aleph», donde el símbolo ' representa una oclusión glótica o un gruñido muy suave que no existe en español. ¿Por qué no hacer que el símbolo para «buey» representase el sonido ' cada vez que apareciese? De igual modo los símbolos para «casa», «camello» y «puerta», que en cananeo eran «beth», «gimel» y «daledh», respectivamente, podían representar a las consonantes que nosotros escribimos «b», «g» y «d».

Finalmente, los cananeos hallaron que veintidós signos eran suficientes para representar todas las palabras que usaban. Esos veintidós signos sólo representaban consonantes. A nosotros esto nos parece extraño, pues las vocales son igualmente importantes. ¿Cómo podemos saber si «ms» representa a «masa», «mesa», «misa», «musa» o «amasa»?

Pero ocurre que las lenguas semíticas se basan en ternos de consonantes. Cada conjunto de tres consonantes representa una idea básica y, cuando se agregan vocales, se obtienen variaciones sobre este tema básico. Las tres consonantes bastan (si se habla una lengua semítica) para captar la idea, y por el sentido de la frase, puede saberse cuáles son las vocales adecuadas.

Los más antiguos ejemplos conservados de escritura alfabética han sido hallados en las ruinas de una antigua ciudad cananea llamada Ugarit, situada sobre la costa a 160 kilómetros al norte de Biblos. Esas inscripciones se remontan, quizá, al 1400 a. C. (Ugarit fue destruida por un terremoto, alrededor de 1350 a. C., por lo cual se han conservado esas antiguas inscripciones. No quedaron anegadas en una inundación de objetos posteriores.)

El alfabeto es una invención mucho menos común que la de la escritura misma (aunque no es tan importante, pues sólo se trata de una simplificación de una invención

anterior). Mientras que la idea de la escritura surgió en varios pueblos independientemente, la idea del alfabeto parece haber aparecido sólo una vez: en Canaán, en algún momento anterior al 1400 a. C.

Pronto la idea se difundió, entre los griegos, por ejemplo. Estos, que —en tiempos posteriores— estaban muy orgullosos de su cultura y pensaban que todos los otros pueblos eran culturalmente inferiores, no trataron de ocultar el hecho de que la escritura alfabética no era invención de ellos. En sus leyendas hablaban de un tal Cadmo, un príncipe de Canaán (y hermano de Europa, cuyo rapto por Zeus había originado la civilización en Creta) que llegó a Grecia y llevó consigo la escritura alfabética.

Los griegos deformaron los nombres sin significado (para ellos) de las letras y los convirtieron en sonidos que les parecían más naturales. Así, «aleph», «beth», «gimmel» y «daleth» se convirtieron en «alpha», «beta», «gamma» y «delta». Las nuevas palabras no tenían sentido en griego, pero eran más fáciles de pronunciar para personas de habla griega. De las dos primeras palabras, de estos nombres deformados, deriva nuestra voz «alfabeto».

Los griegos hicieron una contribución sumamente importante al alfabeto. Puesto que hablaban una lengua indoeuropea, no semítica, el sistema de las tres consonantes no se aplicaba a ella. No podían prescindir de las vocales. Por ello hicieron que algunos de los símbolos cananeos representasen sonidos vocálicos. Así, a la primera letra, que representaba la oclusión glótica, la usaron para representar la vocal que llamamos «a».

El alfabeto tuvo también amplia difusión y, en cada adopción, se deformaron cada vez más los símbolos y los nombres y se agregaron nuevas letras o se alteraron las viejas para representar sonidos presentes en la lengua de quienes lo adoptaban y que no existían en otras lenguas. Pero en última instancia, todo alfabeto usado sobre la Tierra puede hacerse remontar (se cree) al alfabeto originario de Canaán.

Aunque la escritura existía desde quince siglos antes de la invención del alfabeto, sólo con éste surgió la clara posibilidad de que la gente común aprendiese a leer y escribir. Y al hacer que fuese cada vez mayor el número de personas que tuvieron acceso al saber, permitió que fuera también cada vez mayor el número de personas que hizo contribuciones a éste. Así, el alfabeto favoreció enormemente el desarrollo de la cultura y la tecnología *.

Las ciudades costeras de Canaán también crearon otra importante técnica en esos tiempos en general pacíficos y prósperos, una técnica relacionada con los tintes. El hombre siempre ha considerado agradable los colores, combinados con buen gusto. Hasta los habitantes de las cavernas prehistóricas de la Antigua Edad de Piedra usaban tierras coloreadas para preparar sus pinturas. No es sorprendente, pues, que los hombres tratasen también de dar color a sus tejidos.

Las substancias coloreadas que podían usarse para teñir los tejidos eran, en general, insatisfactorias. Eran de colores apagados, o desaparecían cuando se lavaban las prendas, o se desteñían a la luz del sol o las tres cosas a la vez. Pero en las costas cananeas había un caracol al que podía tratarse de tal modo que brindase una substancia

---

* Sin embargo, ha habido grupos, antiguos y modernos, que nunca aceptaron la idea del alfabeto, pese a todas sus ventajas. El antiguo Egipto, que era una cultura sumamente conservadora, se aferró tercamente a su propio sistema de escritura hasta el fin de su historia. En tiempos modernos, China es un ejemplo de otra nación que mantiene un sistema de escritura no alfabético tan complicado como el del antiguo Egipto.

coloreada que teñía las ropas perfectamente. Daba un color rojo azulado que no desaparecía con el lavado ni se desteñía.

Ese tinte fue muy codiciado durante toda la Antigüedad, se vendía a altos precios y contribuyó enormemente a la prosperidad de las ciudades costeras de Canaán. En este caso, los cananeos ya no se limitaban a comprar a unos y vender a otros, sino que ellos mismos producían algo de valor. Esto fue particularmente importante, pues aunque otros podían hacerse comerciantes y competir con los cananeos, sólo las ciudades costeras de Canaán podían producir el tinte, mediante un proceso que conservaron cuidadosamente como secreto de Estado.

Por entonces los fenicios también desarrollaron técnicas mejores para fabricar vidrio, material que los egipcios elaboraban desde hacía miles de años.

Los griegos posteriores llamaron a los cananeos de la costa *phoiniké*, que tal vez sencillamente fuese su versión de la palabra «mercader», que es lo que también significa «cananeo». Pero la etimología habitual que se da de la palabra la hace derivar de la voz griega que significa «rojo y sangre», y se supone que alude al tinte que vendían los cananeos de la costa.

Es esa palabra griega la que se convirtió en nuestra voz «fenicio», y por lo general tendemos a olvidar quiénes eran esas gentes. El término «cananeo» nos es familiar principalmente por la Biblia, donde alude a los hombres del interior, mientras que la palabra «fenicio» nos es familiar sobre todo por la historia griega, en la que se refiere a los hombres de la costa. Yo usaré «cananeos» para los hombres del interior y «fenicios» para los de la costa, porque es lo usual. Pero debemos recordar que los fenicios eran cananeos.

Pero la prosperidad del siglo siguiente a la victoria de Tutmosis en la batalla de Cadesh no duró. Nada dura.

Los descendientes de Abraham

En 1379 a. C., Amenhotep IV fue hecho faraón de Egipto. Fue un reformador religioso que adoró al Sol como único dios, adoptó el nombre de Akenatón —«el Sol está satisfecho»— y se dedicó a persuadir a todo Egipto a que aceptase sus ideas. No logró convencer a los obstinados conservadores que eran los egipcios, pero mientras lo intentaba descuidó totalmente a Canaán.

Las guarniciones egipcias de las ciudades-Estado cananeas tuvieron que defender la región de ataques provenientes de las zonas desérticas orientales. Una vez más, Arabia estaba convulsionada y sus tribus buscaban el acceso a las deleitables riquezas de las regiones fértiles. De los puestos de avanzada llegaron a Akenatón una serie de informes sobre las actividades de los «apiru», que quizá sea la palabra de la que proviene «hebreo» en nuestra lengua. Aquella palabra, a su vez, derivaba de una voz semítica que significa «uno que es del otro lado», esto es, un extranjero de más allá o del otro lado del río Jordán.

Esas tribus hebreas tenían el mismo origen que los amorreos pero eran de un nivel inferior de civilización, por entonces. Hablaban un dialecto de una lengua que ya se hablaba en Canaán (que nosotros llamamos el «hebreo», pero que sería más lógico llamar «cananeo»). Luego adoptaron el alfabeto y muchos otros aspectos de la cultura cananea.

Pese a la negligencia de Akenatón, Egipto pudo impedir que las tribus hebreas se asentaran permanentemente al oeste del Jordán. Tuvieron que contentarse con formar una serie de pequeños reinos al este del Jordán, a lo largo del borde de la Media Luna Fértil. Inmediatamente al este del Jordán estaba Amón. Al sur de Amón y al este del mar Muerto estaba Moab. Más al sur aún, más allá del extremo meridional del mar Muerto, se hallaba Edom.

Después de la muerte de Akenatón, ocurrida en 1362 antes de Cristo, desaparecieron los intentos de reformas religiosas y Egipto cayó en un estado de semianarquía. Pero en 1319 a. C. apareció un nuevo faraón fuerte, Seti I. Por entonces, el dominio egipcio sobre Canaán era débil, y el nuevo faraón se propuso corregir la situación.

Canaán era nuevamente un conjunto de ciudades-Estado, cuyos únicos elementos nuevos eran los reinos hebreos del Este y el Sur. El gran peligro estaba en el Norte, donde los hititas de Asia Menor se habían convertido en una gran potencia.

Por el 1350 a. C., mientras Egipto aún luchaba con el caos provocado por el fervor reformista de Akenatón, los hititas, conducidos por un enérgico rey, habían aplastado al Mitanni, que desde entonces desaparece de la historia. En su lugar, ahora el Imperio Hitita se extendía hasta el norte de Canaán.

Seti I llevó su ejército a Canaán para restablecer el dominio egipcio, pero no pudo repetir la hazaña de Tutmosis III y llegar hasta el Eufrates. Cadesh, que medio siglo antes había resistido a Tutmosis III, era nuevamente antiegipcia y constituía el límite meridional del poder hitita.

En el reinado del sucesor de Seti, Ramsés II, que llegó al trono en 1304 a. C., se produjo la culminación del duelo entre las dos potencias. En 1298 a. C., Ramsés II condujo su ejército contra los hititas. Se acercó a Cadesh despreocupadamente, pues sus servicios de inteligencia le habían hecho creer que los hititas estaban lejos. Pero no era así. Le tendieron una emboscada y la vanguardia del ejército egipcio, a cuyo frente iba el mismo Ramsés II, se vio repentinamente atacada mientras el resto del ejército estaba aún bastante lejos.

Ramsés II contempló cómo eran destrozadas sus tropas, y él mismo estuvo en inminente peligro de ser muerto o capturado. Lo que lo salvó fue que los hititas no pudieron resistir la tentación de saquear el campamento egipcio. Esto los retrasó lo suficiente para permitir aparecer a los refuerzos egipcios. Los hititas fueron rechazados, finalmente, pero Ramsés II se dio por contento con poder retirarse a salvo, después de haber sufrido considerables pérdidas. Más tarde, en las inscripciones que hizo hacer, se habla de la batalla de Cadesh como de una gran victoria, en la que Ramsés barrió hordas de enemigos después de haber sido rodeado. Pero, en realidad, fue una derrota egipcia.

La guerra continuó, indecisa, hasta 1283, fecha en la que egipcios e hititas firmaron un tratado de paz por el que se dividía Canaán en mitades iguales, el norte para los hititas y el sur para los egipcios.

Así, la larga guerra pareció terminar en un empate, pero esto significó que ambas partes salieron perdiendo, pues quedaron terriblemente debilitadas en ese enconado duelo que no había llevado a nada. Ramsés II gobernó durante sesenta y siete años, y en su edad senil dejó que Egipto decayese. Durante ese período, el Reino Hitita fue gobernado por varios reyes débiles y fue acosado por el Reino Asirio, que había sucedido al Mitanni en los tramos superiores del Tigris y el Eufrates.

En los últimos años del reinado de Ramsés II, nuevas tribus hebreas llegaron a orillas del Jordán. Varias de ellas formaron una coalición para llevar a cabo una acción militar conjunta contra Canaán. Expresaron esa coalición a la manera tribal, identificándose como descendientes de varios hijos del antepasado legendario de Israel, quien fue a su vez identificado con el legendario Jacob, nieto de Abraham. Así, estas tribus hebreas aliadas se llamaron a sí mismas «los hijos de Israel», a quienes conocemos mejor como los israelitas.

Según una tradición, habían llegado de Egipto, donde habían estado esclavizados. Esto puede ser un oscuro recuerdo de la época en que los hicsos fueron expulsados de Egipto, tres siglos antes. Algunas de las tribus israelitas quizá hayan estado entre los semitas que permanecieron en Egipto después de la partida de los hicsos y que fueron esclavizados por los vengativos egipcios. Pero es difícil saber qué hay de verdad en esta tradición, pues no hay ningún testimonio de que los israelitas hayan estado en Egipto o hayan escapado de él, excepto las propias tradiciones israelitas que han llegado hasta nosotros en la Biblia.

Los israelitas reconocieron su parentesco con las tribus hebreas que los habían precedido en el intento de apoderarse de Canaán en la época de Akenatón, siglo y medio antes. Esto se expresó tribalmente en la suposición de que todas las tribus hebreas descendían de la familia de Abraham. (En efecto, en un lugar de la Biblia —*Génesis*, 14, 13— Abraham es llamado «el Hebreo».)

Así, se suponía que los edomitas descendían de Edom, quien era identificado con Esaú, nieto de Abraham y, por ende, hermano del antepasado de los israelitas, Jacob-Israel. Se creía que el pueblo de Amón y Moab descendía de Lot, sobrino de Abraham.

No sabemos si la gente de Edom, Amón y Moab reconocía ese parentesco común. Ninguna de sus tradiciones históricas ha llegado hasta nosotros. Sobre ellos sólo sabemos lo que los israelitas nos dicen en la Biblia.

Los israelitas pretendían apoderarse de los territorios cananeos situados al oeste del Jordán, región más rica y fértil que la Transjordania, explotada por los invasores anteriores. La zona del oeste del Jordán, con sus manantiales y sus ciudades bien fortificadas y ricas, parecían a los habitantes del desierto árabe verdaderamente una «tierra de leche y miel». Pero Amón, Moab y Edom estaban en el camino.

La conquista israelita

Las tribus israelitas podían haber sido detenidas por la oposición unida de los reinos hebreos, pero justamente en ese momento Moab fue atacada por la ciudad cananea de Hesbón, que estaba inmediatamente al este de los tramos inferiores del Jordán. Su territorio marcaba el límite septentrional del dominio moabita, pero por entonces se rebeló, y con éxito. Las fuerzas moabitas fueron rechazadas al sur del río Arnón, que desemboca en el mar Muerto desde el este.

Sin duda, Hesbón se sintió estimulada a rebelarse por el hecho de que las fuerzas moabitas estaban concentradas en el Este contra la amenaza israelita, pero si fue así le fallaron los cálculos. Las tribus israelitas aprovecharon rápidamente el hecho de que la tierra situada al norte del Arnón estaba sumida en el caos. Atacaron a la momentáneamente victoriosa ciudad de Hesbón y la arrollaron, abriéndose camino hasta el Jordán al norte del mar Muerto.

Alrededor del 1240 a. C., a fines del reinado de Ramsés II, los israelitas forzaron el paso del Jordán. Según sus leyendas, lo hicieron bajo la conducción de Josué, sucesor de Moisés, el legislador, quien acababa de morir, poco antes de efectuar el cruce.

En el Libro Bíblico de Josué, las circunstancias del cruce y la posterior conquista de la tierra situada al oeste del Jordán están relatadas en forma muy idealizada, como una ininterrumpida sucesión de victorias. Según esos relatos, los israelitas atravesaron el Jordán y se establecieron al principio en Gálgala, a unos ocho kilómetros al oeste del río y a sólo kilómetro y medio al este de Jericó.

Pese a sus sólidas fortificaciones, Jericó fue tomada y saqueada; la leyenda posterior atribuyó el derribamiento de sus murallas a la intervención divina. Desde allí los israelitas se lanzaron al Oeste, hacia el corazón de Canaán.

A unos veinte kilómetros al noroeste de Jericó estaba la ciudad de Hai y unos tres kilómetros más al noroeste la importante ciudad de Betel. Los israelitas, con excesiva confianza al principio, atacaron frontalmente con escaso número de tropas y fueron rechazados. Josué, entonces, ensayó una estrategia más sutil. Colocó un contingente en un lugar oculto y luego fingió llevar un ataque con otro grupo. Los atacantes simulados fingieron que eran derrotados y huyeron. Los hombres de Hai y Betel, con exceso de confianza a su vez, abandonaron incautamente sus defensas para lanzarse a una ardiente persecución. El contingente israelita oculto rápidamente marchó sobre las ciudades indefensas. En el momento apropiado, el contingente en retirada se volvió para combatir y cuando los cananeos trataron de retornar a sus ciudades, las hallaron ocupadas. Hai, al menos, fue destruida y nunca volvió a reconstruirse.

A ocho kilómetros al sur de Hai estaba la ciudad de Gabaón. Los gabaonitas desesperaron de vencer a las fieras tribus israelitas, hicieron alianza con ellas y ofrecieron pagar tributo a cambio de que se los dejase en paz. Las ciudades cananeas del Sur, bajo la conducción de las grandes ciudades de Jerusalén y Hebrón, habían formado una confederación contra el enemigo común y marcharon contra Gabaón para obligarla a volver a las filas cananeas.

Josué lanzó el ejército israelita a la ayuda de Gabaón y, en una batalla campal, obligó a los cananeos a retroceder, retirada que rápidamente se convirtió en una derrota. Fue en el curso de esta batalla cuando, según cuenta líricamente la Biblia, el sol y la luna se detuvieron para alargar el día y permitir a los israelitas lograr la destrucción completa del ejército enemigo. Josué realizó luego rápidas compañas por el Norte y el Sur en las que todo Canaán quedó en poder de los israelitas.

Pero ésta es la idealización posterior de la conquista. ¿Qué ocurrió realmente? La información es escasa, aparte de la Biblia. El Libro de los Jueces, que sigue al de Josué en la Biblia, parece contener tradiciones más antiguas y probablemente más realistas, y habla de una tierra de Canaán en la que los israelitas se habían establecido muy inseguramente y en la que los cananeos se mantenían en muchas regiones. Podemos suponer, pese a la leyenda de Josué, que la conquista no fue rápida ni completa.

Quizá el Josué legendario condujo a través del Jordán las fuerzas de sólo tres tribus: las de Efraim, Manasés y Benjamín. Estas son llamadas las «tribus de Raquel», pues la leyenda posterior las consideraba descendientes de Israel-Jacob y su mujer Raquel.

Ese primer embate de las tribus de Raquel no dejó de hallar oposición. Ramsés II de Egipto murió en 1237 a la edad de noventa años o más, y fue sucedido por su hijo Merenptah. En 1232 a. C., Merenptah condujo el ejército egipcio a Canaán y, al parecer,

infligió una derrota a los israelitas. Al menos en el testimonio que dejó de la campaña, dice, con típica exageración oficial: «Israel está desolado; su simiente ya no existe.»

Sea esto exagerado o no, podemos suponer razonablemente que Egipto, de no haber tenido otros problemas, habría dado cuenta de la invasión israelita y la conquista no se habría producido. Pero Egipto tenía otros problemas, pues por entonces todo el mundo antiguo estaba convulsionado.

Las conmociones empezaron en la región situada al norte del mar Egeo, en Europa, aproximadamente por la época en que los contingentes israelitas entraron en Canaán. Una tribu de pueblos grecohablantes, los dorios, se abrió camino hacia el Dur, derribando los reinos creados por un anterior grupo de griegos, los aqueos, quienes, a su vez, dos siglos antes habían destruido el Imperio Cretense. Los dorios llegaron hasta el extremo más meridional de Grecia y luego se lanzaron al mar, hacia las islas de Creta y Rodas. Mientras tanto, otro grupo de tribus, los frigios, se desplazaron desde el norte del mar Egeo hasta Asia Menor, donde destruyeron el debilitado y tambaleante Reino Hitita, que a partir de ese momento desaparece de la historia.

Muchos de los grupos que fueron trastornados por los invasores no vieron otra solución que unirse a los que no podían derrotar y seguirlos en sus correrías contra otros pueblos. Bandas de invasores formadas por una mezcla de griegos y no griegos atravesaron el Mediterráneo desde Creta y desembarcaron en la costa de Libia (la costa africana situada al oeste de Egipto), para unirse a los libios en un ataque contra Egipto.

Merenptah, que acababa de triunfar en Canaán, tuvo que cambiar de rumbo y soportar el terrorífico ataque de quienes los egipcios llamaban los Pueblos del Mar (porque habían llegado del mar). Merenptah logró rechazar a los Pueblos del Mar, pero el esfuerzo le imposibilitó todo intento ulterior de reafirmar la supremacía egipcia en Canaán. Se dejó que los israelitas llevasen a cabo su conquista como deseasen, o como pudiesen.

Pero la amenaza de los Pueblos del Mar no había desaparecido. Aunque derrotados por los egipcios, parecen haberse apoderado de Chipre. Desde aquí luego renovaron sus ataques. Por el 1185 a. C. sus hordas invadieron Canaán y se acercaron a Egipto desde la dirección por la que habían aparecido los hicsos cinco siglos antes.

El gobernante de Egipto en ese momento era Ramsés III. Reuniendo todas sus fuerzas, Ramsés III, en un monumental esfuerzo, logró rechazar a los invasores y expulsarlos de su tierra. Pero fue el último esfuerzo que los egipcios iban a hacer como gran potencia por seis siglos. Totalmente exhausta por sus luchas de tres siglos contra el Mitanni, los hititas y los Pueblos del Mar, después de la muerte de Ramsés III, en 1156, la nación se sumergió en el letargo y adoptó una permanente política de aislamiento.

Nuevamente los Pueblos del Mar fueron derrotados por Egipto, pero, al igual que antes, no fueron exterminados. Un grupo de ellos, llamado «peleset» por los egipcios, se establecieron en la costa, inmediatamente al norte de la península del Sinaí. Los israelitas los llamaron «pelishti», que en castellano ha dado «filisteos».

Para los antiguos griegos era la gente de la costa la que les interesaba, pues era la que encontraba en su comercio marítimo. La región ocupada por los filisteos, y toda la tierra interior, que ellos no ocupaban, fue llamada por el nombre de ellos, y esta palabra ha llegado hasta nosotros en la forma de «Palestina».

Los filisteos impidieron eficazmente que los israelitas penetrasen en la costa sur. Lo mismo hicieron más al norte las fuertes ciudades fenicias. Los israelitas quedaron

limitados a la región montañosa central de Canaán. Su asentamiento más firme fue el que realizaron a lo largo de la costa occidental del Jordán, donde se establecieron las tribus de Raquel: Manasés al norte, Benjamín al sur y, entre ellas, Efraim.

Formaron alianzas con otras tribus invasoras del Norte, a las que consideraban descendientes de Israel-Jacob y otras esposas, aparte de Raquel. Ellas eran Aser, Neftalí, Zabulón e Isacar, También hicieron alianzas con la tribu de Dan, que luchaba cerca de la costa con los filisteos, y con las de Gad y Rubén, asentadas en la costa oriental del Jordán.

En el sur estaban las tribus invasoras de Judá y Simeón (aunque sólo Judá era importante, pues pronto absorbió a los simeonitas). Judá era un caso especial. Ocupaba la parte más meridional de Canaán, la zona más árida y menos desarrollada del territorio. Los de la tribu de Judá se mezclaron con las familias cananeas de la región, y aunque Judá y Simeón figuran entre los hijos de Jacob en la Biblia, esas tribus nunca formaron parte realmente de la confederación israelita.

Los israelitas posteriores pensaron que la confederación estaba compuesta, en total, por doce tribus, incluyendo a Judá y Simeón. Tal vez esto no fuese accidental, pues el número doce tenía ciertas asociaciones místicas. Era el número de ciclos de las fases lunares que se producen en un ciclo de estaciones, esto es, el número de meses del año y, por ende, el número de constelaciones del zodíaco. Para los nómadas y los cazadores, la luna era el método lógico para contar el tiempo, mas para los agricultores lo más importante eran las estaciones. Por ello, un método para reconciliar los ciclos de la luna y el sol tenía toda clase de significaciones religiosas, que naturalmente compartía el número doce.

De hecho la tribu de Leví también formaba parte de la confederación como miembro decimotercero, pero era muy pequeña y ocupaba una serie de ciudades dispersas, más que una porción continua de territorio. Por ello no contaba como tribu territorial, de modo que el número seguía siendo doce. Pero se hacía remontar su ascendencia a Leví, un hijo de Israel, y para que quedase claro que Israel sólo había tenido doce hijos, a las tribus de Efraim y Manasés se las consideraba descendientes de dos nietos de Israel. Esos dos nietos eran hijos de José, el hijo favorito de Israel. (Por esta razón, a veces se agrupa las tribus de Efraim y Manasés bajo el nombre de «tribus de José».)

3. Israel

Las tribus

Las tribus de Israel formaban una laxa confederación a la que podemos llamar sencillamente «Israel». Esta confederación era realmente muy laxa, y las tribus, excepto en momentos difíciles, se conducían casi como entidades independientes. Cada una tenía sus propias tradiciones y sus propios dirigentes. Algunos de estos líderes fueron luego vividamente recordados en la tradición por haber sido victoriosos sobre uno u otro enemigo. Se los llamaba «jueces», pues una de las funciones de un líder en una sociedad tribal es juzgar las disputas y tomar decisiones apropiadas, lo cual (se esperaba) brindaba a todos el máximo de justicia.

En historias posteriores de Israel estas tradiciones tribales fueron interpretadas como si formaran parte de las actividades de una nación unida. Por esta razón se suponía que los jueces habían gobernado a todas las tribus, uno después de otro. Se contaban doce jueces, por el valor místico del número, aunque algunos de ellos son despachados en la Biblia en una o dos líneas.

Como resultado de esta errónea interpretación, los cálculos basados en el Libro de los Jueces dan al período tribal una duración de más de cuatrocientos años y hacen remontar la conquista israelita al 1450 a. C., aproximadamente. Pero si se lo interpreta con más realismo y se supone que las tribus eran bastante independientes y que diferentes jueces pueden haber gobernado simultáneamente, parecería que el período tribal duró menos de un siglo y medio. Si se admite esto, la conquista israelita se habría producido alrededor de 1200 a. C.

Además de la ocasional necesidad de defenderse contra un enemigo común, un vigoroso factor que mantuvo unidas a las tribus fue la religión. Es difícil saber cómo era la religión de los israelitas en la época en que atravesaron el Jordán, pues los líderes religiosos de tiempos posteriores tendían a hacer remontar a tiempos primitivos sus propias complejas creencias. Probablemente la religión israelita de la época de la conquista no difería mucho de la de las otras tribus nómadas, y quizá adorasen a un dios de las tormentas no muy diferente de otros dioses *.

La forma de culto de los israelitas invasores era primitiva y carecía del colorido y el complicado ritual que se habían desarrollado en las ciudades de Canaán de larga civilización. Los austeros hombres de las tribus del desierto consideraban perversas las prácticas cananeas. No cabe sorprenderse de esto, pues las gentes de las regiones rurales siempre han desaprobado las sofisticadas costumbres de la «ciudad malvada» hasta la actualidad.

---

* El nombre del dios israelita se escribía con cuatro consonantes: YHVH. Las vocales no se indicaban, y como los israelitas posteriores preferían no usar el nombre por razones supersticiosas, no se sabe con certidumbre cuáles eran las vocales. Posteriormente se usó el nombre «Jehová», que —casi ciertamente— es erróneo, y los sabios modernos prefieren el nombre «Yahvéh».

Surgieron dos partidos religiosos entre los israelitas. Algunos adoptaron los variados rituales cananeos y, ocasionalmente, hasta los dioses cananeos. Otros se aferraron a la más sencilla y antigua adoración de Yahvéh. Estos últimos, a quienes podemos llamar yahvistas, no estaban habituados a las elaboradas figuras de madera o piedra («ídolos») que representaban a los dioses y lanzaron sus invectivas principalmente contra la «idolatría», la adoración de ídolos.

La Biblia refleja la concepción yahvista, y probablemente hace que los yahvistas parezcan más importantes de lo que realmente fueron. Durante unos seiscientos años a partir de la conquista, los yahvistas fueron un partido minoritario y no ejercieron por lo general mucha influencia sobre la dirección israelita.

Durante el primitivo período tribal, la tribu más fuerte era Efraim y su centro de culto más venerado estaba en la ciudad de Siló, situada a unos 30 kilómetros al norte de Jerusalén. No se sabe por qué se la eligió como lugar sagrado. Hay pruebas arqueológicas de que el sitio en que se hallaba Siló no estuvo ocupado hasta después de la conquista israelita. Quizá los israelitas eligieron deliberadamente un lugar no ocupado anteriormente, para crear un centro cultural que no estuviese asociado a la dominación cananea.

Una manera en que las otras tribus manifestaban su adhesión a la confederación era haciendo apropiados sacrificios en Siló, y en épocas fijas del año los hombres realizaban peregrinaciones al lugar sagrado desde las diversas tribus.

Entre los enemigos comunes que mantenían unidas a las tribus se contaban, por supuesto, los cananeos, que aún eran fuertes en el Norte, aún después de que las tribus de Raquel se apoderasen del Canaán central. Los cananeos del Norte quizá tuvieron el apoyo de las ricas ciudades de la costa. Habían sufrido devastaciones como resultado del embate hacia el Sur de los Pueblos del Mar, pero la ciudad de Sidón fue la primera en recuperarse. Ubicada a 65 kilómetros al sur de Biblos, se convirtió en la ciudad principal de la región posteriormente llamada Fenicia. Por ello, en el Libro de los Jueces a los cananeos de la costa se los llama sidonios.

Otro enemigo, que era al mismo tiempo más peligroso y más aborrecido, eran los filisteos. Entre los filisteos y los israelitas se elevaba una barrera representada por el rito de la circuncisión: el corte del prepucio del pene.

Este rito parece haber sido practicado primero por los antiguos egipcios. Fue adoptado por los cananeos durante los siglos de su dominación por Egipto, y por los israelitas también, cuando entraron en esa tierra. La circuncisión quizá se haya originado en un rito de la fertilidad o como substituto de los sacrificios humanos, pero los israelitas posteriores lo hacían remontar a Abraham y lo consideraban como una forma de aceptar el pacto con Dios por el cual poseían legítimamente a Canaán.

Sea cual fuere la explicación de su origen, quienes practicaban el rito de la circuncisión lo consideraban de la mayor importancia. Los filisteos, que venían de Occidente y poseían un fuerte componente griego, adoptaron la lengua hebrea y muchas de las formas de culto semíticas, pero nunca aceptaron la circuncisión. El hecho de que fueran incircuncisos los hacía particularmente horribles a los ojos de los israelitas.

Podría pensarse que los filisteos no eran un peligro demasiado grande. Eran relativamente pocos y ocupaban una pequeña región a lo largo de la costa. Más aún, ni siquiera presentaban un frente unido, sino que constituían una poco sólida confederación formada, a la manera griega, por ciudades-Estado. Eran cinco, tres de las cuales estaban sobre la costa. Eran Asdod, Ascalón y Gaza. A unos quince kilómetros

tierra adentro, desde Asdod, se hallaban las otras dos ciudades-Estado: Ecrón y Gat. Pero, pese a su pequeño número, su desunión y la particular hostilidad de sus vecinos circuncisos, los filisteos pudieron tomar la ofensiva. En gran medida, la razón de esto estribaba en las armas.

Durante mil años el bronce había sido el material por excelencia para fabricar herramientas y armas, pero el cobre era un material raro y el estaño necesario para obtener el bronce mediante su aleación con el cobre era más raro aún. Se conocía al menos un metal que era mejor que el mejor bronce: el hierro, por lo menos la aleación de hierro que se encontraba en los meteoritos.

El hierro meteórico era mucho más duro y resistente que el bronce, pero era difícil de trabajar y, peor aún, era todavía más raro que el cobre y el estaño.

Pero luego se descubrió que, así como puede obtenerse cobre calentando ciertos minerales, del mismo modo puede obtenerse hierro. El inconveniente consistía en que, para obtener hierro de los minerales, se necesitaban temperaturas más elevadas, y no era nada fácil alcanzarlas. Más aún, el hierro obtenido era duro, pero quebradizo, o resistente, pero blando. El tipo de hierro que era útil para herramientas y armas —ahora diríamos que se trata de un tipo de acero— debía ser fundido de igual modo.

El método para tratar apropiadamente el hierro fue descubierto en el territorio hitita o cerca de él por el 1400 a. C., desde donde se difundió lentamente. Las tribus dorias que invadieron Grecia tenían armas de hierro, y ésta es la razón de que venciesen tan fácilmente a los aqueos, que tenían armas de bronce. Los Pueblos del Mar también tenían hierro; cuando los filisteos se apoderaron de la costa cananea, llevaban consigo armas de hierro. Y no eran tan tontos como para revelar el secreto de la fundición del hierro. Mientras pudieron mantener en secreto esa técnica, los israelitas tuvieron que combatir contra ellos con armas inferiores.

No sólo pudieron los filisteos mantenerse fácilmente en la costa gracias al hierro, sino que hasta sometieron a tributo a las tribus más cercanas a ellos: Dan, Judá y Simeón. Durante todo el período que siguió inmediatamente a la conquista, estas tribus sólo desempeñaron un papel secundario.

La Biblia relata el cuento de un grupo de danitas que, juzgando intolerable la vida bajo los filisteos, marchó a 150 kilómetros al norte, tomó la aislada ciudad cananea de Lais, la saqueó y luego se estableció en ella, rebautizándola con el nombre de Dan. Durante unos tres siglos, Dan fue la ciudad más septentrional de la confederación israelita, y Beersheba la más meridional. «De Dan a Beersheba» fue una manera de decir «todo Israel».

Los jueces

Las tribus septentrionales, la más alejadas de los filisteos y sus armas de hierro, tuvieron la ocasión de llevar una vida menos restringida que las tribus de la región del mar Muerto. Efraim mantuvo una clara supremacía militar sobre las tribus del norte. Esto se pone de manifiesto en relación con una batalla que se libró en las primeras décadas después de la conquista.

Las tribus que se establecieron alrededor del mar de Galilea se mantuvieron muy precariamente contra las todavía potentes ciudades cananeas de la región. Jabín, rey de Hazor, organizó y encabezó una liga cananea dirigida contra los israelitas. Los cananeos, posiblemente con la ayuda de sus parientes de las ciudades fenicias de la

costa, estaban bien equipados con carros y armas de hierro. Los israelitas del lejano Norte no podían estar a la par de ellos.

El líder de las tribus septentrionales era Barac, de la tribu de Neftalí. Reunió todos los hombres que pudo en el monte Tabor, situado a unos 40 kilómetros al sudoeste de Hazor. Tenía una ubicación central y era un punto fácil de defender. Aun así, la moral israelita era baja frente al superior armamento del enemigo cananeo, y Barac sabía que no podía hacer que sus hombres resistieran mucho tiempo. Antes de lanzarse a la lucha, Barac tenía que negociar con Efraim, que por entonces se hallaba bajo el mando de una mujer (situación muy excepcional), Débora. Recibió promesas de ayuda, pero sólo con la condición (podemos suponer, razonablemente) de que la conducción de la batalla estuviese en manos de los efraimitas. Se selló la alianza, llegaron contingentes de las tribus de Raquel y sólo entonces los israelitas estuvieron dispuestos para la batalla.

Los cananeos atacaron, pero hallaron que sus carros no podían avanzar por el terreno rocoso del monte Tabor. Los israelitas resistieron, y luego aprovecharon una repentina tormenta para contraatacar. Al enfangarse el terreno, los pesados carros de hierro quedaron atascados y los cananeos sufrieron una carnicería. El general cananeo, Sísara, tuvo que abandonar su carro y huir a pie. Fue asesinado por una mujer en cuya tienda buscó refugio. Hazor fue destruido y el poder cananeo en el Norte quedó tan debilitado que ya no constituyó un peligro para Israel.

En el capítulo quinto del Libro de los Jueces se conserva un himno triunfal que, aparentemente, se remonta a esa época (quizá 1150 a. C.) y figura entre los más antiguos pasajes de la Biblia. En ese himno, llamado El Cántico Triunfal de Débora, se enumeran las tribus que participaron de la victoria. La primera, naturalmente, es Efraim, y luego las otras tribus de Raquel: *Los de Efraim los exterminaron contra Amalec. / Detrás de ti, Benjamín, entre tu pueblo. / De Maquir [Manasés] bajaron los jefes...*

Luego se mencionan las tribus del Norte que combatieron: «*...los príncipes de I sacar estaban con Débora»;* y *«Zabulón y Neftalí fueron pueblos que arriesgaron su vida*».

Pero otras tribus fueron censuradas severamente por no incorporarse al combate y mantener, en cambio, una posición neutral: *«En las filas de Rubén / Hay gran ansiedad de corazón. / ¿Por qué te quedaste en tus apriscos / Oyendo las flautas de tus pastores? / ... / Galaad descansaba al otro lado del Jordán. / ¿Y por qué Dan permaneció en los barcos? / Aser permanecía en la costa*».

Había, quizá, circunstancias atenuantes. Aser estaba bajo la dominación de los fenicios de la costa, y Dan bajo la de los filisteos. Gad y Rubén, que estaban al este del Jordán, debieron enfrentarse con Amón y Moab, respectivamente. De todos modos, es evidente que los lazos de la confederación eran flojos. Fue menester suplicar a Efraim que llevase a las fuertes tribus de Raquel en apoyo del Norte débil. Cuatro de las tribus no tomaron parte alguna en la lucha.

Otro hecho interesante es que Judá y Simeón no son siquiera mencionados en el Cántico Triunfal de Débora. Al parecer, por aquel entonces esas tribus meridionales no eran consideradas parte de la confederación israelita. En verdad, durante todo el período de los jueces su papel parece haber sido insignificante. Es conveniente, en algunos aspectos, restringir el término «Israel» a las diez tribus nombradas en el Cántico de Débora y llamar «Judá» a los pueblos meridionales.

La hegemonía efraimita y la determinación de sus líderes de mantenerla se hacen claras en el cuento de Gedeón. Las tribus de Raquel no tenían nada que temer de los cananeos del Norte, una vez quebrantado su poderío, pero eran víctimas de las correrías

a través del Jordán que realizaban las tribus árabes (los madianitas) del desierto. Era lo que las mismas tribus de Raquel habían hecho un siglo antes, y ahora ellas se encontraron en el mismo papel defensivo en el que habían fracasado los cananeos.

La que soportó lo más recio del ataque madianita fue la tribu de Manasés. Su líder tribal, Gedeón, emprendió la acción contra los madianitas. Colérico, tal vez por la lentitud de los líderes efraimitas, unió a su alrededor a las tribus del Norte y reconstituyó la misma coalición que había derrotado a los cananeos en el monte Tabor. Pero no apeló a Efraim, sino que parecía satisfecho de prescindir de esta tribu.

El ejército madianita era muy diferente del de los cananeos. Los nómadas montaban camellos, no caballos y carros acorazados. Su equipo era aún más primitivo que el de los israelitas y su única ventaja era su movilidad, su habilidad para descargar un golpe y desaparecer. Era inútil tratar de enfrentarlos en una batalla campal.

Por ello, Gedeón organizó un ataque sorpresivo contra el campamento de los madianitas, situado al oeste del Jordán. Los madianitas, poco expertos en el arte de la guerra, no estaban preparados para un ataque nocturno. Gedeón llevó a su pequeño grupo durante la noche hasta las alturas que dominaban el campamento madianita y atacó con gran estrépito y antorchas, más que con armas. Despertados repentinamente y sin saber qué estaba ocurriendo, creyeron que los rodeaba un formidable ejército y los madianitas huyeron presas de pánico al este del Jordán.

Pero Gedeón también les había preparado una trampa allí. Con deliberada tardanza, había informado a Efraim de sus planes y orientado las legiones efraimitas hacia los vados del Jordán. Allí dieron cuenta de los madianitas en huida, y pocos de ellos escaparon.

Pero el prestigio de la victoria cayó totalmente sobre Gedeón y, por tanto, también sobre la tribu de Manasés. Los efraimitas, cuyo papel había sido secundario, se irritaron y por un momento la guerra civil pareció inevitable. Gedeón sólo pudo evitarla mediante una humilde sumisión a Efraim y el reconocimiento de la supremacía efraimita.

Pero aun así el prestigio de Gedeón era suficientemente grande como para que la tribu de Manasés desease hacer hereditario su liderato, es decir, hacerlo rey. Y en verdad, después de su muerte, uno de sus hijos, Abimelec, se hizo con el poder por la fuerza, matando a todos sus hermanos (y, por lo común, hay muchos hermanos en una sociedad donde los líderes son ostentosamente polígamos). El intento sólo duró tres años; Abimelec fue muerto mientras asediaba una ciudad rebelde.

Fue un presagio del futuro y un signo de la creciente complejidad de la vida israelita. En la antigua vida nómada anterior a la conquista, la tosca y sencilla democracia involucrada en la elección de un nuevo líder cuando el viejo había muerto no causaba muchos problemas. Pero ahora se acumulaban las propiedades y las riquezas, y el período de incertidumbre y desórdenes civiles entre la muerte de un líder y la elección del siguiente era demasiado costoso. Cada vez más, los israelitas reflexivos estuvieron a favor del establecimiento de una monarquía, esto es, de un sistema por el cual el padre sea automáticamente sucedido por el hijo, para incrementar la estabilidad política y social. Pero el primer intento había fracasado, y los iba a haber peores.

La tribu de Gad, al este del Jordán, fue hostigada por el pueblo de Amón, la tribu hebrea que había llegado a esa parte de Canaán antes que los israelitas. Como consecuencia de la continua lucha con Amón, Gad no había podido unirse a las tribus del oeste del Jordán en su guerra contra los cananeos y los madianitas. (Gedeón había

saqueado algunas de las ciudades de Gad en venganza por la negativa de esa tribu a ayudarlo.)

Pero luego apareció un enérgico líder militar en Gad, un hombre llamado Jefté. En una batalla librada cerca de Mispá, inmediatamente al sur del río Jaboc y al este del Jordán, los gaditas obtuvieron una completa victoria sobre Amón. En relación con esta batalla, Jefté parece haber sacrificado a su hija. Este no era un hecho desconocido entre los pueblos de Canaán. Las deidades adoradas se sentían muy complacidas con un sacrifico tan precioso como el del propio hijo del líder (o a veces del mismo líder). Indudablemente la victoria sobre los amonitas fue atribuida al sacrificio y Jefté fue considerado un gran patriota. Pero en épocas posteriores, quienes editaron los escritos bíblicos, horrorizados ante los sacrificios humanos, suavizaron la historia (demasiado conocida para poder suprimirla) haciendo que el sacrificio fuese una consecuencia de un voto apresurado.

Pero Jefté, como antes Gedeón, había combatido sin la debida consideración por el liderazgo celosamente custodiado de Efraim. Esta vez los efraimitas no se aplacaron y atravesaron el Jordán con la intención de castigar a los gaditas por su presunción, al obtener victorias sin ellos.

Jefté se retiró fríamente ante ellos y envió contingentes a custodiar los vados del Jordán, pues los efraimitas, en su desmedida autosuficiencia, no se habían molestado en asegurarlos. No suponían que tendrían que retirarse presas de pánico.

Pero eso fue exactamente lo que ocurrió. Jefté los derrotó en una encarnizada batalla, y cuando los efraimitas derrotados huyeron, se hallaron atrapados en el Jordán. Algunos, al parecer, fingieron ser viajeros comunes, pero los rudos soldados de Jefté tenían instrucciones de exigir a todo caminante dudoso que dijera «shibboleth» (que significa «corriente»). El sonido «sh» no existía en el dialecto efraimita, por lo que todo el que dijera «sibboleth» era muerto inmediatamente. (Esta palabra pasó a la lengua inglesa, en la que ahora designa a toda consigna o lema de un partido político.) Esta batalla, librada alrededor del 1100 a. C., puso fin a la hegemonía efraimita, que había durado aproximadamente un siglo, o sea, desde la época de Josué.

[Mapa III – Las Tribus de Israel (c. 1100 a. C.)]

Los filisteos

Esta guerra civil israelita y el debilitamiento de Efraim fueron catastróficos para Israel, en general. Sin los contingentes efraimitas a los cuales unirse, las tribus eran mucho más impotentes ante sus enemigos. En verdad, lo único que las mantuvo unidas ahora fue el santuario de Siló, pues la preeminencia religiosa de Efraim sobrevivió a su decadencia política y militar. (Esto ocurre con frecuencia. Así, en nuestra propia cultura, Roma siguió siendo un centro religioso después de desaparecer su importancia política y militar como centro de un gran imperio.)

Lo que empeoró las cosas para las tribus israelitas fue que este período de desunión y debilidad de ellas coincidió con un período de creciente unidad y vigor de los filisteos. Fue por entonces cuando las cinco ciudades-Estado filisteas cayeron bajo la dominación de Gad y estuvieron en condiciones de hacer sentir su influencia más vigorosamente que nunca sobre las tribus cercanas de Dan y Judá.

A este período, quizá, corresponden los cuentos sobre el héroe danita Sansón. Lo que realmente ocurrió ha quedado oscurecido tras los adornos tradicionales de la leyenda del hombre fuerte, relatos que ganan popularidad en toda cultura (en la nuestra, por ejemplo, los cuentos sobre Paul Bunyan). Podemos conjeturar que Sansón llevó una guerra de guerrillas contra los filisteos, pero finalmente fue tomado prisionero.

Después de dominar toda la región situada al oeste del mar Muerto, los filisteos se sintieron tentados a tratar de extender más aún su dominación. Inmediatamente al norte de la frontera filistea estaban las ciudades de Benjamín y Efraim. Efraim aún gozaba del prestigio de su antiguo liderazgo y de su posesión del santuario central de los israelitas, Siló. Si Efraim era derrotada —y nunca se había recuperado del desastre en los vados del Jordán—, entonces toda la confederación israelita caería en manos de los filisteos. Los filisteos iniciarían, en tal caso, la creación de lo que podía llegar a ser un considerable imperio.

No conocemos los detalles de la crisis que se gestó, pero alrededor del 1050 a. C. se libró una batalla decisiva. Los filisteos, bien armados y bien disciplinados, se habían desplazado desde la costa y se internaron tierra adentro hasta la ciudad de Afec. Esta se hallaba a unos cincuenta kilómetros de la capital filistea, Gat, y a sólo veinticinco kilómetros al oeste de Siló.

Los efraimitas, con todos los contingentes que pudieron reunir de los otros miembros de la confederación, enfrentaron al enemigo con incertidumbre. En una escaramuza preliminar, los efraimitas fueron totalmente derrotados, y los líderes pensaron que la única esperanza de sobrevivir era restaurar con alguna drástica medida la baja moral de las tropas.

En el santuario de Siló se hallaba el «arca de la alianza», una caja sagrada que, según la tradición, había sido llevada a Israel en la época de la conquista, siglo y medio antes. Era el objeto más sagrado del culto israelita y, en ausencia de ídolos, la más concentrada expresión del dios israelita.

Se envió a buscar el arca y se la llevó al campamento con solemnes ceremonias. Se esperaba que los efraimitas sintiesen que su dios estaba personalmente presente en el campamento e iba a luchar con ellos contra los filisteos. El hecho no se ocultó a los filisteos, por supuesto, pues era importante que el enemigo supiera que debía enfrentarse con el dios israelita para desanimarlo.

Esa maniobra podía haber sido un buen recurso de guerra psicológica, pues era creencia común entre los pueblos de la época que cada cultura tenía su dios guardián, por así decir. Los filisteos estaban totalmente dispuestos a creer en la existencia y el poder del dios israelita sobre Israel y, simultáneamente, en la existencia y poder de sus propios dioses sobre ellos. En el momento decisivo la cuestión era cuál conjunto de deidades sería la más fuerte. Cabía esperar que los filisteos, estando realmente en el campamento israelita su objeto cultural, mientras los más poderosos ídolos filisteos se hallaban lejos, se pondrían nerviosos.

(Las creencias israelitas de la época eran igualmente primitivas. En tiempos posteriores llegarían a pensar que no era menester llevar a su dios al campamento, sino que existía en todas partes y podía brindar la victoria a su pueblo independientemente de dónde se encontrase el arca o siquiera de que existiese; pero esto era para el futuro.)

De todos modos, la maniobra psicológica fracasó. Los jefes filisteos, previendo el mal efecto que causaría la llegada del arca sobre la moral de sus tropas, no dieron tiempo para que esto sucediese. Ordenaron atacar inmediatamente, y los efraimitas no pudieron

resistir el ataque de las armas de hierro. Fueron aplastados, el arca fue capturada por los filisteos y la misma Siló tomada y saqueada. Quedó totalmente destruida y desapareció de la historia.

Pero el arca no desapareció. Los filisteos la tenían, pero la trataron cautelosamente. Era expresión de un dios que, aunque derrotado, podía tener algún poder mágico y que, por ende, merecía un trato cuidadoso. No la querían en su propio territorio, pues un dios podía resentirse en el exilio, y sus propios dioses podían recelar del intruso. Por ello la dejaron en Quiryat-Yearim, pequeña ciudad del norte de Judá.

Había surgido una especie de Imperio Filisteo, y prácticamente toda la confederación israelita estaba bajo la dominación filistea. La única resistencia nacional que subsistió fue la conducida por un líder llamado Samuel. Se mantuvo como guerrilla en la región montañosa de Efraim y Benjamín.

Nuevamente nos faltan los detalles sobre todo esto. La marea filistea bajó por un momento; tal vez hubo querella entre sus ciudades. Sea como fuere, Samuel se mantuvo y la causa israelita adquirió algo más de vigor. En la vejez de Samuel, un hombre más joven, Saúl, de la tribu de Benjamín, se destacó en la persistente resistencia.

Ahora estaba claro para muchos israelitas que la causa de sus desdichas estaba en su desunión y en el carácter desorganizado de su liderazgo. Debía haber mayor unión y un jefe más fuerte. En suma, tenía que haber un rey, y Saúl parecía el candidato lógico para el cargo. Samuel puso su prestigio de su lado y contribuyó a la consagración de Saúl como rey de Israel.

Los redactores bíblicos de siglos posteriores, que escribían en una época en que la realeza había fracasado, introdujeron pasajes que hacían aparecer a Samuel como adversario del establecimiento de un rey. En verdad, Israel iba a experimentar las dificultades que surgen de las diferencias entre los líderes políticos y los líderes religiosos. (Hoy llamaríamos a esto la fricción entre el Estado y la Iglesia.)

Del lado de Saúl, o de cualquier rey, estaban los guerreros, los grupos guerrilleros que resistían a los filisteos y que no veían más salvación que la fuerza. Del otro lado, estaban grupos de hombres que se entregaban a la devoción extática, que tocaban instrumentos, cantaban, danzaban, caían en trance y llegaban al frenesí. Se suponía que en estos estados de frenesí estaban en contacto con la deidad, y sus murmullos y exclamaciones incoherentes eran considerados como mensajes divinos. Esos hombres y sus adeptos juzgaban más seguro dejarse guiar ante todo por esos mensajes.

Esos individuos extáticos, a los que podríamos aplicar la palabra moderna de «derviches» (que designa a individuos similares en la religión mahometana), eran llamados en tiempos antiguos «profetas», de una palabra griega que significa «proferir» (con referencia a sus estados extáticos). Puesto que se suponía que las formulaciones proféticas informaban sobre el futuro, la palabra llegó a significar «alguien que puede predecir el futuro».

Al comienzo, pues, fue difícil para Saúl implantar la realeza. Las otras tribus no estaban exultantes de alegría ante la perspectiva de tener un rey benjamita, y el partido profético se mostraba tibio. Se necesitaba alguna hazaña espectacular para elevar el prestigio de Saúl.

Se presentó la oportunidad con motivo de ciertos sucesos que se produjeron al este del Jordán. La supremacía filistea era débil del otro lado del Jordán, y la tribu de Gad conservaba un mayor grado de independencia que la mayoría de los israelitas que vivían

al oeste del río. Pero esto no significaba que no hubiese muchos problemas. Gad aún estaba en lucha con el Reino de Amón, como en los días de Jefté, casi un siglo antes.

La ciudad de Jabes-Galaad, en tiempos de la aparición de Saúl, estaba asediada por los amonitas. Estaba a punto de rendirse, pero los amonitas sólo aceptaban perdonar la vida de sus habitantes a condición de arrancarles el ojo derecho. Los hombres de Jabes-Galaad, como último recurso decidieron resistir un poco más y pedir ayuda a las tribus del oeste del Jordán.

Saúl entró en acción inmediatamente. Reunió todos los hombres que pudo y, eludiendo a las fuerzas filisteas, avanzó a marchas forzadas por los 80 kilómetros que separaban Jabes-Galaad de su propia base. Al llegar antes de lo esperado logró sorprender a los amonitas. Estos, totalmente desprevenidos, fueron derrotados y Saúl liberó la ciudad.

Fue una hazaña espectacular: la primera acción militar de la que los israelitas podían realmente enorgullecerse desde la época de Jefté. La reputación de Saúl se agigantó y triunfó la corriente que deseaba proclamarlo rey. Samuel procedió a consagrarlo con todos los rituales religiosos.

En aquellos tiempos, los reyes tenían un acentuado carácter sacerdotal y era muy común que la misma persona fuese rey y supremo sacerdote de la nación. Por esta razón, el ritual por el que se consagró rey a Saúl era muy semejante al usado para la consagración de un alto sacerdote. Una parte importante del ritual consistía en la unción con un óleo sagrado. El óleo era usado en aquellos días para lavar el cuerpo, y la unción con él representaba una purificación del pecado. La ceremonia de la unción era tan importante que un rey, un alto sacerdote o cualquiera que fuese ambas cosas era llamado «el Ungido». En hebreo, la palabra correspondiente era «mashiah», de donde deriva la voz castellana «mesías».

Saúl

Saúl fue hecho rey por el 1020 a. C., y estableció su capital en Guibá, ciudad de Benjamín situada a unos seis kilómetros al norte de Jerusalén. Evidentemente, el mero acto de proclamarse rey era una provocación para los filisteos y ello significó inmediatamente la guerra. Mientras que a las bandas guerrilleras los filisteos podían combatirlas en encuentros de poca monta, la creación de una monarquía exigía un esfuerzo mayor.

Saúl reaccionó con la rapidez y la decisión que había mostrado con respecto a Jabes-Galaad. Su hijo Jonatán realizó una correría de diversión contra Gueba, a sólo cinco kilómetros de la capital de Saúl. Tenía una pequeña guarnición filistea, la más cercana al centro de resistencia israelita; Jonatán la sorprendió y la exterminó. Mientras, Saúl se estableció en una fuerte posición defensiva en Michmash, a tres kilómetros al noroeste de Gueba.

Los encolerizados filisteos, que avanzaron contra las principales fuerzas israelitas reunidas en Michmash fueron nuevamente sorprendidos por una rápida incursión de los hombres de Jonatán. El daño infligido no fue mucho, pero los filisteos creyeron que la pequeña banda de Jonatán era un ejército mucho mayor y se retiraron apresuradamente. El hecho no fue enteramente favorable para Saúl, pues era evidente que el mayor mérito por la victoria sobre los filisteos correspondía a Jonatán.

En las monarquías, aun en tiempos modernos, no es raro que exista rivalidad y hasta odio entre el rey y su heredero. Saúl debe de haber pensado que si Jonatán se hacía

demasiado popular, podría fácilmente derrocar a su padre y ocupar el trono. Por consiguiente, ordenó la ejecución de Jonatán por una infracción al ritual, y sólo la violenta oposición del ejército lo obligó a rescindir la orden. Pero era justamente esta popularidad en el ejército la más peligrosa de todas, y Saúl sintió cada vez mayores recelos hacia su hijo.

Después de la batalla de Michmash, los filisteos fueron obligados a retirarse, y el repentino fulgor de la fortuna de Israel inspiró a Judá la idea de rebelarse. Judá había estado dominada por los filisteos durante casi toda su historia, y ahora proclamó con alegría su fidelidad a Saúl. Un ejército unido judeo-israelita derrotó a los filisteos en Shocoh, ciudad situada a unos 25 kilómetros al sudoeste de Jerusalén, y todo Judá pasó bajo dominio israelita.

Saúl hizo más aún. Limpia Judá de filisteos, condujo a su ejército aún más al sur y libró una victoriosa campaña contra los amalecitas, pueblo nómada que habitaba al sur de Judá y cuyas incursiones contra la población de ésta eran muy dañinas. Fue una política muy hábil, pues de este modo Saúl no sólo mostró su poder a Judá de cerca, sino que también se ganó su gratitud mediante la destrucción de un enemigo particular.

Saúl reinó durante unos veinte años —un duro reinado que se caracterizó por una guerra continua contra los filisteos— con buen resultado. En 1005 a. C., su reino interior (pues en ninguna parte llegaba a la costa, que siguió dominada por los filisteos, en el Sur, y los fenicios, en el Norte) se extendía por cerca de 200 kilómetros de Norte a Sur y unos 110 de ancho. Era, tal vez, tan grande como el Estado de Massachusetts, y los israelitas eran más fuertes que nunca.

Pero hubo también puntos oscuros en su reinado. Saúl tenía enemigos internos, y el principal de ellos fue Samuel, jefe del partido profético. Pensaba Saúl que, habiendo sido ungido rey, automáticamente había sido ungido también alto sacerdote. Pero, en opinión de Samuel, la realeza de Saúl era puramente secular y la función sacerdotal le correspondía a él, a Samuel.

La querella culminó después de la victoria de Saúl en la campaña contra los amalecitas. Saúl había capturado al jefe amalecita Agag, además de un gran botín de ganado vacuno y ovejas. Quizá a Saúl, que proyectaba una hábil maniobra política, le haya parecido sensato dejar con vida a Agag, para luego liberarlo a cambio de adecuadas concesiones. También le parecía sensato distribuir el botín entre los soldados, para asegurarse su entusiasmo en futuras batallas. Mas para el viejo Samuel, el líder religioso, era mucho mejor matar a Agag y sacrificar todos los animales como ofrenda a Dios, para asegurarse Su entusiasmo en futuras batallas.

En este caso, predominó Samuel. Saúl fue humillado, y no era probable que lo olvidase. Samuel, prudentemente, pasó a retiro, pero desde ese momento el partido profético estuvo en la oposición y Saúl lo sabía. Sabía que todo el que se rebelase contra él contaría con el apoyo de Samuel y de aquella parte de la población para la cual los profetas eran hombres sagrados o que se resentían de la supremacía benjamita.

No es sorprendente, pues, que Saúl se volviese depresivo y suspicaz, y mirase con malos ojos a todo súbdito del que pensase que se estaba haciendo demasiado popular. Esto se refería a Jonatán, pero también a alguien más.

Una vez que Judá pasó a formar parte del reino de Saúl, los miembros de la tribu afluyeron a la corte y entre ellos estaba David, perteneciente a una importante familia de Belén, ciudad situada a unos ocho kilómetros al sur de Jerusalén. David tenía una aguda inteligencia, un seguro instinto político y era, además, un capaz jefe militar. Podía ser de

enorme ayuda para Saúl, de poder confiar en él, pero a medida que pasó el tiempo, el suspicaz Saúl se sintió cada vez más seguro de que no podía confiar en él.

Entre otras cosas, David era de Judá y, por tanto, no era miembro propiamente dicho de la confederación israelita. (En años posteriores circularon leyendas sobre su juventud, entre ellas, la de un combate singular en la batalla de Shocoh con el gigante filisteo Goliat. Probablemente se trata del mismo género de cuentos que el de George Washington y el cerezo, pero lo cierto es que David era de ese tipo de líder valiente y carismático del cual suelen creerse esas historias.) Por último, era evidente que David y Jonatán eran íntimos amigos, por lo que Saúl pensó que ambos debían de estar fraguando una conspiración para despojarlo del trono.

Hizo planes para hacer ejecutar a David, pero éste era bastante sagaz como para darse cuenta por dónde soplaba el viento, y además fue advertido por Jonatán. Así, David se marchó sigilosamente de Guibá y logró llegar a Judá, donde se vio obligado a librar una guerra de guerrillas contra Saúl. En esta lucha, David fue apoyado por Samuel y el partido profético, quizá no tanto porque estuviesen a favor de él como porque estaban en contra de Saúl

(En años posteriores, una de las leyendas sobre la juventud de David decía que había sido ungido rey secretamente por Samuel. Esto tal vez no haya sido cierto. Mas bien quizá se haya tratado del género de cuento de propaganda destinado a dar legitimidad a lo que fue, en definitiva, una usurpación. Pero, como dijimos antes, David era el tipo de hombre del que podían creerse tales cuentos.)

Saúl, furioso, tuvo una reacción desmedida. En su rabia contra David hizo matar a un grupo de sacerdotes de Nob, situada a sólo tres kilómetros al sudeste de Guibá, después de enterarse de que uno de ellos había ayudado al fugitivo de Judá. Si fue un intento de atemorizar al partido profético mostrando mano de hierro, le salió el tiro por la culata. El partido profético se volvió más que nunca contra Saúl.

Pero la firme y persistente persecución de David por Saúl tuvo su efecto. La mayoría de los clanes de Judá fueron forzados a negarle su apoyo y, finalmente, David se vio obligado a cometer una traición que los posteriores autores bíblicos hallaron difícil de suavizar o explicar: aceptó la protección del rey filisteo de Gat y aceptó luchar al servicio de los filisteos.

Era el momento propicio para que los filisteos dieran un gran golpe. Minado el reino de Saúl por las disensiones internas, enfrentados el rey y el príncipe de la corona, mutuamente hostiles los hombres del rey y los profetas, y con David en rebelión, un vigoroso ataque filisteo debía tener éxito.

Así, en 1000 a. C., el ejército filisteo se reunió nuevamente y marchó contra Israel. Desde Afec, su viejo campo de batalla, se desplazaron rápidamente hacia el Norte, con la intención de aislar a las tribus del Norte y luego aplastar a las tribus de Raquel del centro, entre ellos al Norte y los judíos de David al Sur, suponiendo que éste pudiese o quisiese llevarlos a la revuelta.

Saúl tenía que tratar de impedir esto. Se dirigió rápidamente hacia el Norte, también, y ocupó posiciones en el monte Gilboé, a 65 kilómetros al norte de Guibá y 15 kilómetros al sudeste de Sunem, donde habían acampado los filisteos.

La batalla fue un completo desastre para los israelitas. Los filisteos, pesadamente armados, arrollaron con todo. Los israelitas fueron derrotados, Jonatán fue muerto

(luchando por su padre, al final) y se restableció de un golpe la dominación filistea sobre Israel.

Toda la obra de Saúl había quedado en la nada, todo estaba destruido, y después de la batalla, rodeado de ruinas, Saúl se suicidó.

4. Israel-Judá

David en Hebrón

En el 1000 a. C. los filisteos podían contemplar con satisfacción su porción del mundo. Sin duda, la batalla de Gilboé no acabó con Israel. Abner, general de Saúl, había logrado retirarse con parte del ejército y huyó a través del Jordán, llevando consigo al único hijo sobreviviente de Saúl, Isbóset. Juntos, se establecieron en Mahanaim, ciudad cuya ubicación es incierta, pero que puede haber estado a siete kilómetros al este de Jabes-Galaad.

Aunque de este modo sobrevivió la dinastía de Saúl, el reino de Isbóset era realmente débil y estaba limitado a la región del este del Jordán, donde por el momento los filisteos podían ignorarlo. También al este del Jordán estaban los reinos de Amón y Moab, que por supuesto mantuvieron su hostilidad contra Israel y neutralizaban todo esfuerzo que ésta hiciese para recuperarse. Por ejemplo, Moab ya había absorbido totalmente a la antigua tribu israelita de Rubén.

En cuanto a David, persuadió a los ancianos de Judá a que lo proclamasen rey de Judá y luego estableció su capital en la bien fortificada ciudad de Hebrón, a unos 30 kilómetros al sudeste de la capital filistea de Gat. Esto debió de haber alarmado a los filisteos, pues significaba que Judá era mucho más fuerte que en los días anteriores a Saúl, pero el encanto y la suave diplomacia de David convencieron, al parecer, a los filisteos de que seguiría siendo un fiel títere. Además, los filisteos contaban con la eterna enemistad entre Israel y Judá —a causa de la defección de David— y también con la ayuda del reino de Edom, situado al sudeste de Judá. Edom era hostil a Judá y lo seguiría siendo siempre.

Tampoco había razón alguna para que los filisteos abrigasen temores con respecto al Norte. Allí estaban las ciudades fenicias, ricas y fuertes, pero no constituían un peligro. Su único interés era el comercio, y si tenían algún plan de expansión, era siempre por mar. En ningún momento de su historia libraron una guerra terrestre que no fuera defensiva.

Durante la época de los Jueces, Sidón estaba perdiendo la supremacía en Fenicia. A unos 30 kilómetros de ella se encontraba la ciudad costera de Tiro. Tal vez haya sido fundada por colonos de Sidón, hacia el 1450 a. C., en la época de Tutmosis III. Originalmente estaba ubicada en tierra firme, pero su grandeza se inició cuando se trasladó a una isla rocosa situada frente a la costa, con lo que se hizo inmune (mientras conservó su flota) a la captura o aun al sitio por hambre. Su nombre mismo («Zor», en hebreo) significa «roca».

En tiempos de Saúl, Tiro se había convertido en líder reconocida de las ciudades fenicias, e iba a conservar ese rango mientras existió Fenicia. El primer rey importante de Tiro fue Abibaal, quien llegó al trono en el 1020 a. C., por la época en que Saúl fue hecho rey de Israel. Bajo Abibaal, Tiro empezó a extender su poder, pero por el mar,

siempre por el mar, y nunca en una dirección que pudiese interferir con los planes de los filisteos en el interior.

Sin duda, los filisteos podían abrigar temores con respecto a los arameos, otro grupo de tribus del género que engendraba interminablemente la fecundidad de los habitantes de la seca península Arábiga. De 1100 a. C. en adelante, habían hecho sentir su presión sobre la Media Luna Fértil, pero los asirios, que dominaban entonces la parte superior del Tigris y el Eufrates, tenían fuerzas suficientes para rechazarlos. Aunque los arameos se infiltraron por ambos extremos de la Media Luna Fértil, el proceso era lento, no catastrófico. Los filisteos no tenían que preocuparse. Pero en un lugar, y sólo en uno, la apreciación de los filisteos fue errónea, y este error fue fatal. No prestaron suficiente atención a David.

David tenía treinta años por la época de la muerte de Saúl, y era ambicioso. Sabía lo que quería y era absolutamente implacable con respecto a los medios que usaría. Hasta ese momento, había logrado hacerse rey de Judá y establecerse en una capital fortificada mientras mantenía en la quietud a los filisteos. El paso siguiente iba a ser convertirse también en rey de Israel y heredar todo el poder de Saúl, pero esto no resultaría fácil.

Aunque pudiese derrotar a los míseros restos del Estado de Israel de Isbóset y al capaz Abner en una batalla campal, una victoria tan ostentosa despertaría, indudablemente, las sospechas de los filisteos. David debía lograr sus objetivos pacíficamente, paso a paso, y sin que ningún paso pudiera perturbar a los filisteos, al menos hasta que David fuese suficientemente fuerte para enfrentarse con ellos. Afortunadamente para David, Isbóset riñó con su general, Abner, a causa de una mujer, y Abner se encolerizó lo suficiente como para traicionar a aquél e iniciar negociaciones con David. (La Biblia no lo dice, pero cabe preguntarse si David no provocó de algún modo esa querella.)

Pero David tuvo un pequeño problema en su propio harén. En los días en que era un favorito en la corte de Saúl, había recibido en matrimonio a la hija de éste, Mical. Le fue arrebatada cuando David huyó de la corte y se convirtió en un fugitivo y proscripto. Pero ahora David era rey de Judá y no estaba dispuesto a tratar con Abner a menos que el general israelita le devolviese de alguna manera a Mical. La razón de esto es clara. Mientras David tuviese a Mical como esposa, sería el yerno del difunto rey Saúl, y en tal condición podía reclamar legítimamente el trono israelita.

Abner entregó a Mical y luego firmó una alianza con David, entregándole, presumiblemente, parte del ejército israelita, con lo que debilitó muchísimo a Isbóset. Hecho esto, David tomó las precauciones necesarias para imposibilitar a Abner, quien ya una vez había traicionado a su rey, que lo hiciese por segunda vez. El propio general y mediador de David, Joab, apuñaló a Abner después de acercarse a él de manera aparentemente amistosa. David, claro está, expresó pública y ostentosamente su contrición por la muerte, pues no quería perder los servicios de los soldados de Abner ni enajenarse la adhesión de los israelitas en general, pero Joab permaneció a su servicio.

Era evidente que la posición de David se había reforzado y que si estallaba en ese momento una guerra con Israel, sin duda David la ganaría (si los filisteos lo permitían). Pero no hubo tal guerra. La fortuna siguió favoreciendo al rey de Judá, pues dos funcionarios de Isbóset asesinaron al rey israelita y llevaron su cabeza a David. Podemos preguntarnos si esto no fue el resultado de sobornos y sutiles tentaciones ofrecidos por agentes de David, pero tenemos que quedarnos en las conjeturas. David se esforzó por borrar tales sospechas expresando, una vez más, público y sonoro repudio por el asesinato. Pero esta vez ordenó la inmediata ejecución de los asesinos. Esto no

sólo agradaría a los israelitas que abrigasen recelos por el asesinato de su rey, sino que también impedía a los asesinos hacer revelaciones indiscretas.

Los israelitas estaban ahora sin rey. En esos días oscuros necesitaban un líder y ¿quién podía ser sino ese rey de Judá seguro de sí mismo a quien todo parecía salirle bien, que —a fin de cuentas— era el yerno de Saúl y que parecía capaz de tratar con los filisteos? Era el candidato natural para el cargo.

Quizá los ancianos israelitas no se sintiesen contentos de tener que inclinarse ante un judío, pero lo hicieron. Fueron humildemente a Hebrón, donde David les otorgó audiencia con gran majestad. Humildemente le pidieron que los gobernase, y David accedió a su pedido. En 991 antes de Cristo, además de rey de Judá, se convirtió en rey de Israel.

David en Jerusalén

El reino unido sobre el que David llegó de este modo a gobernar es llamado sencillamente Israel en la Biblia, pero nunca fue realmente un reino unido. Israel, que abarcaba los dos tercios septentrionales, siempre tuvo conciencia de su mayor complejidad, urbanización, tamaño y riqueza, en comparación con el rústico Judá, y para los israelitas ser gobernados por una dinastía de Judá era una humillación. Todas sus acciones posteriores lo demostraron, y sería mejor expresar esta imperfecta amalgama de las dos partes que constituían el reino de David llamándole Israel-Judá.

David tenía clara conciencia de las dificultades para mantener unidas a las dos naciones y se esforzó por idear métodos de unificación. Pensó que no podía conservar su capital en Hebrón, pues la presencia de la corte en esta ciudad de Judá haría patente en forma constante a los israelitas que eran gobernados por un rey extranjero.

Por ello, su elección cayó en la ciudad de Jerusalén, que estaba capacitada para convertirse en capital por una serie de razones. Entre ellas, estaba ubicada en la frontera entre Israel y Judá y no pertenecía a ninguna de ellas. Desde la entrada de los israelitas en Canaán, dos siglos antes, Jerusalén había estado firmemente en manos de los jebuseos, una tribu cananea. Aún estaban allí y, en su roca casi inexpugnable, habían resistido los intentos de captura por israelitas, judíos y filisteos con la misma imparcial facilidad. Y precisamente porque ocupaba una posición tan fuerte sería una buena capital.

Pero ¿cómo tomar Jerusalén? Los confiados jebuseos se sentían seguros de poder resistir a David, como antes habían resistido contra otros enemigos. Pero David se las ingenió para tomar la ciudad. Cómo exactamente, no lo sabemos, pues sobre este punto las fuentes bíblicas parecen haber sido mutiladas. Tal vez envió un contingente a través de un túnel usado como suministro de agua y que los descuidados jebuseos habrían dejado sin custodia.

Sea como fuere, Jerusalén fue tomada, y David hizo de ella inmediatamente la capital de su reino. E iba a seguir siendo la capital de sus descendientes durante siglos y a convertirse después en el centro más importantes del pueblo judío, para siempre. En verdad, hoy es una ciudad sagrada para tres religiones importantes.

Ignoramos por qué los filisteos toleraron esto durante largo tiempo. La Biblia no nos lo dice. Presumiblemente, David, que era un consumado maestro en la diplomacia suave, logró aplacarlos durante todos los años en los que intrigó para llegar a ocupar el

trono israelita. Hasta cuando extendió su dominación sobre Israel-Judá, debe de haber logrado convencer a los filisteos de que era su leal aliado.

Pero después de tomar Jerusalén, esa afirmación tuvo que ser abandonada. David se había convertido en un conquistador y, con la posesión del punto más fuerte del interior cananeo, tenía demasiado poder para hacer creíbles sus declaraciones de lealtad. Sin duda, los filisteos le ordenaron que abandonase Jerusalén como señal de fidelidad hacia ellos, y, sin duda también, David, en la encrucijada, se negó. Esto implicaba la guerra.

Mas para los filisteos era demasiado tarde. Debían haber descargado el golpe antes de que David se apoderase de Jerusalén. Ahora era el jefe de una nación a la que había llenado de orgullo. Más aún, tenía un ejército conducido por la hábil y osada mano de Joab y los otros generales que había entrenado. En dos batallas libradas al sur de Jerusalén, David derrotó a los filisteos. El antiguo títere se había convertido en conquistador y el sueño filisteo de crear un imperio llegó a su fin repentinamente y para siempre. Después de ser derrotados volvieron a sus ciudades, de las que nunca volverían a salir con ideas de conquista.

Otro aspecto de la estrategia de David era que nunca trataba de lograr más que lo que podía. No trató de apoderarse de las ciudades filisteas mismas. Indudablemente, esto habría costado un precio fuera de toda proporción con el valor de la conquista. Era mejor dejar a los filisteos en paz y con un cierto grado de autonomía. Estos se contentaron con reconocer la soberanía de David, pagar tributo y hasta proporcionar contingentes leales a la guardia personal del rey.

Una vez que David tuvo su capital y hubo derrotado a los filisteos, pensó en el paso siguiente para unir a su doble reino. Debía haber un culto centralizado en la capital. Desde la destrucción de Siló por los filisteos, medio siglo antes, las tribus no tenían un santuario central. Esto en modo alguno significa que no tuviesen religión ninguna. Toda comunidad tenía su culto local, su colina sagrada o su bosquecillo sagrado, donde se llevaban a cabo los rituales necesarios para dar fertilidad a las tierras y los rebaños, y seguridad a las personas. Pero esta descentralización religiosa era peligrosa en sumo grado. Era imposible que la gente estuviese dispuesta a defender el país hasta la muerte, si lo que principalmente le interesaba era la protección de su altar local.

Pero aunque Siló estaba destruida aún existía el arca de la alianza, el más sagrado de los objetos. Estaba en Quyriat-Yearim, adonde había sido llevada después de la desastrosa derrota israelita en Afec. David podía haberse ganado la gratitud de los israelitas si hubiese restaurado Siló y depositado allí el arca, pero no era esta su intención. Deseaba sumergir el sentido de identidad de Israel y Judá en la aceptación de un nacionalismo superior. Por ello llevó el arca a Jerusalén y la ubicó en un santuario construido cerca del palacio. El mismo ofreció sacrificios y plegarias y condujo las danzas rituales, con lo cual asumió el carácter de rey-sacerdote.

Claro que designó un sumo sacerdote como figura religiosa suprema de la nación que podía dedicar todo su tiempo a ocuparse del ritual, pero tomó la precaución de nombrar a uno de cuya lealtad y sumisión podía estar seguro. La elección cayó en Abiatar, que había sido el único sobreviviente de la matanza de sacerdotes realizada por Saúl en Nob. Posteriormente, Abiatar había sido carne y uña con David.

Unida política y religiosamente la nación, David se sintió con fuerzas para embarcarse en un programa de crudo imperialismo. Esto no sólo serviría para fortalecer el reino, sino que haría de israelitas y judíos, juntos, un pueblo dominante y les proporcionaría un

común sentimiento de victoria. Uno tras otro, se apoderó de los reinos fronterizos de Canaán: Amón, Moab y Edom.

También se dirigió hacia el Norte. Por entonces los arameos se habían asentado en varias regiones situadas al norte de Israel y hasta habían creado pequeños reinos. David los conquistó y extendió su dominación hasta el Eufrates superior, al menos en el sentido de que los septentrionales le pagaron tributo.

David no trató de obtener triunfos militares sobre las ciudades fenicias. Sin una armada no habría tenido éxito. Nuevamente tuvo la inteligencia de alcanzar sus fines sin someter sus fuerzas a pruebas demasiado duras. Era suficiente firmar un tratado de alianza con los fenicios y ofrecerles la oportunidad de un lucrativo comercio.

Finalmente, pues, David, que había empezado siendo un fugitivo y un proscripto, era amo de toda la mitad occidental de la Media Luna Fértil. Por segunda vez (el Imperio de los Hicsos, cinco siglos antes, había sido la primera), toda esa mitad occidental se halló bajo un gobierno nativo unificado.

El Imperio Davídico tenía un tamaño bastante respetable. En su apogeo ocupó una superficie de quizá unos 115.000 kilómetros cuadrados, seis veces mayor que el reino de Saúl e igual a la superficie del Estado de Nueva York. Pero su fuerza no podía compararse con la del Imperio Egipcio o los diversos Imperios del Tigris y el Eufrates en su apogeo.

En verdad, el hecho mismo de que pudiera existir el Imperio Davídico se debió totalmente al afortunado accidente de que tanto el valle del Nilo como los del Tigris y el Eufrates estuviesen sumergidos en la anarquía y muy debilitados. Era una situación rara, en verdad. A lo largo de toda la historia de la civilización ocurrió, tanto antes de David como después de él, que, cuando el valle del Nilo estaba debilitado, los del Tigris y el Eufrates eran fuertes, y a la inversa, y que el que era fuerte en un momento determinado dominaba la mitad occidental de la Media Luna Fértil.

David tuvo la fortuna de entrar en escena en la rara ocasión en que se produjo este doble debilitamiento. Pero no podemos por menos de preguntarnos qué habría realizado un hombre de la capacidad de David si, en vez de la pequeña base de Judá en un insignificante extremo de la Media Luna Fértil, hubiese estado al frente del Imperio Egipcio o el Asirio en su apogeo.

El reinado de David fue suficientemente triunfal como para parecer una edad dorada a los hombres de generaciones posteriores. En medio de todos los desastres que iban a sobrevenir, el recuerdo de David los alentó y les hizo abrigar una persistente esperanza en que tales días volverían.

Las fronteras del imperio de David parecían ser los «límites naturales» del dominio de Israel-Judá y, en siglos posteriores, cuando fueron escritas las antiguas tradiciones, el territorio del que se decía que había sido prometido por Dios a los descendientes de Abraham era el del Imperio Davídico. La promesa está formulada del siguiente modo: «A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río, el Eufrates» *(Génesis,* 15, 18); pero sólo en tiempos de David y su hijo se cumplió realmente esa promesa.

[Mapa IV – El Imperio de David (c. 990 a. C.)]

Los hijos de David

Aun después de la formación del imperio, David no se vio libre de problemas. El que más lo agobiaba en sus últimos años era el de la sucesión. En primer lugar, naturalmente deseaba que quedase entre sus descendientes lo cual planteaba la cuestión de la casa de Saúl, que conservaba una persistente lealtad entre muchos israelitas.

Pero a este respecto, David estaba dispuesto a ser implacable. Hizo ejecutar, con uno u otro pretexto, a todos los descendientes varones de Saúl que pudo hallar, y finalmente sólo quedó vivo uno. Era un hijo lisiado de Jonatán, quien a causa de su estado físico no podía subir al trono, pero al que David mantuvo prácticamente preso en su casa de Jerusalén. Más difícil le resultó tratar con sus propios hijos, que eran numerosos.

Era costumbre de los monarcas asiáticos poseer un harén No era sólo una cuestión de lujuria (aunque pocos serían los hombres que rechazaran la posibilidad de tener muchas mujeres). Un harén contribuía a dar una impresión de magnificencia que inspiraba admiración a los súbditos y a los extranjeros. Además, una manera establecida de honrar a una familia o una tribu o de sellar un tratado era incorporar al harén una muchacha de esa familia, tribu o casa real extranjera. Era considerado un honor.

Lo malo de esto era que las diversas mujeres sentían antipatía unas por otras, y naturalmente cada una de ellas intrigaba para que la sucesión cayera en su propio hijo. Esto creaba un tipo de política interna que a menudo perjudicaba a la nación. En toda monarquía donde existe el sistema de mantener harenes, a medida que el rey envejece, aumenta la tensión entre los hijos. Muerto el rey es común que el hijo que logra hacerse con la corona mate a los restantes para prevenir intentos de usurpación y rebelión. Es fuerte, pues, la tentación de anticiparse a las circunstancias apoderándose del trono mientras el viejo rey está vivo y los otros hijos se hallan a la espera, desprevenidos.

El hijo favorito de David era Absalón, quien se dispuso a dar el golpe. Hermoso y encantador, gradualmente formó un partido a su favor y contra su padre (desempeñando así el papel que Saúl temía que desempeñase Jonatán). Cuando Absalón hizo claras sus intenciones, David fue cogido totalmente por sorpresa. Para evitar quedar atrapado en la capital y sufrir la humillación de un asedio que podía durar meses, David se escabulló de la ciudad con sus tropas de palacio, entre ellas el fiel contingente filisteo. Al este del Jordán organizó a sus hombres, reclutó a sus confederados leales y luego, con la fulminante seguridad de antaño, volvió a cruzar velozmente el Jordán. Las tropas apresuradamente reunidas y mal conducidas de Absalón no estuvieron a la altura de las experimentadas tropas de David. Absalón fue capturado y, aunque David había ordenado que se lo cogiese vivo, el práctico e implacable Joab lo mató.

David tuvo la precaución de no llevar demasiado lejos la venganza, pero esto no le sirvió de mucho. La revuelta de Absalón y la huida de David despertó esperanzas en los corazones de aquellos israelitas que todavía consideraban a David un dominador extranjero, particularmente en los hombres de Benjamín, la tribu de Saúl.

Aunque Absalón había sido derrotado, se creyó que el trono de David había quedado quebrantado y que una rebelión desatada inmediatamente después de la breve guerra civil podía tener éxito. Israel se levantó bajo la conducción de Seba, un benjamita. Pero David atacó inmediatamente, y tan pronto como los rebeldes se lanzaron a la acción, fueron aplastados nuevamente. Pero el mero hecho de que se produjese una revuelta demostraba que, pese a todas las medidas previsoras de David, no había logrado destruir totalmente la conciencia nacional de las tribus israelitas. Esto no podía lograrse en una

sola generación, por muy sabio que fuese un gobernante. Que se lo lograse, dependía mucho de la sabiduría de los sucesores de David, y por desgracia no iban a tenerla.

En 961 a. C., David estaba agonizante. Había gobernado durante cuarenta años y su heroica vida estaba llegando a su fin. Su sucesor aparente era Adonías, el mayor de los hijos sobrevivientes, quien, como su hermano Absalón, era encantador y popular. Además, Adonías tenía el respaldo de Joab, el general de los ejércitos, y de Abiatar, el sumo sacerdote. Tan seguro estaba Adonías de su posición que, cuando David aún vivía, celebró algo así como un banquete triunfal.

Pero era demasiado pronto. La esposa favorita de David era Betsabé, la cual logró persuadir al rey moribundo a que nombrase sucesor a su hijo, Salomón. Prevaleció el deseo del rey y Salomón fue coronado. Más tarde, Adonías y Joab fueron ejecutados, y Abiatar quedó en la oscuridad. Lo reemplazó como sumo sacerdote Sadoc. El supremo sacerdocio iba a permanecer en su familia durante siete siglos y medio.

Salomón

Salomón, hijo de David y segundo rey de Israel-Judá, tiene una inconmovible reputación de sabiduría, sobre todo porque la Biblia dice que era sabio. Indudablemente, su reinado fue una época de paz y prosperidad para el reino, pues Salomón recogió el fruto de la afanosa vida de David. Sin embargo, puede argüirse que la sabiduría de Salomón era más aparente que real, pues fue en su reinado cuando se sembraron las simientes del desastre.

En un aspecto Salomón *era* sabio: renunció a toda idea de nuevas conquistas. Se conformó con las dimensiones del imperio que le legó su padre. De este modo evitó las terribles y destructivas tensiones a que las guerras habrían sometido al país.

Por otro lado, Salomón se esforzó por elevar su reino a la cúspide de su magnificencia, por hacer de él una potencia mundial, a la par en cuanto a civilización de las grandes culturas del Nilo y el Eufrates. Pero esto significó un esfuerzo casi tan grande como la guerra. La parte occidental de la Media Luna Fértil sencillamente carecía de base para la munificencia, a diferencia de los valles de los grandes ríos, y aunque Salomón no ahorró esfuerzos, el precio de un transitorio esplendor fue la posterior ruina del reino.

El intento de Salomón de hacer de Israel-Judá una cabal monarquía oriental suponía la formación de un harén aún más grande que el de su padre, pues el poder y la gloria de un rey se medía, en parte, por las dimensiones y el esmero de su harén. La Biblia menciona cuidadosamente a las mil esposas y concubinas del rey. Un signo del lugar que ocupaba Israel-Judá en el mundo era que en el harén hubiese una hija del faraón egipcio.

Sin embargo, quizá la relación con Egipto no era tan importante como parecía (aunque la Biblia la pone de relieve). Si pensamos en los grandes días de Egipto, casarse por entonces con un miembro de la exclusivista familia faraónica habría sido un raro honor, en verdad. Pero Egipto había decaído mucho desde el reinado de Ramsés III, dos siglos y medio antes. Había estado en el trono un largo linaje de monarcas débiles e incapaces, y en tiempos de Salomón el país estaba fragmentado. Había un rey llamado Psusennes II que gobernaba sobre el delta del Nilo solamente, sobre un reino más pequeño que el de Salomón. Fue él quien hizo una alianza con Salomón y había entregado una hija suya para sellar el pacto. Indudablemente fue Psusennes II quien buscó y recibió la ayuda de

Salomón y no a la inversa, y la alianza fue eficaz, pues el egipcio se mantuvo en el trono durante más de treinta años, casi hasta el fin del reinado de Salomón.

Dentro del reino, Salomón emprendió un vasto programa de construcciones. Su padre había llevado el arca de la alianza a Jerusalén y creado un santuario yahvista central, en el que se adoraba al dios nacional, Yahvéh. En cierta medida servía como punto focal que unía a todas las tribus alrededor de un culto común, pero la rebelión de Seba había demostrado que no funcionaba perfectamente.

Salomón tal vez haya pensado que las cosas irían mejor si se daba mayor imponencia al santuario. Además, una ciudad capital sin un grande y hermoso templo habría parecido rústica y atrasada, en verdad. Por ello, Salomón se dispuso, al comienzo mismo de su reinado, a construir un templo del estilo común en todo Canaán, sólo que iba a contener el arca como objeto central de veneración, en lugar del ídolo habitual. A tal fin apeló a arquitectos cananeos provenientes de la ciudad de Tiro. La realización del proyecto tardó siete años, y fue terminado y consagrado en 954 a. C. Iba a ser el centro del culto yahvista durante casi cuatro siglos.

Después de construir una casa para el Señor, Salomón se construyó una para sí mismo, y aunque la Biblia describe extensamente el Templo, el palacio era el más magnífico de los dos edificios y su construcción llevó mucho más tiempo.

El Templo no fue el único santuario que construyó Salomón. Reconoció el hecho de que sólo serviría a aquellos de sus súbditos que eran yahvistas y que había muchos pueblos sometidos que no lo eran. Los moabitas y amonitas, por ejemplo, tenían sus propios dioses nacionales. Salomón, que se consideraba rey de Moab y Amón tanto como de Israel y Judá, construyó también en Jerusalén templos dedicados a los dioses nacionales de Moab y Amón. También permitió a sus esposas extranjeras que siguiesen con sus costumbres religiosas.

Esto se hallaba de acuerdo con los hábitos de la época, en que la norma era la tolerancia religiosa. La gente suponía, en general, que cada uno tenía derecho a su propio dios y que todos los dioses existían, cada uno para su propio pueblo. Sin duda, el Templo yahvista de Jerusalén era el más grande y el mejor, y el yahvismo predominó sobre los otros cultos, pero esto era natural, pues Israel y Judá, las tierras de Yavéh, eran el sector gobernante del reino.

Pero los autores posteriores de los libros bíblicos juzgaron la cuestión desde el punto de vista de su época y en una etapa diferente del desarrollo de la religión. Los contrariaba y desconcertaba que Salomón construyese templos para ídolos y lo atacaron por ello. Atribuían a este hecho las posteriores perturbaciones del reino, aunque los historiadores modernos encuentran razones más comunes.

Mientras Israel-Judá gozaba de prosperidad bajo Salomón, Fenicia pasaba por un similar período de felicidad. En 969 a. C., Abibaal de Tiro murió y fue sucedido por su hijo Hiram. Este fortificó y embelleció la roca sobre la que estaba construida la ciudad. Mantuvo la alianza con David, primero, y con Salomón, luego, y envió capacitados arquitectos para supervisar la construcción del Templo de Jerusalén.

Puesto que estaba totalmente seguro por tierra y tenía un buen cliente en Salomón y su gran reino, Hiram pudo dedicarse al mar. Bajo su gobierno, Tiro y los fenicios en general iniciaron una extraordinaria expansión del comercio.

Los fenicios, sin duda, habían sido desde siglos un pueblo marino; habían navegado por los mares ya en el año 2000 a. C. Sus hazañas como comerciantes y piratas se

mencionan en novelas egipcias escritas alrededor de 1100 a. C. y en los poemas de Homero, escritos un par de siglos después.

Sin embargo, sus aventuras comerciales en tiempos muy primitivos habían sido bastante limitadas. Durante el período de la grandeza de Egipto, cuando las ciudades fenicias aún eran jóvenes, la isla de Creta, que se había beneficiado de la influencia fenicia, fue el centro de una gran potencia naval que dominó el Mediterráneo oriental.

La potencia cretense se derrumbó en 1400 a. C., después de una larga y lenta decadencia. El golpe final parece haber sido un maremoto o enorme ola que arrasó sus costas después de la explosión volcánica de una isla egea. Los griegos micénicos se apoderaron de ella, y luego siguió el turbulento período de los Pueblos del Mar.

Pero en tiempos de Hiram el Mediterráneo presentaba una situación poco común. Los egipcios estaban en decadencia desde hacía tres siglos y su papel en el Mediterráneo era nulo. Creta y la Grecia continental pasaban por una edad oscura que siguió a la invasión doria, y los barcos griegos habían desaparecido. En verdad, a lo largo de toda la costa mediterránea, el único poder floreciente era Israel-Judá, que era un imperio exclusivamente territorial.

Era la gran oportunidad para los fenicios. Sus barcos empezaron a internarse mar adentro. Establecieron bases en las costas cercanas, particularmente en la isla del Mediterráneo oriental Chipre. Hasta tenían una base en Egipto. En la gran ciudad de Memfis había un barrio fenicio, desde el cual controlaban el comercio con el Egipto decadente.

Más aún, se aventuraron por el Oeste, por las lejanas y misteriosas regiones occidentales del Mediterráneo. (Por esa época se compusieron y recitaron los cuentos griegos sobre los vagabundeos del héroe Ulises, y sus aventuras con gigantes y caníbales, cuyo relato conservamos hoy en *La Odisea*, tenían por escenario el misterioso Occidente.)

Es posible que los fenicios fueran ayudados en sus exploraciones por un notable avance en la técnica. El mar abierto carece de señales para guiar por él a los viajeros. Las estrellas del cielo podían servir de guía si no se movieran constantemente. Pero ellas giran alrededor de un centro en el cielo, y este centro se halla cerca de la estrella Polar, la única estrella que casi no cambia de posición con el tiempo. Es posible que los fenicios fuesen los primeros que aprendieron a tomar la estrella Polar como «guía» en el mar y que fuese este hecho el que les abrió las puertas del Mediterráneo occidental.

Según la tradición, la primera ciudad que fundó Tiro en el Mediterráneo occidental fue Utica. Fue fundada sobre la parte de la costa africana que está inmediatamente al sudoeste de la isla de Sicilia. La «cintura de avispa» del mar Mediterráneo está allí, pues un paso de sólo 150 kilómetros de ancho separa la parte occidental del mar de la oriental.

La tradición ubica la fundación de Utica en fecha muy temprana, el 1101 y hasta el 1140 a. C. Pero es casi seguro que esto no es verdad. (Las ciudades antiguas tendían a hacer remontar muy lejos la fecha de su fundación, para darse el prestigio adicional de la antigüedad sobre sus vecinas.) Muy probablemente, Utica fue fundada durante el reinado de Hiram.

Tiro fue impulsada en sus exploraciones por el hecho de que tenía en sus manos el comercio del reino de Salomón. Según la Biblia proporcionó dos flotas a Salomón, una

en el Mediterráneo y otra en el mar Rojo. La flota mediterránea llegó hasta Tarsis, lugar cuya ubicación se ignora, pero que puede haber estado en España.

España se halla en el extremo occidental del Mediterráneo y los navegantes tirios llegaron a ella poco después de pasar por la cintura de avispa. España resultó ser una tierra rica en minerales y, mediante el establecimiento de fundiciones en la zona y la obtención de. metales que se llevaban al retornar, Tiro se enriqueció aún más.

El angosto estrecho de Gibraltar señala el fin del Mediterráneo y los fenicios lo atravesaron para penetrar en el mismo océano Atlántico. Allí, en la desembocadura del Guadalquivir, fundaron la ciudad de Tartessos, que quizá sea la bíblica Tarsis. A pocos kilómetros al sur, a lo largo de la costa, fundaron Gades, que aún existe con el nombre apenas modificado de Cádiz y que es uno de los grandes puertos de España.

La segunda flota fenicia al servicio de Salomón tenía su base en Elat, sobre el extremo septentrional del mar Rojo. Esta flota comerciaba con Ofir, tierra descrita en la Biblia como rica en oro, pero cuya ubicación se desconoce. Se supone por lo común que Ofir estaba situada en el extremo sudoccidental de la península Arábiga, donde está el Yemen moderno, aunque algunos piensan que quizá los barcos hayan bordeado Arabia y llegado hasta la India. (La Arabia meridional era próspera en tiempos antiguos, y el comercio de Salomón con la región y la llegada de misiones comerciales a Jerusalén, probablemente dio origen a los legendarios relatos sobre la visita de la reina de Saba.)

La política comercial de Salomón enriqueció al país, y Salomón usó esta riqueza para realzar aún más el boato de la monarquía. Aumentó mucho las fuerzas del ejército permanente y lo equipó con carros. Compró caballos en Asia Menor para uncirlos a los carros y construyó grandes establos para ellos.

Pero una vez iniciada una política de magnificencia, casi siempre excede a la provisión de dinero, por grande que sea. Salomón se halló con que debía aumentar los impuestos y la eficiencia con que se recaudaban.

Para mejorar la economía interna de la nación, Salomón centralizó la administración. Dividió en doce distritos que no tenían nada que ver con las anteriores fronteras tribales y puso a cada uno de ellos bajo un gobernador responsable ante él mismo. Fue un deliberado intento de quebrantar el regionalismo y el patriotismo tribal, intento que tuvo éxito, pues después de la época de Salomón se oye hablar muy poco de las tribus de Israel. Más aún, la división administrativa de Salomón no establecía distinciones entre israelitas y cananeos, y después ya no se habló de cananeos en el interior. Sólo quedaron las ciudades fenicias de la costa.

Estas medidas fueron útiles e indudablemente aumentaron la eficiencia del gobierno. Pero nada puede hacer populares los impuestos o el trabajo forzado en proyectos de construcción, y si bien Salomón logró mantener su reino intacto, el descontento subió hasta el punto de ebullición.

Por ejemplo, hubo una actividad guerrillera contra el gobierno central en Edom, al sur de Judá. Allí, Hadad, un miembro de la antigua casa real edomita, fue el centro alrededor del cual se agrupó la resistencia. En el Norte, las ciudades-Estado arameas *

* Los griegos posteriores encontraron por primera vez a las tribus arameas en el norte, cerca de Asia Menor. Allí comerciaron con una tribu que se llamaba a sí misma «Syri». Por ello, los griegos llamaban «sirios» a los arameos, y «Siria» a la tierra que ocupaban, los dos tercios septentrionales de la parte occidental de la Media Luna Fértil. Yo haré lo mismo, de modo que, en adelante, cuando hable de «Siria», aludiré al reino gobernado desde Damasco, y, más en general, a la región que se extiende desde Damasco hacia el Norte, hasta Asia Menor.

se agitaron y un hombre llamado Rezón llegó al poder en la ciudad de Damasco, a 220 kilómetros al norte de Jerusalén. Allí se hizo prácticamente independiente.

El peor error de Salomón consistió en dividir solamente a Israel para lograr una mayor eficiencia en la recaudación de impuestos y el trabajo forzado. Omitió a Judá, lo cual la hacía parecer como el poder imperial, libre de impuestos, mientras Israel estaba tan sujeto a ellos como Moab y Amón. Naturalmente, todo Israel hirvió de resentimiento.

Ese resentimiento tenía también una base religiosa. La erección de un templo en Jerusalén y la colocación en él del arca de la alianza debe de haber horrorizado a algunos de los conservadores del Norte. Las órdenes proféticas que habían seguido a Samuel un siglo antes seguramente aún pensaban que Siló era el verdadero centro del yahvismo en Israel.

La situación hizo crisis en 930 a. C. A la cabeza de los grupos de trabajo forzado dedicados a obras de reparación y actividades constructoras se hallaba Jeroboam, un efraimita. Habitualmente es una buena política hacer que los grupos de trabajo estén bajo el control de alguien perteneciente al mismo grupo, pero a veces es contraproducente. Jeroboam cayó bajo la influencia de Ajías, un líder del partido profético que propiciaba la restauración de Siló como centro religioso. Jeroboam, pues, se rebeló. Como antes, la revuelta israelita fue sofocada, pero recibió considerable apoyo popular y la derrota de Jeroboam no eliminó las causas del descontento.

La situación también empeoró en Egipto. Psusennes II, suegro de Salomón, había muerto en 935 y se había apoderado del Delta un general libio, Sheshonk I. Este se hallaba interesado en alentar todo lo que causase el debilitamiento del poderío del reino situado al noreste. Por ello ofreció refugio a todos los que se rebelaran contra Salomón. Jeroboam huyó a Egipto, y lo mismo hizo Hadad de Edom. Allí esperaron la oportunidad para retornar a Israel-Judá y promover su ruptura.

Por lo común, esa buena oportunidad se presenta cuando muere un viejo rey y el nuevo debe gobernar durante un periodo de incertidumbre. En 922 a. C., Salomón murió y le sucedió en el trono su hijo Roboam.

5. Israel y Judá

Los dos reinos

Roboam no halló dificultades en la realización del ritual necesario para convertirse en rey de Judá. Mas para ser aceptado como rey de Israel, debía ser coronado con los ritos apropiados en Siquem, antaño el centro político de Efraim.

Los dirigentes israelitas trataron de aprovechar la ocasión para obtener concesiones, y exigieron que se aligerase la carga de los impuestos. Roboam respondió a esto con una altanera negativa, ante lo cual Israel se levantó en rebelión. Sin duda, ésta fue estimulada por Sheshonk I de Egipto, quien quizá contribuyó con ayuda financiera y, ciertamente, envió con toda rapidez al exiliado Jeroboam de vuelta a Israel.

Este tercer intento por parte de Israel de recuperar su independencia por la fuerza tuvo éxito. Los lazos entre Israel y Judá, que no habían sido fuertes ni en los mejores momentos, sólo duraron setenta años antes de romperse. Cuando esto ocurrió, las partes exteriores del reino se separaron inmediatamente. Mientras que el reino unido de Israel-Judá pudo dominar toda la mitad occidental de la Media Luna Fértil, Israel y Judá separadamente pudieron retener muy poco. El reino Sirio, con capital en Damasco, se hizo totalmente independiente, y poco a poco extendió su dominación sobre una vasta región del norte de Israel. Al este de Israel, Amón recuperó su independencia, e Israel apenas pudo retener Moab. En cuanto a Judá, todo lo que le quedó de las conquistas de David fue Edom. El Imperio había llegado a su fin, y nunca volvería a reconstituirse.

Las dos partes separadas de lo que casi había sido una gran potencia pronto conocieron las miserias de la debilidad. Sheshonk I (llamado Sisac en la Biblia) invadió Judá e Israel. Era el gobernante de un débil reino limitado al delta del Nilo y no se hubiera atrevido a atacar a David o Salomón. Pero ahora, con insultante facilidad, envió sus ejércitos a ambas partes del territorio dividido. Hasta tomó Jerusalén y se llevó del Templo las riquezas acumuladas en él por Salomón.

Pese a los desastres de la guerra civil, la destrucción del Imperio y la incursión de Sheshonk, el reino meridional de Judá disponía de ciertas ventajas que iban a serle muy útiles. Podía respaldarse en la tradición de los gloriosos reinados de David y Salomón —recuerdo que nunca se borró— y su rey era realmente un nieto de David. Más aún, Jerusalén siguió siendo la capital de Judá (junto con el territorio que había ocupado antaño la pequeña tribu de Benjamín, inmediatamente al norte de la capital) y en ella estaba el gran Templo construido por Salomón.

En cambio el reino del Norte, Israel, no tenía glorias inmediatas en su pasado. Tenía el recuerdo del desastroso reinado de Saúl y de setenta años de sujeción a Judá, que era más pequeña y más débil. No tenía ningún centro natural, pues Siló estaba destruido y la que antaño había sido la capital de Saúl formaba parte ahora de Judá.

Israel eligió por rey a Jeroboam, quien estableció su capital en Siquem. Esto era natural, pues él era un efraimita y Siquem había sido la vieja capital de Efraim. Pero los días de gloria de Efraim habían pasado hacía ya mucho tiempo, y pronto se trasladó a Tirsa, a trece kilómetros al norte, que tenía una ubicación más central. Además, así como David había buscado una capital que no hiciera demasiado obvia la dominación de Judá, Jeroboam tenía que evitar hacer patente la dominación efraimita.

Jeroboam también necesitaba establecer un centro religioso para el nuevo reino. La medida natural habría sido reconstruir Siló y restaurar su pasado brillo. Pero también en esto Jeroboam debía evitar la apariencia de la dominación efraimita, por lo que no lo hizo. En verdad, quizá le haya interesado debilitar al partido profético que le había ayudado a llegar al poder y, por tanto, tenía que eludir un culto centralizado. Así, creó dos centros de culto, uno en el extremo sur del reino, en Betel, a sólo dieciséis kilómetros al norte de Jerusalén, y el otro en el extremo norte del reino, en Dan. En cada centro cultural colocó la figura de un toro joven (símbolo común de la fertilidad, particularmente asociado con la tribu de Efraim).

El partido profético se horrorizó ante estas innovaciones y pasó a la oposición. Durante la mayor parte de la existencia de Israel persistió esa hostilidad entre la corona y el partido profético que comenzó entonces, hostilidad que fue una fuente constante de debilidad para el reino.

Durante los dos siglos siguientes, los sacerdotes, tanto de Israel como de Judá, reunieron las tradiciones de tiempos anteriores y las pusieron por escrito. Los relatos del reino del norte usaban «Elohim» como nombre de la deidad, y esos relatos constituyen lo que llamamos Documento E. Los relatos del reino del sur usaban «Yahvéh» (o «Jahweh», en la ortografía alemana) y son llamados el Documento J. Esas dos iniciales son más convenientes de lo que parece al principio, pues también representan a Efraim y Judá, que pueden ser consideradas como las fuentes geográficas. En esencia, ambos tratan de las mismas tradiciones, que recibieron su forma principal, sin duda, en la época del Imperio de Israel-Judá, cuando David y Salomón intentaron crear una historia tradicional común.

Había vagas leyendas sobre la creación del hombre y su historia primitiva, y sobre un enorme diluvio y su secuela, leyendas comunes en todo el Cercano Oriente y basadas en crónicas sumerias. Seguían relatos sobre los patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, su primera estancia en Canaán y el derecho a esa tierra que recibieron del mismo Dios. Venía luego la historia de los doce hijos de Jacob —que representaban a las diez tribus de la confederación israelita más Judá y la tribu hermana subsidiaria de Simeón—, de la venta de uno de esos hijos —José, el padre de Efraim y Manasés— en Egipto, de la esclavitud en Egipto y su rescate por el legislador Moisés, de las andanzas por el desierto y de la conquista final de Canaán bajo Josué.

Los documentos E y J diferían en los detalles y en el estilo, pero no poseemos el original de ninguno de ellos. Los seis primeros libros de la Biblia son una versión combinada y editada de ambos, a los que se agregó otro material.

Esa herencia común —admitida por ambas naciones— y, en cierta medida, esa religión común —aunque los ritos septentrionales sufrieron más la influencia cananea y los del sur siguieron siendo más primitivos y simples— no impidieron que la guerra fuese el estado de cosas normal entre los dos reinos. La guerra entre Israel y Judá se prolongó indefinidamente y fue una de las causas de la debilidad de ambos.

Roboam de Judá murió en 915 a. C., después de haber reinado sólo durante siete años, y fue sucedido por su hijo Abiyyam, quien después de un reinado de dos años totalmente opaco fue sucedido por su hijo Asa, en 913 a. C. Asa era probablemente muy joven cuando fue coronado e iba a reinar durante cuarenta años.

El Reino de Judá, pues, permaneció bajo la dinastía davídica y, con Asa, era la cuarta vez que el hijo sucedía al padre. Esto continuaría durante más de tres siglos, y parte del éxito de David y de la profunda impresión que sus hazañas dejaron en la imaginación de los judíos consistió en que, durante toda la historia del Reino, no hubo jamás un levantamiento popular contra la dinastía. En verdad, la permanencia de la dinastía, el sentimiento gradualmente creciente de que era un hecho eterno de la vida, fue la gran fuerza del pequeño Reino de Judá, la roca alrededor de la cual se mantuvo unido. Aun después de la destrucción del Reino, el recuerdo de esa dinastía fue el hecho fundamental para los sobrevivientes, así como el recuerdo de Jerusalén y su Templo.

Samaria

Israel no tuvo igual fortuna. Aunque más fuerte y más rico que Judá, careció de raíces. Ni siquiera surgió en él una casa real alrededor de la cual poder unirse realmente.

Cuando murió Jeroboam, en 901 a. C., le sucedió su hijo Nadab, pero sucumbió casi inmediatamente a un golpe del ejército. Un general israelita, Basa, se rebeló, se apoderó de Nadab y lo hizo asesinar, junto con los restantes miembros de la casa de Jeroboam. Esto fue en 900 a. C., de modo que la primera dinastía de Israel posterior a la rebelión contra Judá duró apenas veintidós años.

Basa se encontró ante el problema de afirmarse en el trono del que se había apoderado y optó por el método de enfrentar a su pueblo con una guerra externa y pedirle, por así decir, que se uniera bajo su bandera. Reactivó la guerra con Judá, que nunca había terminado totalmente pero se había aplacado por entonces.

Asa de Judá, enfrentado con un vigoroso ataque, buscó ayuda en el exterior. Cuando dos naciones vecinas son enemigas, el aliado natural de cualquiera de ellas es la nación que está del otro lado de la enemiga. Judá, situada al sur de Israel, buscó ayuda en el Reino de Siria, ubicado al norte de Israel. Benhadad I era por entonces rey de Damasco, y bajo su gobierno la que había sido apenas una ciudad-Estado en los últimos años de Salomón se convirtió en una nación tan grande como Israel. Fue a Benhadad a quien Asa envió presentes con el ruego de que atacase a Israel.

Benhadad accedió complacido, y así empezó un siglo y medio de luchas crónicas entre las dos naciones. En 878 a. C., la primera campaña se libró cuando el ejército sirio marchó hacia el Sur, llegando hasta el mar de Galilea y anexándose sus costas orientales. Uno de los episodios de esta invasión fue el saqueo y la destrucción de la ciudad de Dan. Al parecer fue destruida para siempre, pues no se la vuelve a mencionar en la Biblia ni en ninguna otra crónica.

Basa de Israel, al verse en peligro en el Norte, se vio forzado a hacer la paz con Judá. Indudablemente fue gracias a la continua presión de Siria sobre el flanco norte de Israel por lo que Judá pudo conservar su identidad nacional.

El otro único incidente notable del reinado de Asa en Judá fue el rechazo de una incursión egipcia. El hijo de Sheshonk, Osorkon I, gobernaba a la sazón el delta del Nilo y envió un destacamento contra Judá a las órdenes de un oficial nubio (etíope). El recuerdo del rechazo de esta correría fue magnificado cinco siglos más tarde por el autor

del Libro de las Crónicas de la Biblia, quien convirtió la refriega en una importante derrota de un millón de hombres, nada menos.

Puesto que la guerra de Basa había sido un fracaso, la esperanza de éste de afirmar su dinastía sobre una gloriosa conquista militar (como había hecho David) se desvaneció. Mientras vivió retuvo el trono de Israel, pero murió en 877 a. C. En 876 a. C. estalló una guerra civil y el hijo de Basa, Ela, fue depuesto y ejecutado. La dinastía de Basa llegó a su fin después de veinticuatro años.

Siguió un breve período de anarquía, pero antes de que terminase el año el capaz general Omri subió al trono y fundó la tercera dinastía de Israel. Omri fue un rey enérgico, que logró rechazar a los sirios y reforzar su propia dominación sobre Moab. Comprendió que una importante debilidad de Israel era su falta de una capital fácilmente defendible. Una invasión por una fuerza externa, por grande que fuese, no podía realmente tener éxito si los defensores tenían alguna fortaleza en la cual poder refugiarse por un tiempo indeterminado. Judá la tenía en Jerusalén, pero Israel no poseía nada semejante. Tirsa era inadecuada y, además, estaba mancillada por dos golpes triunfantes del ejército en el lapso de un cuarto de siglo.

El ojo sagaz de Omri había observado una colina situada a trece kilómetros al oeste de Tirsa. Constituía una posición estratégica, pues estaba centralmente ubicada, a mitad de camino entre el Jordán y el Mediterráneo, y era muy apropiada para la defensa. Pertenecía a la familia de Shemer, pero Omri la compró y en ella construyó fortificaciones que luego se convirtieron en su capital y en la ciudad más grande de Israel. La llamó Shomron, por el nombre de sus propietarios originales, pero era más conocida por los griegos posteriores, y en consecuencia para nosotros, como Samaria.

La medida tuvo un éxito total. Samaria fue la capital de Israel por el resto de la existencia de esta nación, y las hazañas de Omri cautivaron a tal punto la imaginación de las naciones circundantes que Israel fue llamada «la tierra de Omri» en las crónicas asirias, aun después de que la dinastía de Omri cesase de gobernar el país. (La Biblia, sin embargo, habla poco de él, pues los historiadores bíblicos estaban más interesados en los procesos religiosos que en los seculares.)

Para fortalecer su reino, Omri necesitaba más que un ejército eficiente y una capital fuerte. Necesitaba algún culto de Estado. Judá lo tenía. El primitivo yahvismo de la época de los jueces había sido desarrollado bajo David y Salomón hasta convertirlo en una colorida religión centrada en el sofisticado Templo de Salomón en Jerusalén. El yahvismo así elaborado despertaba las emociones del pueblo y, de este modo, contribuía eficazmente a afirmar la autoridad del rey. Había pocos golpes de Estado del ejército en Judá, donde Asa y, luego, su hijo Josafat en conjunto reinaron durante sesenta y cuatro años. Ellos, a su vez, apoyaron vigorosamente el yahvismo.

Pero a Omri el yahvismo no le parecía apropiado. En Israel no había nada semejante al Templo de Jerusalén. Además, no podía dar importancia a las tradiciones desarrolladas por David y Salomón, dinastía extranjera para los israelitas. Es verdad que Jeroboam había usado hasta cierto punto el lenguaje del yahvismo al establecer los cultos de Betel y Dan, pero se trataba del yahvismo anterior a David, y su influencia no era poderosa.

Había yahvistas en Israel, claro está. El partido profético que hacía remontar sus tradiciones a Siló y Samuel eran yahvistas, pero eran minoría en la población y casi nunca dominaron a los gobernantes. Los reyes de Israel desconfiaban del yahvismo, quizá porque pensaban que, mediante él, podía restablecerse la dominación de Judá.

Buscaron ávidamente una religión de Estado que uniese a la nación y le diese conciencia de sí misma.

No era fácil. No se puede sencillamente inventar una religión y darle vida. Es más fácil y más efectivo adoptar o adaptar alguna religión que ya sea popular, si es posible encontrarla. El yahvismo estaba descartado, pues era la religión del enemigo de Israel, Judá. Los cultos sirios quedaban descartados por razones similares. Sólo quedaba Fenicia. En las ciudades fenicias había una tradición de amistad con Israel que se remontaba a la época de David, más de un siglo atrás. Hasta había sobrevivido al fin de la dinastía de Hiram.

Después de la muerte de Hiram de Tiro en 936, mientras Salomón estaba aún en el trono, le sucedieron una serie de oscuros gobernantes sobre los cuales no sabemos casi nada. En 887 a. C., cuando Basa estaba en el trono de Israel, el último descendiente del linaje de Hiram fue asesinado a raíz de una conspiración conducida por Etbaal, quien era, al parecer, el sumo sacerdote.

Etbaal ascendió al trono de Tiro y estaba aún en él cuando Omri llegó a ser rey de Israel. Ambos gobernantes eran usurpadores que carecían de la seguridad que da la legitimidad. Tal vez esto fue lo que los llevó a acercarse. Además, Omri quizá pensó también, astutamente, que podía proporcionarle el culto nacional de Tiro. Esta adoraba a la diosa Astarté mediante ritos de la fertilidad que tenían un fuerte atractivo emocional y el género de elaborada espectacularidad que parecía agradar en particular a las mujeres. Ya era popular en Israel, y se trataba de la religión de un amigo, no un enemigo.

Etbaal, ahora rey de Tiro pero antaño sumo sacerdote de Astarté, estaba interesado en la difusión del culto, de modo que ambos reyes llegaron fácilmente a un acuerdo. Así, el hijo de Omri, Ajab, se casó con la hija de Etbaal, Jezabel. Pero, además, parece haber sido una unión por amor. Cuando murió Omri, en 869 a. C., Ajab le sucedió pacíficamente en el trono y, junto con su reina, prosiguió la política de su padre de hacer del culto tirio la religión de Estado de Israel.

Hubo oposición, desde luego. Los yahvistas del partido profético se volvieron contra el culto de Astarté y su consorte masculino, llamado simplemente Baal, que significaba «señor». A los yahvistas, quienes adherían a una religión de fuertes tradiciones masculinas que se remontaban a los días del desierto y tenían opiniones severamente moralistas en lo concerniente al sexo, el culto tirio de una diosa de la fertilidad les parecía pecaminoso hasta el colmo y lo combatieron desesperadamente.

El caudillo yahvista de Israel era Elías, y en siglos posteriores se tejieron sobre él leyendas y cuentos maravillosos que luego fueron incorporados a la Biblia. Como la historia bíblica fue escrita desde el punto de vista religioso del yahvismo, Ajab es denunciado como un mal rey y Jezabel como un monstruo de maldad. Pero en la realidad, Ajab parece haber sido un rey muy capaz y Jezabel una devota esposa. Rechazaron a los sirios y combatieron resueltamente a los turbulentos yahvistas. Bajo ellos, el Reino de Israel llegó a su apogeo en algunos aspectos.

La alianza de Ajab con Tiro, fortalecida por la unidad religiosa que trató de imponer, tuvo buenos resultados económicos y probablemente le proporcionó la riqueza que necesitaba para fortalecer a sus ciudades del Norte contra Siria y embellecer la capital de Samaria. Logró establecer su predominio sobre Judá y formar una alianza con el rey de ésta, Josafat, por la que éste aceptaba la conducción israelita en asuntos exteriores, aunque conservaba a su cargo los asuntos internos.

Así, lo que había sido antaño el imperio de David quedó en tiempos de Ajab dividido en dos por una diagonal que corría del Noroeste al Sudeste, a través del mar de Galilea. Damasco dominaba el territorio situado al norte de esa línea, y Samaria el del sur.

Naturalmente, estalló la guerra entre las dos naciones, guerra que, en general, llegó a un punto muerto. Por el 856 a. C., las fuerzas sirias invadieron Israel y asediaron Samaria. Ahora la previsión de Omri rindió sus beneficios, pues Samaria resultó inexpugnable. Durante el sitio, el ejército sirio se debilitó por el hastío y probablemente por las enfermedades, que eran comunes en todo ejército sitiador antes de las modernas reglas de higiene. Una salida hábilmente conducida de los israelitas rechazó a los sirios y los obligó a retirarse rápidamente a Damasco.

Al año siguiente, Israel combatió lejos de su hogar. Los ejércitos se encontraron en Afec —otra Afec distinta de aquella en la que los filisteos habían derrotado desastrosamente a Israel dos siglos antes—, situada sobre la costa oriental del mar de Galilea. Había sido territorio israelita hasta el reinado de Basa, y ahora Ajab, al vencer por segunda vez, pudo recuperar parte de las tierras perdidas veinte años antes.

La dinastía de Omri

Pero al llegar a este punto, Siria e Israel tuvieron que volverse hacia el Este. Había surgido un nuevo peligro y aparecido horribles presagios de sucesos futuros. En el extremo noroeste de los valles del Tigris y el Eufrates estaba la tierra de Asur (o «Asiria», para los griegos y para nosotros). Su capital era Calach, a unos 700 kilómetros al noroeste de Samaria en línea recta, pero a más si se sigue la línea de la Media Luna Fértil, que es la que seguían los ejércitos. Era una larga distancia en aquellos días, y a menos que Asiria estuviese bajo un gran rey conquistador no representaba ninguna amenaza para las tierras que bordeaban el Mediterráneo.

Ocasionalmente, Asiria tenía monarcas dinámicos, que utilizaban su vasto territorio, el espíritu guerrero de su pueblo y las riquezas acumuladas por el comercio para llevar una política de expansión. Alrededor de 1220 a. C., por ejemplo, no mucho antes de que los israelitas atravesaran el Jordán y los filisteos llegaran a la costa marítima cananea, Asiría dominaba toda la región del Tigris y el Eufrates y era la mayor potencia del mundo occidental.

Asiria entró luego en un periodo de decadencia pero en 1100 a. C., cuando Efraim encabezaba la confederación israelita, la potencia oriental comenzó a expandirse nuevamente por toda la zona del Tigris y el Eufrates y hasta llegó, por el oeste, hasta el mar Mediterráneo. Pero en esta ocasión, como en la anterior, la parte sur de la costa mediterránea, donde se concentraban las tribus israelitas, permanecieron intactas y fuera del horizonte del poder asirio.

Después de esto, Asiria pasó por otro período de declinación, durante el cual David y Salomón pudieron gobernar sin tropiezos su imperio. En 935 a. C., a finales del reinado de Salomón, Asiría comenzó a revivir por tercera vez, y cuando Ajab estaba en el trono de Israel, el poderío de la potencia oriental estaba comenzando nuevamente a orientarse hacia el Mediterráneo.

En 859 a. C., Salmanasar III subió al trono asirio y se dispuso a ampliar su reino. Su padre se había contentado con recibir tributo de las ciudades-Estado situadas al oeste del Eufrates, pero Salmanasar optó por la anexión directa.

En 854 a. C. llegó al Mediterráneo mucho más al norte de Israel y se apoderó de la ciudad de Karkar, a 370 kilómetros al norte de Samaria. Pero aquí se encontró con una coalición de las potencias de la costa mediterránea bajo el mando conjunto de Banhadad II de Siria y Ajab de Israel. Estos dos inveterados enemigos lograron unirse contra el peligro común. Siria parece haber suministrado el mayor contingente de soldados de infantería, pero Israel proporcionó más carros que cualquier otro aliado.

Sólo disponemos de un relato asirio de la batalla que se libró, pues la Biblia nunca la menciona. La fuente asiria describe la batalla de Karkar como una victoria asiria, pero no menciona nuevas anexiones de tierras ni posteriores avances. De esto podemos deducir que la batalla fue a lo sumo un empate para Asiria, si no una derrota.

Sea como fuere, la amenaza asiria fue conjurada, y aunque Asiria conservó su fuerza durante el resto de los treinta y cuatro años de reinado de Salmanasar, la costa mediterránea quedó en paz, exceptuando correrías ocasionales. En verdad, quedó tan libre del peligro asirio que Israel y Siria pudieron volver a luchar entre sí.

Ajab prosiguió su intento de recuperar el territorio perdido bajo Basa. Las fuerzas aliadas de Israel y Judá atacaron las posiciones sirias en Ramot de Galaad, a unos 50 kilómetros al sudeste de Afec. La batalla podía haber sido un triunfo israelita, pero una flecha perdida hirió fatalmente a Ajab. Se interrumpió la batalla, y buena parte de las tierras situadas al este del mar de Galilea siguieron en manos sirias.

La muerte de Ajab fue la señal de la revuelta (como ocurre a menudo a la muerte de un rey enérgico). En Moab pronto estalló la rebelión. Situada al este del mar Muerto, Moab había sido conquistada por David y había quedado en poder de los israelitas después de la división del Reino, en tiempos de Roboam. Había estado a punto de recuperar su libertad en el desastroso reinado de Basa, pero Omri la había sometido nuevamente. A fines del reinado de Ajab, el líder moabita era Mesa. Ya había encabezado antes una revuelta contra Israel que no tuvo éxito, y, una vez muerto Ajab, hizo un nuevo intento.

[Mapa V – Israel y Judá (c. 850 a. C.)]

Ocozías, hijo de Ajab y Jezabel, había subido al trono y fue el tercer miembro de la dinastía de Omri, pero no vivió por mucho tiempo. Le sucedió su hermano menor Joram, en 849 a. C. El nuevo rey inmediatamente intentó aplastar la revuelta moabita. En alianza con el fiel Josafat de Judá, condujo su ejército por el extremo meridional del mar Muerto y desde allí a Moab, hacia el Norte. No conocemos los detalles de la expedición, pero ésta fracasó y Moab obtuvo una precaria independencia. Mesa conmemoró su victoria con una inscripción realizada sobre una piedra basáltica negra de un poco más de un metro de alto y unos 60 centímetros de ancho. Su importancia reside en que ha llegado hasta nosotros y recibe el nombre de «la Estela de Mesa». Fue descubierta en 1869 en las ruinas de la capital de Mesa, Dibón, ciudad situada a unos veinte kilómetros al este del mar Muerto, por un misionero alemán, F. A. Klein. La inscripción está en hebreo antiguo; es la más antigua inscripción extensa en esta escritura que se conserva y su lenguaje tiene un espíritu muy similar al de la Biblia, sólo que es Kemósh, el dios moabita, y no Yahvéh, quien monta en cólera con su pueblo y luego se arrepiente y lo salva. Pese a la muerte de Ajab y a la victoriosa revuelta de Moab, Jezabel, ahora reina madre, tenía razones para sentirse satisfecha. Era rey de Israel su hijo Joram, totalmente dominado por ella. Su hija Atalía estaba casada con el hijo de Josafat de Judá (que también se llamaba Joram).

Josafat murió en 849 a. C., inmediatamente después de la abortada expedición contra Moab, de modo que Jezabel tenía a su hijo como gobernante de Israel y a su yerno como gobernante de Judá. El culto tirio, dominante en Israel, estaba también penetrando en Judá. Joram resistió contra esta penetración, pero en 842 a. C. murió y su hijo Ocozías reinó en su lugar. Este se hallaba totalmente dominado por su madre, Atalía, por lo que Jezabel tuvo un hijo como rey de Israel y un nieto como rey de Judá, ambos partidarios del culto tirio.

El yahvismo se halló entonces en su momento de mayor peligro. El cabecilla israelita del partido profético yahvista, Elías, había muerto, pero su lugar fue ocupado por Eliseo, también de fuerte personalidad y sobre el cual se tejieron leyendas. Elíseo tomó el camino de la conspiración. Sólo era necesario encontrar el instrumento adecuado. Tenía que ser un general con tropas bajo su mando: por dos veces en la breve historia de Israel los generales habían derrocado al gobierno. Pero, naturalmente, tenía que ser también un general con simpatías yahvistas.

En 842 a. C. continuaba la guerra con Siria, y Ramot de Galaad, donde había muerto Ajab, era la manzana de la discordia. En el curso de la lucha, Joram de Israel fue herido, por lo que abandonó el frente para recuperarse en la ciudad real de Jezrael, a 30 kilómetros al oeste de allí y 20 kilómetros al norte de Samaría. Allí fue visitado por su real sobrino, Ocozías de Judá, que acudió a presentarle sus respetos como pariente y aliado.

El ejército israelita quedó al mando del general Jehú, y Eliseo vio allí la oportunidad que buscaba. Jehú era, o bien yahvista por convicción, o bien estaba dispuesto a serlo para apoderarse del trono. Mientras el rey estaba enfermo y el ejército se hallaba totalmente bajo su mando, Jehú hizo un pacto con el partido profético.

Jehú se hizo proclamar rey por el ejército y luego condujo a éste hacia Jezrael en una rápida marcha. Atacó por sorpresa, se adueñó de la ciudad y barrió con todos los miembros masculinos de la casa de Omri. No sólo mató a Joram de Israel, sino también a Ocozías de Judá. Luego ordenó la muerte de la reina madre.

Así llegó a su fin la tercera dinastía de Israel, en un completo desastre. Había tenido cuatro reyes, dos de los cuales, Omri y Ajab, fueron enérgicos y capaces, y había durado treinta y cuatro años. Con Jehú comenzó la cuarta dinastía de Israel.

Pero en Judá, fuera del alcance de Jehú, quedaba Atalía, hija de Jezabel. Cuando le llegaron las noticias del golpe de Jehú, comprendió que los yahvistas de Judá, relativamente más fuertes que los de Israel, seguramente darían un golpe. Por ello, decidió actuar primero, y lo hizo sangrientamente.

Como un torbellino, ordenó el asesinato de todos los miembros masculinos de la dinastía davídica, inclusive, al parecer, sus propios nietos. Quizá intentó casarse con algún otro y fundar una nueva dinastía, pero de hecho no lo hizo. Durante un período de seis años, de 842 a 836 a. C., gobernó sola, y éste fue el único período de toda la historia del Reino de Judá en que no ocupó el trono un miembro de la dinastía de David. Pero el reinado de Atalía fue precario. El yahvismo tenía en Judá algo que no tenía el yahvismo de Israel: el Templo. Atalía no osó tocarlo, pues sabía muy bien que, si lo hacía, el sumo sacerdote uniría contra ella al ejército y al pueblo. Sólo pudo esperar en la desesperación el curso de los sucesos, tal vez con esperanza de terminar su vida en el trono y sin ninguna preocupación por lo que pudiese ocurrir después. En verdad, el período de su gobierno fue desastroso. Edom, que había estado bajo la dominación de Judá desde la época de David, dos siglos y medio antes, se rebeló y conquistó su

independencia. Las ciudades-Estado filisteas de la costa se hallaban tan lejos de haber sido sojuzgadas que hicieron incursiones por Judá. Todo lo que quedaba bajo la dominación de Jerusalén era el viejo territorio de la tribu de Judá, una región no mayor que el Estado de Connecticut.

El sumo sacerdote de la época era Joyada. Durante todo el reinado de Atalía debe de haberse sentido acosado, pues no sabía cuándo Atalía podía decidirse a actuar contra el Templo. De algún modo tenía que unir al ejército y al pueblo contra ella. Parecía haber sólo un camino, y éste era utilizar la dinastía de David, los descendientes de los gloriosos David y Salomón, cuyos reinados, aunque habían terminado un siglo antes, permanecían vivos en la mente de todos los judíos, y de cuyo linaje habían gobernado Judá seis miembros, desde la muerte de Salomón.

Claro que la dinastía había sido exterminada por Atalía, pero ¿podía alguien estar seguro de esto? En 836 a. C., Joyada organizó una reunión secreta de jefes militares de Judá e hizo aparecer ante ellos a un niño de siete años y les contó una dramática historia. Seis años antes, dijo, cuando Atalía había dispuesto la matanza de los descendientes de David, había sido salvada una criatura de un año, un hijo de Ocozías. La esposa del sumo sacerdote (una hermana de Ocozías) había sacado a su pequeño sobrino de ese infierno y lo había llevado al Templo. Aquí había sido ocultado cuidadosamente y mantenido desde entonces.

¿Era eso verdad? ¿O el niño era un impostor al que se había apelado como factor aglutinante? ¿Cómo podemos saberlo? ¿Cómo puede nadie saberlo? La Biblia transmite la versión de Joyada de la historia, y como tal es generalmente aceptada. Los generales judíos también aceptaron la historia y proclamaron rey al niño Joás. También el pueblo la aceptó. El restablecimiento de la dinastía davídica causó enorme júbilo, y Atalía fue capturada y muerta.

Así, la influencia fenicia llegó a su fin en Judá tanto como en Israel. La dinastía de Omri fue suprimida en todas partes. Por el momento, el yahvismo con el Templo prevalecía en Judá, y sin el Templo en Israel. Al parecer, Eliseo y el partido profético habían logrado la victoria.

La dinastía de Jehú

Pero el triunfo del yahvismo en el interior fue acompañado de problemas en el exterior. En Siria, en 842 a. C., el año del golpe de Jehú, hubo también un golpe de Estado. Benhadad II fue asesinado por un funcionario de la corte, Hazael. Al parecer, Eliseo tuvo también alguna intervención en esto, pues un asesinato real le parecía un medio eficaz para provocar al menos un caos temporal. Desgraciadamente para él y para Israel, el resultado no los favoreció. Hazael se apoderó de la corona y demostró ser un rey más capaz que el hombre al que había suplantado.

Más aún, el año de confusión en los tres reinos —Siria, Israel y Judá— fue una tentación para Asiria. Habían pasado una docena de años desde que la potencia oriental se quemase los dedos en Karkar, pero Salmanasar III estaba aún en el trono asirio y ahora se dispuso a vengarse.

Sus ejércitos asolaron Siria y el norte de Israel y pusieron sitio a Damasco. La amenaza de la total destrucción se cernió sobre los tres reinos, pero Damasco resistió desesperadamente y surgieron problemas en otras fronteras de Asiria. Salmanasar tuvo que contentarse con obtener un considerable tributo y se marchó. Pero levantó un

monumento a su victoria, un obelisco negro donde se registran los nombres de los reyes derrotados y el tributo pagado. Entre los reyes derrotados figura Jehú, al que se lo llama el «hijo de Omri», nombre habitual de los reyes israelitas entre los asirios, aunque Jehú había precisamente exterminado a todos los descendientes de Omri que pudo.

En cuanto a Fenicia, aunque había perdido la oportunidad de lograr ascendiente religioso sobre Israel y Judá, y quizá también sobre Siria, esto debe de haberle importado poco. De cualquier modo, las ciudades fenicias no podían crear un imperio territorial, al menos uno capaz de resistir frente a la creciente amenaza asiria. Fenicia había hecho su aporte en la batalla de Karkar, pero luego tuvo que pagar tributo, cuando Salmanasar volvió con más éxito ese año de confusión de 842 a. C.

No, el futuro de Fenicia estaba en el mar, y en éste las cosas fueron mejor que nunca. Durante todo el siglo IX, Fenicia fue el único gran poder naval en el Mediterráneo y mantuvo el monopolio del comercio. En 814 a. C. (la fecha aceptada), la ciudad de Tiro fundó otra que sería más grande que ella misma.

En ese año, una partida de colonos tirios bajo la guía, según la tradición, de Dido, hermana del rey tirio, fundó una ciudad a pocos kilómetros al sur de Utica, sobre la costa africana, al oeste de Sicilia, ciudad que estaba casi en el mismo lugar que la moderna Túnez. Los colonos fenicios la llamaron Karthadasht («ciudad nueva»), presumiblemente porque Utica era la «ciudad vieja». Los romanos de siglos posteriores convirtieron ese nombre en «Carthago», y nosotros en «Cartago». Los romanos llamaban a los cartagineses *«poeni»*, que era su versión de la palabra griega para designar a los fenicios, por lo que el adjetivo «púnico» es equivalente a «cartaginés».

Pero ¿qué ocurrió con el yahvismo durante todo este tiempo? ¿Cómo se mantuvo en Israel y Judá?

Asiria era peligrosa, pero siguió con problemas en sus otras fronteras y, en verdad, después de la muerte de Salmanasar, en 825 a. C., su poder declinó nuevamente. Las ciudades fenicias eran ricas, pero sólo les interesaba el mar y no hicieron ningún intento de recuperar su predominio religioso en Israel y Judá. El principal enemigo era aún Siria, y por un momento representó un serio peligro.

Aunque Siria había pasado por un golpe de Estado en 842 a. C., no siguió a éste ninguna conmoción religiosa interna. Se recuperó de la incursión asiria mucho más rápidamente que Israel, donde Jehú estaba tratando de combatir el culto tirio y de afirmar el yahvismo en su lugar.

Hazael, el rey usurpador de Siria, reorganizó su ejército y lo envió al Sur, contra los débiles reinos yahvistas. Halló pocas dificultades. En una campaña, arrancó a Jehú todo el territorio transjordano. Esa tierra que había sido israelita desde la época de los Jueces, estuvo ahora bajo la dominación de Damasco. Otro contingente del ejército sirio avanzó sobre la costa y estableció su dominación sobre las ciudades filisteas.

Por el tiempo en que terminó el reinado de Jehú a causa de su muerte, ocurrida en 814 a. C., el año de la fundación de Cartago, Israel y Judá estaban acorralados entre el río Jordán y el mar Muerto al este y la planicie costera al oeste. Conservaron su independencia, aun la región montañosa, al precio de tener que pagar un tributo a Siria.

Cuando Joacaz, hijo de Jehú, sucedió a éste en el trono, en 814 a. C., parecía que Israel estaba a punto de ser borrado del mapa. Hazael, en sus últimos años, más de una vez pudo haberse adueñado de la misma Samaria. Judá también sufrió en este periodo. Bajo Joás, el rey niño que —según se suponía— representaba la dinastía davídica conservada

casi milagrosamente, no hizo más que sufrir continuas derrotas. Hazael de Siria amenazó a la misma Jerusalén y sólo se retiró al precio de un pesado tributo.

Internamente, las cosas no fueron mejor. Cabe suponer que en sus primeros años el joven rey estuviese totalmente dominado por el sumo sacerdote que le había salvado la vida o, quizá, que lo había elegido para el papel de sobreviviente de la dinastía davídica. Ya en la edad adulta, después de llevar el manto de la realeza durante décadas, su impaciencia creció. Cuando Joyada murió y su hijo llegó a ser sumo sacerdote, Joás afirmó su independencia e intrigó para hacer lapidar al nuevo sumo sacerdote.

Esto le enajenó el apoyo de los sacerdotes. El hecho de que fuese derrotado por Hazael y tuviese que pagar tributo —lo que implicaba una sangría del tesoro del Templo— fue otro golpe para su popularidad. En 797 a. C., fue asesinado en un golpe de Estado del ejército. El destino al que supuestamente había escapado en 842 a. C., según Joyada, se abatió sobre él casi medio siglo más tarde.

¿Qué habrá pensado Eliseo? Los golpes que había organizado en 842 a. C. se volvieron contra él, en el sentido de que quien más se benefició de ellos fue Hazael, el antiyahvista. Sin embargo, el yahvismo estaba nuevamente en el poder en Israel y en Judá, por debilitado que estuviese, y esto quizá satisfizo al líder del partido profético.

También vivió lo suficiente para ver el comienzo del cambio de marea. En 806 a. C. Hazael murió, después de haber sometido brevemente a su dominación casi toda la parte occidental de la Media Luna Fértil. Asiria estaba entonces en un período de declinación, pero aun así un coletazo suyo bastó para dislocar el Oeste. Pocos meses después de la muerte de Hazael, un ejército asirio asedió y tomó Damasco, impuso un pesado tributo y dejó al país sacudido y postrado. Siria mantuvo su independencia, pero su decenio de grandeza imperial había terminado y no volvería jamás.

Cuando Joacaz de Israel fue sucedido por su hijo Joás, en 798 a. C., el nuevo rey se halló ante una situación muy diferente. Siria se hallaba entonces en el desorden, y, al reanudarse la guerra entre ellos, prevaleció Israel. Sus ejércitos derrotaron a Benhadad III, el hijo de Hazael, en tres batallas sucesivas. Israel recuperó la posición que tenía bajo Ajab, y Elíseo, que murió por el 790 a. C., vivió lo suficiente para verlo.

La dinastía davídica, o la que era aceptada como tal, también se recuperó después de la muerte de Hazael. El asesinato de Joás de Judá fue seguido por el ascenso al trono de su hijo Amasias. Este obtuvo victorias sobre Edom y restableció la dominación de Judá sobre esa tierra, que sólo durante medio siglo había sido independiente.

Alrededor de 786 a. C., pues, las dos tierras yahvistas de Israel y Judá estaban gobernadas por reyes que habían seguido una trayectoria de conquistas y de restablecimiento de su poder anterior. Era casi inevitable que midieran sus fuerzas uno contra el otro, por primera vez desde el reinado de Basa, un siglo y cuarto antes. Aparentemente, el agresor fue Amasias de Judá.

Judá era la más débil, de todos modos, como se demostraría pronto. En la batalla de Betsames, a 25 kilómetros al oeste de Jerusalén, Israel logró una victoria decisiva. Amasias fue tomado prisionero y se vio forzado a admitir la ocupación temporal de Jerusalén. Parte de las fortificaciones de la ciudad fueron destruidas y el tesoro del Templo saqueado. Auque Judá conservó su propio rey y cierto grado de autonomía, se convirtió en tributario de Israel, como lo había sido en los tiempos de Omri y Ajab.

Joás de Israel murió en 783 a. C. y le sucedió su hijo Jeroboam. Puesto que un Jeroboam fue el primero que gobernó Israel después de la muerte de Salomón, siglo y

medio antes, el nuevo rey habitualmente es llamado en las historias Jeroboam II. Completó las conquistas de su padre, reduciendo a toda Siria al papel de tributaria y haciendo de Samaria la potencia dominante en la mitad occidental de la Media Luna Fértil, como Damasco había sido la dominante un cuarto de siglo antes bajo Hazael.

En el reinado de Jeroboam II comenzó a producirse un nuevo cambio religioso. Después de la muerte de Eliseo, el partido profético perdió fuerza, pero empezó a surgir un nuevo tipo de líder religioso. Los nuevos jefes religiosos no estaban interesados en la aceptación de un grupo particular de ritos ni les importaba si uno u otro conjunto de sacerdotes dominaba los templos principales. En cambio, adoptaron la causa de la reforma social, dándole una forma religiosa. Se los siguió llamando «profetas», pero la palabra ya no designaba a un derviche extático, sino a un firme defensor de las reformas que instaba al pueblo a arrepentirse de sus maldades y lo amenazaba con el castigo divino si no lo hacía.

El principio de esos nuevos profetas fue Amós, pastor de Judá que se aventuró a penetrar en el santuario israelita de Betel, alrededor de 760 a.C., para denunciar el culto que allí se efectuaba como una forma idólatra del yahvismo. Más aún, atacó el tipo de religión que daba más importancia al ritual que a la vida honesta. Según Amós, Dios dijo:

Odio y desprecio vuestras festividades, no me placen vuestras solemnes reuniones. Aunque me ofrezcáis holocaustos y ofrendas de comidas, no los aceptaré, ni contemplaré la inmolación de vuestros animales cebados. Alejad de mí el ruido de vuestros cantos, pues no oiré la melodía de vuestras cítaras. Como aguas impetuosas caerá el juicio, y como torrencial corriente la justicia.

Amós no logró mucho. El sacerdote que estaba al frente del santuario de Betel le advirtió que debía volver a Judá y quedarse allí; al parecer, Amos lo hizo. Tampoco cambió la versión israelita del yahvismo. Sin embargo, las prédicas de Amos se conservaron (aunque no sabemos hasta qué punto fueron alteradas por editores posteriores) y figuran hoy en el Libro de Amos de la Biblia, el más antiguo de los libros bíblicos que conservamos.

Poco después del tiempo de las actividades de Amos, un israelita, Oseas, también predico un mensaje lleno de preocupación por los valores éticos, y no por el ritual. Realizo sus prédicas en los últimos años del reinado de Jeroboam II y se las encuentra en el Libro de Oseas. Es el único israelita cuyas palabras se conservan en los diversos libros proféticos del Antiguo Testamento. Todos los demás, incluido Amos, son de Judá.

Durante el reinado de Jeroboam II de Israel, el rey derrotado de Judá, Amasías, cayo víctima de un golpe del ejército, como su padre, y en 769 a. C. fue asesinado. Le sucedió en el trono su hijo Azarías, más conocido por otra versión de su nombre: Ozías.

Ozías gobernó sobre un Judá que sólo era un títere de Israel, pero no hubo ningún intento de modificar esa situación y, en verdad, Judá floreció en ella. Ozías reconstruyó las fortificaciones de Jerusalén que habían sido destruidas en época de su padre. Se apoderó de algunas de las ciudades-Estado filisteas y reconstruyó el puerto marítimo de Elat, a orillas del mar Rojo que había tenido importancia en tiempos de Salomón. La reanimación del comercio contribuyó a la prosperidad de Judá.

Pero había en Judá un problema interno, y éste era la rivalidad entre el rey y el sumo sacerdote. En Israel no existía tal problema, pues el rey era todopoderoso. En Judá, en

cambio, el Templo ejercía una influencia excepcional, y el sumo sacerdote era siempre un poder que era menester tomar en cuenta.

Sin duda, David y Salomón no permitieron ningún desatino a sus sumos sacerdotes, y los habían puesto y depuesto a su voluntad y supervisaban los solemnes sacrificios cuando lo deseaban. Pero el interregno de Atalía había destruido en cierta medida ese precedente. Mientras reinó Atalía, el sumo sacerdote fue el único caudillo de los yahvistas de Judá. Cuando el niño Joás fue puesto en el trono, el sumo sacerdote siguió en posesión del poder. Durante el medio siglo siguiente, los reyes de Judá lucharon para recuperar su poder y los sumos sacerdotes trataron de impedirlo. Joás y Amasías fueron asesinados, y es posible que la influencia sacerdotal haya estado detrás de ambos golpes de Estado.

Ozías también trató de afirmar la prerrogativa real con respecto a las funciones sacerdotales, tanto más cuanto que los éxitos de su reinado, militares y económicos, probablemente le dieron popularidad. Hasta trató de presidir los sacrificios en el Templo y, de este modo, poner de relieve su autoridad sobre el sumo sacerdote.

Pero el intento fracasó, aunque no conocemos los detalles. Al parecer, al final de su reinado de treinta y cuatro años, se vio incapacitado y tuvo que vivir en el aislamiento. Desde 749 a. C., su hijo Jotan fue regente del Reino. Luego surgió la leyenda (conservada por los editores de los libros bíblicos, quienes —desde luego— estaban de todo corazón de parte del sumo sacerdote y contra las pretensiones reales) de que Ozías se enfermó de lepra, estado que hasta le impedía entrar en el Templo. Más aún, se enfermó (se decía) desde el instante en que trató de supervisar el culto en el Templo.

Eso fue la victoria final del sumo sacerdote sobre el rey. Desde la época del reinado de Ozías, el sumo sacerdote predominó sobre el yahvismo, y el rey, para tener alguna independencia, habría tenido que apartarse del yahvismo. Muchos lo hicieron.

(La victoria del sumo sacerdote, según se la describe en la Biblia, iba a tener importante influencia en la historia futura. Durante la Edad Media hubo entre los cristianos una lucha constante de la Iglesia y el Estado.)

6. Judá

La caída de Israel

En 748 a. C. murió Jeroboam II. Su reinado de treinta y cinco años de duración había sido invariablemente triunfal y, cuando murió, su reino estaba intacto. Subió al trono su hijo Zacarías. Era el quinto miembro de la dinastía de Jehú, Por cuatro veces, la sucesión del trono había pasado de padre a hijo, lo que era todo un récord para Israel. Pero eso terminó. A los seis meses, un golpe palaciego dio muerte a Zacarías, y la dinastía de Jehú llegó a su fin después de noventa y cuatro años.

Durante algunas semanas hubo gran confusión en Samaria, pero luego un oficial del ejército llamado Menajem fue hecho rey. Pero el país ya no gozaba de la gloriosa posición que tenía cuando Jeroboam II estaba en el trono, ni volvería a tenerla, pues en el Este Asiria se estaba agitando nuevamente.

Por cuarta (y última) vez en la historia, Asiria estaba a punto de iniciar un periodo de grandeza militar, en el cual iba a llegar al pináculo de su poder. Durante ochenta años desde la muerte de Salmanasar III, Asiria había padecido una sucesión de cinco monarcas débiles e incompetentes. En la mayoría de las naciones de la época, un periodo de debilidad tan largo y tantos gobernantes débiles seguidos habrían sido un estímulo a la insurrección. Pero los gobernantes asirios pertenecían a una dinastía que había dominado durante mil años, y es difícil dejar de lado una tradición tan larga.

Pero en 745 a. C. las dificultades fueron superadas. Un general asirio depuso al débil monarca de ese momento y se instaló en el trono. Pronto adoptó el nombre de un gran conquistador asirio del pasado para convertirse en Teglatfalasar III. De inmediato, Asiria se puso de pie nuevamente.

Como en tiempos de Salmanasar III, las naciones de la costa mediterránea trataron de unirse para resistir al gigante del Este. Ozías de Judá fue el líder de esta coalición antiasiria (como sabemos por los testimonios asirios, ya que la Biblia no menciona el hecho).

La coalición fracasó. En 738 a. C. sufrió una derrota ante el ejército asirio y Teglatfalasar III cobró tributo a todas las naciones costeras. Menajem de Israel y Ozías de Judá se inclinaron ante el yugo para conservar los restos de autonomía que Asiria les concedía. Ciertamente, todos los sueños imperiales desaparecieron. Siria estaba completamente libre de la dominación israelita y en Damasco gobernaba un rey que era el igual del rey de Samaria, o al menos igualmente sometido a Asiria.

Menajem murió ese mismo año y su hijo Pecajya subió al trono. Este hizo lo que pudo para estar en paz con Asiria y siguió pagando el tributo como único medio de evitar la total destrucción. Pero el tributo exigía la recaudación de pesadísimos impuestos, que agobiaban al pueblo. Esto, a lo que se unían el común odio a los extranjeros y una

errónea estimación popular del poder de Asiria, dio origen a sentimientos antiasirios cada vezmás intensos.

En 726 a. C., un golpe militar encabezado por un oficial llamado Pecaj dio muerte a Pecajya y puso fin a la quinta dinastía de Israel, después de sólo doce años de existencia. Pecaj se dedicó inmediatamente a organizar una nueva coalición antiasiria. Se le unió en este proyecto Rezin de Siria, hijo de Benhadad III.

Para el éxito de la empresa, los aliados sirio-israelitas juzgaron esencial la adhesión de Judá en esa alianza. Pero mientras los Estados septentrionales estaban formando su coalición, Ozías de Judá murió, en 734 a. C., y fue sucedido por su hijo Jotam, quien a su vez fue sucedido por su hijo Ajaz. Ozías y Jotam, que habían aprendido bien la lección sobre la potencia asiría, no quisieron unirse a la coalición, ni tampoco Ajaz. En esta decisión, el nuevo rey de Judá recibió el apoyo de Isaías.

Isaías era uno de los nuevos profetas, de los que Amós había sido su primer exponente un cuarto de siglo antes. Isaías entró en la vida pública el año de la muerte de Ozías, poniendo de relieve la preocupación ética y social, no el ritual, como concepto de la religión. Como al parecer pertenecía a una familia judía aristocrática, Isaías tenía fácil comunicación con el rey y los jefes sacerdotales.

En la crisis con que se enfrentó Judá en ese momento Isaías abogó por una estricta neutralidad. Judá no podía unirse a ninguna liga contra Asiria. Cuando Israel y Siria amenazaron a Judá con la guerra si no se unía a la liga antiasiria, Isaías no hizo caso de la amenaza. Israel y Siria no podían ganar esa guerra, pues evidentemente Asiria no permitiría el fortalecimiento de sus enemigos. Todo lo que Judá debía hacer era resistir con firmeza. Isaías dijo esto a Ajaz en términos enérgicos, y su declaración se conserva en la colección de dichos que se le atribuyen y que forman el Libro de Isaías. En la versión moderna, traducida del hebreo, Isaías dice: «*... el Señor mismo os dará una señal: una joven grávida dará a luz un hijo y lo llamará Emmanuel. Hasta que aprenda a rechazar el mal y elegir el bien, se alimentará de leche y miel. Pero antes de que el niño aprenda a rechazar el mal y elegir el bien, será devastada la tierra de los dos reyes que temes*». Este lenguaje no es muy claro, pero parece querer decir que en el tiempo en que un niño a punto de nacer llega a la edad del destete, Israel y Siria serían destruidos, presumiblemente por Asiria.

Las fuerzas unidas de Siria e Israel invadieron Judá y pronto ocuparon todo el país. Aprovechando la oportunidad los edomitas y los filisteos se liberaron de Judá, y pronto Ajaz se encontró con que gobernaba un territorio no mayor que Jerusalén y sus alrededores. Entonces decayó el ánimo de Ajaz. Aunque Isaías aconsejaba paciencia, Ajaz no podía esperar a que Asiria acudiese por propia iniciativa y reclamó ayuda, con lo cual confirmó su papel de títere de Asiria. Teglatfalasar respondió al llamado judío.

Los ejércitos asirios avanzaron irresistiblemente hacia el Oeste. En 732 a. C., Siria fue aplastada y Damasco ocupada. Siria perdió su independencia para siempre, y su historia como unidad política llegó a su fin sólo dos siglos después de nacer, en los años finales del reinado de Salomón, y sólo setenta años después de que Hazael llegó a dominar casi todo el territorio que había sido antaño el imperio de David.

Los sirios (o arameos, para volver a usar el nombre por el que se llamaban ellos mismos) no desaparecieron, sin embargo. Anteriores monarcas asirios habían tratado de desalentar las rebeliones en las provincias conquistadas mediante un plan de descarnado terror, con matanzas y mutilaciones al por mayor. Teglatfalasar III apeló a un método más sutil que, en definitiva, dio mejores resultados. Efectuó deportaciones en masa.

Trasladaba gran parte de la aristocracia de una provincia y la establecía en territorios extraños, a la par que llevaba a extranjeros a ocupar el lugar que había sido vaciado.

Como resultado de ello, se debilitaba la conciencia nacional y se engendraba una segura hostilidad entre los viejos habitantes y los recién llegados. Esta hostilidad interna consumía esas energías que de otro modo habrían sido dirigidas contra Asiria.

Así, los sirios fueron dispersados por el Imperio, llevando su lengua con ellos. La lengua aramea era mucho más simple (con su alfabeto fenicio) que la intrincada lengua asiria y su escritura cuneiforme. Desde el siglo VIII a. C., el arameo se convirtió en una especie de idioma internacional del Asia occidental e iba a seguir siéndolo durante trece siglos. A través de su lengua, pues, Siria ejercería más influencia sobre la cultura mundial, durante largos siglos posteriores a su muerte política, que nunca antes.

En cuanto a Israel, sobrevivió a la destrucción de Siria, pero nada más. Asiría le arrebató los dos tercios septentrionales de su territorio y los convirtió en provincias cautivas. Pecaj siguió siendo rey, pero su soberanía sólo se extendía por la región que rodeaba a Samaria.

Pero no seguiría siendo rey por mucho tiempo. No pudo sobrevivir a la humillación de la derrota y fue asesinado en otro golpe palaciego, el último de Israel. El cabecilla del golpe, Oseas, se proclamó rey en 732 a. C. Al parecer fue reconocido por Asiria a cambio de un total sometimiento, que adoptó la forma de un gran tributo.

En 728 a. C., la situación cambió nuevamente, o al menos así parecía. Teglatfalasar III murió y surgió la probabilidad de que Asiria entrase otra vez en un período de declinación más o menos largo, como había ocurrido a menudo a la muerte de un rey enérgico.

Pero ni siquiera contra una Asiria debilitada el insignificante Reino de Israel podía resistir sin ayuda extranjera. El único poder de cierta consideración y cercano a Israel que podía abrigar deseos de oponerse a Asiria era Egipto. Más aún, estaba en el interés de Egipto presentar tal oposición, pues si la mitad occidental de la Media Luna Fértil caía totalmente bajo la dominación asiria, esta gran potencia limitaría con Egipto, lo cual éste no quería que sucediese.

En 736 a. C. gobernaba Egipto Shabaka, el primero de un linaje de reyes proveniente de una región del Nilo superior llamada Nubia (o Etiopía). Fue a Shabaka a quien apeló Oseas de Israel.

Así se inició un período de un siglo y medio durante el cual Egipto estimuló constantemente rebeliones en la mitad occidental de la Media Luna Fértil contra las potencias dominantes en la mitad oriental. Desgraciadamente para aquellos a los que alentó, Egipto tenía escaso poder propio. Podía dar dinero y sobornar, pero no podía brindar ningún apoyo militar efectivo. Las naciones que escuchaban los halagos de Egipto y aceptaban su oro descubrían invariablemente que, en los momentos decisivos, cuando se trataba de combatir, la ayuda egipcia no se encontraba en ninguna parte o era, a lo sumo, inadecuada. Lo mismo le sucedió a Israel.

Salmanasar V, hijo y sucesor de Teglatfalasar, estaba decidido a proseguir con la política exterior enérgica de su padre. Reaccionó inmediatamente ante la negativa de Oseas a pagar el tributo, marchó sobre Israel, la asoló, capturó y depuso a Oseas y luego, en 725 a. C., puso sitio a Samaria.

Con el coraje de la desesperación, Samaria, aislada y sin esperanzas, logró mantener la resistencia durante tres años. Quizá esta resistencia exasperó a los asirios y Salmanasar

fue convertido en chivo expiatorio. Sea como fuere, Salmanasar murió en 722 a. C., tal vez asesinado, pues un usurpador (quizá el jefe de la conspiración) subió al trono y fue el primer monarca de la última y más espectacular dinastía de Asiria.

El usurpador, Sargón II, completó la labor de Salmanasar y puso rápido y triunfal fin al asedio de Samaría. Así, en 722 a. C., llegó a su fin para siempre el Reino de Israel, que había existido exactamente doscientos años desde la victoriosa rebelión conducida por Jeroboam I. Sargón siguió la táctica de Teglatfalasar III y trató de poner fin a toda posibilidad de revuelta de Israel —convertida en provincia asiria— deportando a 27.000 personas de las clases gobernantes de la nación, a los terratenientes y los administradores. Los deportados fueron establecidos en la región del río Kebar, cerca del extremo oriental de la Media Luna Fértil y a más de 700 kilómetros al noroeste de Samaria. Allí se mezclaron por casamiento con los nativos y perdieron todo sentido de identidad nacional. Los deportados son famosos en la leyenda con el nombre de las «Diez Tribus Perdidas»; durante muchos siglos se creyó que subsistían intactos y constituían una poderosa nación del interior de Asia, lo cual era un mero absurdo.

Para ocupar las regiones despobladas de lo que había sido Israel, Sargón llevó allí a deportados de otras inquietas provincias conquistadas. Los recién llegados se mezclaron por matrimonio con los campesinos israelitas que habían quedado, y los miembros de esta población formada por inmigrantes y nativos y centrada alrededor de la ciudad de Samaria fueron llamados samaritanos en generaciones posteriores.

Los samaritanos mantuvieron más o menos las costumbres culturales de los anteriores israelitas y eran de religión yahvista. Se consideraban descendientes de los israelitas y restaban importancia al efecto de las deportaciones y la entrada de inmigrantes. Sostenían que su forma de yahvismo era la pura y original.

Pero los habitantes de Judá, en el Sur, defendían la validez de su tipo de yahvismo, afirmaban que los samaritanos eran una raza híbrida y sostenían que sus predecesores israelitas habían sido expulsados en masa de su tierra y que la forma samaritana del yahvismo era una herejía carente de valor y perversa.

Ezequías

Después de la conquista de Israel y su destrucción como Estado independiente, Sargón no hizo ningún intento de anexionarse las tierras del Sur. Los pequeños reinos que estaban más allá de Israel rápidamente expresaron su profunda obediencia al poderoso rey de Asiria y pagaron tributo. Los fenicios y los filisteos en la costa, Judá, Amón, Moab y Edom en el interior, todos conservaron sus gobernantes nativos y su autonomía en los asuntos internos. Pero en todo lo importante, fueron títeres asirios y hasta tuvieron que pagar caro para conservar ese carácter.

De los restos aún existentes del viejo Canaán, los fenicios eran los que estaban en mejor posición. Sus armadas les permitían resistir a Asiria, pero aun así habían llegado al fin del período de mayor grandeza de su historia. Después de la época de Sargón, las ciudades fenicias nunca volvieron a ser completamente independientes.

Peor aún, por primera vez en cinco siglos, su dominio del mar era disputado. Grecia estaba emergiendo de la época oscura en que se había hundido en la época de las conmociones provocadas por los Pueblos del Mar. Trataba de resolver los problemas que planteaba el aumento de la población mediante la colonización en el exterior. A medida que empezaron a surgir ciudades griegas en las costas de Asia Menor y el mar

Negro, se hicieron más extensos la navegación y el comercio griegos. En el siglo VIII a. C., mientras las ciudades fenicias dedicaban su atención a Asiria, los barcos griegos llevaron colonos griegos a las costas de Sicilia y el sur de Italia.

El Mediterráneo oriental llegó a ser dominado por los griegos, y bajo su dominio permaneció durante seis siglos *. Pero el Mediterráneo occidental siguió bajo la influencia fenicia, principalmente por el engrandecimiento de la ciudad-colonia tiria de Cartago. La distancia de las colonias occidentales de la madre patria fenicia y la dominación griega de las extensiones marinas que había entre ellas dio origen a un proceso por el cual los fenicios occidentales se hicieron cada vez más independientes.

En Judá, Ajaz murió en 715 a. C. y su hijo Ezequías subió al trono. Su política fue tortuosa y difícil, pues pagaba tributo a Asiria, pero aprovechaba toda oportunidad para resistirse contra su dominación.

Un modo de resistencia concernía a la reforma religiosa. En aquellos días, la dominación política involucraba también la dominación religiosa. Se suponía que el culto de los vencedores debía ser recibido con respeto por los conquistados, pues cuando una nación derrotaba a otra en las prosaicas batallas terrenales, se consideraba que los dioses de los vencedores habían derrotado a los dioses de los vencidos. Esto significaba que los dioses del Tigris y el Eufrates debían recibir respetuoso culto en Judá.

Pero Ezequías hizo todo lo que estuvo a su alcance a fin de preparar a la nación para una futura revuelta, reforzando y centralizando el yahvismo. Hizo todo lo posible para destruir lugares subsidiarios de culto y suprimir ritos locales, concentrando todo en el Templo de Jerusalén. Añadió nuevos elementos a la festividad agrícola de la Pascua y le dio matices políticos, reforzando su aspecto de celebración de la legendaria huida de Egipto y estimulando, de este modo, a la población a soñar con una huida similar de los asirios.

En tiempos de Ezequías, también las leyendas de tiempos anteriores sobre los patriarcas y los jueces, tales como las presentaban los israelitas ahora conquistados, se combinaron con leyendas semejantes surgidas en Judá. Parte del material que ahora conservamos en los primeros libros de la Biblia comenzaron por entonces a tomar su forma presente.

Ezequías tampoco descuidó la adopción de medidas puramente militares. Fortificó y aprovisionó varias ciudades y construyó un conducto especial de agua para proveer de agua las fortificaciones de Jerusalén. (Con suficiente agua y amplias reservas de cereal, una ciudad bien fortificada podía resistir durante largo tiempo contra la maquinaria de asedio de la época, a la espera de que el hastío y las enfermedades desgastaran a los sitiadores.)

Ezequías también trató de establecer estrechas relaciones con los yahvistas de lo que había sido Israel, de extender su poder sobre los filisteos y los edomitas y de obtener ayuda financiera de Egipto. Sólo restaba esperar una buena oportunidad para lanzar una rebelión que permitiese a Judá librarse de la férula asiria. En todo esto, desde luego, Ezequías contaba con el total apoyo de los sacerdotes yahvistas y de profetas independientes, como Isaías.

---

* Sobre la historia de Grecia, en general, véase mi libro *The Greeks*, Houghton Mifflin, 1965 [versión española, *Los griegos*, Alianza Editorial].

En 705 a. C. murió Sargón II y fue sucedido por su hijo Senaquerib. Nuevamente la muerte de un rey enérgico fue la señal para la revuelta. Las tribus caldeas que dominaban los tramos inferiores del Tigris y el Eufrates se hallaban en un estado de crónica hostilidad contra sus amos asirios. Sargón II había estado tan preocupado por ellas que había prestado poca atención al Oeste, lo cual había permitido a Ezequías hacer sus preparativos. Al morir Sargón, los caldeos se lanzaron abiertamente a la revuelta.

Ante un rey asirio nuevo e inexperto, que además debía dedicarse de lleno a luchar con los caldeos, Ezequías juzgó que había llegado el momento. En alianza con Fenicia, los filisteos y Egipto, se negó a pagar el tributo a Asiría, lo que equivalía a una declaración de independencia.

Por el 701 a. C., Senaquerib había resuelto suficientemente sus problemas con los caldeos como para enviar un considerable ejército a la costa mediterránea. Los aliados rebeldes experimentaron inmediatamente todo el vigor del castigo asirio. Las ciudades fenicias fueron asoladas y el rey de Tiro se vio obligado a huir de la ciudad y buscar refugio en las colonias fenicias de Chipre.

En territorio filisteo, los asirios se enfrentaron con el ejército egipcio, lo derrotaron fácilmente y lo rechazaron maltrecho. Luego, casi sin interrupción, Senaquerib envió sus hombres al interior de Judá, devastó las tierras y se apoderó de las ciudades fortificadas una tras otra. Antes de terminar el año, Ezequías estaba acorralado en Jerusalén como una rata en una jaula.

Senaquerib le puso sitio. Por entonces, Ezequías ya tenía lo suficiente, claro está, y estaba dispuesto a pagar un tributo enorme sólo para volver a ser un títere, con la promesa de futura lealtad. Pero el encolerizado rey asirio no quería dejar las cosas allí. Quizá planeaba hacer lo que había hecho su padre con Samaria e Israel: tomar la ciudad y suprimir el reino.

Pero, bien aprovisionada y bien defendida, Jerusalén podía resistir un largo asedio, y, peor aún, los egipcios atacaron de nuevo. Senaquerib envió un contingente del ejército sitiador que los derrotó fácilmente, pero esto significó nuevas pérdidas. Esto, unido a las noticias sobre nuevos problemas surgidos en otras partes de los vastos dominios asirios, convenció rápidamente a Senaquerib del desatino que sería perder demasiado tiempo ante una ciudad de importancia relativamente escasa. Así, decidió aceptar la humilde oferta de Ezequías de un enorme tributo y marcharse.

Senaquerib estaba dispuesto a permitir a Judá conservar una libertad limitada y a que la dinastía de David siguiera en el trono. Su tierra estaba postrada, y tal vez hubiese aprendido la lección. Indudablemente pasaría mucho tiempo antes de que osara provocar a Asiria de nuevo. Si esto fue lo que pensó Senaquerib, tenía razón. Judá nunca se volvió a rebelar contra Asiria.

Sin embargo, el hecho de que Senaquerib se retirase sin tomar Jerusalén fue un hecho de la mayor importancia, no sólo para Judá, sino para el mundo. Veinte años antes, en circunstancias similares, Samaria había sido tomada e Israel destruido. Ahora, Jerusalén no había sido tomada y Judá subsistía. ¿En dónde reside la diferencia? Jerusalén tenía el Templo. Surgieron leyendas según las cuales Senaquerib se había retirado a causa de una peste enviada por Dios y que había destruido a su ejército; que el Templo era invulnerable; que Yahvéh no podía ser derrotado y que era más fuerte que los dioses asirios, por muy poderosa que fuese Asiria sobre la Tierra. Fueron los comienzos de una

nueva concepción de la religión y de Dios, concepción que no estaba ligada a los prosaicos hechos de la victoria o la derrota sobre la Tierra.

Josías

Pero cualquiera que fuese la mística que surgió después de los sucesos de 701 a. C., la situación inmediata era clara. Judá estaba devastada y había sufrido la peor derrota de su historia.

Ezequías, cansado y deshonrado, aceptó de buena gana a su hijo mayor, Manasés, como cogobernante, en 697 a. C. Cuando murió Ezequías, en 687 a. C., Manasés le sucedió como único gobernante hasta su propia muerte, acaecida en 642 a. C. Este reinado de cincuenta y cinco años fue el más largo de la historia de Judá. Además, fue un período de paz total en esa tierra.

Manasés invirtió completamente la política de su padre, que obviamente sólo había llevado a Judá al desastre. Era claro que el precio de ser un títere era mucho menor que el de la rebelión, de modo que durante todo su largo reinado pagó puntualmente el tributo y se inclinó pacientemente ante el rey asirio. Más aún, aceptó y estimuló el culto asirio y desalentó el yahvismo, que continuaba predicando el espíritu de resistencia despertado por Ezequías *.

Durante el reinado de Manasés, Asiria llegó al apogeo de su poder. En 681 a. C., Senaquerib fue asesinado por dos de sus hijos, pero un tercero, Asarhaddón, pronto se apoderó del trono. Después de frenar todos los desórdenes con mano firme, Asarhaddón invadió Egipto en 671 a. C. y se adueñó de las regiones inferiores del delta del Nilo. Por primera vez en la historia, el valle del Nilo y toda la Media Luna Fértil estuvieron bajo el gobierno de una sola potencia; pero, ante este gran hecho imperial, Judá siguió en la paz y la prosperidad. Los grandes ejércitos de Asiria marcharon de un lado a otro en Egipto sin tocar a la diminuta Judá, y esto fue un tributo al valor práctico de la política de Manasés.

En 669 a. C., Asarhaddón fue sucedido por su hijo Asurbanipal. Manasés prosiguió firmemente su política proasiria, sin tratar de obtener ninguna ventaja de la muerte del rey. En verdad, hasta es posible que haya viajado hasta Nínive —la nueva capital asiria, que había sido fundada por Senaquerib— para ofrecer su fidelidad al nuevo monarca asirio.

Siglos más tarde surgió una leyenda, quizá basada en el oscuro recuerdo de ese viaje a Nínive, según la cual Manasés había sido llevado en cadenas a la capital asiria, se había arrepentido de su idolatría y convertido en un buen yahvista. Esta leyenda, que se encuentra en unas pocas líneas del Libro II de las Crónicas de la Biblia, parece ser solamente una historia edificante inventada por píos sacerdotes para demostrar el poder de la verdadera religión sobre la falsa.

Cuando Manasés murió, en 642 a. C., su hijo Amón continuó fielmente la política de su padre. Pero después de reinar dos años fue asesinado, y le sucedió en el trono su hijo Josías, de sólo ocho años de edad.

---

* La Biblia, escrita enteramente desde el punto de vista religioso del yahvismo, da grandes detalles del reinado de Ezequías, pone a éste por los cielos y considera que su catastrófica política antiasiria dio como resultado la triunfal salvación de Jerusalén. Pasa luego a referirse a Manasés, omitiendo mencionar su largo, pacífico y próspero reinado, y, en cambio, denunciándolo como idólatra y perseguidor.

Pero entonces se produjo un gran cambio en los vastos dominios asirios. Bajo Asurbanipal, el ejército asirio siguió siendo fuerte y dominante, pero a un costo cada vez mayor. Las rebeliones se hicieron más numerosas y más peligrosas. Egipto, la más reciente conquista asiría, fue el primero en liberarse. Los caldeos del Tigris y el Eufrates inferiores eran casi libres. Judá experimentó un claro alivio de su carga, y observadores sagaces podían predecir un futuro en el que el Imperio Asirio sin duda se derrumbaría.

Por ello, a medida que Asiria se debilitaba lentamente, el yahvismo y el nacionalismo que éste representaba se hacían más fuertes. No sabemos con seguridad cuál fue la causa del asesinato de Amón, pero es al menos posible que fuese instigado por los sacerdotes yahvistas, quienes ansiaban la sucesión de un niño que, cabía imaginar, podía ser moldeado a imagen y semejanza de ellos en los buenos tiempos que sobrevendrían si el Imperio Asirio se derrumbaba. Sin duda, en 632 a. C., cuando Josías tenía dieciséis años de edad, era ya un fervoroso yahvista y los cultos oficiales asirios fueron relegados.

En 627 a. C. murió Asurbanipal. Fue el último gran rey asirio, y cuando murió inmediatamente estallaron rebeliones entre los pueblos sojuzgados. Casi desde el momento mismo de la muerte del rey, Asiria entró en una precipitada y definitiva decadencia.

Judá fue uno de los reinos sometidos que aprovecharon plenamente la situación. Las fuerzas de Judá se desplazaron rápidamente hacia el Norte, hacia lo que había sido Israel, ocupó el territorio cercano a Damasco y se apoderó también de Transjordania. Por primera vez desde la muerte de Salomón, tres siglos antes, los territorios de Israel y Judá quedaron unidos bajo la dinastía davídica que gobernaba en Jerusalén.

En 622 a. C., Josías ordenó una completa renovación del Templo, que se había deteriorado mucho durante el largo período transcurrido desde la muerte del último rey yahvista, sesenta y cinco años antes. Los sacerdotes yahvistas, que habían urgido esta reforma, estaban preparados. En un hueco oculto de la construcción, el sumo sacerdote Helcías anunció el descubrimiento de un viejo ejemplar del «Libro de la Ley». Los cínicos podrían suponer que ese ejemplar había sido recientemente preparado por el sacerdote, pero la historia que se contó y aceptó fue diferente. El Libro de la Ley, que establecía el yahvismo como la única religión permitida y que reforzaba mucho el poder de los sacerdotes y el prestigio del Templo, fue fechado en seis siglos atrás, haciéndolo remontar a los tiempos del legendario Moisés, de quien se suponía que había recibido la Ley en forma definitiva e inmutable del mismo Dios, en el monte Sinaí.

No conocemos con seguridad el contenido exacto del Libro de la Ley, pues no ha llegado hasta nosotros. Pero la mayoría de los eruditos bíblicos están casi seguros de que era muy similar al que ahora llamamos Libro del Deuteronomio, que contiene una serie de instrucciones supuestamente dadas por Moisés al pueblo israelita poco antes de morir él y cruzar ellos el Jordán.

Josías aceptó el libro como auténtica reliquia de la Ley Mosaica e inició inmediatamente una completa y cabal reforma religiosa. Fue eliminado del país todo rastro de culto no yahvista. Todos los santuarios locales, yahvistas o no, fueron cerrados y se prohibió todo culto local. El Templo fue convertido en el único santuario, y Josías presidió una gran fiesta de Pascua en la que Judá pareció volver a la época dorada de David y Salomón.

Las ciudades fenicias también se expandieron con la libertad que originó la rápida declinación de Asiria. Aunque los griegos en ascenso siguieron dominando el

Mediterráneo oriental, los fenicios penetraron aún más profundamente en el Oeste, hasta una distancia que no iba a ser superada durante dos mil años.

En ese período crearon bases en lo que es ahora Argelia, ocuparon las islas Baleares y extendieron su antigua ocupación de la costa española. En el pasado se habían aventurado más allá del estrecho de Gibraltar por cortas distancias, pero ahora fueron mucho más lejos. Por primera vez en la historia, los barcos de una potencia civilizada navegaron por el Océano Atlántico, y eran barcos tripulados por cananeos.

Los navegantes fenicios avanzaron al Norte y al Sur. Los que se dirigieron al Norte hallaron nuevas minas del metal estaño, fundamental para la fabricación de bronce, y que seguía siendo importante aún en la Edad del Hierro. Ese estaño, que fue una nueva fuente de riqueza para Tiro y las ciudades hermanas, fue hallado en lo que llamaban las islas del Estaño. No sabemos dónde estaban exactamente, pero la conjetura más común es la que las identifica con las islas Scilly, un grupo de islitas situadas frente a Cornualles, en el extremo sudoccidental de Inglaterra. La misma Cornualles quizá fue también una fuente de estaño (y aún hoy lo produce en pequeñas cantidades).

En dirección al Sur, los navegantes fenicios hicieron viajes aún más notables. Pagados por un rey egipcio, exploraron las costas africanas e hicieron la circunnavegación completa de este gigantesco continente. La única noticia que tenemos de esto se halla en las obras del historiador griego Heródoto, obras escritas dos siglos después.

Heródoto no creía el relato de los fenicios porque éstos afirmaban que en el extremo meridional de África el sol de mediodía aparecía en la región septentrional del cielo. Puesto que el sol de mediodía siempre estaba hacia el Sur, cuando se lo contemplaba desde Grecia o de cualquier tierra mediterránea, Heródoto pensó que esto era una ley invariable de la naturaleza, que los fenicios mentían y, por tanto, que habían inventado toda la historia.

El extremo meridional de África está en la Zona Templada del Sur, desde donde el sol de mediodía siempre se ve realmente hacia el Norte. El mero hecho de que los fenicios describiesen este hecho aparentemente imposible nos dice que realmente estuvieron allí y probablemente circunnavegaron África.

Pero la edad dorada de Judá bajo Josías no duró mucho. Asiría se tambaleó y se derrumbó, finalmente. Los caldeos, cuya capital era Babilonia, se aliaron con los medos, pueblo nómada que habitaba las regiones del noreste del Tigris, y en 612 a. C. se apoderaron de la capital asiria, Nínive. Los pueblos sojuzgados exultaron de júbilo (como se ve en el breve Libro de Nahum de la Biblia). En 610 a. C., el último ejército asirio combatía sin esperanzas a lo largo del Eufrates superior.

Pero entonces Egipto se agitó. Había subido al trono un nuevo faraón, Nekao II, quien aspiraba a que Egipto volviese a desempeñar un papel casi olvidado. Por primera vez desde hacía seis siglos, por primera vez desde la época de Ramsés III, Egipto aspiró a desempeñar un papel imperial en Asia. A fin de cuentas, Egipto había sufrido la ocupación asiria cuando esta potencia había dominado toda la Media Luna Fértil, y estaba en su interés impedir que una nueva potencia ejerciese la dominación total. Los caldeos tenían el Tigris y el Eufrates, y ya era suficiente.

Nekao decidió que era necesario avanzar hasta el Eufrates en apoyo del último ejército asirio y conservar la mitad occidental de la Media Luna Fértil libre de la gigantesca potencia del Este. Mientras tanto, podía aprovechar para apoderarse de todo el territorio occidental que pudiera, para que sirviese como amortiguador entre Egipto y los caldeos. Con todo esto en su mente, Nekao lanzó sus ejércitos al Norte en 609 a. C.

Pero en su camino estaba Josías de Judá. Josías había extendido las fronteras del pequeño principado de Manasés y restablecido una parte importante del reino de David. El también pensaba que estaba a la cabeza de una importante potencia. Más aún, había restablecido la verdadera religión y creía firmemente que Dios estaba de su lado, creencia indudablemente confirmada por los sacerdotes.

[Mapa VI – Judá bajo Josías (c. 610 a. C.)]

Josías, pues, estaba dispuesto a cerrar el camino a todo ejército invasor. Reunió sus fuerzas y enfrentó a los egipcios en Megiddo, a 90 kilómetros al norte de Jerusalén, donde seis siglos antes Tutmosis III había librado y ganado una gran batalla contra los cananeos. El resultado fue el mismo. Nuevamente ganaron los egipcios, y Josías fue muerto. La nueva edad dorada de Judá llegó abruptamente a su fin.

La caída de Judá

Pero hasta una victoria fue fatal para los grandes planes de Nekao. La batalla lo retrasó, y este retraso lo arruinó todo. Por la época en que llegó al Eufrates, el último ejército asirio había desaparecido para siempre. Los caldeos habían triunfado y eran más formidables que nunca. Nekao eludió un enfrentamiento directo, pero ocupó todo el territorio situado al sur del Eufrates. Por un tiempo pareció que habían vuelto los grandes días de Tutmosís III y que había nuevamente un Imperio Egipcio.

Con todo, el linaje de David subsistió. Judá sobrevivía y Jerusalén no había sido conquistada. El pueblo de Judá colocó en el trono a Joacaz, hijo menor de Josías. Pero sólo conservó el trono por un mes, pues para Nekao no era satisfactorio: no lo consideraba suficientemente sometido a Egipto. Nekao ordenó que se llevase a Egipto para tenerlo en prisión por el resto de su vida y puso en su lugar a Joaquim, hijo mayor de Josías.

Judá no estaba en condiciones de resistir. No era la gran potencia que había creído Josías. En definitiva, era el pequeño reino que debía doblegarse ante la tormenta, como en los días de Manasés. Joaquim juró lealtad a Egipto y pagó tributo fielmente.

Pero aún quedaba la frontera del Eufrates, donde las fuerzas egipcias al oeste estaban frente a las caldeas al este. Los caldeos habían consolidado su dominación sobre el Tigris y el Eufrates y pensaron que había llegado el momento de ajustar cuentas con los egipcios.

El rey caldeo envió a su hijo Nabucodonosor para que se ocupara de la cuestión. En 605 a. C. estaba en la frontera, organizando una ofensiva contra los egipcios. Antes de librarse la inevitable batalla, murió el rey caldeo y Nabucodonosor le sucedió en el trono. Casi inmediatamente después, los dos ejércitos combatieron en Karkemish y los caldeos obtuvieron una aplastante victoria. El breve sueño de gloria de Nekao (todavía más breve que el de Judá bajo Josías) se desvaneció. Los restos del maltrecho ejército egipcio se retiraron al Sur. Nabucodonosor y sus caldeos se apoderaron entonces de la costa mediterránea, mientras los pequeños reinos de la región corrieron presurosos a trasladar su fidelidad de Egipto a Caldea. Joaquim fue uno de ellos, aunque lo hizo con inquietud. Quizá pensó que su pasado de leal títere egipcio lo haría sospechoso a ojos de Nabucodonosor, quien aprovecharía la primera oportunidad para reemplazarlo. Fuese

por esta o por otra razón, se mantuvo alerta a la espera de la primera ocasión para rebelarse.

Egipto, al descubrir que el Imperio Caldeo no era más que el Imperio Asirio con un nuevo nombre, volvió a su vieja política de estimular y financiar revueltas. Joaquim, quien en este período de peligro para la nación inició, pese a todo, un gran programa de construcciones, necesitaba dinero y lo solicitó a Egipto.

Al menos un importante portavoz de Judá previno contra la política aventurera en que se había embarcado Joaquim. Era Jeremías, quien afirmaba sombríamente que Nabucodonosor era demasiado fuerte para ser resistido y que la esperanza de recibir ayuda de Egipto era una ilusión. Comprendía el peligro psicológico que representaba la repetida historia de la liberación de Jerusalén del asedio asirio bajo Senaquerib, un siglo antes, y el desatino que era la creciente confianza (desde la reforma de Josías) en el Templo como guardián invencible de la ciudad.

Jeremías insistía en que no se podía confiar ciegamente en el Templo. En el Libro de Jeremías se dice que afirmaba: «No confiéis en palabras engañosas, que dicen: ¡E1 templo del Señor! ¡El templo del Señor! ¡El templo del Señor!» (Jeremías, 7,4). Sostenía que no era el culto ritualista lo que salvaría a Judá, sino la reforma ética, y atribuye a Dios las siguientes palabras: «Robáis, matáis, cometéis adulterio y juráis falsamente... Y luego venís ante mí en esta casa... y decís: Estamos a salvo...» (Jeremías 7, 9-10). También recordó que el anterior santuario de Siló, en tiempos de los Jueces, había sido destruido. Pero Jeremías hablaba en vano.

En 601 a. C. los caldeos combatieron de nuevo contra los egipcios, pero esta vez en la frontera del mismo Egipto. Los egipcios lucharon desesperadamente, rechazaron a los caldeos y conservaron su independencia. Esto fue suficiente para Joaquim. Se negó a pagar tributo a Nabucodonosor. Este tardó algún tiempo en reaccionar, pues en su vasto imperio había problemas más urgentes. Pero en 597 a. C. le llegó el turno a Joaquim. El ejército caldeo rodeó a Jerusalén y le puso sitio.

En el curso del asedio Joaquim murió. Puede que haya sido asesinado. Le sucedió su hijo adolescente Joaquín. Este se hallaba en una situación muy poco envidiable, pues para quienquiera que no tuviese una fe ciega en la intervención divina, era evidente que Jerusalén no podía resistir por mucho tiempo.

Tres meses después de subir al trono Joaquín, Jerusalén cayó y el ejército caldeo entró en ella. Nabucodonosor consideró que Judá estaba totalmente a sus pies y fue implacable. Se llevó al exilio en Caldea a Joaquín y a mil personas más de las clases gobernantes. De este modo esperaba quebrar la conciencia nacional judía como había hecho Teglatfalasar con Israel un siglo y cuarto antes.

Pero la misma Judá se mantuvo, con Jerusalén y el Templo intactos. Hasta tuvo un rey, pues Nabucodonosor permitió la entronización de Sedecías, tío de Joaquín y tercer hijo de Josías.

Judá era entonces débil hasta la insignificancia; sin embargo, aún oyó los halagos de Egipto. Pese a todo lo que hizo Jeremías, Sedecías, apoyado por un clero que creía ciegamente en la protección mística del Templo, esperaba una oportunidad para rebelarse nuevamente.

En 589 a. C. decidió que el momento era propicio. Egipto había logrado persuadir a todos los minúsculos reinos de la región —Moab, Amón, Edom y Tiro— a que se resistieran contra Nabucodonosor. Hasta prometió luchar a su lado. En vista de esto,

Sedecías negó el tributo, y cuando Nabucodonosor se dirigió como un rayo hacia el Sur, todas las otras naciones, incluyendo Egipto, descubrieron que tenían otras cosas que hacer y dejaron a Judá que hiciera frente sola a la situación. Jerusalén fue tomada por segunda vez, pero ahora Nabucodonosor decidió dar una solución definitiva a la cuestión. Saqueó Jerusalén y destruyó el Templo hasta los cimientos, 367 años después de que fuera consagrado por Salomón. Más aún, cuando Sedecías fue capturado por los caldeos mientras huía, lo hizo cegar e hizo ejecutar a sus hijos. Sedecías fue el vigésimo primer rey de la dinastía davídica que ocupó el trono de Jerusalén, y el último. La dinastía llegó a su fin 427 años después del ascenso de David al trono.

Otro gran grupo de judíos fue llevado al exilio, y sobre los que permanecieron en Judá se puso a Godolías, judío de buena familia que estuvo al frente del país en calidad de gobernador de una provincia caldea.

Godolías sólo fue gobernador tres meses, pues fue asesinado. En la Biblia se dice que el asesinato fue instigado por el rey amonita, pero parece mucho más probable que haya sido muerto por nacionalistas judíos que lo consideraban un títere caldeo. Lo cierto es que los judíos que permanecían en Judá pensaron que Nabucodonosor interpretaría el suceso como otro recrudecimiento del nacionalismo judío y actuaron en consonancia con esta previsión. Cundió el pánico en Judá y muchos judíos huyeron a Egipto, llevándose con ellos a Jeremías (contra su voluntad).

Así, Judá, como antes Israel, quedó despoblado. Sus clases gobernantes, sus terratenientes y administradores quedaron dispersos por los valles del Tigris, el Eufrates y el Nilo. Sólo quedaron en la región gentes analfabetas y sencillas, que profesaban un yahvismo primitivo. Parecían quedar deshechos los últimos restos de la obra de David.

7. El judaísmo

El exilio

Habría sido razonable suponer que ahora el yahvismo moriría o, en el mejor de los casos, perduraría como un culto insignificante durante unos pocos siglos. De haber ocurrido esto, como los hombres de la época tenían todas las razones para pensar que ocurriría, la historia del mundo habría cambiado y hubiese seguido caminos desconocidos.

Pero no ocurrió. El movimiento que había comenzado con las reformas de Ezequías, el sentimiento que había surgido del fracaso de Senaquerib en destruir Jerusalén, la convicción de que Yahvéh y su Templo prevalecerían sobre las potencias que parecían mucho más fuertes en las batallas terrenales, la exaltación que produjeron las continuas reformas de Josías, todo ello perduró e inspiró a los hombres de Judá aun en el exilio y en la mayor de las derrotas.

No creyeron que su religión sólo podía ser practicada en su suelo natal y en el territorio que era el hogar de su dios, sino que llevaron a éste en sus corazones y su fe, como antaño lo habían llevado en el arca de la alianza.

En Egipto, por ejemplo, un grupo de judíos estuvo al servicio de Egipto en la isla de Elefantina, en el Nilo, en lo que es la frontera meridional del Egipto moderno. Allí sirvieron como aguerridos mercenarios que custodiaban los límites meridionales del país contra los nubios. Y en esa isla, situada a 1.100 kilómetros al sur de Jerusalén, elevaron un templo a Yahvéh.

Pero fue en Babilonia y sus alrededores donde los judíos realizaron un verdadero milagro.

El hecho de que lograran hacerlo fue posible por varios factores. En primer lugar, Nabucodonosor era un monarca ilustrado. No maltrató ni persiguió al pueblo exiliado de Judá. Se contentó con asegurarse de que no volverían a rebelarse y perturbar su imperio. En los tramos inferiores del valle del Tigris y el Eufrates donde se establecieron —«la cautividad de Babilonia»—, fueron tratados con una total tolerancia. Hasta se les permitió adorar libremente a Yahvéh.

Quizá Nabucodonosor esperó que se asimilaran a las costumbres babilónicas y contribuyeran a la prosperidad e industria del país. Esta esperanza estuvo justificada, en parte. Ciertamente, los judíos se adaptaron a la economía del reino y muchos de ellos lograron una posición muy acomodada. Es muy probable que cierto número de ellos (quizá la mayoría) se hicieran babilonios.

Pero un número considerable de los exiliados siguió siendo tenazmente yahvista. El hecho de que pudieran hacerlo en el exilio y aún después de la destrucción del Templo obedeció, en parte, a que tenían ejemplares del Libro de la Ley, que había adquirido

notoriedad en tiempos de Josías, y a las tradiciones históricas puestas por escrito en la época de Ezequías, además de los rollos atribuidos a profetas como Isaías y Jeremías.

Los exiliados que se aferraron al yahvismo, pues, pudieron reunirse, leer la Ley, interpretarla, meditar sobre ella, etc. Una reunión semejante para estudiar la Ley es una «congregación», de palabras latinas que significan «reunirse». La expresión equivalente derivada de palabras griegas es «sinagoga». El yahvismo, despojado de su templo, vivió en sus sinagogas.

Pero los escritos y las tradiciones no adquirieron todavía su forma definitiva. Al ser copiados una y otra vez, era imposible impedir que las complejidades babilónicas entrasen en los toscos registros de los judíos. A los escritos venerados se incorporó la leyenda babilónica de la creación de la Tierra, despojándola, desde luego, de sus elementos paganos. La historia de Adán y Eva, la lista de los longevos descendientes de la pareja, la historia del gran Diluvio que asoló al género humano, el cuento de la Torre de Babel, etc., todo ello provenía de las leyendas babilónicas.

Los babilonios tenían la costumbre de dividir los años en periodos de siete días, porque su compleja ciencia astronómica asignaba gran importancia a los siete planetas. Los judíos exiliados adoptaron esta división y dieron al séptimo día la significación religiosa que se plasmó en el Sabbath.

El gran antepasado Abraham, de quien decían descender los judíos y los israelitas, había vivido en Harrán antes de su llegada a Canaán, según las tradiciones. Harrán era una ciudad situada en la parte superior del arco de la Media Luna Fértil, a unos 100 kilómetros al este de Karkemish. Los judíos ahora hicieron remontar más atrás sus relatos sobre Abraham, y afirmaron que había nacido en Ur, una antigua ciudad de Sumeria. De este modo, los judíos vincularon sus antepasados con los de los mismos babilonios.

Pese a toda esta asimilación, quedaban ardientes yahvistas que no renunciaban a sus aspiraciones nacionales. En su opinión, Yahvéh había castigado justamente a Judá por sus pecados, pero, después de su arrepentimiento, los exiliados volverían a su tierra y surgiría una Jerusalén mucho mejor que la antigua bajo un nuevo rey de la casa de David, y se crearía una nueva nación que dominaría toda la Tierra y duraría eternamente.

Las palabras de los profetas de tiempos anteriores fueron examinadas minuciosamente en busca de pasajes que pudieran ser interpretados de modo que sustentaran los anhelos del momento. Y no está excluida la posibilidad de que se añadieran pasajes apropiados a los viejos escritos para fortalecer el espíritu nacional.

Así, hay un pasaje en los escritos de Isaías que dice: «y *brotará un retoño del tronco de José [el padre de David], y de sus raíces brotará una rama. Y el espíritu del Señor reposará sobre él...»* (Isaías, 11, 1-2).

Si este pasaje es del auténtico Isaías, posiblemente formó parte de un poema originalmente destinado a celebrar la coronación de un nuevo rey de Judá, tal vez Ezequías, o a celebrar el nacimiento de un heredero del trono.

Pero era fácil reinterpretar este pasaje para convertirlo en una promesa de inspiración divina de que un descendiente de la casa de David se sentaría en el trono de Jerusalén, También se creía encontrar en los escritos de Isaías una descripción del reino ideal que sobrevendría cuando los hombres de Judá se librasen de todo pecado y se decidiesen a seguir la Ley. Se dice allí: *«Y sucederá al cabo de los tiempos que la montaña de la*

casa del Señor se establecerá en la cima de las montañas y será exaltada por encima de los collados, y todas las naciones acudirán a ella. Y muchas gentes irán allí y dirán: Venid y subamos a la montaña del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y él nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus senderos, porque de Sion salió la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Y él juzgará entre las naciones y regañará a muchas gentes, para que conviertan sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; y las naciones no levantarán sus espadas unas contra otras ni volverán a ejercitarse para la guerra» (Isaías, 2, 2-4).

Esto, que quizá no fuese más que una visión mística de una sociedad ideal, los exiliados podían aplicarlo al Judá triunfante que esperaría su retorno después de que les fueran perdonados sus pecados. Naturalmente, era difícil hablar abiertamente del retorno y del restablecimiento de la monarquía bajo un rey del antiguo linaje, pues esto podía ser interpretado como sedición. Nabucodonosor era un monarca tolerante, pero tenía sus límites. Por consiguiente, los exiliados se vieron obligados a hablar con cierta cautelosa oscuridad. Hablaban del «Ungido» o del «Mesías», para referirse al rey de la casa de David que los gobernaría a su retorno a Judá. Por ello, esta visión mística del establecimiento de una Judá ideal bajo un rey ideal del linaje de David es llamada «mesianísmo». Desde la época de la cautividad babilónica, el mesianismo persistió, *y* se fortaleció en tiempos revueltos.

El más importante guía espiritual de los exiliados en Babilonia era Ezequiel. Parece haber sido miembro de la casa de Sadoc, en la que se elegían los sumos sacerdotes desde la época de Salomón. Había sido llevado al exilio junto con Joaquín en 597 a. C., después del primer asedio y captura de Jerusalén. Ferviente yahvista, Ezequiel creía en la restauración del reino, y describió cuidadosamente la estructura del Templo y la naturaleza de su ritual después de la restauración.

El yahvismo modificado que elaboraron los exiliados en Babilonia nunca fue puesto en práctica totalmente, pero sirvió de modelo a creencias posteriores. El nuevo yahvismo es lo que hoy llamaríamos judaísmo, y Ezequiel es llamado a veces «el padre del judaísmo».

A partir de ahora, pues, hablaré del «judaísmo» para referirme a la creencia yahvista dominante, reservando el viejo término de «yahvistas» para aquellos que, como los samaritanos, adoraban a Yahvéh bajo formas anteriores a la cautividad babilónica.

A los que practicaban el judaísmo podemos ahora llamarlos judíos, para distinguirlos de los otros habitantes de la vieja tierra de Canaán y hasta de los hombres de Judá y sus descendientes que habían quedado en la antigua tierra cuando las clases más ricas y cultas fueron llevadas al exilio.

Tiro y Cartago

Mientras los judíos exiliados en el Este no lo pasaban muy mal y podían permitirse el estudio de la Ley y los sueños mesiánicos, Nabucodonosor halló que en el Oeste los problemas no habían terminado en modo alguno con la caída y la destrucción de Jerusalén.

Aún quedaban los fenicios, y su sumisión era limitada. Gracias a su fuerza de voluntad y a la eficacia del poder marítimo, habían sido independientes antes de que los israelitas irrumpieran en Canaán y conservaron cierto grado de independencia después de que los judeos fueron llevados al exilio. Durante todo el período de auge del Imperio Davídico,

había existido un rey en Tiro. Esta conservó su propio rey durante todo el período que duró el gran Imperio Asirio, y lo conservaba aún cuando Nabucodonosor humillaba a los pueblos de la costa mediterránea.

Por la época de la caída de Jerusalén, Etbaal III era rey en Tiro. Había escuchado los cantos de sirena de Egipto y se había unido a Sedecías para planear una rebelión. Cuando llegó el momento decisivo, Tiro, cautelosamente, se abstuvo de emprender ninguna acción, pero Nabucodonosor no estaba dispuesto a permitirle esperar una oportunidad mejor. Inmediatamente después de la caída de Jerusalén, exigió a Tiro la rendición, y cuando éste se negó, le puso sitio.

Pero en esta ocasión Nabucodonosor halló que las cosas eran más difíciles de lo que esperaba. Jerusalén, ciudad de tierra adentro, podía ser rodeada por todas partes y, con una razonable persistencia, se la podía obligar a rendirse por hambre. Tiro, en cambio, no sucumbiría por hambre mientras el mar estuviese abierto y sus barcos lo navegasen.

Nabucodonosor, sin embargo, se dispuso a ser irracionalmente tenaz. Mantuvo el asedio durante *trece años,* hasta que Tiro, aunque inexpugnable, se hartó de contemplar la destrucción de sus industrias, el agotamiento de sus hombres y su propio aprisionamiento en la pequeña isla que ocupaba. En 574 a. C., propuso a Nabucodonosor negociar la paz, y el monarca caldeo, igualmente cansado de los gastos interminables que le ocasionaba el asedio y de la pérdida de hombres por las enfermedades o las deserciones, aceptó. Tiro no iba a ser ocupada ni saqueada. Tampoco se iba a destruir su autonomía. Etbaal III iba a renunciar al trono, pero iba a ser reemplazado por Baal I, después de prometer ser un fiel subordinado de los caldeos.

Aunque Tiro sobrevivió y hasta quedó intacta después del largo sitio, se debilitó hasta el punto de perder toda influencia sobre las colonias fenicias del Mediterráneo occidental. A partir de ese momento, las colonias fueron totalmente independientes, aunque, sin duda, perduró un vínculo emocional.

Es decir, las colonias eran independientes de Tiro, pero no totalmente libres. Cartago, la más fuerte de las ciudades fenicias del Oeste, formó y encabezó una liga de esas ciudades que dominó cada vez más. Cartago estableció sus propias colonias y puestos avanzados a lo largo de la costa mediterránea, tanto en África como en Europa y hasta el estrecho de Gibraltar. Se hizo más fuerte y más rica que cualquier ciudad cananea de la historia, e iba a conservar esa posición durante cuatro siglos.

Pero los cartagineses no tenían el camino totalmente expedito ante ellos, en modo alguno. Los griegos, después de ocupar las costas del Mediterráneo oriental, estaban avanzando hacia el Oeste. Se establecieron en las costas del sur de Italia y del este de Sicilia.

En Sicilia, los griegos eran particularmente peligrosos para los cartagineses. Si lograban cubrir toda la costa de la isla con colonias, en el extremo occidental de la isla se acercarían a 150 kilómetros de Cartago. Esta salió al paso de esa posibilidad ocupando el extremo occidental de la isla. (Los pueblos nativos de Sicilia quedaron atrapados entre los griegos y los cartagineses, pero aunque a veces luchaban los unos contra los otros, nunca pudieron librarse de las fuerzas rivales, que iban a combatirse mutuamente sobre sus cabezas durante los tres siglos siguientes, y más aún.) En Italia,

los griegos del sur se enfrentaron con un pueblo cuyos integrantes eran llamados los «etruscos» *, que dominaban la costa occidental de la Italia del Norte.

Ni los cartagineses ni los etruscos deseaban iniciar una guerra. Si los griegos se hubiesen quedado en el sur de Italia y el este de Sicilia, sin intentar expandirse, la situación habría sido tolerable para las potencias occidentales. Pero, alrededor del 550 a. C., colonos griegos avanzaron más allá de Italia. Fundaron una ciudad sobre la costa septentrional del Mediterráneo que ellos llamaban Massalia (nombre que sobrevive hoy en el de «Marsella»). También desembarcaron en las islas de Córcega y Cerdeña, inmediatamente al norte de la costa cartaginesa de África y al oeste de la costa etrusca de Italia.

Por ello, los cartagineses y los etruscos formaron una alianza y por el 540 a. C. libraron una batalla naval con los griegos. Estos fueron derrotados y esta derrota marcó el fin del período de la colonización griega. Massalia siguió existiendo, pero los griegos fueron expulsados de las islas. Cartago se adueñó de Cerdeña, y los etruscos de Córcega, con lo cual unos y otros poseían la isla más cercana a su base.

El retorno

Los judíos continuaron con su vida relativamente confortable en Babilonia. Luego de la muerte de Nabucodonosor, ocurrida en 561 a. C., la suerte de los judíos mejoró aún más. El nuevo rey, Amel-Marduk, llamado Evilmerodac en la Biblia, liberó a Joaquín, el exiliado rey de Judá que había estado en un encarcelamiento no muy severo durante treinta y seis años.

Los judíos tal vez hayan abrigado la esperanza de que esto fuese el preludio del restablecimiento de Judá, pero sí Amel-Marduk tenía tal intención o era posible persuadirlo a ello, nunca lo sabremos. Fue asesinado a los dos años, después de lo cual hubo un período de anarquía que duró hasta 555 a. C., año en que fue hecho rey Nabónido, quien era un sacerdote y no pertenecía a la familia de Nabucodonosor. Nabónido era un erudito y anticuario, y dejó la carga principal del gobierno a su hijo Baltazar.

Pero desde la muerte de Nabucodonosor el Imperio Caldeo sufrió una rápida declinación, a la par que aparecía en el horizonte un nuevo conquistador. Era Ciro, caudillo de un grupo de tribus llamado los persas. En 559 a. C. se había convertido en gobernante de los vastos territorios situados al norte y al este de Caldea, con lo que fundó el Imperio Persa. En 546 extendió su dominio hacia el Oeste, sobre Asia Menor, y parecía claro que tenía la mirada puesta en los valles del Tigris y el Eufrates, la región más rica, más avanzada y de más larga civilización de la Tierra. Peor aún, parecía que no hubiese nada que pudiera detenerlo, pues el Imperio Caldeo estaba en el desorden.

Los judíos del exilio, al menos los que tenían el sueño mesiánico, se hallaban en un estado de excitación extática. Posiblemente, la rápida desaparición del destello de esperanza que había surgido con Amel-Marduk amargó sus sentimientos hacia Caldea. O quizá se trataba solamente de la previsión realista de que, si llevaban una política propersa, estarían del lado del vencedor, y Ciro, por gratitud, los devolvería a Judá.

Sea como fuere, eran propersas, y esta actitud halló expresión en un profeta que era un extraordinario poeta, pero cuyo nombre nunca conoceremos. Sus escritos fueron

* Los etruscos eran de origen desconocido, pero se pensaba que, como los cartagineses, habían llegado del Este, quizá de Asia Menor.

atribuidos al profeta Isaías, que había vivido dos siglos antes, para darles mayor crédito, por lo que aparecen en el Libro de Isaías, desde el capítulo 40 en adelante. Mientras que los capítulos anteriores se refieren al tiempo de Senaquerib, los posteriores repentinamente aluden a Ciro.

Por ello, el profeta que surgió en los últimos años del exilio es llamado «el segundo Isaías». El Segundo Isaías exalta el advenimiento de Ciro y, al mismo tiempo, expone una nueva concepción de Yahvéh. Este ya no era solamente el dios de los judíos y el único que ellos podían adorar. No era sólo el más grande dios del universo; era el *único* dios del universo, y el único que *cualquiera* podía adorar eficazmente. Yahvéh era el dios de los judíos y los no judíos por igual.

Según esta concepción, toda la historia obedecía a los designios de Dios. Si Jerusalén y el Templo habían sido destruidos, ello era obra de Dios, y Nabucodonosor sólo había sido su instrumento. Cuando llegase el momento de que Jerusalén y el Templo fuesen restaurados, ello también sería obra de Dios, y Ciro sería su instrumento. El Segundo Isaías dice que Dios ha «elevado el hombre justo [Ciro] en el Este, lo ha llamado ante sí, le ha entregado las naciones y lo ha hecho gobernar sobre reyes» *(Isaías*, 41,2). El Segundo Isaías no vacila en conceder a Ciro un título mesiánico, pues dice: «Así dijo el Señor a su ungido, Ciro, cuya diestra tomé, para someter las naciones ante él...» *(Isaías,* 45,1).

Con el Segundo Isaías surgió el verdadero monoteísmo, la creencia en un ser divino particular como único Dios del universo. Así, el verdadero monoteísmo fue otra de las grandes innovaciones que ofrecieron al mundo los pueblos de la parte occidental de la Media Luna Fértil. Las previsiones de los exiliados fueron correctas. En 538 a. C., Ciro y sus persas invadieron Caldea, que se derrumbó inmediatamente. (Si los exiliados sirvieron como quinta columna y en qué medida, no lo sabemos.) De todos modos, Ciro pagó sus deudas. Otorgó el permiso para retornar a Judá y reconstruir el Templo a aquellos judíos que deseasen hacerlo. Pero lo que les concedió fue un retorno puramente religioso. No se dijo nada de restaurar el Reino de Judá.

Inmediatamente un grupo de judíos inició el retorno al lugar donde había estado Jerusalén. En modo alguno eran todos los judíos que había en el Tigris y el Eufrates. Muchos, probablemente la mayoría, se quedaron allí, sin deseos de abandonar su vida ya asentada y próspera por la aventura de reconstruir una tierra arruinada. Muchos contribuyeron con dinero y bienes donados a los que retornaban, pero ellos se quedaron donde estaban. En verdad, ellos y sus descendientes constituyeron una floreciente comunidad judía en los valles del Tigris y el Eufrates que duró quince siglos.

El primer grupo de judíos que retornó a Jerusalén se hallaba bajo la conducción de un hombre al que en la Biblia se lo llama Sesbasar y «príncipe de Judá». Algunos lo consideran un hijo de Joaquín. Este fue depuesto y llevado al exilio en 597 a. C, y por entonces quizá sólo tuviera dieciocho años. Murió por el 560 a. C. Es posible que un hijo de Joaquín viviese en 538 a. C., pero si es así, probablemente estuviese a fines de la mediana edad. Al parecer, Sesbasar presidió la colocación de los cimientos del nuevo templo que se iba a construir en el sitio donde había estado el viejo; luego desaparece de la historia. Tal vez murió. Ocupó su lugar Zorobabel, considerado, por lo común, como un sobrino de Sesbasar y nieto de Joaquín, y por ende descendiente, en la vigésima generación, de David.

Con Zorobabel estaba Josué, hijo del sumo sacerdote que había oficiado en Jerusalén en la época de la destrucción del Templo. Juntos construyeron un altar en el lugar del viejo Templo, altar donde podían realizarse sacrificios. Así, se mantuvo la continuidad.

Zorobabel representaba a la casa de David, la autoridad secular cuyo linaje se remontaba ininterrumpidamente hasta e! mismo David. Josué era la autoridad sacerdotal que se remontaba ininterrumpidamente hasta Sadoc, sumo sacerdote bajo Salomón, cuando se construyó el Templo.

Pero hubo problemas, como era de esperar. La reconstrucción del Templo no podía efectuarse en el vacío. En la imaginación de los judíos de la Cautividad Babilónica, Judá era una tierra vacía y desolada, pero no había tal, desde luego. Vivía allí la gente común que no había sido deportada y que era yahvista en su mayoría.

Cuando volvieron los exiliados, esos yahvistas pidieron anhelosamente permiso para participar en la reconstrucción. Pero había habido una separación de siglo y medio y ninguna de las partes comprendía a la otra. Los exiliados que volvían tenían ahora un yahvismo teñido de ideas babilónicas y de las enseñanzas de Ezequiel; en suma, el judaísmo. Para los judíos, que retornaban, los yahvistas que habían permanecido en la tierra y a quienes los judíos llamaban samaritanos eran, sencillamente, heréticos que practicaban una forma degradada de la verdadera religión. Cuando los samaritanos se ofrecieron para contribuir a la construcción del Templo, los judíos se horrorizaron y no quisieron saber nada con ellos.

Los samaritanos se ofendieron amargamente y no tardaron mucho en percatarse de que, desde su propio punto de vista, los judíos habían agregado toda clase de cosas extrañas a su yahvismo y que eran ellos los heréticos. Como resultado de esto, los judíos y los samaritanos se hicieron enconados enemigos unos de otros, enemistad que duró siglos. Nunca se reconciliaron. Y no fueron solamente los samaritanos. Los vecinos de Judá al este, el sur y el oeste subsistían y no habían olvidado jamás la antigua enemistad que existía desde que David los había sojuzgado a todos.

Amón y Moab estaban al este del río Jordán y el mar Muerto y en la proyectada reconstrucción del Templo sólo vieron un recrudecimiento del imperialismo judío. Al oeste, las ciudades filisteas, que pasaban por un período de prosperidad, también eran hostiles. Ahora dominaban toda la costa al sur de Jaffa y estaban unidas; su capital era la ciudad de Asdod.

Además, durante la época del Imperio Caldeo, una tribu árabe cuyos miembros eran llamados nabateos había avanzado hacia el Norte desde la árida península que antaño había sido Edom. Establecieron su capital en Petra, a unos 100 kilómetros al sur del mar Rojo, y lograron prosperidad porque era un importante cruce de caminos de diversas rutas comerciales.

Los edomitas, expulsado por los nabateos, a su vez presionaron hacia el Norte, sobre Judá, la cual, después de la destrucción de Jerusalén y las clases propietarias, no podía resistir. Un nuevo Edom se formó en el sur de Judá, que quizá sea mejor conocido por el nombre que más tarde le dieron los griegos: Idumea.

Comenzaron entonces una serie de intrigas oscuramente visibles a esta distancia, pues los relatos bíblicos no son en modo alguno claros. El uso directo de la fuerza era imposible, por supuesto, pues todas las tierras se hallaban bajo la dominación persa. Todo lo que se podía hacer era tratar de influir sobre el gobernador persa del lugar o pasar por sobre él para llegar al mismo rey persa. Durante un momento, los enemigos de los judíos tuvieron más éxito, de lo cual sólo cabía culpar al excesivo entusiasmo de los judíos.

Estaban involucrados en esto dos profetas de la época: Ageo y Zacarías. Ambos intentaban impulsar el trabajo en el Templo y saludaban a Zorobabel como al Mesías, esto es, como al rey de la casa de David que gobernaría sobre la Judá restaurada.

Pero eso equivalía a una rebelión. Los persas estaban dispuestos a tolerar una religión, pero no la creación de un reino independiente. Presumiblemente, los enemigos de Israel informaron de las pretensiones mesiánicas a los persas, y Zorobabel desapareció. Al menos no se lo vuelve a mencionar en la Biblia. Quizá los persas lo depusieron y tal vez lo ejecutaron. Fue el primero y el último intento de restaurar la dinastía davídica en el trono. Esta dinastía ya no aparece nuevamente en la historia real, aunque sigue figurando en las esperanzas mesiánicas.

Pero desaparecido Zorobabel, la posición judía se hizo cada vez más fuerte. Un nuevo rey había subido al trono del Imperio Persa en 521 a. C., Darío. Tomó la decisión final de permitir que continuaran los trabajos en el Templo y, en 516 a. C., veintidós años después del permiso inicial de Ciro y setenta años después de la destrucción del Templo anterior por Nabucodonosor, surgió en su lugar un nuevo edificio habitualmente llamado el Segundo Templo.

Esdras y Nehemías

El Segundo Templo debe de haber sido un monumento muy pobre, en comparación con los imponentes edificios de Babilonia y con los recuerdos, sin duda exagerados, del primer Templo. Aún más decepcionante debe de haber sido la tierra recuperada. Escasamente se la podía llamar «Judá», pues tenía poco en común con el reino anterior al exilio. No tenía rey, ni independencia ni el menor poder. Hasta la religión había cambiado en algunos aspectos importantes. En vez de llamarla «Judá», pues, a partir de ahora usaremos el nombre derivado de los griegos, quienes entrarían en escena más tarde y la llamarían Judea.

Cuando se fundó el Segundo Templo, Judea era realmente pequeña, quizá de unos mil kilómetros cuadrados, menos de la mitad del tamaño del Estado de Rhode Island. Por todas partes la rodeaban enconados enemigos: samaritanos al norte, amonitas al este, idumeos al sur y filisteos al oeste.

¿Era ése el reino ideal que iba a surgir después del retorno del exilio? Los sueños mesiánicos que habían alentado los judíos durante las décadas del exilio quedaron hechos pedazos y el entusiasmo desapareció. Pero gracias a un fanático, un hombre llamado Esdras, no se derrumbó todo el proyecto.

Esdras es llamado un escriba en el Libro de Esdras de la Biblia, lo cual significa que pertenecía al grupo de judíos que se dedicaban al estudio y el análisis de los escritos concernientes a la ley ritual del judaísmo. Mientras estuvo en Babilonia, debe de haber elaborado una concepción sumamente idealista de lo que debía ser el nuevo Estado judío.

Llegó a Jerusalén en 458 a. C. (la fecha más comúnmente aceptada, aunque no la única que se ha propuesto), y, por supuesto, la realidad estaba muy lejos del ideal. En verdad, halló la restauración agonizando. Los judíos se estaban mezclando por matrimonio con la gente de la tierra y las observancias religiosas en el Templo se descuidaban cada vez más.

Esdras inició lo que hoy llamaríamos un resurgimiento religioso. Reunió a los judíos y leyó los libros de la Ley (los primeros cinco libros de la Biblia actual) en las reuniones.

Los leyó en hebreo, que se estaba convirtiendo en una lengua sagrada, pues desde el exilio la lengua que hablaban comúnmente los judíos era el arameo. A medida que leía iba explicando los textos, y su personalidad debe de haber sido realmente magnética, pues logró despertar gran entusiasmo. Una parte suficientemente grande de la comunidad aceptó la Ley hasta el punto de dar a Esdras un considerable poder en la comunidad. Luego exigió e impuso un programa de pureza racial. Todos los judíos debían rechazar sus mujeres e hijos no judíos.

Así empezó la historia de la deliberada separación de los judíos con respecto a los no judíos (o gentiles). Atrapados en un mar aparentemente infinito de enemigos, escasos y débiles hasta la impotencia, sin ninguna forma de autonomía política, los judíos pensaron que sólo podrían defender su conciencia nacional manteniéndose absolutamente apartados de sus vecinos.

La rígida adhesión a la Ley fue un modo de lograr esto, en particular a aquellas partes de la Ley que más claramente los separaban de los demás. La idea del Sabbath, originalmente una suave costumbre babilónica destinada a separar las semanas, fue atribuida a la época misma de la creación de la Tierra, y su observancia fue convertida en uno de los grandes signos distintivos del judaísmo. La circuncisión fue convertida en otro rito que debía separar a los judíos de los gentiles. No era posible ser judío sin someterse a esa operación.

Luego estaban también los escritos considerados particularmente sagrados. A los libros de la Ley, se agregaron los antiguos escritos históricos contenidos ahora en los libros de Josué, los Jueces, las dos partes de Samuel y las dos partes de los Reyes. También se incluyeron los escritos de los grandes profetas del tiempo en que se construyó el Segundo Templo. Asimismo se incorporó una nueva versión de la historia del Reino de Judá (ignorando la de Israel) destinada a poner de relieve los aspectos religiosos más que los seculares. Esta versión constituye las dos partes de las Crónicas y, según la tradición, fue escrita por el mismo Esdras.

Posteriormente se añadieron otros libros de particular interés religioso y literario, sobre todo cuando se los podía atribuir a algún hombre eminente del pasado. Entre ellos figuraban una compilación de cantos religiosos —los Salmos— atribuidos a David, una colección de dichos sapienciales —los Proverbios— y un poema erótico —el Cantar de los Cantares—. atribuido a Salomón, de quien se suponía también que había escrito el ensayo filosófico que llamamos el Eclesiastés. Había un poema de lamentaciones —las Lamentaciones— atribuido a Jeremías, etcétera. En suma, los judíos formaron la Biblia, y esto también ayudó a separarlos de los gentiles.

Indudablemente no todos los judíos fueron partidarios de este programa separatista. En tiempos de la restauración también se escribieron los pequeños libros de Rut y de Jonás, que muestran simpatías hacia los no judíos. En *Rut* se cuenta la leyenda de una bella y virtuosa joven moabita que fue uno de los antepasados de David. En *Jonás,* Dios reprocha al profeta su deseo de ver la destrucción de la capital del Reino Asirio. Considerando que Moab y Asiría se habían contado entre los peores enemigos de Judá en días pasados, esos libros son notables defensas de la tolerancia, y estaban suficientemente bien hechos como para asegurar su inclusión en la antología bíblica.

Sin embargo, predominó el separatismo. Desde la época de Esdras, los judíos fueron diferentes de los pueblos circundantes y cultivaron deliberadamente esa diferencia. Esto dio como resultado el aumento de la intolerancia religiosa, algo que el mundo había visto poco hasta entonces. Los judíos no podían hacer efectiva esta intolerancia, desde luego, pues eran muy pocos. Pero fue heredada por el cristianismo y el islam, y entonces

la intolerancia se convirtió en una tragedia mundial, cuyas peores y más persistentes víctimas serían los mismos judíos.

Ni siquiera el resurgimiento religioso que se había producido con Esdras podía haber durado mucho sin alguna fuente de autorrespeto nacional. El mínimo necesario para ello fue proporcionado por Nehemías. Este era un judío que tenía el cargo de copero del rey persa Artajerjes I, quien subió al trono en 464 a. *C.*

Nehemías dejó una posición elevada y segura para visitar a los desmedrados judíos de Judea, y usó su influencia para obtener de Artajerjes el permiso necesario para fortificar Jerusalén contra los enemigos circundantes. Llegó a Judea por el 440 a. C., examinó las murallas existentes, que eran prácticamente inútiles, las hizo desmantelar y comenzó la construcción de otras nuevas. Confiando en la buena voluntad del rey persa, Nehemías enfrentó la oposición de los pueblos circundantes, los cuales temían que una Jerusalén fortificada sería un paso más en la dirección hacia el imperialismo judío que ellos temían.

[Mapa VII – La Judea Persa (c. 440 a. C.)]

Completó la tarea en 437 a. C., y Jerusalén fue una vez más una ciudad fortificada capaz de resistir un asedio, al menos un asedio no muy vigoroso. La ciudad así fortificada era muy pequeña: no tenía una superficie de más de 4.000 áreas. Pero contenía el Templo y la fortaleza rocosa («la ciudad de David») donde podía efectuarse una última resistencia firme.

Aunque pequeña, hizo que los judíos se sintiesen una nación. Tenían una ciudad capital que podía ser defendida, un hogar —por pequeño que fuese— donde eran los amos. Se recuperaron de la destrucción efectuada exactamente 150 años antes, sólo que no tenían una verdadera independencia política.

Realmente, los judíos no estaban mal. Durante el siglo siguiente, no tuvieron historia prácticamente (lo cual era por lo común un signo de paz y prosperidad) y vivieron bajo los persas con seguridad. No hubo muchos siglos así en su larga y oscura historia. En este intervalo en blanco, el judaísmo se desarrolló considerablemente y tomó mucho de la cultura persa dominante.

La religión persa era dualista, esto es, pintaba un universo en el que había un principio del bien y otro del mal, independientes uno de otro y casi de igual poder. La creación del mundo, su desarrollo y su historia eran todos incidentes de la interminable guerra celestial entre esos dos principios, cada uno de los cuales estaba a la cabeza de un ejército de innumerables espíritus. El género humano podía tomar parte en la contienda, de un lado o de otro.

Esta concepción del universo es atractiva y dramática. Da sentido a la vida, en la suposición de que un individuo puede elegir su ejército y luchar en pro de una parte o de otra. Hasta el retorno del exilio, el judaísmo había tenido un solo dios, considerado el autor de todo, lo bueno y lo malo. Pero después del retorno surgió un espíritu del mal, Satán, palabra que en hebreo significa «el adversario». Satán, en eterna lucha con Dios, no aparece en los libros bíblicos de la época del exilio y anteriores, pero comienza a aparecer en los libros escritos durante la dominación persa *(Crónicas, Job).*

Junto con Satán, jerarquías y hordas de ángeles y demonios entraron en la concepción judaica, además de ideas sobre una vida después de la muerte en la que habría

recompensas para los que habían estado de parte de Dios, y castigos para los partidarios de Satán. Pero el judaísmo nunca llegó a ser totalmente dualista. Nunca se dio al espíritu del mal la oportunidad de vencer a Dios. De hecho, como se ve en el Libro de Job, sirve como instrumento de Dios, al hacer sólo lo que se le permite y al contribuir a la realización de los propósitos de Dios.

8. Canaán contra Grecia

El cascanueces

Mientras los judíos estaban en el exilio babilónico, los fenicios habían permanecido en su patria pero no se habían reconciliado. Tiro, a consecuencia del largo asedio de Nabucodonosor, sufrió una profunda decadencia, y durante un breve período Sidon se convirtió nuevamente en la ciudad fenicia más importante.

Cuando los persas destruyeron el Imperio Caldeo, los fenicios, como los judíos, fueron entusiastas partidarios de los recién llegados. Pero, a diferencia de los judíos, los fenicios tenían algo de obvio valor que ofrecer a los persas. Eran hábiles marinos y tenían naves a su disposición, mientras que los persas eran una potencia terrestre sin ninguna experiencia en el mar. Los persas podían haber logrado tal experiencia (ningún pueblo está innatamente incapacitado para aprender a manejar barcos), pero era más fácil para ellos sencillamente usar a los fenicios.

Así, cuando Cambises, hijo de Ciro, subió al trono persa en 530 a. C., inmediatamente planeó la conquista de Egipto. Era su intención atacar por tierra y por mar; él mismo conduciría al ejército persa por el Sinaí, mientras la flota fenicia transportaría soldados hasta la boca del Nilo, y, si era necesario, también aguas arriba del Nilo.

La tarea no era difícil y, en 525 a. C., Cambises conquistó Egipto después de una sola batalla. El país fue fácilmente pacificado, y Cambises no pudo resistir la tentación de extender más allá sus conquistas, al sur o al oeste. Avanzar al sur, río arriba, hacia el vasto interior de África, habría sido marchar a lo desconocido, y después de algunas aventuras exploratorias retrocedió.

Al oeste las cosas pintaban mejor. Las distancias eran igualmente largas, pero podían ser cubiertas por mar, y el Mediterráneo era conocido de un extremo al otro, mientras que las junglas del Nilo superior eran desconocidas. Pero entonces Cambises topó con un obstáculo humano. La más grande ciudad que existía al oeste de Egipto era Cartago y, por temor de que Cambises aspirase a conquistarla, los almirantes fenicios se detuvieron e informaron a Cambises que no podían luchar, ni lucharían, contra sus compatriotas.

Sin una flota, Cambises no podía marchar hacia el Oeste a través del desierto libio, y su conquista de Egipto quedó como punto final. Antes de decidir qué hacer, murió, en 522 a. C. Su sucesor, Darío I (quien dio el permiso final para la reconstrucción del Templo de Jerusalén), mantuvo la dominación persa sobre Egipto, pero no estaba interesado en nuevas conquistas en África. Sus ojos se volvieron hacia Europa, donde los fenicios podían servirle con entusiasmo.

Durante siglos los griegos y los fenicios se habían disputado el dominio del Mediterráneo. Los griegos tenían en sus manos la mitad oriental y los fenicios la

occidental. Pero ahora los fenicios vieron la oportunidad de apoderarse de todo él, con la ayuda de sus amos persas.

Al principio Darío atacó directamente las partes de Europa que están al norte de la misma Grecia, pero el enfrentamiento con ésta era inevitable tarde o temprano. Formaban parte del Imperio Persa las ciudades jónicas (griegas) ubicadas a lo largo de las costas occidentales de Asia Menor. La mayor de ellas era Mileto. En 499 a. C., las ciudades jónicas se rebelaron y apelaron a la ayuda de la Grecia continental. La ciudad de Atenas, de la que Mileto había sido originalmente una colonia, respondió al llamado con el envío de algunos barcos, y durante un momento los griegos fueron victoriosos.

Pero fue una temeraria aventura que, a largo plazo, no podía tener éxito contra Darío. Para empeorar las cosas, los griegos no se mantuvieron unidos (ésta fue la maldición de su historia). Las ciudades riñeron entre sí y algunas de ellas retiraron sus fuerzas navales. Darío, entre tanto, organizó su propia flota, constituida por barcos fenicios, y en 494 a. C., frente a Mileto, se libró una batalla naval en la que los griegos, muy inferiores en número, fueron derrotados.

Como resultado de esta derrota, la revuelta fue aplastada. Mileto fue tomada y saqueada, y la mirada del vengativo Darío se dirigió a la Grecia continental, principalmente a Atenas, de la que había provenido la ayuda. Darío usó sus barcos y marinos fenicios para conquistar las islas del mar Egeo una tras otra y para someter las regiones situadas inmediatamente al norte de Grecia, entre ellas, Macedonia, reino grecohablante de tierra adentro, detrás del extremo noroccidental del Mediterráneo.

Una pequeña expedición punitiva desembarcó cerca de Atenas en 490 a. C., pero aquí Darío subestimó la tarea. No envió la caballería, y en el combate cuerpo a cuerpo entre soldados de infantería obtuvieron ventaja los griegos, más pesadamente armados. En la batalla de Maratón, la pequeña aldea cerca de la cual habían desembarcado los persas, los griegos derrotaron totalmente a los invasores. Darío murió en 486 a. C., antes de tener lista una segunda y más importante expedición, tarea que legó a su hijo Jerjes I.

En 480 a. C., después de reunir un ejército grande y bien equipado, Jerjes atravesó el Helesponto y marchó sobre Tracia y luego al sur, sobre Grecia. Pronto cayó en sus manos todo el norte de Grecia, y cuando forzó el paso por el estrecho desfiladero de las Termópilas, la misma Atenas tuvo que ser evacuada. No quedó nada en manos de los griegos, excepto la península más meridional de Grecia, el Peloponeso, y aun éste caería, probablemente, de ser derrotada la flota griega. Esta era, pues, el principal objetivo de Jerjes. La flota era lo único que se interponía para la conquista de las ciudades griegas.

Los barcos griegos, muy superados en número por la flota invasora, estaban anclados en las estrechas aguas situadas entre la isla de Salamina y tierra firme, inmediatamente al oeste de Atenas. Los persas consideraron que los tenían atrapados, pues sólo había dos salidas del estrecho y ambas se hallaban taponadas por la flota persa.

Pero los persas, con los barcos fenicios que les servían como punta de lanza marina, sólo podían amenazar a los griegos de Asia Menor y de la misma Grecia. En el Oeste, particularmente en Italia y Sicilia, había ciudades griegas que rivalizaban con las de la misma Grecia y estaban suficientemente lejos como para hallarse a salvo del poderío persa. Pero las ciudades griegas del Oeste tenían un gran enemigo cercano: Cartago, que era en todo tan fenicia como la ciudad madre, Tiro, y estaba totalmente decidida a destruir a los griegos.

Fue en Sicilia donde se produjo el choque decisivo entre griegos y cartagineses. Durante más de medio siglo, los dos pueblos habían ocupado los extremos opuestos de la isla —los griegos al este, los cartagineses al oeste— y habían estado en constantes guerras. Esas desordenadas guerras habían quedado indecisas, pero en 480 a. C. los políticos cartagineses vieron brillar una maravillosa oportunidad.

Esa oportunidad se presentó, en parte, porque las ciudades griegas del Oeste, como las del Este, casi nunca lograron unirse, ni siquiera frente a un enemigo común. En Sicilia, por ejemplo, dos ciudades griegas, Acragas (la moderna Agrigento) e Himera, estaban en conflicto. Acragas se hallaba sobre la costa centro-meridional de la isla, e Himera en la costa centro-septentrional. Estaban a unos 80 kilómetros de distancia una de otra, y ambas se hallaban muy cerca del límite occidental de la parte de la isla que dominaban los griegos. Más al Oeste, ya no había griegos, sino sólo cartagineses.

Los azares de la guerra favorecieron a Acragas, y los himeros fueron derrotados. Los líderes himeros expulsados no pensaron en nada mejor que en apelar al enemigo cartaginés. Cartago aprovechó gustosa el pretexto. No sólo podía marchar hacia el Este con la excusa de hacer justicia desinteresadamente, sino que podía hacerlo en el momento mismo de la mayor crisis de la historia griega. Los ejércitos de Persia se abatían sobre la misma Grecia, que, por tanto, no podía hacer nada para ayudar a los griegos sicilianos. Al mismo tiempo, si Cartago avanzaba hacia el Este en Sicilia, las ciudades de ésta no podían ayudar a las de la Grecia continental.

Parece muy probable que los enemigos de Grecia, al este y al oeste, actuasen de concierto, pues ambos se beneficiaban mucho. En verdad, podemos considerar los sucesos de 480 a. C. como un gigantesco movimiento de cascanueces de los cananeos contra los griegos, con la mandíbula tiria al este y la cartaginesa al oeste. No estaba mal, para la tecnología militar de la época.

Una flota cartaginesa conducida por Amílcar transportó un ejército considerable a bases de Sicilia oriental, ejército que luego avanzó por tierra hacia Himera, cuyos líderes expulsados habían recabado ayuda. Desde la dirección opuesta llegó un ejército griego proveniente de la más poderosa ciudad griega de la isla, Siracusa, situada sobre la costa oriental.

Era evidente que se iba a librar una decisiva batalla terrestre en Himera y, casi al mismo tiempo, una decisiva batalla naval en Salamina. Según leyendas posteriores de los griegos, ambas batallas se libraron el mismo día: el 20 de septiembre de 480 a. C.

¿Qué ocurrió? En el Este, la flota persa avanzó confiadamente para atacar y aplastar a la flota griega, con un fuerte contingente fenicio que condujo entusiastamente el avance en el flanco derecho, la posición de honor. Pero, como en Maratón diez años antes, los persas hicieron mal los cálculos. La estrechez del frente marino de que disponían los barcos quitaba importancia a la superioridad numérica. En verdad, los barcos persas, por ser demasiado numerosos, se obstaculizaron unos a otros. Por otro lado, los barcos griegos eran más ágiles y los guerreros griegos estaban mejor armados.

Los atenienses escogieron como presa a los fenicios. Con rápidos movimientos, los apartaron diestramente del resto de la línea de batalla y les obligaron a ir contra la costa. Los barcos griegos vencieron a lo largo de toda la línea de combate y el día terminó con una gran victoria para ellos. La flota persa —los fenicios y todos los demás— fue aplastada.

En el Oeste, según relatos de los griegos, en vísperas de la batalla Amílcar decidió realizar un sacrificio a los dioses de sus enemigos para persuadirlos a que retirasen su

apoyo a los griegos. Envió a buscar a un contingente de griegos amigos para que lo guiasen en las técnicas del sacrificio. El comando siracusano interceptó el mensaje y envió al campamento cartaginés un grupo de jinetes siracusanos disfrazados de los que iban a ayudar a hacer el sacrificio. Se dejó entrar a los siracusanos, y en el altar mismo en el que se iba a efectuar el sacrificio mataron a Amílcar, hicieron estragos y pusieron fuego a los barcos cartagineses.

Era la señal para la batalla, pero los griegos tenían una ventaja inicial y los cartagineses estaban desalentados. (Quizá el cuento griego sea una deformación, y Amílcar se sacrificase deliberadamente a sus dioses cuando la batalla iba mal para los cartagineses, con el fin de invertir la situación. Si fue así, la maniobra fracasó.) Sean cuales fuesen los hechos que provocaron la muerte de Amílcar, la batalla de Himera terminó con una completa victoria griega.

Así, por mar y por tierra, las dos partes del cascanueces cananeo que se cerraba sobre los griegos fueron destruidas. Los griegos lograron mantener su independencia y su prosperidad, y elevar su civilización a una gloriosa altura, como el mundo nunca había conocido antes.

Sicilia

Cabría suponer que, después de la victoria griega en Himera, los cartagineses serían expulsados de Sicilia totalmente, pero no fue así. Como siempre, las ciudades griegas no cooperaron entre sí, de modo que los cartagineses pudieron conservar sus fortalezas en Sicilia occidental contra el enemigo dividido.

Pero durante setenta años se contentaron con eso, pusieron sus energías en el mar y reemplazaron a los cananeos orientales de Tiro como grandes aventureros marinos de su tiempo.

Se cuenta que enviaron una expedición más allá del estrecho de Gibraltar bajo el mando de un almirante llamado Hannón, que quizá era hijo del Amílcar que murió en la batalla de Himera. El propósito de Hannón era explorar y colonizar las costas occidentales del Atlántico. Tal vez llegó a las islas Canarias y al golfo de Guinea. Parece haber navegado hacia el Este por las costas meridionales de la parte más ancha de África, en la creencia de que volvería al mar Rojo. Cuando llegó al Camerún, donde la costa avanza nuevamente hacia el Sur, abandonó la empresa y volvió a Cartago. Otra flota cartaginesa conducida por Himilcón exploró las costas atlánticas de España, y según algunos relatos navegó más al oeste, hasta lo que ahora llamamos mar de los Sargazos.

Mientras Cartago florecía, las ciudades griegas de Sicilia continuaban riñiendo entre sí. Cerca del extremo occidental, la situación en la que se habían encontrado Acragas e Himera volvió a repetirse con Selinunte y Segesta. La primera se hallaba en la costa norte, y la segunda en la costa sur. La proximidad de bases cartaginesas no les impidió luchar una contra la otra enconada y continuamente. Segesta, que era la más débil y llevaba la peor parte, buscó ayuda externa.

Apeló a los atenienses, que eran por entonces la mayor potencia naval del mundo griego y estaban empeñados en una guerra a muerte con Esparta. Los atenienses pensaron que una victoria en Sicilia y el establecimiento de bases en ella podían brindarles unas importantes fuentes de suministros. Mas para lograrlo, los atenienses tenían que vencer a Siracusa, que estaba del lado de Esparta. En 415 a. C., enviaron una

fuerza expedicionaria contra Siracusa. Principalmente por la incapacidad de sus líderes, el contingente ateniense fue totalmente destruido y Atenas, decisivamente debilitada, nunca volvió a recuperarse.

Segesta se encontró entonces peor que antes. Atenas le había fallado, y Siracusa, respaldada por la victoriosa Esparta, era su enemiga. No había ninguna ciudad griega a la que Segesta pudiese apelar, por lo que en 409 a. C. buscó ayuda en Cartago. Uno de los principales jefes cartagineses de la época era Aníbal, nieto de Amílcar que había muerto en Himera. Bajo su influencia, Cartago decidió responder al llamado.

La fuerza expedicionaria cartaginesa desembarcó en Motya, puesto muy bien fortificado que tenían en el extremo más occidental de Sicilia. Desde allí marcharon directamente sobre Selinunte y la tomaron por sorpresa. Después de algunos días de combate cuerpo a cuerpo en las calles de la ciudad (una fuerza siracusana de socorro llegó demasiado tarde), Selinunte fue tomada y destruida, y sus habitantes muertos o llevados como esclavos.

Pero Aníbal no había terminado. Desde Selinunte llevó a sus hombres a Himera, a unos cien kilómetros al noreste. Allí había muerto su abuelo tres cuartos de siglo antes, y deseaba vengarse. Sin duda, estaba en desventaja, pues no tenía flota (había quedado atrás, en Motya) y los siracusanos la tenían. Pero la flota siracusana se hallaba en aguas de Grecia, ayudando a los espartanos contra la declinante Atenas.

La flota siracusana fue llamada de vuelta y por un momento pareció que lograría hacer levantar el sitio de Himera. Pero Aníbal fingió marchar hacia Siracusa, y los barcos griegos se abalanzaron hacia el Este para proteger su ciudad. Antes de que pudiesen volver, Himera había sido tomada y destruida. Según posteriores relatos horrorizados de los griegos, para apaciguar al espíritu de su abuelo, Aníbal hizo sacrificar a tres mil prisioneros en el lugar donde había muerto Amílcar.

Una vez cumplida su misión, Aníbal volvió a Cartago. Pero el éxito engendra el éxito. Los cartagineses se sintieron estimulados. En 407 a. C., Aníbal fue enviado de vuelta a Sicilia junto con su primo Himilcón. Ahora la ciudad griega más occidental era Acragas, a 80 kilómetros al sudeste de las ruinas de Selinunte. En 406 a. C., Acragas fue sitiada, y en el curso del sitio murió Aníbal.

Luego el sitio se convirtió en una cuestión de suministros; los barcos siracusanos alimentaban a los ciudadanos de Acragas, y los barcos cartagineses a los sitiadores. Al cabo de nueve meses, éstos triunfaron y Acragas fue tomada. El objetivo siguiente fue Gela, también situada en la costa sur de Sicilia, a 65 kilómetros al este de Acragas. Fue tomada en 405 a. C. junto con Camarina, a unos 30 kilómetros más allá sobre la costa.

Esta ininterrumpida serie de victorias cartaginesas levantó considerable descontento entre el pueblo de Siracusa, que estaba muy dispuesto a creer que sus generales eran incompetentes o traidores o ambas cosas. En medio de la agitación, cierto Dionisio que había estado en el servicio público y era muy buen orador se puso a la cabeza de los disidentes. Poco después logró que los generales pasasen a retiro y conquistó el poder supremo.

No pudo impedir la pérdida de Gela y Camarina, pero reconoció la necesidad de un respiro, por lo que firmó un tratado con Cartago en 405 a. C. por el que reconocía sus conquistas y dejaba en su poder el tercio occidental de la isla. Cartago, naturalmente, estuvo satisfecha y pasó a la inactividad. Esto era exactamente lo que Dionisio esperaba: su práctica rendición le proporcionó tiempo.

Dionisio fortificó una isla del puerto siracusano y formó un fuerte séquito a su alrededor. Sofocó toda oposición en la ciudad y se apoderó de las ciudades vecinas. Contrató mercenarios, organizó un ejército cuyas partes separadas fueron adiestradas para actuar coordinadamente y fue el primero en hacer uso de la catapulta, que parece haber sido inventada en sus astilleros. La catapulta podía arrojar grandes piedras a largas distancias y fue la más mortal forma de artillería que se usó antes de la invención de la pólvora. Esto puso a Dionisio en condiciones de sitiar ciudades amuralladas con mucha mayor efectividad de lo que hasta entonces había sido posible. Con todo esto y con el aumento de su flota, tanto en el número como en la calidad de los barcos, Siracusa se convirtió en la ciudad más poderosa del mundo griego.

En 398 a. C. Dionisio estaba listo. A la cabeza del mayor ejército griego que se había visto nunca en Sicilia —80.000 soldados de infantería y 3.000 de caballería— avanzó hacia el Oeste y persiguió a los cartagineses hasta su fortaleza más occidental, Motya. El ejército griego se extendió alrededor de Motya y estableció líneas de asedio.

Motya era una isla, ubicada en un puerto excelente, y los cartagineses confiaban en que, firmemente defendida, no podría ser tomada. No conocían las catapultas de Dionisio. Todo lo que éste necesitaba era ponerlas cerca de las fortificaciones, y a tal fin comenzó a construir un malecón, es decir, a rellenar una parte del mar para poder construir una conexión terrestre entre Sicilia y la pequeña isla, y colocar sobre ella sus catapultas.

Cuando la flota cartaginesa trató de ayudar a los sitiados, Dionisio dirigió sus catapultas contra ella; bajo la andanada de las pesadas piedras, cundió el pánico entre los sorprendidos y desconcertados marinos. Los barcos tuvieron que retirarse.

Finalmente se construyó el malecón y a él se trasladaron las catapultas. Con ellas se llevaron elevadas construcciones que podían ser colocadas junto a la muralla y desde la cima de las cuales hombres armados podían arrojar sus proyectiles al interior de la fortaleza. Aun así Motya resistió, hasta que un ataque nocturno por sorpresa efectuado por Dionisio dio fin a la contienda. La fortaleza fue tomada y los hombres capturados fueron muertos o vendidos como esclavos.

Todo lo que les quedaba a los cartagineses ahora era una parte de la costa noroccidental de Sicilia, en la que estaba su antiguo puesto de Panormo, la moderna Palermo, y la ciudad aliada de Segesta. Tomada Motya, parecía improbable que éstas pudiesen resistir, pero había llegado el invierno. Dionisio se retiró a Siracusa para preparar la campaña del año siguiente y, en el ínterin, Cartago salió de su inercia. Una nueva fuerza expedicionaria conducida por Himilcón desembarcó en Panormo y entró en campaña.

Rápidamente los cartagineses se esparcieron una vez más por el extremo occidental de la isla. A unos siete kilómetros al sur de la devastada isla de Motya, Himilcón fundó una ciudad llamada Lilibeo, que fortificó y convirtió en una base aún más fuerte de lo que había sido Motya.

Himilcón luego avanzó hacia el Este, hasta la misma Siracusa, y le puso sitio. Dionisio parecía incapaz de detenerlo. Era un maestro en el arte del asedio y experto en los ataques por sorpresa, pero no parecía igualmente competente en las batallas en campo abierto y nunca se dejó arrastrar a una.

Dionisio resistió. Pese a que había mucha agitación interna, Dionisio logró mantener el dominio sobre los ciudadanos de Siracusa y esperó. Tiempo después, la peste empezó a hacer estragos entre los sitiadores, y entonces Dionisio lanzó un sorpresivo ataque por

mar y tierra que tuvo pleno éxito. Tanto el ejército como la armada de Himilcón fueron derrotados, y los cartagineses se vieron forzados a huir al Oeste. De este modo terminó la primera guerra cartaginesa de Dionisio, en 392 a. C. Los cartagineses quedaron acorralados en el extremo occidental de la isla, alrededor de su puesto de Lilibeo, y todo el resto de Sicilia estuvo bajo la dominación de Dionisio.

Esto hizo que Dionisio fuese suficientemente fuerte como para extender su mirada más allá de Sicilia. Envió un ejército a la punta de la bota italiana y en 387 a. C. dominó la región casi totalmente. Estableció colonias y puestos comerciales a lo largo de las costas del mar Adriático, uno de ellos muy lejos en el Norte, cerca de la moderna Venecia. Ejerció una influencia dominante sobre el talón italiano y hasta sobre la franja costera del otro lado del mar (la moderna Albania).

[Mapa VIII – Sicilia (380 a. C.)]

Hasta podría decirse que en el decenio del 380 a. C. había un Imperio Siracusano, pero entonces Dionisio se volvió demasiado seguro de sí mismo. En 383 a. C. trató de tomar Segesta. Puesto que esta ciudad se hallaba bajo la dominación cartaginesa desde hacía un cuarto de siglo, . Cartago reaccionó violentamente.

Cerca de Panormo, en 379 a. C., Dionisio sufrió una considerable derrota y se vio obligado a pedir la paz, pagar una enorme indemnización y permitir que los cartagineses extendiesen su poder unos 50 kilómetros al este a lo largo de toda la frontera.

Dionisio se preparó nuevamente para la venganza y en 368 a. C. inició la guerra contra los cartagineses por última vez. De nuevo marchó al Oeste, hacia el extremo de la isla, y de nuevo se dispuso a poner sitio al nuevo gran punto fortificado de los cartagineses, Lilibeo.

Pero la suerte lo había abandonado. Dionisio no pudo tomarla y se vio obligado a permanecer en la costa, impotente, y contemplar una batalla naval en la que los barcos cartagineses destruyeron su flota. Era obvió que debía pedir la paz y salvar lo que pudiese.

Con todo, tuvo un último pequeño triunfo. Parece que Dionisio era un poeta trágico de cierta calidad. A menudo presentó sus poemas a los diversos torneos que se celebraban en Grecia, pero nunca había ganado el primer premio, aunque a veces ganó un tercer premio y ocasionalmente hasta un segundo premio. En el momento en que era evidente para él la derrota en Lilibeo, recibió la noticia de que uno de sus poemas dramáticos, «El rescate de Héctor», había ganado el primer premio. Esto pareció compensar todo lo demás. Aun frente a la derrota, realizó una orgiástica celebración en la que bebió mucho más de lo que podía resistir. Casi inmediatamente se enfermó y murió, quedando a cargo de su hijo la tarea de hacer la paz.

El hijo de Dionisio no estaba capacitado para imponer el orden en Siracusa y sus dominios de Sicilia e Italia. La confusión y la anarquía hicieron presa de Sicilia y el breve imperio de Dionisio se desmenuzó. Para empeorar las cosas, los cartagineses apoyaron a ciertas facciones de los griegos, eligiendo siempre la facción de modo de perpetuar el desorden y la debilidad entre sus enemigos.

En 344 a. C., la Sicilia griega estaba en el caos. Cada ciudad tenía su propio déspota militar y todas por igual estaban a punto de apelar a Cartago. Las fuerzas cartaginesas pusieron sitio a Siracusa con la ayuda de facciones griegas. Siracusa tuvo que pedir a la

ciudad griega de Corinto que le enviase un general de carácter y capaz alrededor del cual pudieran unirse los diversos partidos.

Por una extraordinaria coincidencia tal hombre existía. Era Timoleón, firme luchador y gran idealista. Aceptó la tarea de enderezar las cosas en Sicilia y, a la cabeza de mil hombres transportados en diez barcos, navegó hacia Reggio, situada en la punta del pie de la bota italiana.

Allí se encontró con una flota cartaginesa hostil que le exigió que retornase a Corinto. Timoleón pidió discutir la cuestión en el concejo ciudadano de Reggio. Mientras Timoleón retrasaba la discusión con todas las tretas parlamentarias que pudo hallar, sus barcos se hicieron a la mar. El mismo se escabulló justo a tiempo para subir al último barco que se disponía a zarpar. Los cartagineses, que se percataron demasiado tarde de la maniobra, se lanzaron en su persecución, pero no los pudieron alcanzar.

Una vez en Sicilia, Timoleón comenzó la extensión sistemática de su poder a expensas de los líderes griegos que trataban de apaciguar a los cartagineses. Astutamente, se convirtió en el centro del patriotismo griego hasta el punto de que los cartagineses que asediaban a Siracusa decidieron levantar el sitio por temor de que los griegos que luchaban a su lado en algún momento se uniesen a los griegos que combatían contra ellos. Timoleón logró dominar toda Siracusa, y luego procedió a afirmar a los anticartagineses en el dominio de otras ciudades griegas.

Cartago debía hacer algo para impedirlo, y en 339 a. C. envió a Sicilia una gran fuerza expedicionaria. Relatos griegos posteriores decían que ascendían a 70.000 hombres, pero probablemente esto sea una exageración. Timoleón no podía dejar que los cartagineses llegasen a Siracusa. Lo único que podía hacer era marchar rápidamente hacia el Oeste con todas las fuerzas que pudiera reunir con la esperanza de frenar de algún modo la ofensiva cartaginesa.

Sus fuerzas eran muy inferiores en número a las cartaginesas, pero la suerte estaba de su lado. Los griegos llegaron a las alturas que dominan el río Crimiso, a sólo 65 kilómetros al este de Lilibeo, en un momento en que una espesa bruma se cernía sobre el río. Esto significaba que los griegos no podían ver a las fuerzas cartaginesas acampadas junto al río, pero los cartagineses tampoco podían ver a los griegos en las alturas.

Los cartagineses comenzaron a cruzar el río sin saber que estaban en presencia del enemigo, y cuando la bruma se disipó, sólo parte del ejército había cruzado. La caballería y parte de las tropas de élite estaban del lado griego, pero las fuerzas principales estaban aún lejos. Timoleón aprovechó inmediatamente la situación y ordenó el ataque.

Los griegos superaban en número a esa parte del ejército cartaginés y la destruyeron. Cuando las fuerzas cartaginesas principales lograron atravesar el río, se desencadenó una violenta tormenta con el viento soplando desde el Este. La lluvia azotaba los rostros de los cartagineses. Gradualmente fueron obligados a retroceder sobre el río desbordado, y cuando finalmente sus filas se rompieron, muchos de ellos hallaron la muerte en las aguas torrenciales. Las pequeñas fuerzas de Timoleón obtuvieron una completa victoria.

Timoleón podía haber tratado de sacar provecho de su victoria e intentado expulsar totalmente a los cartagineses de Sicilia, pero no permitió que el éxito se le subiera a la cabeza. Aún había facciones hostiles en su retaguardia, y cualquier inconveniente, por pequeño y temporal que fuese, arruinaría su base. Volvió al Este, pues, y prosiguió la

tarea de organizar las ciudades griegas en una unión pacífica. Logrado esto, no hizo ningún intento de imponerse como tirano, sino que se retiró a la vida privada y murió poco después.

Interludio

Mientras el poder cananeo encarnado en la ciudad de Cartago tuvo la supremacía en el Mediterráneo occidental y mientras tuvo constantemente ocupados a los griegos de Sicilia, la patria cananea continuó con su vida más o menos pacífica y próspera bajo el gobierno persa. Los reyes persas siguieron usando la flota fenicia, pues deseaban ansiosamente mantener vivas las pequeñas guerras que bullían en Grecia continental para impedir que alguna ciudad griega se hiciese demasiado poderosa. Esto hacía que las ciudades fenicias fuesen muy útiles para los persas, y les otorgaron muchos privilegios, entre otros, la autonomía bajo reyes propios.

Pero el Imperio Persa pasaba por un período de debilidad, y ejércitos griegos vagaban a su gusto por Asia Menor, reduciendo a la nada el poder persa y humillando el prestigio del Imperio. En 404 a. C., cuando murió el rey persa Darío II, Egipto aprovechó la oportunidad para liberarse de la dominación persa y establecer una vez más un gobierno nativo.

El ejemplo fue seguido por las provincias occidentales de Persia en Asia Menor, Puesto que el gobierno central no podía proteger a ésta de las incursiones griegas, esas provincias se desgajaron y comenzaron a gobernarse por sí mismas. Artajerjes II, que había sucedido a Darío II, parecía condenado a contemplar la disolución del Imperio Persa.

Pero en 359 a. C., Artajerjes II murió y subió al trono su hijo Artajerjes III, que era de una clase de gobernante muy diferente. Enérgico y vigoroso, decidió inmediatamente restaurar el poder persa y hacerlo mediante el restablecimiento de la autoridad central sobre los gobernadores regionales que se habían hecho demasiado poderosos. Ordenó a todos los gobernadores que disolvieran sus ejércitos privados (constituidos principalmente por mercenarios griegos) y, apoyado por los que se sometieron, atacó a los que se negaron a hacerlo.

Hecho esto, se dispuso a reconquistar Egipto. Su primer intento, preparado demasiado apresuradamente, fracasó, y pareció empeorar las cosas, pues alentó la revuelta de las ciudades fenicias. Uno de los líderes de la rebelión era Tenes, rey de Sidón.

Sin desalentarse, Artajerjes II se dispuso a enviar hacia el Oeste un ejército mayor y más formidable. En 345 antes de Cristo, este ejército estuvo listo y empezó a desplazarse. Frente a esto, el coraje de Tenes flaqueó. Envió emisarios secretos para negociar la rendición. Su traición perjudicó a la causa fenicia, pero no contribuyó en nada a aplacar la cólera de Artajerjes. Sidón fue tomada y saqueada, y Tenes, pese a su deserción de último momento, fue ejecutado. Artajerjes inició entonces la reconquista de Egipto, en 343 a. C., y por un momento pareció que el Imperio Persa era tan fuerte como antaño.

En medio de todas estas conmociones, los judíos agrupados alrededor de Jerusalén lograron evitarse problemas. No se unieron a ninguna revuelta ni hicieron política alguna. Fue un interludio en el que el pueblo judío parecía enclaustrado, lejos del mundo. Todo lo que puede decirse de él es que el Segundo Templo se mantenía en pie y que siguió oficiando el linaje de sumos sacerdotes que había existido sin interrupciones

desde la época de Sadoc. Josué, el sumo sacerdote que presidió la consagración del Segundo Templo, fue sucedido por su hijo Joaquim, quien fue seguido en orden lineal por Eliasib, Joyada, Jonatán y Jadua.

En siglos posteriores se contaron historias sobre los peligros por que pasaron los judíos en el intervalo de casi dos siglos durante los cuales esos sumos sacerdotes gobernaron en Jerusalén. Quizá esas historias hayan sido inspiradas por recuerdos acerca de las fuerzas vengadoras de Artajerjes que se abatieron sobre la costa para destruir las ciudades fenicias y reconquistar Egipto. Así, el Libro de Ester de la Biblia nos dice que los judíos estuvieron a punto de ser barridos en el reinado de Jerjes I; y en el libro apócrifo de Judit se dice que Judea fue asolada por un ejército a cuyo frente estaba un general llamado Holofernes, nombre de uno de los generales de Artajerjes. Pero tanto el Libro de Ester como el de Judit son ficciones que no reflejan ningún hecho histórico conocido.

La última resistencia de Tiro

Pero nubes tormentosas se estaban formando en Europa. El poder de Macedonia, un reino situado al norte de Grecia, estaba aumentando asombrosamente. Hasta 356 antes de Cristo sólo había dejado insignificantes huellas en la historia, pero en ese año, cuando Artajerjes III acababa de iniciar su reinado en Persia, subió al trono de Macedonia un nuevo rey, Filipo II. Este reorganizó el ejército macedónico e introdujo la «falange», una cerrada formación de soldados pesadamente armados que, mediante continuos ejercicios, aprendían a manejar a la perfección largas lanzas, de modo que el grupo se asemejaba a un puercoespín en marcha.

Poco a poco, por medio de sobornos, mentiras o la acción militar cuando los otros métodos fallaban, Filipo llegó a dominar Grecia. En 338 a. C. fue reconocido como líder de toda Grecia excepto Esparta, por entonces impotente. Precisamente por esa época, Artajerjes era asesinado y Persia entraba en las incertidumbres de una sucesión disputada.

Filipo II proyectaba usar las fuerzas sumadas de Grecia, en alianza con su propio y magnífico ejército, para llevar a cabo un gran ataque contra el Imperio Persa, pero en 336 a. C. también él fue asesinado. Esto hubiese puesto fin al proyecto de no ser por el hecho de que le sucedió en el trono su hijo de veinte años Alejandro, uno de los más grandes capitanes de todos los tiempos, que pronto se ganó el nombre de Alejandro el Grande, o Magno.

Actuando rápidamente, Alejandro volvió a someter a todas las tribus y ciudades que tomaron la muerte de Filipo como señal para la rebelión. Todo lo que necesitó fue descargar un golpe en un blanco cualquiera, y al año había restaurado todo el poder de Filipo y estaba listo para pasar a Asia Menor y efectuar el ataque contra Persia, que se hallaba entonces gobernada por un hombre amable pero débil, Darío III.

En 334 a. C., Alejandro llevó su ejército a Asia Menor, donde derrotó a las fuerzas locales. Durante el invierno y el verano siguientes atravesó Asia Menor y luego, en octubre del 333 a. C., derrotó a un ejército persa mayor en la región sudoriental de la península. Darío III retrocedió al Tigris y el Eufrates.

Alejandro no fue en su persecución inmediatamente. Su intención era asegurarse primero toda la costa mediterránea, de modo de no dejar ninguna flota que amenazara su línea de comunicaciones. Para lograr tal fin debía apoderarse de las ciudades fenicias.

Al principio no halló ningún obstáculo. Las ciudades fenicias no habían olvidado la brutal conquista de Artajerjes de una docena de años antes, y no tenían la menor intención de sacrificarse por Persia. Se rindieron inmediatamente a Alejandro y fueron bien tratadas.

Pero los hombres de Tiro eran de otra opinión. Alejandro tenía un pequeño ejército y parecía casi imposible que pudiera resistir cuando Persia descargara toda su fuerza sobre él. Tiro no estaba dispuesta a sufrir otra venganza, una vez que Persia hubiese dado cuenta de Alejandro. Además, Alejandro no tenía flota, ¿y qué podía hacer contra Tiro sin una flota? ¿Acaso Nabucodonosor no había intentado tomarla durante trece años en las mismas condiciones y no había fracasado?

Así, Tiro trató de no comprometerse. Propuso someterse a Alejandro, pero sólo formalmente, sin permitir a Alejandro introducir un contingente macedónico en la ciudad. El rey tirio, Azemilkos, envió una delegación a Alejandro para hacerle esta oferta y pedirle que pasara de largo.

Pero esto era precisamente lo que Alejandro no quería hacer. Quería la ciudad misma, la base naval, el control de los barcos fenicios. Por tanto, pidió permiso para entrar en la ciudad y le fue negado.

A Alejandro sólo le quedaba un camino. En diciembre de 333 a. C. puso sitio a la ciudad. En toda la serie ininterrumpida de victorias que había obtenido hasta entonces y que iba a obtener, este asedio de Tiro fue la labor más dificultosa con que se encontró Alejandro. El no tenía flota, mientras que Tiro tenía muchos barcos. Sus habitantes podían aprovisionarse permanentemente y esperar más tiempo que Alejandro, pues cuanto más esperase éste, tanto mayor era el peligro de que Cartago uniese sus barcos a los de la ciudad madre y de que los persas acudiesen en apoyo de Tiro.

Alejandro hizo todo lo que pudo. Si dejaba a Tiro detrás de él sin conquistar, su prestigio sufriría un golpe terrible, y, considerando que era el jefe de un pequeño ejército en un vasto imperio, el prestigio era de la mayor importancia para su protección. Además, una Tiro orgullosa por haber desafiado con éxito a Alejandro, no vacilaría en usar su flota contra él.

Alejandro sólo podía hacer una cosa. Hizo construir un malecón de 800 metros que uniese Tiro con tierra firme, como había hecho Dionisio en Motya sesenta y cinco años antes. Tiro estaba más cerca de tierra firme que Motya, pero el mar era más profundo y Tiro más fuerte. Inflexiblemente, Alejandro empezó a construir el malecón, y con igual inflexibilidad los hombres de Tiro se prepararon para impedir su construcción. El primer intento de Alejandro fue frustrado por brulotes e incursiones tirios. Alejandro se dispuso entonces a construir un malecón más grande y más ancho, que pudiese ser defendido mejor.

Pero hasta Alejandro habría fracasado de no haber sido por la incapacidad de las ciudades fenicias para actuar unidas. Cuando los barcos de la flota fenicia tripulados por ciudadanos de las ciudades que se habían sometido a Alejandro recibieron las noticias de la sumisión, se pasaron al bando de Alejandro. Repentinamente. Tiro se halló superada en el mar. Tampoco pudo Cartago llevar su ayuda a tiempo.

Pero los tirios no pensaban ni por un momento rendirse. Sacaron de la ciudad tantas mujeres y niños como pudieron y los llevaron a Cartago. En la imposibilidad de arriesgarse a una batalla naval, pusieron lo que quedaba de su flota alrededor de la ciudad y se prepararon para una defensa a ultranza.

Poco a poco, la voluntad de Alejandro se impuso. Se completó el malecón. Las máquinas de asedio fueron llevadas hasta la muralla, que fue atacada y destruida. Los tirios lucharon con una valentía sobrehumana en todo punto, tanto en la muralla como en el interior de la ciudad. Pero finalmente, en agosto de 332 a. C., se tomó la última parte de la ciudad, después de nueve meses, y el asedio llegó a su fin.

Ocho mil tirios fueron acuchillados y 30.000 vendidos como esclavos. La ciudad misma sobrevivió y hasta floreció posteriormente, pero nunca pudo emprender nuevamente una acción independiente ni librar una batalla propia. Tampoco volvería a tener su rey: Azemilkos fue el último.

Tiro hasta dejó de ser una isla. El mar acumuló arena alrededor del malecón construido por Alejandro y la roca se halla ahora en la punta de una península de kilómetro y medio de ancho. Al desaparecer de la escena las ciudades fenicias como entidades independientes, el único resto de Canaán que subsistía, orgulloso y fuerte, era Cartago, pero muy lejos.

En cuanto a Alejandro, pudo moverse nuevamente. Después de asegurarse la posesión de Tiro y con una flota a su disposición, mientras que a Persia no le quedaba ninguna, pudo continuar la marcha hacia el Sur para apoderarse de lo que quedaba de las provincias mediterráneas. No previo ninguna resistencia, y por cierto que en Judea no halló ninguna.

Muy probablemente pasó cerca de Jerusalén sin saber siquiera que existía o sin interesarse por ella. Sin embargo, Josefo, un historiador judío que escribió su obra cuatro siglos más tarde, relató una historia que no se encuentra en ninguna de las fuentes griegas y que estaba destinada a aumentar el prestigio judío.

Dice Josefo que durante el sitio de Tiro, Alejandro pidió ayuda a los judíos —cosa en sí misma increíble, pues difícilmente podía haber necesitado Alejandro la ayuda de una ciudad diminuta y que vegetaba— pero se la negaron, y que una vez terminado el asedio, se propuso castigar a Jerusalén (como si hubiese estado dispuesto a perder el tiempo, cuando todo Egipto lo estaba llamando). Fuera de Jerusalén, dice Josefo, Alejandro se encontró con el sumo sacerdote, Jadua, que se presentó con toda pompa a la cabeza del cuerpo sacerdotal. Ante esto, Alejandro bajó de su caballo e hizo una reverencia, mientras explicaba a un general que estaba a su lado que había visto una figura semejante en un sueño. Luego entró en Jerusalén pacíficamente y dejó a los judíos que viviesen según sus propias leyes. Haya sucedido esto o no, lo cierto es que Alejandro no tocó Jerusalén.

Gaza, en cambio, fue una desagradable sorpresa para el conquistador. Esta antigua fortaleza de los filisteos, situada a 240 kilómetros al sur de Tiro, estaba aún bien fortificada y abastecida y se hallaba bajo el mando de un eunuco llamado Batis que era absolutamente leal a los persas.

La ciudad estaba ubicada en una colina y a tres kilómetros del mar, de modo que no cabía esperar la ayuda directa de los barcos, que ahora eran de Alejandro. Alejandro no estaba dispuesto a dejar esta ciudadela en su retaguardia. Tampoco podía arrastrar su maquinaria de asedio por las arenas y hasta lo alto de la colina, de modo que se preparó para construir un camino en la arena, como en Tiro había construido otro por el mar. Durante los meses de octubre y noviembre de 332 a. C. hizo construir muros en pendiente que daban contra las murallas de la ciudad, e hizo arrastrar por ellos las catapultas y otros aparatos de asedio. Entre la acción de las máquinas que abatían las

murallas y los zapadores que cavaban por debajo, se logró abrir brechas y luego la ciudad fue tomada por asalto.

La matanza que siguió fue peor que la de Tiro, pues Alejandro, que no esperaba hallar resistencia, tenía cada vez menos paciencia con los retrasos. Hasta se cuenta que hizo atar correas a los talones del bravo Batis y lo arrastró vivo con su carro alrededor de las murallas de Gaza, imitando la atrocidad que, según la *Ilíada,* hizo Aquiles con el cuerpo de Héctor.

Pero éste fue el fin de la resistencia que halló Alejandro en el Oeste. De Gaza pasó a Egipto, que capituló sin luchar. Entonces, y sólo entonces, se dispuso a perseguir a Darío por el corazón de su imperio. Derrotó a Darío en los valles del Tigris y el Eufrates en 331 a. C. y sometió todo el vasto Imperio Persa a su dominio.

En 324 a. C., Alejandro volvió a Babilonia, donde se absorbió en vastos proyectos. Se pensaba que trataría de conquistar la costa arábiga o que marcharía al Oeste para apoderarse de Cartago. Pero si tenía tales planes, ellos quedaron en la nada, pues murió el 11 de junio de 323 antes de Cristo en Babilonia, afectado por una fiebre.

9. Grecia triunfante

Los fragmentos del imperio

Alejandro no tuvo tiempo en su corta vida de consolidar sus enormes conquistas. No había dejado herederos capaces, y en cambio dejó demasiados generales, capaces en demasía, por lo que su imperio se fragmentó. Una docena de generales riñieron unos con otros, todos los cuales trataban de heredar el manto imperial y cada uno decidido a que ningún otro lo heredase, mientras se apoderaba de una u otra parte del imperio.

El general que más rápidamente limitó sus ambiciones y decidió contentarse con una sola provincia fue Tolomeo. Al morir Alejandro, se apoderó de la rica provincia de Egipto y optó por no aspirar a nada más, excepto, quizá, a extender su poder sobre algunas regiones adyacentes para hacer más segura su posesión egipcia.

En el extremo opuesto, el que más pertinazmente combatió para obtener todo el imperio fue Antígono. Aunque tuerto y ya de unos sesenta años cuando murió Alejandro, era el más vigoroso y enérgico de todo el grupo.

Antígono y su leal e igualmente enérgico hijo Demetrio lucharon por toda el Asia, y en 336 a. C. habían logrado tanto éxito que prácticamente eran los amos de toda la parte asiática del Imperio de Alejandro. Los únicos generales macedónicos que no cayeron bajo su férula fueron Tolomeo, que gobernaba en África, Casandro y Lisímaco, que gobernaban regiones de Europa, al norte de Grecia. Estos dos formaron una alianza contra el peligroso Antígono.

Antígono optó por atacar primero a Tolomeo y avanzó por la costa oriental del Mediterráneo, por lo que una vez más la guerra llegó a la antigua tierra de Canaán. Tolomeo reaccionó vigorosamente. Envió fuerzas expedicionarias a la isla de Chipre, Grecia y Asia Menor, para conservar el dominio del mar y poner en peligro la línea de comunicaciones de Antígono. Después de haber hecho todo lo que pudo a este respecto, volvió apresuradamente a Egipto y se preparó para enfrentarse con los ejércitos de Antígono.

Las fuerzas de Antígono estaban conducidas por su hijo Demetrio, por entonces de veinticinco años de edad, valeroso y apasionado. Tenía bajo su mando 11.000 soldados de infantería, 2.300 de caballería y 43 elefantes.

El uso de elefantes en la guerra era una idea india. Alejandro había dado con ellos inesperadamente en su última gran batalla, librada a orillas del río Indo, más allá de las fronteras de Persia. Como en todas sus batallas, independientemente de las sorpresas o las desventajas, Alejandro obtuvo la victoria. Pero aunque había derrotado a los elefantes, éstos impresionaron a sus generales. El elefante era lo más semejante que podía hallarse en el reino animal a un tanque moderno. Podían ser domesticados lo suficiente como para ser montados y guiados por hombres y ejercían un efecto intimidatorio sobre quienes se enfrentaban con ellos por primera vez.

Como parecían una fuerza tan arrolladora en teoría, durante más de un siglo se los utilizó en las batallas. Pero en la práctica demostraron ser de un valor sorprendentemente escaso. El inconveniente básico consistía en que eran demasiado inteligentes para sacrificar su vida inútilmente, en lo cual diferían de los caballos y los hombres. Cuando el enemigo tenía un aspecto demasiado peligroso para ser atacado, los elefantes se retiraban apresuradamente y entonces eran más peligrosos para su propio bando que para el otro.

Demetrio llevó su ejército, con elefantes y todo, a Gaza, donde veinte años antes Alejandro había logrado el triunfo en el segundo de sus grandes asedios. Allí, en 312 a. C., Tolomeo llevó un ejército numéricamente superior al que guió con una madura capacidad que compensó con creces el brío juvenil de Demetrio.

Quizá Demetrio esperaba que los elefantes superasen las ventajas de que gozaba Tolomeo. Si fue así, se equivocó. Tolomeo colocó estacas de hierro en el campo de batalla a intervalos irregulares y esperó el ataque de Demetrio. Este hizo avanzar a los elefantes, pero cuando llegaron a las vallas, como no podían saltar, no vieron ningún sentido en tratar de abrirse camino por encima o alrededor de ellas. Se pararon en seco y no hubo manera de hacerlos avanzar. Esto minó la moral del ejército de Demetrio, y cuando los hombres de Tolomeo contraatacaron, aquél rompió filas y Demetrio se vio obligado a retirarse apresuradamente. Así perdió Antígono la mayor oportunidad que tuvo de unir el imperio bajo su mando.

Tolomeo, para impedir que Antígono hiciese una segunda intentona, arrasó las fortificaciones de los puntos fuertes de Judea y Siria; era una forma suave de la política de «tierra arrasada». Para asegurarse doblemente, Tolomeo envió al Este a un general aliado, Seleuco, con un ejército, instándolo a que se hiciese dueño de los valles del Tigris y el Eufrates, para obligar a Antígono a combatir en el Este tanto como en el Sur. Esta estrategia final dio óptimos resultados. Seleuco se apoderó de Babilonia, y Antígono tuvo que dividir sus fuerzas.

En 311 a. C., Antígono se vio obligado a concertar una molesta tregua. Se sentía frustrado en buena medida. Los años pasaban y nunca podía coger el fruto de un imperio unido que a veces parecía tan al alcance de su mano.

En 307 a. C. tenía setenta y cinco años y no quiso esperar por más tiempo. Ansioso de ser un gobernante, y no sólo un general, incapaz de esperar el día, siempre postergado, de obtener una victoria total, adoptó el título de «rey» de las partes de Asia que estaban bajo su dominación.

Era menester contrarrestar esta medida. Pronto Tolomeo se proclamó rey de Egipto, Seleuco rey de Babilonia, Casandro rey de Macedonia y Lisímaco rey de Tracia. También surgieron otros reinos más pequeños. Así recibió una especie de reconocimiento oficial el desmenuzamiento del imperio de Alejandro.

Egipto permanecería bajo los descendientes de Tolomeo durante casi tres siglos, período al que suele llamarse del «Egipto Tolemaico». Los descendientes de Seleuco gobernarían partes de Asia con fronteras menos claramente definidas, y sus tierras reciben el nombre de Imperio Seléucida.

Los reyes siguieron luchando unos con otros tan interminable y enconadamente como cuando sólo eran generales. La batalla final tuvo lugar en 301 a. C., en Ipso, situada en el centro de Asia Menor. Tolomeo no tomó parte en ella, pero los otros reyes aliados, Casandro, Lisímaco y Seleuco derrotaron a Antígono, que tenía ya ochenta años pero seguía combatiendo como un demonio. Tenía que ser muerto en esa batalla; no había

otro modo de detenerlo. Demetrio, incapaz de rescatar a su padre, huyó. Más tarde, recuperó algún poder y se hizo temporalmente rey de Macedonia, pero en Asia ya no volvería a ser una amenaza.

Desaparecido Antígono, los restantes generales se asentaron en sus fragmentos, y aunque las guerras no terminaron, disminuyeron mucho en intensidad.

Fragmentos o no, todas las costas del Mediterráneo oriental —Sicilia, Italia, Grecia, Asia Menor, Siria, Egipto y Libia— estaban bajo una clase gobernante de lengua y cultura griegas. Aunque las grandes ciudades griegas del pasado —Atenas, Esparta, Tebas y las demás— pasaron a segundo plano, Grecia, en lo que respecta a su cultura, triunfó.

Los judíos bajo los tolomeos

Después de la batalla de Ipso, los aliados victoriosos se dividieron el Imperio, dejando de lado Egipto. Casandro, que ya poseía Macedonia, agregó Grecia a ésta. Lisímaco, que tenía Tracia, le agregó el Asia Menor occidental. A Seleuco le tocó todo el resto de Asia, incluyendo todas las vastas regiones situadas al este del río Tigris.

En lo que respecta a extensión, el Imperio Seléucida era muy impresionante en el mapa, como si constituyese todo el imperio de Alejandro con excepción de algunas regiones fronterizas. Pero la dominación sobre las provincias orientales nunca fue muy firme, y el núcleo del reino lo formaban Siria y la región del Tigris y el Eufrates.

Seleuco estableció una capital en cada una de las dos partes principales de su imperio. Inmediatamente después de tomar Babilonia en 312 a. C, fundó una nueva ciudad, Seleucia, así llamada en homenaje a sí mismo, a orillas del Tigris y al norte de Babilonia, que estaba sobre el Eufrates. El crecimiento de esta nueva ciudad de cultura griega acarreó la inevitable decadencia de Babilonia, que se esfumó gradualmente hasta convertirse en una aldea y luego desapareció del todo.

En 300 a. C., Seleuco estableció su segunda capital a orillas del Orontes, en el norte de Siria. Allí, cerca del ángulo nororiental del Mediterráneo, construyó Antioquía, así llamada en honor a su padre. Antioquía llegó a convertirse en la mayor ciudad de los dominios seléucidas de la época, y la provincia de Siria se transformó gradualmente en la principal fortaleza seléucida. Por ello, a veces es conveniente llamar «Siria» al Imperio Seléucida.

Seleuco fechó sus leyes a partir de 312 a. C., el año en que tomó Babilonia. Los judíos de Babilonia, naturalmente, adoptaron esta cronología, llamada la «Era Seléucida». Lo que le dio importancia fue que en todas partes los judíos empezaron a usar esta cronología, aun en lugares y épocas en que no eran subditos seléucidas. Puesto que los judíos se esparcieron poco a poco por toda la región mediterránea, aunque conservando cierta cohesión, el uso de esa cronología se difundió con ellos más allá de sus límites naturales de espacio y tiempo, lo que le dio mayor longevidad e importancia que lo que era de esperar.

Los historiadores a veces tienen dificultades para determinar las fechas de los sucesos cuando están dadas en términos de un sistema cronológico oscuro. Si el mismo suceso puede ser fechado también mediante un sistema más conocido y más difundido, todo se vuelve claro en la oscura cronología (inclusive sucesos no fechados). A este respecto, la Era Seléucida, gracias a su difusión por los judíos, adquirió gran importancia como referencia cronológica común.

Tolomeo, que no había estado presente en la decisiva batalla de Ipso, quedó fuera del reparto. No se le cedió ninguna parte de los dominios que había gobernado Antígono. Sólo se le dejó lo que ya tenía: Egipto, Chipre y una pequeña parte del sudeste de Asia Menor. Pero él no se contentó con esto. Mientras no dominara los tramos de Asia cercanos a Egipto, podía ser amenazado desde esa dirección. Por ello, en la confusión que siguió a la batalla de Ipso, se apoderó de lo que pudo de las partes cercanas de Asia.

No tuvo que enfrentarse con Seleuco a causa de esto. El recuerdo de haber sido compañeros de armas bajo Alejandro antaño y aliados contra Antígono luego parece haberlos mantenido en paz. Con todo, hubo algunas maniobras secundarias para obtener algunas ventajas en Siria, y ciertas partes de ella dieron su lealtad ya a Seleuco, ya a Tolomeo. Pero en definitiva, lo que había sido antaño Canaán, inclusive el pequeño territorio de Judea centrado en Jerusalén, quedó en manos de Tolomeo. Seguiría siendo tolemaico durante un siglo; para los judíos de Jerusalén, al menos, esto significó que, después de una generación de conmociones en las regiones circundantes, se volvió a la plácida existencia que habían tenido bajo los persas.

Tolomeo y sus sucesores inmediatos tenían plena conciencia de que gobernaban un reino que era egipcio en su abrumadora mayoría, con sólo una pequeña clase gobernante griega en las ciudades, principalmente en Alejandría. Por esa razón, trataron de tomar en cuenta la sensibilidad de sus súbditos egipcios, se inclinaron ante su religión y sus costumbres en muchos aspectos y se comportaron en buena medida como los antiguos faraones.

Por supuesto, esto no agradó al griego medio, que sentía un total desprecio por las cosas egipcias (desprecio que era retribuido). Los tolomeos que trataron de equilibrar lo griego y lo egipcio juzgaron útil disponer de una tercera fuerza, muy diferente de unos y otros, que mantuviese el equilibrio. Los judíos eran muy apropiados a tal fin, pues eran igualmente ajenos a los griegos y a los egipcios.

Se estimuló a los judíos a emigrar a Egipto y establecerse en Alejandría, la ciudad fundada por Alejandro Magno en su breve estancia en Egipto y que luego fue la capital tolemaica. Con el tiempo, Alejandría se convirtió en la gran metrópoli políglota del mundo antiguo, con su población dividida en tercios casi iguales entre griegos, judíos y egipcios, donde cada grupo vivía según sus costumbres y leyes, y abrigaba fuertes recelos contra los otros dos.

Tolomeo abdicó en 285 a. C. en un hijo menor que gobernó con el nombre de Tolomeo II. En 283 a. C., el viejo ex rey murió en paz, a la edad de ochenta y tres años; fue el más sensato y feliz de los generales de Alejandro. Cuando murió aún vivía Seleuco I, el último de los generales de Alejandro que sobrevivía. A diferencia de Tolomeo I, no se retiró a la vejez, sino que siguió gobernando y luchando. Cuando a su vez murió, en 280 antes de Cristo —cuarenta y tres años después de la muerte de Alejandro, ante cuya estatua, decía Seleuco, no podía pasar sin estremecerse—, murió a manos de un asesino que justamente era el hijo mayor de Tolomeo I.

Tolomeo II libró dos guerras con los descendientes de Seleuco I. Lucharon por las disputadas regiones de Siria y Judea, por donde pasaban las fronteras de los dos reinos. La Primera Guerra Siria se produjo de 276 a 272 antes de Cristo, y la Segunda Guerra Siria de 260 a 255 a. C. Los resultados fueron indecisos, pero en general los tolomeos llevaron la mejor parte y Judea siguió firmemente en sus manos.

Los judíos sobrevivieron a esas dos guerras con pocas conmociones. No participaron en ellas ni las sufrieron, pues era uno de esos períodos de la historia en que las batallas

consistían en maniobras de los ejércitos, ya que ambas partes consideraban demasiado valiosos los soldados avezados para arriesgarlos a la ligera, de modo que se luchaba por posiciones pero había escasa efusión de sangre.

En verdad, todo lo que podemos decir de la historia judía bajo los primeros tolomeos es que Simón I fue hecho sumo sacerdote alrededor del 300 a. C. y fue sucedido por Onías II en el 250 a. C. Aparte de Judá había otras dos importantes colonias de judíos. En el Tigris y el Eufrates había una colonia que existía desde la época del exilio, bajo Nabucodonosor, tres siglos antes. Como estuvieron al margen de los sucesos principales, sufrieron pocas perturbaciones. La segunda colonia, claro está, era la mucho más reciente de Alejandría.

Fue la colonia alejandrina la que ocasionó un nuevo problema al mundo judío. El hebreo había desaparecido como lengua común de los judíos en la época del exilio. En la región del Tigris y el Eufrates, los judíos empezaron a hablar el arameo, que era la lengua común de los mercaderes de los tramos occidentales de Asia. Cuando volvieron a Judea siguieron hablando el arameo. Pero el arameo era una lengua estrechamente emparentada con el hebreo. Para un judío de habla aramea no era difícil aprender el hebreo, por lo que podía leer los escritos sagrados de la Biblia.

A causa de ello había poca urgencia de traducir los escritos bíblicos al arameo. En verdad, entre muchos judíos predominaba la creencia de que hubiera sido impío poner los libros sagrados en una lengua que *no fuese* el hebreo, pues pensaban (con la habitual seguridad de los pueblos primitivos) que el hebreo había sido la lengua de Dios y de la humanidad originaria. El hecho de que el hebreo ya no fuese la lengua común en Judea, en todo caso, era una ventaja, pues esto hacía del hebreo una lengua sagrada reservada para las cosas sagradas.

Pero ¿qué ocurría con los judíos de Alejandría y de otras colonias menores, pero en crecimiento, del mundo griego? La cultura griega era extraordinariamente atractiva, y los judíos que habían nacido y se habían criado en ciudades griegas a menudo no hablaban otra lengua que el griego. No podían leer ni comprender los libros bíblicos. Pese a los prejuicios judíos, pues, surgió entre los judíos alejandrinos una creciente presión para que se tradujese la Biblia al griego.

Ese anhelo fue estimulado por los tolomeos. Bajo Tolomeo I y, más aún, bajo Tolomeo II, Alejandría se convirtió en la capital intelectual del mundo. Tenía un Museo que era lo más semejante que hubo en la Antigüedad a lo que hoy llamamos un «centro de investigación» y una enorme biblioteca, la mayor que existió antes de la invención de la imprenta. Al parecer, era ambición de los tolomeos reunir en Alejandría todo el conocimiento de la época, y este propósito no se limitaba al conocimiento griego. Estimularon y quizá hasta financiaron la traducción al griego de las escrituras judías.

Así, alrededor de 270 a. C., por primera vez en la historia, comenzaron a aparecer los libros bíblicos en una versión diferente de su lengua original. La tradición posterior embelleció esta aparición de la primera traducción de la Biblia. Se decía que Tolomeo II había enviado a buscar sabios a Judea. Se suponía que el número de éstos había sido de setenta (o setenta y dos), por lo que la traducción fue llamada posteriormente la Septuaginta, de una palabra latina que significa «setenta». Más aún, continúa la leyenda, cada uno de los setenta (o setenta y dos) tradujo la Biblia separada e independientemente, y cuando se compararon las traducciones, se halló que eran todas idénticas. (Esto era un claro intento de demostrar que la versión griega era tan inspirada como la hebrea original, pues sin la intervención divina, setenta versiones independientes no podían haber sido idénticas.)

En verdad, la traducción no era muy buena. Había muchos errores, y las traducciones modernas de la Biblia deben dejar de lado la Septuaginta y usar las versiones hebreas. Esto no modifica el hecho de que la Septuaginta era *la* Biblia de la Antigüedad. Era la única de que disponían los no judíos y muchos judíos de habla griega también, y esto influyó en la historia del mundo.

Los traductores de la Septuaginta, quienesquiera que fuesen, deben de haber estado profundamente sumergidos en la cultura griega, y esto se ve en su versión griega de las frases hebreas. El ejemplo más importante es el séptimo capítulo de Isaías, donde el profeta asegura al rey Ajaz que las fuerzas atacantes de Israel y Siria serán destruidas. En parte, dice (según *The New English Bible,* una traducción de 1970): «Una joven grávida dará a luz un hijo y lo llamará Emmanuel». Qué es, exactamente, lo que Isaías quiso decir es algo muy controvertido, pero usa la palabra hebrea «almah», que se tradujo como «joven (mujer)».

Durante el exilio, los judíos abrigaron intensas esperanzas mesiánicas y se examinaron todos los escritos históricos y proféticos en busca de pasajes que pudieran ser interpretados como señales divinas del advenimiento de un mesías. Se dijo que la misteriosa observación sobre el nacimiento de Emmanuel era una referencia profética al advenimiento de un mesías, un rey ideal que derrotaría a los reinos gentiles y establecería un reino mundial basado en la justicia y con capital en Jerusalén.

En la tradición griega era común considerar los reyes ideales como seres divinos, como hijos de alguno de los dioses, como engendrados por un dios con una mujer que, a veces, no había tenido relaciones con ningún mortal y que, por ende, podía ser tenida por virgen. Para hombres imbuidos de ideas tomadas de la literatura griega (aunque fueran de religión judía) era apropiado traducir la palabra hebrea «almah» por la palabra griega «parthenos» («virgen»), para que el texto conservase sus implicaciones mesiánicas.

La traducción griega hizo posible concebir al Mesías como un Hijo divino de Dios. Fue la versión de la Biblia dada en la Septuaginta la que influyó en los primeros cristianos, y en la Versión del Rey Jacobo de la Biblia inglesa, por ejemplo, el pasaje recibe la siguiente formulación: «Behold, a virgin shall conceive, and bear a son, and shall call his name Immanuel» *. (« ¡Mirad!, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamará Emmanuel».)

Así, considerándolo bien, se puede argüir que, desde el punto de vista de la influencia sobre la historia futura, el suceso más importante de los tres siglos de existencia del Egipto Tolemaico fue la publicación en Alejandría de la Septuaginta.

[Mapa IX – Egipto y Siria (250 a. C.)]

Tolomeo II, el afable patrocinador de la Septuaginta, murió en 246 a. C. y fue sucedido por su hijo, quien reinó con el nombre de Tolomeo III. El monarca seléucida de la época se casó con una hermana del nuevo rey egipcio, condición impuesta por el último tratado de paz firmado entre las dos potencias. Pero muerto Tolomeo II, la

* En los siglos XIX y XX, cuando en nuevas traducciones se reemplazó la palabra «virgen» por la más correcta de «joven mujer», muchos cristianos, emocionalmente aferrados a la traducción errónea, se sintieron ofendidos y horrorizados.

princesa tolemaica fue despedida y luego asesinada, junto con su hijo, por una reina rival.

Esto dio origen a la Tercera Guerra Siria, en la que el encolerizado Tolomeo III, deseoso de vengar la muerte de su hermana, obtuvo una completa victoria y avanzó hasta los mismos Tigris y Eufrates. Esto marcó el apogeo del poder del Reino Tolemaico.

Fue también el apogeo de la beneficiosa paz de los judíos bajo el ilustrado gobierno tolemaico. Tolomeo III, como su padre y su abuelo, era plenamente consciente de que gobernaba sobre gentes de muy dispares creencias religiosas. Y como sus antepasados, trató de ser rey de todos. Por ello, al volver de Babilonia, se detuvo en Jerusalen, en 241 a. C., y presentó ofrendas al altar del Templo, siguiendo cuidadosamente el ritual prescrito por los sacerdotes.

Agatocles

Mientras Grecia y todo el Este sufrió la conmoción del huracán provocado por Alejandro, las ciudades griegas del Oeste, como Sicilia, permanecieron intactas. Y mientras las ciudades fenicias decaían, mientras Tiro era devastada, la colonia tiria de Cartago proseguía su orgullosa existencia, más fuerte y rica que nunca.

Sin duda, la gran victoria de Timoleón en el río Crimiso había obligado a Cartago a estar a la defensiva en Sicilia, pero podía permitirse esperar el momento oportuno. Por la historia pasada, estaba segura de que las facciones griegas volverían a reñir y de que uno u otro bando apelaría a ella. Y cualquiera que fuese el bando que solicitase su ayuda, ella la brindaría, pues mientras los griegos luchasen unos contra otros prepararían el camino para el triunfo de Cartago.

Todo sucedió como Cartago había previsto. Después de la muerte de Timoleón, Siracusa y otras ciudades cayeron bajo la dominación de oligarcas y, como era inevitable entre los griegos, contra ellos se levantaron demagogos que aprovecharon el resentimiento de la multitud para tratar de elevarse ellos al poder.

Vivía en Siracusa un tal Agatocles, hijo de un alfarero. Se casó con una viuda rica que le proporcionó fondos; era un hombre con mucho del encanto y la osadía nativos. Comenzó a agitar a la muchedumbre y a intrigar para derrocar a los oligarcas. Fue exiliado dos veces, pero reunió un ejército fuera de Siracusa, sin vacilar en utilizar fondos que le proporcionaron los cartagineses, y en 317 antes de Cristo finalmente se apoderó de la ciudad.

Una vez en el poder, efectuó una matanza en la facción opositora, hasta que su dominación fue indiscutida. Comenzó entonces a expandir su poder, como había hecho Dionisio un siglo antes. Hasta que llegó el momento que Cartago había esperado confiadamente. Los que restaban de la facción derrocada por Agatocles, incapaces de luchar contra éste con sus solas fuerzas, apelaron a Cartago.

Cartago respondió gustosamente al llamado. En 311 antes de Cristo, envió a Sicilia una gran fuerza expedicionaria bajo un general llamado Amílcar. Este aplastó a un ejército griego en la costa sur central. Los cartagineses avanzaron rápidamente hacia el Este y, como varias veces antes, pusieron sitio a la ciudad de Siracusa.

En sitios anteriores, Cartago había fracasado, pero esta vez su victoria parecía segura. La moral griega estaba por los suelos. Agatocles se había excedido en su sangrienta

supresión de sus enemigos y ahora no hallaba amigos en ninguna parte. Y si Siracusa era tomada, muy probablemente la tricentenaria lucha entre griegos y cartagineses llegaría a su fin con la dominación de toda Sicilia por Cartago durante un período indefinido.

La mera desesperación inspiró a Agatocles una idea aparentemente suicida. Pero, puesto que también era suicida no hacer nada y, a igualdad de otros factores, Agatocles siempre prefería la acción a la inacción, avanzó con demoníaca energía. Su idea era sencillamente reunir todas las tropas que pudiera y forzar el paso o deslizarse fuera de la ciudad sitiada, dejando en ella una pequeña fuerza juramentada a resistir todo lo posible. Con sus hombres y sus barcos, proyectaba hacer una correría por la costa africana y poner en peligro a la misma Cartago, para obligarla a llamar de Sicilia a su fuerza expedicionaria. La jugada parecía tener una probabilidad cero de triunfar, pero Agatocles era un jugador nato. La flota cartaginesa bloqueaba el puerto tan cerradamente que no podía escapar ni una rata, pero Agatocles contaba con el exceso de confianza en sí mismos de los cartagineses.

Agatocles sabía que estaban en camino algunos barcos mercantes que tratarían de eludir el bloqueo. Cuando llegaron, los barcos cartagineses remaron despreocupadamente hacia ellos, para interceptar la carga, pero dejaron una gran grieta en el cordón que rodeaba a la ciudad. Los barcos de Agatocles partieron a toda velocidad. Cuando los cartagineses cambiaron de rumbo, estaban demasiado lejos para ser alcanzados y, peor aún, los barcos mercantes lograron remar hasta el puerto y entregar los suministros. Los cartagineses al intentar atrapar a unos y otros sucesivamente perdieron a todos.

Agatocles, después de escapar de los barcos enemigos, logró atravesar el Mediterráneo y desembarcar en la costa africana en 310 a. C. Puesto que sus tropas eran demasiado escasas para enviar una parte al interior y dejar otra parte custodiando la flota, decidió dar un nuevo golpe de audacia: quemó los barcos e informó a sus hombres que la única posibilidad de retornar sanos y salvos a su patria era lograr victorias. Luego los condujo a Cartago y acampó en las afueras de ésta.

Los cartagineses casi no podían creer lo que veían sus ojos. Su segura y apacible ciudad nunca había sido amenazada antes, y sus villas y huertos suburbanos dormitaban en una perpetua serenidad... hasta entonces. Supusieron que su ejército de Sicilia había sido destruido, pues no se podían explicar de otro modo la presencia de un ejército griego en África.

Enviaron apresuradamente mensajeros a Sicilia para saber qué había ocurrido y hacer que volvieran los sobrevivientes. Mientras tanto, reunieron un pobre contingente y lo enviaron contra Agatocles. Fue fácilmente barrido por la avezada infantería griega, pero en el ínterin se puso a la ciudad en condiciones de resistir un asedio, al menos hasta que retornase el ejército cartaginés.

Retornó, en efecto, y finalmente el ejército griego fue derrotado. Pero mucho antes Agatocles había hecho construir barcos y él había vuelto a Siracusa, que ya no estaba sitiada y lo recibió como a un héroe.

En 306 a. C. los cartagineses estaban dispuesto a firmar un tratado por el cual sus dominios en Sicilia quedaban limitados a lo que habían sido en la época de Dionisio y Timoleón. La audaz jugada de Agatocles había tenido éxito.

Durante los restantes veinte años de su vida, Agatocles consolidó su poder en Sicilia y en las regiones vecinas de Italia. Siracusa prosperó y fue como si hubiesen vuelto los

tiempos de Dionisio, sólo que Agatocles, aunque también se había convertido en un tirano, era más encantador. En 289 a. C., Agatocles murió, y su muerte fue seguida (como la de Dionisio) por otro período de confusión y anarquía. Algunos mercenarios italianos que habían servido a Agatocles como guardia de corps se apoderaron de la ciudad de Messana, en el ángulo de Sicilia adyacente al pie de la bota italiana. Se llamaban a sí mismos «mamertinos» («hijos de Marte»), y sus depredaciones hicieron estragos en las regiones circundantes. Una vez más, los cartagineses esperaron calmamente su oportunidad.

Pirro

Pero entre tanto apareció una nueva fuerza en el Oeste. En Italia central, a orillas del río Tíber, había una ciudad llamada Roma. Según la leyenda había sido fundada cuatro siglos y medio antes, en 753 a. C., pero hasta la época de Alejandro Magno no había aparecido en la historia en lo que respecta al mundo griego.

Pero en tiempos de Alejandro los romanos libraron una serie de encarnizadas guerras contra otro puedo de Italia central llamado los samnitas, y ganaron. En 290 a. C., cuando Agatocles estaba llegando al fin de su asombrosa carrera, toda Italia central era romana.

Además, Roma había elaborado un sistema de gobierno notablemente flexible que le permitía gobernar eficazmente a aliados y colonias y brindarles suficiente prosperidad como para reducir la probabilidad de las revueltas. Era raro que algún enemigo lograse persuadir a que se rebelase a una ciudad dominada por Roma, por lo que sus acciones eran unificadas y vigorosas. No se la podía apartar de sus metas y sabía sobrevivir en la adversidad. Esto, sumado a un ejército bien adiestrado capaz de adaptar su táctica a circunstancias cambiantes, hicieron de Roma la más formidable potencia militar que había existido en el mundo antiguo *.

La primera parte del mundo griego que sintió el efecto de este nuevo fenómeno en el escenario de la historia mundial fueron las ciudades griegas que salpicaban la costa de Italia meridional. La principal de ellas era Taras, que nos es más conocida por la forma romana de su nombre, Tarentum, o Tarento en castellano.

Tarento no tardó mucho en comprender que no se enfrentaba con una potencia «bárbara» común y que con sus propias fuerzas nunca podría resistir a Roma, como durante tanto tiempo había resistido contra las fuerzas de otras ciudades italianas nativas. Tarento comprendió que, evidentemente, necesitaba ayuda externa.

Era la época en que dominaban el Este los generales macedonios, con avanzadas técnicas militares, como la falange y los cuerpos de elefantes. El más cercano de ellos era Pirro, que gobernaba el Epiro, una parte de la Grecia noroccidental que estaba del otro lado del estrecho que forma el talón de la bota italiana. Tarento pidió ayuda a Pirro en 281 a. C.

Pirro, que era un fogoso aventurero, respondió gustosamente y marchó a Italia con 25.000 hombres y cierto número de elefantes. Dos veces, en 280 a. C. y en 279 antes de Cristo, Pirro combatió con los romanos. Dos veces sus elefantes irrumpieron en las filas romanas y dos veces la falange logró rechazarlos por su mero peso. Dos veces los romanos se vieron obligados a abandonar, derrotados, el campo de batalla, pero después

---

* Sobre la historia primitiva de Roma, véase mi libro *The Roman Republic*, Houghton Mifflin, 1966 [versión española, *La república romana*, Alianza Editorial].

de haber causado tales bajas a Pirro que éste se percató, pesarosamente, que si no ponía fin a la guerra pronto, se quedaría sin ejército. (De aquí proviene la frase «victoria pírrica».) Pero los romanos no pensaban hacer la paz mientras quedase en Italia un solo soldado de Pirro, y éste, cansado de luchar con los romanos, respondió gustosamente a un llamado de ayuda que le vino de Sicilia.

Allí, Siracusa y otras ciudades griegas se hallaban en gran desorden por la acción de los mamertinos, y Cartago, aprovechando como siempre las dificultades de los griegos, había avanzado hacia el Este y puesto sitio nuevamente a Siracusa. Pirro desembarcó en la costa oriental de Sicilia, marchó hacia Siracusa y fácilmente rompió el cerco cartaginés.

Se inició entonces la primera y única guerra de la historia entre cartagineses y macedonios. En cierto modo, fue el segundo episodio de la lucha de Canaán contra Macedonia, si consideramos el primero el asedio de Tiro por Alejandro. En tierra, Pirro obtuvo la supremacía fácilmente, pues los cartagineses no eran en modo alguno como los romanos. Pirro avanzó hacia el Oeste hasta Lilibeo, y en 277 a. C. sólo esta fortaleza del extremo oeste de la isla quedaba en manos de los cartagineses.

Pero Lilibeo era tan inexpugnable como Tiro, a menos que Pirro, como Alejandro, idease la manera de lograr el dominio del mar. Pirro pensó que con barcos podía repetir la estratagema de Agatocles de desembarcar en África, y con un ejército más fuerte. Pero ¿dónde iba a obtener los barcos? Las ciudades sicilianas los tenían, pero se habían cansado de los duros métodos de Pirro y se contentaban con haber rechazado a los cartagineses. Se negaron a seguir ayudando a Pirro, y éste abandonó Sicilia diciendo (según ciertos relatos), con un suspiro: « ¡Qué campo de batalla dejo a los romanos y los cartagineses! » Pirro volvió al sur de Italia, donde se lo necesitaba angustiosamente. En su ausencia, los romanos habían aparecido nuevamente en el Sur y Tarento pidió nuevamente ayuda a Pirro, con carácter de urgencia.

En 275 a. C., Pirro combatió con los romanos por última vez. Pero ahora los romanos habían ideado métodos para enfrentarse con los elefantes y la falange. La fatigada falange de Pirro apenas pudo resistir a las tenaces legiones romanas, y el general macedonio también ya tenía lo suficiente. Volvió a Grecia, y su partida selló el destino de las ciudades griegas de Italia. En 270 a. C., toda la Italia del sur sin excepción se hallaba bajo la dominación de Roma.

Pero quedaba Sicilia. Su problema seguía siendo los mamertinos. Cierto joven llamado Hierón, que se había distinguido luchando bajo Pirro contra los cartagineses, fue puesto al mando de las fuerzas siracusanas. En 270 antes de Cristo derrotó a los mamertinos en Centuripas, a unos cien kilómetros al sudoeste de Messana, y luego nuevamente en Milas, a treinta kilómetros al oeste de la ciudad.

Los mamertinos huyeron a Messana. Hierón podía haberla tomado de no ser por los cartagineses, quienes, como siempre, trataron de debilitar a Siracusa. Hierón se vio obligado a volver a Siracusa para interceptarlos. Los agradecidos siracusanos hicieron de Hierón su rey, y reinó con el nombre de Hierón II (pues un Hierón anterior había gobernado la ciudad poco después de la batalla de Himera, dos siglos antes).

En 265 a. C. Hierón había consolidado su poder y, contando con que Cartago permanecería en calma por un tiempo, llevó un gran ejército bien equipado y se dispuso a marchar sobre Messana. Los mamertinos sabían que necesitaban ayuda, pero se hallaban en un dilema. ¿A quién debían apelar? Algunos de ellos querían recurrir a los que nunca negaban su ayuda contra Siracusa, a los cartagineses. Pero otros, que

recordaban los orígenes italianos de los mamertinos, preferían llamar en su ayuda a la nueva gran potencia de Italia, Roma.

Finalmente, ambas facciones ganaron. Los mamertinos enviaron llamados a las dos potencias, y ambas respondieron. Las fuerzas cartaginesas entraron en Messana para reforzar sus defensas contra los siracusanos, mientras un ejército de los romanos (que abandonaban Italia por primera vez en su historia) desembarcaba al sur de Messana. Hierón halló que los romanos eran el enemigo más cercano y les ofreció batalla.

Los romanos recogieron el reto y pronto dieron al ejército siracusano un golpe como no habían sufrido nunca a manos de los cartagineses. Hierón no quiso hacer una segunda prueba. Reconoció de inmediato que era inútil luchar con los romanos y, en la imposibilidad de derrotarlos, se unió a ellos.

En 263 a. C. hizo un tratado con Roma. Durante el resto de su largo reinado (que duró cincuenta y cinco años) dejó que los romanos y los cartagineses luchasen entre sí. Siguió siendo un leal aliado de Roma, y bajo él Siracusa tuvo su último período de razonable independencia.

10. Canaán contra Roma

Amílcar Barca

Las guerras entre Roma y Cartago que los romanos llamaron «guerras Púnicas», por el nombre que daban a los cartagineses en su lengua, fueron las mayores que se libraron hasta entonces. La lucha quizá no fue tan espectacular como las gigantescas marchas y victorias de Alejandro Magno, pero ni Roma ni Cartago eran naciones endebles como había sido Persia. Las batallas entre Roma y Cartago tampoco podían compararse con las pomposas danzas entre los ejércitos macedónicos del Este. La guerra en Occidente fue sangrienta, ambas partes estaban dispuestas a vencer o morir, y jamás Roma, y raramente Cartago, estuvo dispuesta a hacer la paz después de uno o dos reveses, como hacían siempre los macedonios.

Cartago era, con mucho, la ciudad más rica y grande. En su apogeo tuvo una población de 700.000 habitantes, y en el siglo III a. C. quizá fue la mayor ciudad de todo el mundo mediterráneo. Además, poseía una flota, de la que Roma carecía.

Por otro lado, los aliados cartagineses estaban siempre inquietos y resentidos, por lo que Cartago nunca pudo llevar adelante con seguridad una guerra cerca de sus fronteras, mientras que la dominación romana era firme como una roca. Cartago combatía principalmente con mercenarios, que podían volverse peligrosos si no se les pagaba; en cambio, Roma luchaba con soldados que eran ciudadanos y no combatían por una paga.

Los cartagineses experimentaron tempranamente la calidad de los soldados romanos. En 264 a. C., después de derrotar a Hierón, los romanos se volvieron contra los cartagineses que ocupaban Messana y los expulsaron de ésta. Así comenzó la Primera Guerra Púnica. Durante un tiempo la situación fue oscilante, pero luego los romanos adquirieron gradualmente mayor potencia y empezaron a triunfar. Los cartagineses se percataron sombríamente que ahora combatían contra un enemigo mucho más fuerte que las tropas siracusanas con las que habían guerreado durante tanto tiempo y hasta más peligroso que Pirro.

Aun así los cartagineses quizá pensaron que no tenían nada que temer por las derrotas locales en Sicilia. A fin de cuentas, ya habían sido derrotadas a menudo en el pasado, sin que nadie lograse expulsarlos totalmente de la isla, pues ellos dominaban el mar.

Pero también los romanos comprendieron esto. Utilizaron carpinteros de barcos griegos, aprendieron a fabricarlos y a luchar en ellos. En 260 a. C. se habían convertido —en sólo cuatro años desde que comenzaron— en una potencia naval a la medida de los cartagineses. Para asombro de éstos, los romanos comenzaron a obtener victorias en el mar, y Cartago se vio obligada a reconocer que se le presentaba un nuevo peligro.

Los romanos hicieron más aún. Con barcos a su disposición podían repetir la táctica de Agatocles en circunstancias mucho más favorables. No necesitaban escabullirse de puertos bloqueados ni actuar con una cantidad inadecuada de barcos y hombres.

Enviaron una gran flota de 330 barcos a Sicilia y luego a África, donde desembarcó en 256 a. C, después de derrotar a una flota cartaginesa que había tratado de detenerla.

La fuerza expedicionaria en África, bajo el mando del general romano Marco Atilio Régulo, se dispuso a hacer lo que las fuerzas mucho menores de Agatocles no habían conseguido hacer: tomar Cartago.

Al parecer no hallaría muchos inconvenientes. La incursión de Agatocles de sesenta años antes no había enseñado nada a los cartagineses. Cartago se hallaba aún casi indefensa, rodeada de ricos suburbios habitados por gente totalmente ajena a las actividades militares y que ante la proximidad de los endurecidos romanos no podía hacer otra cosa que rendirse, con la esperanza de salvar sus propiedades, o al menos sus vidas. Temblorosa y llena de pánico, la ciudad misma fue asediada, y se dispuso a rendirse.

Los cartagineses preguntaron a Régulo sobre los términos de la rendición y éste, seguro del éxito, exigió términos durísimos. Cartago no sólo debía entregar Sicilia a los romanos, sino también todas las otras islas del Mediterráneo. Debía, asimismo, entregar su flota y pagar una enorme indemnización. La más catastrófica derrota no podía dar origen a términos más duros, por lo que Cartago decidió luchar. A fin de cuentas, sus habitantes eran cananeos, y por una larga tradición los cananeos luchaban hasta el último hombre cuando realmente se los obligaba a ello, y Régulo los estaba obligando.

Quiso la suerte que *se* hallase en la ciudad un mercenario llamado Jantipo. Era de origen espartano y, aunque ya había transcurrido siglo y medio desde que Esparta dominase a Grecia, la tradición militar sobrevivía entre sus descendientes. Se ofreció para conducir a las fuerzas cartaginesas, afirmando enfáticamente que los romanos se hallaban mal dirigidos y ganaban sólo porque los cartagineses no habían combatido realmente.

Los dirigentes cartagineses se mostraron muy dispuestos a dejar actuar al espartano. Jantipo reunió todos los mercenarios que pudo y todos los elefantes que había en la ciudad. (Los cartagineses usaban elefantes originarios del norte de África, una especie pequeña ahora extinguida.) Estaba decidido a actuar con una audacia que hasta entonces sólo habían mostrado los romanos.

Jantipo atacó repentinamente. Los romanos, que sólo esperaban la rendición, fueron cogidos totalmente por sorpresa. Peor aún, resultó que Jantipo tenía razón: Régulo no era un general capaz. El ejército romano, superado en número y en capacidad de conducción, quedó casi destruido y Régulo tomado prisionero. Fue el mayor desastre terrestre que sufrieron los romanos en esa guerra y Cartago se salvó. La guerra volvió a Sicilia, donde Cartago combatió con Roma por tierra y por mar, resistiendo con tenacidad cananea en todos los puntos, pero cediendo lentamente ante la tenacidad romana, que era por lo menos igual.

Pero en definitiva Cartago no hubiese podido resistir tanto como resistió si no hubiera surgido un jefe de mayor capacidad que Jantipo y que era también un cartaginés nativo, no un mercenario. Se llamaba Amílcar, nombre que aparece varias veces en la historia de Cartago. Este Amílcar, el más grande de todos ellos, es distinguido de los demás mediante el sobrenombre de Barca, que quizá sea un verdadero apellido o quizá un apodo, pues significa «rayo», y Amílcar era notable por la velocidad y el vigor de sus ataques.

La suprema desgracia de Cartago fue que Amílcar Barca naciese demasiado tarde. Sólo era un niño de seis años cuando empezó la Primera Guerra Púnica. Cuando tuvo

edad suficiente para demostrar su capacidad y ser colocado al mando de las fuerzas cartaginesas, en 247 antes de Cristo (aun entonces, Amílcar sólo tenía poco más de veinte años), la guerra estaba casi perdida para Cartago. En Sicilia sólo quedaban en manos de los cartagineses Lilibeo y Drepano, a veinticinco kilómetros de distancia una de otra, sobre la costa del lejano oeste de la isla.

Para apartar la atención de los romanos de esos puntos, Amílcar Barca efectuó un desembarco en la costa norte de Sicilia, en una región montañosa cercana a Panormo, que convirtió en centro de hábiles incursiones guerrilleras que distrajeron a los romanos. Durante años rechazó todos los intentos que hicieron los romanos para desalojarlo de allí. En este solo hombre Roma halló un enemigo mayor y más pertinaz que en todos los demás cartagineses juntos.

Pero Amílcar no podía estar en todas partes. Los romanos, que ya habían perdido varias flotas en el mar, por la acción de los cartagineses o por las tormentas —que también habían destruido varias flotas cartaginesas—, hicieron un último esfuerzo. Construyeron otra flota y, en 241 a. C., frente al extremo occidental de Sicilia, lograron derrotar una vez más a la flota cartaginesa. Finalmente, Cartago se desalentó y cedió.

El problema era que la guerra duraba ya desde hacía un cuarto de siglo, y Cartago, con su comercio arruinado, se estaba empobreciendo. Roma, nación agrícola con escaso o ningún comercio allende los mares, podía seguir luchando en Sicilia y en el mar indefinidamente, pero no así Cartago. Los mercaderes cartagineses decidieron dar término a sus pérdidas y pedir condiciones para la paz, aunque Amílcar Barca no había sido derrotado en Sicilia.

Por los términos de la paz, Cartago cedía toda Sicilia a Roma. Hasta cedía las ciudades fortificadas de Lilibeo y Drepano, que Roma no había podido conquistar, y las fortalezas montañosas de las que nunca habían sido expulsadas las guerrillas de Amílcar. Así, finalmente, los romanos consiguieron lo que ningún griego —ni Dionisio, ni Agatocles, ni Pirro— había logrado: expulsaron completamente a los cartagineses de Sicilia para siempre.

Para Cartago, la Primera Guerra Púnica fue un desastre por una razón más importante que la pérdida de Sicilia: había dejado a Cartago en la bancarrota. El tesoro estaba vacío, el dinero que pudo reunir tuvo que ser entregado a los vencedores romanos y se vio imposibilitada de pagar a los mercenarios que habían luchado por ella tanto tiempo y tan eficientemente.

Los mercenarios podían haber esperado para recibir su paga si Amílcar hubiera seguido al frente de ellos, pues confiaban en el joven general y éste había prometido cuidar de ellos. Pero los mercaderes que gobernaban Cartago desconfiaban de Amílcar por la misma brillantez que había mostrado. Temían que se apoderase del gobierno y diese fin a su propia dominación corrupta y totalmente egoísta. Por ello le quitaron el mando.

Ante esto, los mercenarios, sospechando que nunca obtendrían su dinero de los mercaderes, se rebelaron y se dispusieron a adueñarse por la fuerza de lo que consideraban que se les debía. Asolaron el campo, ocuparon las ciudades costeras cercanas de Utica e Hipona, que estaban al oeste de Cartago, y en 239 a. C. prácticamente pusieron sitio a la misma Cartago.

Los príncipes mercaderes, seguros de que ceder ante los mercenarios en ese momento ocasionaría una inevitable e indiscriminada matanza, se inclinaron ante lo inevitable y decidieron que hasta Amílcar Barca era un mal menor. Así, lo repusieron en su cargo.

Pero la reconciliación era ya imposible. Las cosas habían ido demasiado lejos y Amílcar tuvo que derrotar a los mercenarios para que Cartago siguiese existiendo. Lo hizo con su característica energía y brillantez.

Un río separaba a Cartago del cuerpo principal de los mercenarios sitiadores. En ciertas condiciones atmosféricas, era posible atravesar el río. Amílcar aprovechó el momento apropiado y, con todos los hombres que pudo reunir, unos 10.000, más 70 elefantes, vadeó el río y sorprendió a los desprevenidos mercenarios por la retaguardia. En una segunda batalla fingió retirarse, indujo a los mercenarios a avanzar y los atrapó por el flanco con las mismas tropas que parecían en huida. Los rebeldes que quedaron fueron acorralados en Tunes, un suburbio de Cartago (que con el tiempo llegaría a convertirse en la Túnez moderna). Allí Amílcar los rodeó y, finalmente, los aniquiló. En un año, Cartago había capeado el temporal.

Es decir, la ciudad se había recuperado, pero no todos sus dominios. Roma había observado con torvo interés cómo la guerra civil debilitaba aún más a su enemiga. En la isla de Cerdeña, que había sido cartaginesa durante tres siglos, el ejército de ocupación, también mercenario, se había unido a la revuelta. Victorioso Amílcar en África, parecía evidente que llevaría sus tropas a Cerdeña y la limpiaría también de rebeldes. Nerviosamente, los amotinados de Cerdeña buscaron protección en Roma, que era lo que estaba esperando ésta. Como Cartago, Roma se complacía en llevar a cabo sus acciones agresivas con el pretexto de ayudar a algún lastimoso suplicante.

Usando el llamado como excusa, Roma inmediatamente exigió que Cartago cediese no sólo Cerdeña, sino también la isla de Córcega, al norte, además del pago de una indemnización adicional. Los espantados cartagineses eran impotentes. Un cuarto de siglo de guerra, seguida por la devastación que causaron las depredaciones de los mercenarios, les imposibilitaba para ofrecer siquiera la menor resistencia. Tuvieron que ceder.

Debe de haber sido en ese momento cuando Amílcar concibió su odio total hacia Roma. Lo que los romanos habían hecho y ganado en la Primera Guerra Púnica lo habían hecho y ganado en combate abierto, y habían recibido golpes tanto como los habían dado. Pero lo que hacían ahora, al arrancar dos islas a un enemigo abatido e impotente, sin la menor sombra de justificación, sólo porque tenían poder para hacerlo, era cobarde y despreciable. Amílcar decidió dedicar su vida a lograr la venganza.

Pero ¿cómo? Sólo quedaba un dominio cartaginés fuera del norte de África: la costa meridional de España. Amílcar tomó la determinación de marcharse a España. Allí hallaría robustas tribus que darían combatientes de primera clase y que podían llegar a Roma por tierra, de modo que no necesitaban la armada que Cartago ya no tenía. Mejor aún, allí estaría lejos de Cartago y sus príncipes mercaderes apaciguadores, para quienes su bolsa de dinero era más importante que la ciudad.

No le sería difícil ir allí. Los gobernantes cartagineses se sentirían muy gustosos de desembarazarse de él y enviarlo lejos, con la esperanza de que muriese antes de que pudiera retornar. En cuanto a Roma, ésta sabía que España era rica en minerales, y Amílcar podía marcharse a ésta con el pretexto de explotar las minas para pagar la indemnización. Los gobernantes romanos no eran en modo alguno ajenos a la codicia.

En 235 a. C., pues, Amílcar se dirigió a España y estableció su base en Gades (Cádiz), lo más lejos posible, para empezar, de la molesta atención de Cartago o de Roma. Con él marchó Asdrúbal, su yerno. Y con él fue también su hijo de nueve años Aníbal. Este también era un nombre común en la historia cartaginesa, pero no había habido ni habría

nunca otro Aníbal como Aníbal Barca. En un principio no había sido intención de Amílcar llevar consigo al niño, pero éste le había suplicado ardientemente que lo llevase. Amílcar finalmente accedió, a condición de que el niño jurase enemistad eterna hacia Roma. (El mismo Aníbal contó esto, muchos años más tarde.)

Amílcar no hizo ningún intento de conquistar inmediatamente las tribus españolas. Esto lo habría arrastrado a interminables luchas y, quizá, a un posible fracaso. En cambio se los conquistó adoptando sus costumbres y casándose con una española. Se hizo uno de ellos. Cuando tenía que combatir con una tribu, después de un combate lo más breve posible, ofrecía generosos acuerdos, para convertir inmediatamente en aliados a los que había derrotado. Como resultado de esto, finalmente extendió su influencia hasta Lucentum, la moderna Alicante, situada a unos 650 kilómetros al este, a lo largo de la costa, desde su base original de Gades. Esto le llevó casi ocho años, y en 228 a. C. murió en el curso de unas operaciones militares, al parecer mientras cruzaba un río.

El hijo de Amílcar

Amílcar sólo tenía cuarenta y dos años en el momento de su muerte, y esta prematura muerte quizá habría puesto fin a todos sus planes de largo alcance de no haberlos retomado su yerno Asdrúbal, que siguió sus pasos. Asdrúbal continuó con la política de granjearse la amistad de las tribus españolas y de luchar con ellas lo menos posible y lo más suavemente posible. Alrededor de 225 a. C., fundó una nueva ciudad sobre la costa española, a unos 80 kilómetros al sur de Lucentum. Era una «nueva Cartago», y recibió un nombre que los romanos convirtieron en «Cartagena» *.

Pero por entonces la expansión de los dominios cartagineses en España había atraído la atención de dos ciudades griegas de las costas septentrionales del Mediterráneo. Una de ellas era Massalia y la otra Sagunto, ubicada esta última sobre la costa española, a sólo 250 kilómetros al norte de Cartagena.

Ambas ciudades eran rivales económicas de Cartago y ambas estaban habituadas a considerarla como un enemigo tradicional. Una y otra se habían aliado con Roma cuando se hizo evidente que ésta era la mayor potencia de Occidente, y ahora ambas alertaron a los romanos sobre el peligroso avance cartaginés en España.

En 226 a. C. fue enviada a España una misión romana, y Asdrúbal juzgó prudente llegar a un acuerdo que limitaba su expansión. Aceptó fijar en el río Ibero, el Ebro moderno, el límite septentrional del poder cartaginés. Esto no era totalmente satisfactorio para Sagunto, pues el río Ibero corre hacia el Este, al Mediterráneo, a unos 130 kilómetros al norte de esta ciudad. El acuerdo significaba que habría un enclave griego rodeado por el poder cartaginés. Pero, puesto que el acuerdo satisfacía a Roma, no había nada que Sagunto pudiera hacer.

Más tarde, en 221 a. C., Asdrúbal, el digno sucesor de Amílcar, fue muerto por un asesino. Otra vez el plan cartaginés pareció destinado a la destrucción, pero nuevamente surgió un digno sucesor, y más que digno aún. Este era el hijo de Amílcar Barca, Aníbal, que por entonces había pasado dieciocho años en España y tenía veintiséis de edad.

---

* La ciudad aún existe con el nombre de Cartagena, que conserva el recuerdo de la desaparecida Cartago. También hay otra ciudad del mismo nombre en el Nuevo Mundo, sobre la costa del Caribe, de Colombia.

Amílcar Barca habría sido el más grande guerrero cartaginés de la historia si no hubiese existido su hijo, pues Aníbal lo superó totalmente. Se trataba de un padre notable seguido por un hijo más notable aún, combinación sin par en la historia con excepción del caso de Filipo de Macedonia y su hijo Alejandro Magno.

Aníbal demostró ser el más grande conductor de ejércitos que haya dado cualquiera de los pueblos que podían hacer remontar sus antepasados a la vieja tierra de Canaán. No era sólo que fuese un genio militar de primer orden —pocos en la historia lo igualaron y ninguno, quizá, lo superó (ni siquiera Alejandro)—, sino que tenía también el don de conquistar el amor de sus soldados. Vestía y vivía como un oficial corriente; era valiente en la batalla, afrontaba fríamente los peligros y era capaz de resistir sin quejarse todas las privaciones de una dura campaña. Formó un ejército con los grupos más dispares, unidos solamente por su liderazgo, los condujo durante años a través de victorias y penurias, y nunca, en ningún momento, hubo el más leve asomo de rebelión contra él. Parecía como si sus hombres supiesen que sin él serían destruidos inmediatamente y que sólo a su sombra había seguridad; por ello lo siguieron a donde quiso llevarlos. Quizá el mejor testimonio de la grandeza de Aníbal sea el hecho de que quienes más hablaron de él fueron los romanos, a quienes estuvo a punto de destruir, y aunque fue el más terrible enemigo que tuvo nunca Roma, los historiadores romanos lo elogiaron.

Tan pronto como Aníbal asumió el mando, en 221 antes de Cristo, a la muerte de Asdrúbal —con la aclamación unánime y entusiasta del ejército, que ya conocía sus cualidades—, comenzó a organizar sus fuerzas para convertirlas en una magnífica unidad de combate. Trabajaba con un buen material. La infantería española era firme como una roca. Tenía honderos de las islas Baleares que daban en el blanco con bolas de piedra o plomo con más precisión que los arqueros. Tenía jinetes númidas del norte de África que quizá hayan constituido la mejor caballería de la época. Tenía también cierta cantidad de elefantes norteafricanos, de lo que es ahora Marruecos; no eran mucho más grandes que los caballos y sólo pesaban la tercera parte de los gigantescos elefantes del África tropical.

Al año, Aníbal completó con rápidos golpes la tarea de someter a la dominación cartaginesa prácticamente todo el territorio español situado al sur del Ibero, y se dispuso entonces a poner en práctica el plan concebido por Amílcar y continuado por Asdrúbal. Este consistía, nada más y nada menos, que en llevar un ejército de España hacia el Este, y atravesar la Galia y los Alpes hasta la misma Italia, para combatir a los romanos en su propio territorio.

La tarea involucraba enormes problemas. ¿Podría realmente tomar desprevenidos a los romanos? Aníbal estaba seguro de que podía, pues los romanos estaban atareados luchando con las tribus galas del porte de Italia y no prestaban mucha atención a la distante España. ¿Podría aprovisionar a sus tropas durante la larga marcha? Aníbal estaba seguro también de esto. Podía vivir de las tierras que atravesara y, para compensar las inevitables pérdidas de hombres por muerte y deserción, probablemente podría obtener refuerzos de las tribus galas que había entre España e Italia, tribus que tenían motivos para temer y odiar a Roma.

Lo que más temores despertaba en Aníbal era la misma Cartago. No cabía esperar que los apaciguadores príncipes mercaderes que la gobernaban asumiesen el riesgo de declarar la guerra a Roma. Sería necesario obligarlos, haciendo que Roma tomase la iniciativa. Tenía a su alcance el medio de lograrlo, pues la ciudad de Sagunto estaba enclavada en medio de la costa cartaginesa de España.

En 219 a. C, Aníbal rompió deliberadamente el tratado con Roma y puso sitio a Sagunto, exigiendo su rendición. Los habitantes de Sagunto inmediatamente apelaron a Roma, que envió una misión para recordar a Aníbal que la ciudad era su aliada. Aníbal trató a los romanos de modo deliberadamente insultante y les dijo que llevaran sus quejas a Cartago, con la esperanza de que los coléricos romanos declarasen la guerra inmediatamente. Mas para disgusto de Aníbal, los romanos se dirigieron a Cartago.

Aníbal envió rápidamente mensajeros a Cartago que se adelantaron a los romanos, para fortalecer el partido belicista de la ciudad y postergar la conciliación todo lo posible. Mientras los romanos llevaban airadas conversaciones en Cartago, Sagunto cayó finalmente, después de un asedio de ocho meses. Hubo los habituales saqueos y matanzas, que Aníbal no trató de frenar, pues su intención era encolerizar a los romanos. También confiscó el tesoro de la ciudad y lo envió a Cartago, para utilizarlo como soborno y contribuir a crear sentimientos belicistas.

El resultado fue que, cuando los enviados romanos finalmente declararon que Cartago debía elegir entre la paz y la guerra, los cartagineses, enardecidos por la victoria y satisfechos por el oro, respondieron a los romanos que eligiesen ellos lo que quisiesen. La elección recayó en la guerra y en 218 a. C. comenzó la Segunda Guerra Púnica. A fines de mayo de ese año, Aníbal abandonó Cartagena con 90.000 soldados de infantería, 12.000 de caballería y una cantidad de elefantes. Dejó a su hermano, Asdrúbal Barca, como gobernador de España, con 15.000 hombres. Aníbal avanzó rápidamente, combatiendo a las tribus hostiles que encontró entre España e Italia del modo más cauteloso posible. Cuando sus hombres se dieron cuenta de que los estaba conduciendo a Italia, algunos se acobardaron, por lo que permitió marcharse a los temerosos, para que su cobardía no contagiase al resto del ejército.

Llegó al río Ródano y lo cruzó antes de que los romanos tuviesen la seguridad de que había abandonado España. Un contingente romano enviado a España desembarcó en la desembocadura del Ródano, y su general se espantó al descubrir que Aníbal estaba directamente al norte, a 560 kilómetros al este del Ibero y a punto de cruzar los Alpes. Volvió rápidamente a Italia.

Aníbal aceleró la marcha. Tenía que atravesar los Alpes y entrar en Italia antes de que la llegada del invierno hiciera absolutamente imposible cruzar las montañas. Si el invierno lo sorprendía al norte de los Alpes, los romanos tendrían tiempo para prepararse y, quizá, para acorralarlo.

Marchó hacia el Norte a lo largo del Ródano para evitar trabar combate con el ejército romano del Sur, pues no quería librar batallas con los romanos hasta que su ejército estuviera en Italia. Luego se dirigió hacia el Este, llegó a los Alpes y tardó quince días en atravesar las montañas. En camino tuvo que librar dos batallas con las tribus de la región (y ganó ambas, pero con pérdidas considerables). Tuvo también que soportar las penurias del frío cada vez más intenso, de la nieve que estaba comenzando a caer y de los peligrosos senderos y declives.

Pero lo consiguió. Cinco meses después de abandonar Cartagena, estaba a fines de octubre en las llanuras del norte de Italia.

Pero la suya no parecía una posición envidiable. Se las arregló para llevar todos sus elefantes a través de la Galia y por las montañas, pero perdió dos tercios de sus hombres y la mayoría de sus caballos. Se encontraba ahora en Italia con sólo 26.000 hombres, frente a los romanos que podían poner en el campo de batalla un número de hombres muchas veces mayor. Peor aún, Aníbal estaba sin bases, sin líneas de comunicaciones y

sin reservas. Parecía indudable que Aníbal estaba cometiendo un deliberado suicidio, y que los romanos sólo necesitaban encontrarlo y aplastarlo.

Aníbal en la guerra

Fue lo que trataron de hacer los romanos. Fue enviado un ejército romano al Norte para destruirlo. La primera escaramuza se produce cerca del río Ticino, que desagua en el Po desde el Norte. Los romanos, demasiado confiados y sin prever ningún inconveniente, atacaron despreocupadamente y quedaron asombrados de verse rechazados al otro lado del Po. Se rehicieron en el río Trebia, que desagua en el Po desde el Sur.

Un poco más prudentes ahora, los romanos esperaron la llegada de refuerzos. Tranquilamente, casi despreciativamente, Aníbal se apartó y dejó que llegasen los refuerzos. Cuanto más romanos hubiera, mayor sería la victoria. Las tropas romanas con los refuerzos estaban ahora al este del Trebia, mientras que Aníbal estaba al oeste.

Aníbal envió un destacamento de caballería al otro lado del río con instrucciones de comportarse como si fuese un grupo aislado de jinetes que ignoraba la presencia de los romanos. Así lo hicieron, y, cuando los romanos atacaron, huyeron con simulado pánico atravesando de vuelta el río. A la sazón había llegado el invierno y las aguas estaban heladas, pero los romanos, ansiosos de dar cuenta de los jinetes, se lanzaron al agua detrás de ellos.

Pero una cosa era enviar unos pocos caballos a chapotear a través de un río helado y otra muy diferente lanzar a él a miles de infantes. Los romanos salieron del agua empapados y congelados; los escasos jinetes a los que perseguían desaparecieron a derecha y a izquierda. E inesperadamente, se encontraron frente a ellos a todo el ejército de Aníbal, seco y confiado. .

Atrapados en una situación desventajosa, los romanos, sin embargo, lucharon heroicamente, pero Aníbal utilizó magistralmente su caballería y sus elefantes, lanzándolos al combate exactamente donde y cuando podía hacer más daño. La mayor parte del ejército romano fue destruido, y los galos de la región, al enterarse de la magnífica victoria y presintiendo su próxima venganza sobre los romanos, que muy pocos años antes los habían derrotado y habían ocupado el valle del Po, se pasaron a Aníbal.

Mientras los romanos trataban de recuperar sus fuerzas, Aníbal acampó para pasar el invierno. Luego, en la primavera de 217 a. C., condujo su ejército a través de los Apeninos, por unos 440 kilómetros, hasta las cercanías del lago Trasimeno, a sólo 160 kilómetros al norte de Roma. El período invernal y la marcha por las montañas en primavera no fueron en modo alguno fáciles. Aníbal perdió todos sus elefantes excepto uno. En un punto de la marcha, el ejército tuvo que pasar cuatro días atravesando una marisma, sin hallar suelo seco en ninguna parte. En el aumento de la pestilencia que sobrevino, el mismo Aníbal cogió una infección que le hizo perder la vista de un ojo.

En el lago Trasimeno, Aníbal observó un estrecho camino que bordeaba el lago, camino rodeado a su vez por colinas. Sabía que se había enviado un nuevo ejército romano contra él, por lo que ubicó sus hombres detrás de las colinas y esperó. El ejército romano llegó a la mañana por el estrecho camino, y una ligera bruma contribuyó a mantenerlo en la ignorancia del enemigo que lo estaba esperando. Cuando los romanos se hallaron totalmente extendidos en una larga línea estrecha por el camino,

el ejército de Aníbal cayó sobre ellos a lo largo de toda la línea y sencillamente hizo una matanza con los romanos. El ejército romano fue barrido, casi sin ninguna pérdida para Aníbal.

Ya no había ningún ejército entre Aníbal y Roma. Tal vez haya sentido la tentación de marchar directamente sobre Roma, pero si fue así, Aníbal no cedió a ella. No tenía ingenios de asedio y las murallas de Roma eran fuertes, y la voluntad romana indomable. Si se instalaba en las afueras de Roma, su ejército se esfumaría.

La única posibilidad de Aníbal era provocar el levantamiento de toda Italia contra Roma. Los italianos habían sido conquistados lentamente durante el siglo anterior y aún carecían de la ciudadanía romana. Si pensaban que los romanos estaban derrotados, podían luchar por su libertad, y Aníbal estaba dispuesto a ofrecérsela; les brindaría la autonomía, no la conquista cartaginesa.

La primera de sus victorias— la doble batalla a orillas del Po— le había proporcionado el apoyo de los galos, apenas conquistados, pero ni siquiera la segunda, la del lago Trasimeno, había instado a rebelarse a los italianos, reprimidos durante tanto tiempo. Necesitaba una tercera victoria. Por un momento pareció que los romanos no se la brindarían, pues los más juiciosos de ellos aconsejaban evitar otra batalla y dejar que Aníbal se debilitara. Era una táctica dura para un pueblo orgulloso y acostumbrado a la victoria, y pronto los romanos fueron persuadidos a hacer un nuevo intento.

Aníbal siguió avanzando hacia el sur a todo lo largo de Italia en una insultante demostración de desprecio por la potencia de Roma, y en 216 a. C. otro ejército romano, el más grande visto hasta entonces, se lanzó en su persecución. Lo alcanzó en Cannas, cerca del mar Adriático y a unos 320 kilómetros al sudeste de Roma.

El ejército romano superaba al de Aníbal casi en dos a uno —86.000 contra 50.000— y estaba ansioso de combatir. Y Aníbal, pese a su desventaja numérica, estaba deseoso de complacerlos. La infantería de Aníbal avanzó en semicírculo y, cuando los romanos atacaron, lentamente retrocedió, primero para formar una línea recta y luego un semicírculo hacia atrás.

Durante toda la maniobra los flancos del ejército de Aníbal no se movieron. Los romanos que avanzaban no se preocuparon por los flancos, aparentemente. El centro enemigo parecía estar derrumbándose, la línea al borde de una ruptura ante un nuevo avance y Aníbal a punto de ser destruido. Pero Aníbal sabía exactamente lo que estaba haciendo. Mantuvo un firme control sobre sus hombres e hizo que la línea de combate se plegase hacia atrás, hasta que los furiosos romanos se hallaron como en un saco, rodeados por tres partes por el ejército de Aníbal. Entonces, y sólo entonces, Aníbal dio la señal. Los flancos se cerraron y la caballería cartaginesa, describiendo un amplio círculo, cerró la apertura del saco para impedir que nadie escapase.

Nuevamente los romanos fueron sencillamente diezmados. La batalla de Cannas fue quizá el más brillante ejemplo en toda la historia militar de una victoria lograda sobre un gran ejército por un enemigo numéricamente inferior. Toda la diferencia estaba en el genio militar de un solo hombre, Aníbal.

Había combatido con los romanos cuatro veces: en Ticino, Trebia, Trasimeno y Cannas. Cada vez se enfrentó con un ejército romano mayor que la anterior, y cada vez obtuvo una victoria mayor que la anterior. Los romanos que fueron invencibles durante siglos antes de Aníbal y lo serían durante siglos después de él, fueron unos peleles para Aníbal, y ésta es la razón por la que algunos afirman que fue el más grande general que haya existido.

En el momento en que Aníbal ganó la batalla de Cannas, parecía a punto de triunfar todo el plan elaborado por Amílcar y tan magníficamente puesto en práctica por Aníbal. En efecto, con esa gigantesca victoria, el sistema romano en Italia empezó a derrumbarse. Algunas de las ciudades italianas empezaron a pasarse al lado de Aníbal. No muchas, pero eran algunas, y este solo hecho era para Roma una derrota moral tan grande como la derrota militar de Cannas. Peor aún, se produjo la defección de la importante ciudad costera de Capua, que Aníbal pudo usar como base segura para pasar el invierno de 216 antes de Cristo.

[Mapa X – El Mediterráneo Occidental (215 a. C.)]

Podría pensarse que, inmediatamente después de Cannas, Aníbal habría debido marchar directamente sobre Roma, pero no podía hacerlo. Las murallas romanas estaban en pie; la voluntad romana —la cual *nunca* se mostró más firme que después de esa batalla— era aún indomable, y Aníbal carecía del equipo necesario para montar un asedio.

Pero ahora tenía un puerto de mar. Lo que necesitaba era refuerzos. Necesitaba nuevos hombres, frescos, bien adiestrados y entregados a la causa cartaginesa, pues la mayoría de sus veteranos habían muerto. Tenía, sin duda, italianos que se pasaron a él y, atraídos por su genio, nunca le fallaron, pero necesitaba más. Necesitaba suministros; necesitaba ingenios de asedio. Todo ello se lo podía proporcionar Cartago.

Pero no lo hizo. Mientras Roma, después de Cannas, despiezó una voluntad y una fortaleza que la hacían digna de la victoria, Cartago mostró una mezquindad de espíritu que la hacía merecedora de la derrota. Los príncipes mercaderes que gobernaban la ciudad eran presa de una profunda desconfianza hacia Aníbal y del temor de que sus victorias lo hiciesen todopoderoso en la ciudad en detrimento de ellos. Argüían que sus victorias demostraban que no necesitaba nada, de modo que sólo era menester dejar que siguiese obteniendo nuevas victorias. Pero Aníbal sólo era el más grande general que había existido..., nada más. No era un dios, y no podía obligar a los romanos a que le presentasen batalla. Ni podía tomar sus puntos fortificados, uno tras otro, sin refuerzos.

Los romanos, que aprendieron bien la lección, nunca volvieron a combatir con Aníbal en campo abierto en Italia. Anduvieron a su alrededor, lo siguieron pisándole los talones para atacar sorpresivamente y huir, pero nunca lo atacaron de frente. En cambio empezaron a luchar en la periferia. Pese al peligro interno, Roma envió ejércitos al exterior, para someter a Siracusa (que se había pasado al bando cartaginés después de la muerte de Hierón) y para invadir España. El gobierno cartaginés, temeroso de perder las minas de plata españolas, envió refuerzos allí, no a Italia.

Durante años, Aníbal, siempre fiel a su infiel ciudad, combatió en Italia, con esperanzas cada vez menores, esperando refuerzos que nunca llegaron, esperando una quiebra de la voluntad romana que nunca se produjo, esperando una oportunidad de librar otra batalla que nunca se le presentó. En 212 a. C., Aníbal estaba en el extremo sur de Italia, donde capturó algunas ciudades griegas. En 211 a. C. hizo el gesto de marchar sobre la misma Roma y, se dice, arrojó una lanza sobre las murallas con sus propias manos. Pero sólo era un gesto; aún no podía montar un sitio, sólo podía marcharse nuevamente.

Aníbal tuvo que buscar ayuda en España, donde su hermano Asdrúbal estaba a cargo del gobierno. Si la misma Cartago no hacía nada por él, sin duda Asdrúbal lo haría. En

208 a. C., Asdrúbal, en respuesta al llamado de su hermano, decidió repetir la hazaña de Aníbal de diez años antes. Eludió a los romanos, condujo su ejército a través de España y la Galia, subió por los Alpes y descendió sobre Italia.

Finalmente Aníbal tendría refuerzos..., siempre que pudiera unirse con su hermano. Pero Aníbal estaba en el sur, mientras que Asdrúbal se hallaba en el norte de Italia. Asdrúbal envió mensajes a Aníbal, fijando un plan de marcha y un punto de reunión. Por una serie de accidentes, los mensajeros fueron capturados y los mensajes cayeron en manos de los romanos, de modo que sabían dónde iba a estar Asdrúbal, mientras que Aníbal no lo sabía, y éste fue el momento en que empezó a cambiar el curso de la guerra.

Los romanos unieron sus fuerzas, atreviéndose a dejar sin vigilancia a Aníbal, y enfrentaron a las fuerzas de Asdrúbal a orillas del río Metauro, a unos 190 kilómetros al noreste de Roma, cerca del Adriático. Asdrúbal trató de evitar la batalla, pero no pudo hallar un vado por donde atravesar el río y perdió tiempo buscándolo. Cuando finalmente halló uno, era demasiado tarde. Los romanos cayeron sobre él, que no estaba preparado, y el fin inevitable fue una completa victoria romana.

Asdrúbal murió con su ejército, y la noticia le llegó a Aníbal de horrible manera. Los romanos cortaron la cabeza de Asdrúbal, la llevaron al sur y la arrojaron al campamento de Aníbal. Aníbal debe de haber comprendido que había desaparecido su última esperanza, pero no cedió. Se retiró a la punta del pie de la bota italiana y se mantuvo allí durante cuatro años más; ni siquiera entonces los romanos osaron atacarlo directamente.

Pero había surgido un nuevo general romano, Publio Cornelio Escipión, hijo del general que había combatido con Aníbal en el río Ticino. El padre habría muerto en esa batalla si su hijo —que sólo tenía diecinueve años entonces— no lo hubiese salvado. El padre de Escipión murió en 211 a. C. combatiendo en España, y su hijo lo reemplazó. Mostrando gran talento como general, completó la conquista de España en 206 a. C., el año siguiente al de la desastrosa batalla de Asdrúbal a orillas del Metauro.

Escipión era entonces el hombre más popular de España, aunque los viejos generales y los dirigentes romanos se oponían a él, como los dirigentes cartagineses se oponían a Aníbal. Escipión recordó la hazaña de Agatocles de un siglo antes y la de Régulo de medio siglo antes, y propuso que se enviase un ejército a África.

Cuando el gobierno romano se negó a destinar un ejército a tal fin, Escipión pidió voluntarios y los tuvo por millares. En 204 a. C., zarpó para África. Una vez que llegó allí, fueron los cartagineses los que empezaron a flaquear. Al oeste de Cartago estaba la tierra de Numidia, donde se halla la moderna Argelia. Era la fuente de la mejor caballería del ejército cartaginés; su rey, Masinisa, la había conducido a España. Ahora, cuando Escipión desembarcó, Masinisa llevó a sus númidas al campamento romano.

Era evidente para Cartago que no podría resistir la alianza romano-númida y que su única esperanza estaba en el hombre de genio que había maltratado durante tanto tiempo. El gobierno cartaginés dilató las cosas todo lo posible, negociando con Escipión y hasta llegando a aceptar los términos de paz que éste ofreció, los cuales eran muy razonables. Pero mientras tanto envió a buscar a Aníbal, y éste, siempre fiel, respondió al llamado.

Apenas desembarcó Aníbal en África con su ejército, los cartagineses denunciaron los términos de paz que habían aceptado y se dispusieron a la guerra. Esperaban milagros de Aníbal y colocaron toda la carga sobre sus hombros. Aníbal la aceptó, pero hasta para él era demasiado pesada. Los 24.000 hombres que había llevado consigo eran

italianos, pues el magnífico ejército con el que había iniciado su carrera había desaparecido hacía tiempo. El mismo estaba viejo y cansado, y ahora debía enfrentarse con un general mejor que todos aquellos con los que había combatido antes. Esta vez era Escipión contra Aníbal, y la batalla final se libró el 19 de octubre de 202 a. C. en Zama, ciudad situada a unos 160 kilómetros al sudoeste de Cartago.

Aníbal disponía de ochenta elefantes, más de los que había tenido en cualquier batalla anterior, pero fueron peores que inútiles. Comenzó la batalla con una carga de elefantes, pero los romanos resistieron con firmeza e hicieron sonar trompetas, que atemorizaron a algunos de los elefantes y los hicieron retroceder sobre la propia caballería de Aníbal, sumiéndola en confusión. Los jinetes de Masinisa cargaron inmediatamente y completaron la eliminación de la muy inferior caballería cartaginesa. (Como resultado del fracaso de los elefantes en esta batalla, nunca se los volvió a usar en las guerras occidentales.)

Les tocó el turno de avanzar, entonces, a los romanos, conducidos por la mano maestra de Escipión. Las primeras líneas cartaginesas, formadas por novatos, huyeron, y sólo la tercera línea, compuesta por los hombres que habían luchado con Aníbal en Italia resistieron firmemente. Pero eran superados en número y fueron vencidos. En toda su trayectoria, Aníbal sólo perdió una batalla campal, pero esa fue la batalla de Zama, y ella anuló todas sus victorias anteriores.

Fue el fin. Cartago tuvo que rendirse incondicionalmente y la Segunda Guerra Púnica terminó. El gran plan ideado por Amílcar Barca finalizó en el fracaso, pero no por culpa de la familia Barca. Si detrás de Aníbal hubiese habido un gobierno que hubiera sabido explotar las victorias —si hubiese nacido romano, por ejemplo—, habría conquistado el mundo.

Después de Zama

Por el tratado de paz firmado en 201 a. C., el poder cartaginés desapareció para siempre. Cartago no fue barrida totalmente, como hubieran deseado algunos vengativos romanos, porque Escipión se opuso a una paz demasiado cruel, pero quedó descalabrada. El territorio cartaginés fue reducido a la región que rodeaba a la ciudad (equivalente a la mitad septentrional de la Túnez moderna). Cedió España, Numidia, su flota y sus elefantes. Tuvo que pagar una gran indemnización y admitir que su política exterior estuviese bajo el control de los romanos.

Una vez firmado el tratado, Aníbal fue hecho jefe del gobierno cartaginés. Esto fue posible gracias a Escipión. Muchos romanos querían que Aníbal les fuese entregado a su venganza, pero Escipión exigió respeto a un enemigo de genio que, al menos, siempre había combatido limpiamente, y en esto tuvo éxito por un tiempo.

Aníbal dedicó ahora todo su talento a la reconstrucción en la paz. Durante los cinco años siguientes, reorganizó las finanzas cartaginesas, aumentó la eficiencia y manejó tan bien todos los asuntos que la ciudad empezó a recuperar su prosperidad. Hasta pudo liquidar la indemnización a Roma.

Los romanos contemplaron esto con disgusto y extrema hostilidad. Pocos de ellos podían perdonar a Aníbal y lamentaron haberse dejado convencer por la nobleza de Escipión. En 196 a. C. enviaron a Cartago una misión que acusó a Aníbal de planear una nueva guerra y exigió que fuera entregado. Aníbal logró escapar al Este, donde aún había poderosos enemigos de Roma.

Mientras Roma y Cartago estaban trabadas en su épica lucha, los reinos del Este no habían intervenido seriamente. Filipo V de Macedonia había brindado alguna ayuda a Aníbal y hasta había enviado un pequeño contingente a combatir en Zama contra los romanos. Esto no bastó para ayudar a Aníbal, pero sí para granjearse el odio eterno de Roma.

Los Tolomeos de Egipto, en cambio, mantuvieron una relación amistosa con Roma. En cuanto al Imperio Seléucida, el más al este, parecía ignorar completamente la existencia de Roma y Cartago y tenía su atención fija en Asia.

En 223 a. C., mientras Aníbal todavía estaba en España, subió al trono seléucida un joven de diecinueve años que gobernó con el nombre de Antíoco III. Su ambición era recrear el imperio de Alejandro, y con tal propósito empezó a extender la dominación seléucida por Asia Menor.

En 221 a. C. murió Tolomeo III y fue sucedido por su hijo, quien reinó con el nombre de Tolomeo IV. Inmediatamente, Antíoco decidió vengarse de las victorias de Tolomeo III aprovechando la confusión que invariablemente cundía al comienzo de un nuevo reinado. Se dispuso a apoderarse de todo lo que pudiera de los dominios tolemaicos. Condujo su ejército hacia la costa mediterránea y enseguida comenzó a obtener victorias sobre las guarniciones locales. Al cabo de cuatro años, casi todo lo que había sido antaño Canaán estaba en su poder.

Pero en 217 a. C., Tolomeo IV salió del letargo y reunió un gran ejército, que tenía 73 de los pequeños elefantes del norte de África. No tuvo que ir muy lejos. En Rafia, al borde de la península del Sinaí, lo estaba esperando el ejército de Antíoco. Este no era tan grande como el de Tolomeo, pero tenía 102 de los grandes elefantes indios.

Fue la única batalla importante de la historia en que hubo elefantes asiáticos de un lado y elefantes africanos del otro. Como los elefantes de Antíoco eran más numerosos y más grandes, hicieron retroceder a los de Tolomeo. Pero esto no decidió la batalla. Los soldados de Tolomeo derrotaron a los asiáticos, y Antíoco se vio obligado a retirarse apresuradamente, dejando Judea y Fenicia en manos del primero.

Hay un libro apócrifo de la Biblia (III Macabeos) que pretende relatar lo que ocurrió inmediatamente después de la batalla. Dice el relato que Tolomeo IV, exaltado por la victoria, entró en Jerusalén para realizar un sacrificio, como había hecho su padre. Pero, a diferencia de éste, Tolomeo IV quiso entrar en el santuario del Templo, adonde sólo podía entrar el sumo sacerdote. La indignación popular y la intervención divina le impidieron hacerlo, y volvió a Alejandría jurando venganza. En Alejandría decidió encerrar a todos los judíos en el hipódromo y obligarlos a enfrentar a elefantes enloquecidos por bebidas alcohólicas. Pero la intervención divina hizo que los elefantes se volviesen contra los mismos egipcios.

No hay que tomar esto muy en serio. El Tercer Libro de los Macabeos es una obra de ficción destinada a alentar a los judíos en épocas de persecución, hablándoles de milagrosos rescates en el pasado. Tolomeo IV, cualesquiera que fuesen sus defectos, puede ser absuelto de todo intento de profanar el Templo o de efectuar una matanza masiva con los judíos alejandrinos.

Antíoco quizá fue humillado por la batalla de Rafia y el fracaso de su campaña egipcia, pero se recuperó. De 209 a 204 a. C. marchó a la cabeza de su ejército por las provincias orientales, extendiendo nuevamente su dominación hasta la India.

Si Antíoco se hubiese enterado de que, mientras él realizaba grandes marchas por vastas extensiones, Aníbal trataba de mantener su ejército en el pie de la bota italiana y Escipión completaba la conquista de España, se habría burlado de esas insignificantes acciones. Se aficionó a hacerse llamar Antíoco el Grande.

Luego se presentó, según parecía, una feliz oportunidad en el Oeste. En 203 a. C. murió Tolomeo IV y le sucedió su hijo de siete años Tolomeo V. Parecía muy probable que, bajo el gobierno de un niño, Egipto estuviese sumido en el caos. Antíoco inmediatamente hizo una alianza con Filipo V de Macedonia para atacar juntos a Egipto y dividirse el botín.

Pero mientras las dos potencias hacían planes para llevar un ataque simultáneo a Egipto, se produjo la batalla de Zama y la victoria de Roma. Entonces dirigió su siniestra mirada a través del estrecho que separa el talón de la bota italiana de Macedonia. Filipo, pensando en el contingente macedonio que había combatido del bando perdedor en Zama, abandonó los proyectos sobre Egipto y se dispuso a enfrentar a Roma, que envió un ejército a Macedonia en 200 a. C. Si Antíoco hubiese tenido sensatez en ese momento, habría acudido rápidamente en ayuda de Macedonia para hacer frente al peligro común. Pero por entonces ya estaba enredado con Egipto y no podía resignarse a abandonar la campaña.

En verdad, en 200 a. C., el mismo año en que empezó la guerra entre Roma y Macedonia, Antíoco III obtuvo una gran victoria en Panias, 40 kilómetros al norte del mar de Galilea. Así vengó la batalla de Rafia, librada diecisiete años antes y los resultados se invirtieron. Los tolomeos perdieron para siempre toda Judea y las regiones vecinas, que cayeron en poder de los seléucidas. Puesto que los judíos pensaron que Antíoco sería el vencedor y, por ende, lo apoyaron, fueron bien tratados y no sufrieron por el cambio, al menos no por entonces.

Tampoco trató Antíoco de adueñarse de todo Egipto, después de todo. Vio mejor botín en otra parte. Por el 197 a. C., los romanos habían derrotado a Filipo V de Macedonia y obligado a esta nación a aceptar una paz que la mantenía en la impotencia. Antíoco, lejos de preocuparse por el hecho de que, al no haber ayudado a Macedonia, había contribuido al crecimiento de la potencia de Roma, vio en el suceso una oportunidad para adueñarse de nuevos territorios. Comenzó a apoderarse de tierras de Asia Menor, en una serie de acciones que antes habrían significado una guerra con Macedonia.

Pero ahora los pequeños reinos de Asia Menor apelaron a la nueva gran potencia: Roma. Roma envió una advertencia a Antíoco, pero el ahora victorioso monarca que se imaginaba «Grande» no prestó la menor atención. Por el contrario, en 196 a. C. envió tropas a Europa para sacar más provecho de la debilidad macedónica.

Luego, en 195 a. C., llegó Aníbal. Obligado a abandonar Cartago por los romanos, desembarcó en Tiro y visitó la ciudad madre por primera vez en su vida. Pero sus intenciones al marcharse al Este no eran sentimentales. Su enemistad con Roma no había muerto, y fue en busca de Antíoco III, el único hombre en el mundo con ejércitos capaces (quizá) de resistir al coloso romano. Aníbal y Antíoco se encontrasen en Efeso, en la costa occidental de Asia Menor, y Aníbal propuso que, mientras Antíoco continuaba con su campaña en Grecia, se le confiase a él un ejército para llevarlo a Italia. Antíoco carecía de la visión necesaria para hacer lo que proponía Aníbal, o tal vez pensó que él se bastaba para ocuparse de los advenedizos occidentales. Entre tanto, el gobierno cartaginés, enterado de los planes de Aníbal y aterrado de las consecuencias que ponía tener para Cartago, se comportó cobardemente e informó a Roma de ellos.

Los romanos rápidamente enviaron una misión a Asia Menor para tratar de conocer las intenciones de Antíoco y Aníbal, y dirigirles una advertencia. Antíoco hizo caso omiso de la advertencia. Envió más tropas a Grecia y mandó a Aníbal a Tiro a fin de reunir una flota fenicia para ser utilizada en el Egeo.

Desgraciadamente, Antíoco, pagado de sí mismo, subestimó a los romanos. La fuerza expedicionaria que envió a Grecia era demasiado pequeña y no estaba muy bien dirigida. Fue derrotado por un ejército romano en las Termópilas, en 191 a. C, mientras Aníbal no lograba entrar en el Egeo por la resistencia que le ofrecieron barcos de la isla griega de Rodas, que temía a Antíoco más que a Roma.

Antíoco, contrariado, abandonó Grecia y se dirigió a Asia Menor, pero los romanos lo siguieron. Allí lo derrotaron nuevamente en Magnesia, el 190 a. C., aunque el ejército seléucida era superior numéricamente y tenía elefantes y camellos. Se cuenta que antes de la batalla Antíoco preguntó a Aníbal si pensaba que el ejército era suficientemente grande para los romanos, y Aníbal, observando la calidad y la distribución de las fuerzas, respondió secamente: «Ni el más codicioso romano podría pedir más.»

La batalla de Magnesia fue el fin para Antíoco y, en verdad, el fin de toda posibilidad de detener a los romanos. Antíoco aceptó los términos romanos y evacuó Asia Menor. Parte de las condiciones que pusieron los romanos era la entrega de Aníbal, pero Antíoco, en previsión de esto, tuvo la decencia de prevenir a Aníbal para que se marchase a tiempo.

Aníbal se embarcó hacia Creta y luego se trasladó a Bitinia, un reino del noroeste de Asia Menor. Bitinia solicitó sus servicios porque estaba luchando contra un reino vecino, Pérgamo, que era aliado de Roma. Con la ayuda de Aníbal, Bitinia empezó a ganar, y Pérgamo pidió a voces la ayuda romana.

Y allí fueron los romanos. Bitinia no se atrevió a imitar a Antíoco, y Aníbal comprendió que esta vez sería entregado. Corría el año 183 a. C., treinta y cinco años después de que atravesara los Alpes. Tenía sesenta y cuatro años, estaba exhausto y todo lo que le prometía el futuro era la prisión, la exhibición ante un populacho romano burlón y repugnante y, sin duda, la ejecución.

Pero ahorró a los romanos y se ahorró a sí mismo esos problemas. Se envenenó, diciendo: «Pongamos fin a la gran ansiedad de los romanos, que consideran demasiado largo y penoso esperar la muerte de un viejo aborrecido.» Así terminó uno de los hombres más notables de la historia y tal vez el más grande general que haya existido nunca.

11. Los Macabeos

La helenización

Por el tiempo de la muerte de Aníbal parecía que el pueblo de la vieja tierra de Canaán estaba en los últimos escalones de la insignificancia y en lo sucesivo no sería más que un cero a la izquierda en la historia. En el Oeste estaba aún Cartago, pero ahora sólo era una ciudad con una región circundante y se hallaba totalmente bajo la dominación de Roma. En el Este estaba Tiro, aún viva y dedicada al comercio, pero totalmente bajo la dominación de cualquier monarca que impusiese su soberanía sobre las zonas inmediatas.

Y estaba el pueblo del interior, detrás de Tiro, y que parecía menos importante aún. Y sin duda, entre las zonas más insignificantes de todas parecía estar la diminuta Judea. ¿Cuál era la situación de Judea en 183 a. C., el año en que murió Aníbal?

Los sumos sacerdotes del antiguo linaje de Sadoc, que se remontaba al Templo de Salomón, aún conservaban su condición en Jerusalén. En 219 a. C., en los últimos años de la dominación tolemaica, Onías II murió y le sucedió Simón II como sumo sacerdote. Generaciones posteriores lo llamaron Simón el Justo y recibió un elocuente homenaje en el decimoquinto capítulo del libro bíblico apócrifo del Eclesiástico. En 196 a. C., aproximadamente por la época en que Judea pasó a estar bajo la dominación seléucida, fue hecho sumo sacerdote Onías III, hijo de Simón. También a él se lo describe como hombre pío y devoto.

Judea estaba limitada a una pequeña región interior que limitaba con las costas noroccidentales del mar Muerto, cuya única ciudad de alguna importancia era Jerusalén y que tenía una superficie total de unos 1.900 kilómetros cuadrados. Al norte, donde antaño había estado Israel, se hallaba ahora Samaria, y había una mortal hostilidad entre samaritanos y judíos, que se consideraban mutuamente unos heréticos perniciosos. Al sur de Judea vivían los descendientes de los edomitas, que se habían desplazado hacia el Norte, a la tierra que había sido antaño el sur de Judá y que ahora era Idumea. Entre judíos e idumeos había también una mortal enemistad.

Claro que no había judíos sólo en Judea. Muchos de ellos colonizaron Galilea, la región situada al norte de Samaria. Había antaño formado parte de Israel, pero en aquellos días posteriores estaba tan llena de gente no judía que los judíos conservadores y reacios de la misma Judá la llamaban «Galilea de los Gentiles». Además, por supuesto, estaban los judíos de la «Diáspora» (o «Dispersión»), esto es, los que vivían fuera de los límites de la tierra que había sido antaño prometida a Abraham. Eran los judíos de la región del Tigris y el Eufrates, de Alejandría, de las ciudades griegas de Asia Menor y de otras partes.

Mas para todos los judíos, dondequiera que se encontrasen, Jerusalén y el Templo seguían siendo el centro de su conciencia nacional. Por la época de las grandes

festividades, Jerusalén se llenaba de judíos de todo el Cercano Oriente, que iban a ofrecer sus sacrificios. Por entonces, el desarrollo del judaismo era casi completo.

A la sazón ya habían sido escritos prácticamente todos los libros del Antiguo Testamento.

Pero el judaísmo se enfrentó con un nuevo peligro. Las viejas idolatrías cananeas habían desaparecido hacía tiempo, pero había una nueva y aún más atrayente idolatría. Desde los tiempos de Alejandro, los griegos habían entrado en todo el mundo mediterráneo y allí a donde iban llevaban consigo, naturalmente, la cultura griega. También era un pueblo urbano, y allí a donde iban fundaban ciudades. En Judea y las tierras circundantes, la penetración de los griegos había sido lenta bajo los tolomeos, pero cuando establecieron su dominación sobre la zona los reyes seléucidas amantes de lo griego, la tendencia se aceleró.

Y los que no eran griegos de raza (o «helenos», como los griegos se llamaban a sí mismos) se apresuraban a adoptar la cultura griega. Se helenizaban, y el proceso de la helenización se convirtió en una fuerza dominante en todo el Mediterráneo. Hasta los rudos romanos del Oeste sintieron la fuerza de la helenización; y el mismo Escipión, el vencedor de Aníbal, era uno de los líderes que adoptaron costumbres griegas.

Los judíos no fueron inmunes a ese proceso. Muchos judíos, y no sólo en ciudades griegas alejadas de Jerusalén, sino también en la misma Judea, adoptaron modos griegos de vida mientras rendían un homenaje verbal a las más antiguas y menos complejas ideas del judaísmo. Pero otros judíos, particularmente en la misma Judea, se aferraban totalmente a las viejas costumbres y aborrecían las concepciones griegas.

Estaban dadas las condiciones para una querella entre los dos tipos de judaísmo, pero nadie en 183 a. C. podía prever que esa lucha tendría alguna importancia o podía tener alguna resonancia fuera de Judea. La idea de que la lucha terminaría sacudiendo al mundo y determinaría el carácter de las religiones que dominarían al mundo durante siglos habría parecido totalmente increíble.

Sin embargo, fue lo que ocurrió, pero tan lentamente que durante siglos nadie pudo observar que estaba sucediendo algo importante.

Todo comenzó con el fracaso de Antíoco III. La gran indemnización que tuvo que pagar a los romanos después de su derrota era más de lo que había en su tesoro. Para obtener el dinero tuvo que esquilmar a los ricos templos de su tierra. Mientras trataba de llevarse el oro de uno de los templos de una provincia lejana, el campesinado en rebelión lo mató, en 187 a. C.

Fue sucedido por su hijo Seleuco IV, quien halló el Reino Seléucida debilitado por la derrota y el saqueo; las provincias del lejano Este, tan penosamente reconquistadas por Antíoco III, se separaron nuevamente, y esta vez para siempre *.

Seleuco IV trató de que su reinado fuese tranquilo y sin conmociones, pues la tierra necesitaba tiempo para recuperarse. Pero aún necesitaba dinero, como su padre, y una de las fuentes notorias de él era el Templo de Jerusalén. Seleuco envió un funcionario llamado Heliodoro para ver qué podía hacer.

El relato de lo que siguió se cuenta en el libro apócrifo de II Macabeos de una manera deformada. Lo que muy probablemente ocurrió fue que Onías III, el sumo sacerdote, se

---

* Sobre la historia posterior de estas provincias orientales, véase mi libro *El Cercano Oriente* (Alianza Editorial).

las ingenió para llegar a un acuerdo con Heliodoro. Lo sobornó generosamente, dando una parte al subordinado para no tener que dar todo al amo. Heliodoro sabía que arriesgaba el pescuezo si se descubría lo que había hecho, por lo que tramó el asesinato de Seleuco IV, en 175 a. C.

Pero Seleuco IV tenía un hermano menor, Antíoco, que había nacido en Atenas y, después de la derrota de su padre, había sido enviado como rehén a Roma. Allí el joven Antíoco fue tratado amablemente y concibió una gran admiración por Roma. También era un entusiasta de la cultura griega (quizá por su orgullo de haber nacido en Atenas). Al enterarse del asesinato de su hermano mayor, Antíoco abandonó Roma y se dirigió a Antioquía. Una vez allí, no tuvo inconvenientes para tomar el poder y comenzar a reinar con el nombre de Antíoco IV.

Antíoco IV era un hombre capaz, que soñaba con restaurar el Imperio Seléucida a la altura de la que lo había derribado la derrota ante Roma. Para ello necesitaba dinero: es siempre la vieja historia. Entre los recursos posibles, estaba el Templo de Jerusalén. Onías III, que representaba al sector más conservador del judaísmo, aún era sumo sacerdote, y Antíoco IV no simpatizaba con él. Esta antipatía tal vez fuese sencillamente resultado de la obstinada negativa del viejo a ceder dinero del Templo o quizá Antíoco había oído rumores del trato con Heliodoro. También Antíoco acaso pensase que su reino sería más fuerte si toda su gente estuviese unida en la cultura helénica, y le fastidiaba la terca adhesión de Onías III al judaísmo conservador.

Sea como fuere, cuando el hermano de Onías, Josué, abordó a Antíoco para proponerle un pacto, Antíoco lo escuchó. Josué le sugirió que lo nombrase sumo sacerdote en lugar de su hermano, a cambio de lo cual le daría una parte generosa de los fondos del Templo. (Como retribución, Josué tendría el prestigio y el poder del sumo sacerdote y —como ambos sabían— la oportunidad de enriquecerse, como podía hacerlo cualquier sumo sacerdote si era un poco inescrupuloso.) Para tentar aún más a Antíoco, Josué halagó sus conocidas simpatías progriegas ofreciéndole estimular la helenización de los judíos. A este respecto, como prueba de su sinceridad, cambió su nombre hebreo de «Josué» por el griego de «Jasón».

Antíoco aceptó el trato. Onías III fue llevado en arresto domiciliario a Antioquía, y Josué-Jasón fue hecho sumo sacerdote. Este pronto comenzó a cumplir con su parte del convenio. Antíoco obtuvo dinero y Josué-Jasón creó un gimnasio en Jerusalén. En el gimnasio, los jóvenes pudieron ejercitarse al modo griego, desnudos, y los jóvenes judíos más a la moda afluyeron a él. (Y Josué-Jasón, que controlaba financieramente el gimnasio, obtuvo buenos beneficios.)

Los judíos conservadores se horrorizaron ante el arresto de Onías y el desvalijamiento del tesoro, pero lo que más les disgustó fue el gimnasio. No sólo el desnudo público era considerado abominable, sino que los jóvenes judíos que hacían ejercicios llevaban falsos prepucios para evitar que se advirtiese que estaban circuncidados, negando así el signo mismo del judaísmo.

Pero Josué-Jasón no había hecho más que enseñar el camino a otros. Un primo suyo llamado Onías, y que adoptó el nombre griego de Menelao, ofreció a Antíoco un precio aún mayor si lo hacía sumo sacerdote. Antíoco aceptó, en 172 a. C., y en años siguientes el Templo y el pueblo fueron realmente saqueados.

Cuando las depredaciones de Onías-Menelao se hicieron evidentes, el viejo Onías III, que era considerado por todos los judíos conservadores como el único sumo sacerdote legítimo, tuvo el valor de denunciar públicamente los hechos y luego buscó refugio en

un templo griego de un suburbio de Antioquía. Pero Onías-Menelao parece haber persuadido al jefe seléucida del distrito (sobornándolo, quizá) a que induciese a Onías III a abandonar el santuario prometiéndole seguridad. Una vez que Onías III abandonó el templo, pronto fue asesinado. Esto ocurrió en 170 a. C.

Hubo un caos en Judea por la lucha de las facciones que apoyaban a uno u otro sumo sacerdote, pero le importaba poco a Antíoco IV. Le parecía que la helenización del territorio progresaba, y él había obtenido el dinero que necesitaba del Templo de Jerusalén y de otras fuentes. Pudo entonces comprar armas, pagar soldados y comenzar la recuperación del Reino Seléucida. Tenía la intención de iniciar la recuperación apoderándose de Egipto, que estaba bajo el gobierno de Tolomeo VI, persona afable pero totalmente incapaz.

Antíoco no halló ningún obstáculo. Era un buen general y tenía un buen ejército. Barriendo la débil resistencia de Tolomeo, marchó sobre Memfis, la antigua capital de los egipcios, y en 170 a. C. se proclamó rey de Egipto.

Luego llevó su ejército a la capital tolemaica de Alejandría y, en 169 a. C., le puso sitio.

Pero durante el asedio Antíoco recibió noticias de que Josué-Jasón había intentado arrancar el sumo sacerdocio a Onías-Menelao por la fuerza. Jerusalén se hallaba en un estado de guerra civil y el ejército seléucida, que se hallaba a casi 550 kilómetros al oeste de sus fronteras, no podía permitir que se amenazase a su línea de comunicaciones.

Furioso, Antíoco IV retornó apresuradamente a Judea y castigó a los díscolos judíos ocupando la ciudad, entrando al mismo Templo a la cabeza de un contingente armado y llevándose todo lo que pudo hallar de valor. Por el momento, Jerusalén estaba maltrecha y en calma. En 168 a. C., pues, Antíoco IV volvió a Egipto, donde halló tan pocos inconvenientes como antes e inició nuevamente el asedio de Alejandría. Pero ahora los tolomeos habían pedido ayuda a Roma, que pronto respondió al llamado. Fuera de las murallas de Alejandría, un embajador romano se acercó a Antíoco. Este reconoció en él a un viejo amigo y se aproximó alegremente a saludarlo; pero el viejo amigo era ahora un emisario oficial de Roma y sólo tenía una cosa que decirle: o Antíoco abandonaba Egipto o debía afrontar una guerra con Roma. Atónito, Antíoco pidió tiempo para considerar la cuestión. El romano trazó un círculo alrededor del rey y dijo: «Decídelo antes de atravesar este círculo.»

Antíoco no osó enfrentarse con Roma. Aunque tenía consigo todo su ejército y había marchado victoriosamente a través de Egipto, y aunque estaba seguro de tomar Alejandría, él y todo su ejército retrocedieron ante un solo romano desarmado. Pocas humillaciones en la historia hay tan dramáticas como ésta.

Podemos imaginar la amarga frustración de Antíoco cuando se retiró y su necesidad de desquitarse con algo o con alguien. Quizá le llegaron noticias de que los judíos estaban jubilosos por sus tribulaciones, recordando las conmociones que les causó con su manipulación del sumo sacerdocio y su saqueo del Templo.

Sea como fuere, Antíoco IV decidió que. si los romanos podían humillarlo, los judíos no lo lograrían. A su retorno a Antioquía, en 167 a. C., resolvió poner fin al judaísmo de una vez por todas. ¡Qué los judíos se hiciesen griegos y súbditos leales! No creía (probablemente) que fuese una tarea muy difícil. Hombres como Josué-Jasón y Onías-Menelao parecían muy ansiosos de ser griegos y encabezaban facciones considerables entre los judíos.

Por consiguiente, Antíoco ordenó que el Templo de Jerusalén fuese convertido en santuario griego, se erigiese en él una estatua que representaba a Zeus (con el que iba a identificarse a Yahvéh) y en su altar se realizaron sacrificios a la manera griega. Más aún, debían ser destruidos los ejemplares de las Escrituras judías, ponerse fin a las regulaciones judías concernientes a la alimentación, abolir el Sabbath y prohibirse la práctica de la circuncisión. Los judíos que aceptasen la helenización serían dejados en paz y considerados leales súbditos de Antíoco. Por primera vez en la historia se inició una persecución de carácter religioso, no nacional.

Judas Macabeo

Es imposible describir con palabras el horror que experimentaron los judíos conservadores. Cuatro siglos antes, Nabucodonosor había destruido el Templo, pero Antíoco lo había profanado con ídolos y carne de cerdo. Nabucodonosor les había arrancado su tierra, pero Antíoco les arrancaba su ideal. Los judíos conservadores se preparaban para resistir y conservar su modo de vida, aunque fuesen torturados hasta la muerte.

Tales muertes se produjeron, según los relatos posteriores de II Macabeos. Aquí se narran espantosos relatos de martirio, de judíos muriendo por torturas antes que avenirse a comer carne de cerdo. Fueron las primeras narraciones sobre mártires de la tradición judeo-cristiana, y constituyeron un precedente para relatos posteriores.

Fue durante este periodo de prueba cuando se escribieron los libros de Daniel, con sus cuentos (de ficción) sobre los peligros y sufrimientos padecidos por los judíos bajo opresores anteriores y cómo fueron superados por la fe y el valor. Los libros apócrifos de Tobías y Judit fueron escritos de manera similar. Ninguno de ellos pretendía ser pura historia (aunque así fueron considerados por las personas pías de épocas posteriores), sino como recursos para estimular y alentar la resistencia. Más tarde, la resistencia dejó de ser la aceptación pasiva de la tortura y la muerte para convertirse en resistencia activa que respondía a la violencia con la violencia.

Este nuevo giro de los sucesos comenzó con un anciano sacerdote llamado Matatías. El y sus cinco hijos abandonaron Jerusalén para retirarse a la relativa seguridad de una pequeña ciudad llamada Modín, a 27 kilómetros al noroeste, fuera de Judea propiamente dicha. Según Josefo, el tatarabuelo de Matatías se llamaba Asmón, por lo que Matatías y sus descendientes son llamados a veces los asmoneos. Por otro lado, el tercero de sus cinco hijos, que iba a llegar a ser el más famoso de ellos, era Judah Makkabi, o, en la forma castellana que deriva finalmente del griego, Judas Macabeo. Este sobrenombre quizá signifique «el Martillador», por sus victorias posteriores. De todos modos, la familia se hizo famosa con el nombre colectivo de «los macabeos», y los libros apócrifos escritos sobre los sucesos de esa época, se trate de pura historia como en el caso de I Macabeos, de historia dramatizada como en II Macabeos o de ficción como en III Macabeos, recibieron todos este nombre.

La chispa que hizo encender la rebelión judía contra los seléucidas fue provocada por un oficial de Antíoco que llegó a Modín para imponer las nuevas leyes. Pidió a Matatías, como dirigente judío eminente, que diese el buen ejemplo y efectuase un sacrificio a Zeus de la manera requerida. Matatías se negó. Cuando otro judío se ofreció para cumplir con la orden real, Matatías, en un acceso de ira, mató al judío y al oficial seléucida.

Era menester abandonar Modín rápidamente. Matatías y sus hijos se marcharon a las colinas de Gofna; a unos 20 kilómetros al noroeste de Modín. Otros judíos contrarios a las nuevas leyes se les unieron y muy pronto se formó una banda guerrillera. Matatías murió poco después de la huida a las montañas, y la banda quedó bajo el mando de Judas Macabeo.

Se unieron al estandarte de los macabeos bandos de «hassidim» (o «jasideos», en la forma derivada del griego), término que significa «los piadosos». Sólo se interesaban por la religión y eran ajenos a la política. Sólo cuando fue proscrita la práctica del judaísmo se decidieron a recurrir a la violencia, pero en esas condiciones fueron realmente luchadores fanáticos.

Las colinas de Gofna están en territorio samaritano, y el gobernador seléucida de la región, Apolonio, se desplazó rápidamente para sofocar la revuelta antes de que cobrase vigor. Debe de haber estado convencido de que podría dominar fácilmente a unos pocos rebeldes, y avanzó despreocupadamente. Los hombres de Judas les tendieron una emboscada y cayeron sobre ellos en el momento apropiado. Los soldados de Apolonio fueron dispersados, éste mismo fue muerto y Judas se adueñó de su espada para usarla en batallas posteriores.

Esta victoria alentó a los judíos conservadores de Jerusalén y puso a los prohelenizadores en dificultades. Una fuerza seléucida mayor fue enviada en 166 a. C. para ocupar Jerusalén y poner fin a la enfadosa revuelta. Nuevamente, Judas Macabeo y sus hombres les tendieron una emboscada, esta vez en Betorón, a unos veinte kilómetros al noroeste de Jerusalén. La segunda fuerza seléucida fue también atrapada y destruida.

Por entonces, las guerrillas judías se habían convertido en un problema serio, pero Antíoco IV no podía dedicarle toda su atención. Necesitaba dinero, dinero y más dinero, y debía obtenerlo en algún lugar del Este, donde las provincias se habían declarado independientes y ya no había recaudación de impuestos. Marchó, pues, hacia el Este y dejó la pequeña guerra judía a cargo de su ministro Lisias.

En 165 a. C., Lisias reunió un fuerte ejército en Emaús, a 22 kilómetros al oeste de Jerusalén y 17 al oeste de la fortaleza macabea de Mispá. Judas se mantuvo firme y permaneció a la defensiva. No podía hacer otra cosa, pues sólo tenía 3.000 hombres.

Pero el ejército seléucida no podía esperar. Si los rebeldes no salían a luchar, tenían que ser atacados. Pero su comandante cometió un error: dividió sus fuerzas y envió sólo parte de ellas a Mispá. Esto era lo que Judas estaba esperando. Dividido el enemigo, Judas lanzó sus hombres a Emaús, donde atacó y derrotó a la parte del ejército, seléucida que había permanecido allí. Hecho esto, Judas se abalanzó sobre el contingente que retornaba infructuosamente de Mispá. Por tercera vez, los seléucidas fueron derrotados.

Más tarde, en el mismo año, Lisias hizo un nuevo intento y envió tropas alrededor de Judea, al territorio amigo de Idumea, y luego se lanzó a atacar Jerusalén desde el Sur. Judas, que se mantenía alerta, lo detuvo en Betsur, a 24 kilómetros al sudoeste de Jerusalén, y lo derrotó nuevamente.

Por entonces, estas sucesivas victorias habían llevado al lado de los macabeos un número suficiente de judíos como para permitir a la guerrilla entrar en Jerusalén. Las fuerzas seléucidas y sus simpatizantes judíos helenizados aún dominaban los puntos fortificados de la ciudad, pero los macabeos lograron apoderarse del Templo.

Judas Macabeo procedió a consagrar nuevamente el Templo, purificándolo de la profanación seléucida. Eligió sacerdotes que nunca habían cedido ante las autoridades seléucidas, echó abajo el altar donde se habían sacrificado cerdos a Zeus y quemó las piedras. Se construyó un nuevo altar, se colocaron nuevos vasos sagrados y se realizaron sacrificios apropiados.

Todavía hoy los judíos celebran el aniversario de la consagración del Templo en 165 a. C.: es la fiesta de ocho días de la Hanuká («dedicación»).

Judas Macabeo en modo alguno consideraba esto como una victoria definitiva. Sólo era una etapa. Su ambición era liberar a todos los judíos de la tierra que había sido antaño Canaán. Condujo a su ejército a través del Jordán y hacia el Norte, mientras su hermano Simón, con otras tropas, seguía la ruta hacia el Norte que bordeada la costa. Ambos derrotaron contingentes seléucidas, alistaron soldados entre la población judía y establecieron puntos fortificados. En 163 a. C., el poder seléucida al sur de Damasco estaba reducido a migajas, mientras muy lejos, en lo que es ahora el Irán central, Antíoco IV moría, posiblemente de tuberculosis. Pese a que fue un hombre muy capaz, su reinado había sido un desastre. La muerte de Antíoco IV no puso fin a los intentos seléucidas de reprimir la revuelta macabea. El hijo de nueve años de Antíoco reinó con el nombre de Antíoco V, y Lisias fue su ministro. En 162 a. C., otro ejército seléucida se lanzó al ataque. Era un ejército más fuerte que los anteriores y, otra vez, atacó desde el Sur, desplazándose a través de Betsur. Llevaba consigo al menos un elefante.

En una batalla librada en Betzacaría, a ocho kilómetros al norte de Betsur, los macabeos fueron rechazados. Eleazar, uno de los hermanos de Judas, se abrió paso hasta el elefante, pensando que llevaría al rey en persona. Lo apuñaló por el abdomen y lo mató, pero el elefante agonizante cayó sobre Eleazar y lo aplastó, pero, a fin de cuentas, no llevaba al joven rey.

La acción de Eleazar no cambió el curso de la batalla y por primera vez, frente a un ejército abrumadoramente superior, Judas fue derrotado. Llevó lo que pudo salvar de sus fuerzas otra vez a las colinas de Gofna, donde él y su familia habían buscado refugio cinco años antes, mientras las fuerzas seléucidas volvían a ocupar Jerusalén. Pero esta vez se cuidaron de efectuar intento alguno de interferir en los servicios del Templo. La moderación de Lisias obedecía a perturbaciones internas. Otros generales estaban tratando de arrancar a Lisias el control del Reino, mientras Demetrio, un sobrino de Antíoco IV, hasta aspiraba al trono.

Por ello, Lisias, en un intento de poner fin a la revuelta judía que estaba minando sus fuerzas, ofreció un compromiso. Otorgaría a los judíos completa libertad religiosa si aceptaban la soberanía política seléucida. Los jasideos, a quienes sólo interesaba la religión del judaísmo, aceptaron y se retiraron de la lucha. Esto fue un triunfo para Lisias, pues sin los jasideos las fuerzas de Judas quedaban demasiado debilitadas para ofrecer resistencia y sólo podían mantenerse en las colinas de Gofna y esperar el curso de los sucesos.

En las guerras seléucidas que siguieron, Antíoco V y Lisias fueron muertos, y Demetrio I gobernó en su lugar. Pacificada Judea, trató de volver a la situación anterior y designó un sumo sacerdote que controlase el judaísmo en interés de los seléucidas, al menos en cierta medida razonable. Nombró sumo sacerdote a Eliakim. Este, que era un helenizante, prefería ser llamado por el nombre griego de Alcimo. Los jasideos lo aceptaron porque pertenecía al viejo linaje sacerdotal de Sadoc.

Ahora sólo quedaba el pequeño grupo de intransigentes de las colinas de Gofna. Demetrio podía haberlos ignorado, pero al parecer Judas trató de interesar a Roma por la situación judía, y el rey seléucida decidió eliminarlos antes de que Roma interviniera. Por ello, Demetrio envió a su general Baquides al mando de un fuerte contingente desde Jerusalén a las colinas de Gofna.

La batalla se libró a trece kilómetros al norte de Jerusalén. en 161 a. C. Judas, cuyos hombres eran menos de mil, fue arrollado. El mismo murió en el campo de batalla y los escasos sobrevivientes se dispersaron. Dos de sus hermanos, Jonatán y Simón, que se hallaban entre esos sobrevivientes, lograron sacar del campo de batalla el cuerpo de Judas y enterrarlo en la tumba familiar de Modín. Así murió el más notable guerrero judío que había existido desde el tiempo de David, ocho siglos antes.

¡Independencia!

La revuelta macabea parecía haber terminado. Unos pocos hombres se escondieron en el desierto del sur con Jonatán, el hermano menor de Judas Macabeo, pero eran impotentes y se los podía ignorar. La política moderada de Lisias y Demetrio I triunfó allí donde había fracasado la violencia de Antíoco IV.

Sin embargo, la revuelta sólo había alcanzado uno de sus fines: el Templo fue nuevamente judío, y los seléucidas no hicieron ningún intento de interferir en el ritual. Esto significaba que el judaísmo se había salvado, por lo que la resistencia de Judas, aunque había terminado en la derrota y la muerte, tuvo una importancia decisiva para la historia mundial.

Por otro lado, el peligro no había sido conjurado totalmente. El judaísmo se había salvado, pero podía morir más lentamente. El sumo sacerdote, Alcimo, hizo todo lo que pudo por helenizar la religión. Murió en 159 a. C. —fue el último sumo sacerdote que perteneció de algún modo al linaje de Sadoc—, pero la helenización siguió después de él. Y podía haber sucedido que el Reino Seléucida fuese un poder gobernante estable y eficiente. Lo que impidió la desaparición del judaísmo no fue tanto la supervivencia de los macabeos como las continuas luchas dinásticas entre los seléucidas. Demetrio I estuvo combatiendo constantemente con pretendientes rivales al trono y, cuando se vio obligado a retirar soldados de Judea, Jonatán y su pequeña banda comenzaron automáticamente a aumentar y expandirse para llenar el vacío. Demetrio hizo lo que pudo. En 157 a. C. nombró a Jonatán en el cargo de gobernador real; le permitió entrar en Jerusalén y gobernar Judea, siempre que reconociese la soberanía seléucida. Jonatán aceptó, inclinándose ante la realidad del poder y salvando las apariencias. En 152 a.C., un impostor llamado Alejandro Balas, que pretendía ser hijo de Antíoco IV, obtuvo el respaldo del Egipto Tolemaico y desencadenó una guerra civil contra Demetrio I. Jonatán, astutamente, no se comprometió durante un tiempo y dejó que los dos bandos solicitaran sus servicios. Demetrio ofreció a Jonatán el gobierno de regiones más vastas, y Balas le ofreció el sumo sacerdocio. Jonatán aceptó ambas ofertas.

En ese mismo año de 152 a. C., pues, Jonatán vistió los ropajes de sumo sacerdote y, por primera vez en nueve siglos, ofició en el Templo un individuo que no descendía del sumo sacerdote de Salomón, Sadoc.

Finalmente, cuando Jonatán tuvo que elegir, adoptó el bando de Balas. La elección parecía acertada, pues en 150 a. C., en una batalla final entre los dos pretendientes, Balas obtuvo la victoria y Demetrio fue muerto.

Pero en 147 a. C., el hijo de Demetrio llegó a Siria y atacó a Balas. Ese hijo era Demetrio II, quien, por supuesto, era hostil a los macabeos, que habían apoyado a Balas y, forzosamente, seguían apoyándolo. Un ejército fiel a Demetrio acampó en la que había sido antaño la tierra de los filisteos y desafió a Jonatán a la batalla. En el mismo año, Jonatán aceptó el reto y la batalla se libró en Azoto, la Asdod bíblica.

Por primera vez el ejército macabeo era suficientemente grande como para combatir como algo más que una fuerza guerrillera, para librar una batalla organizada y no sólo para llevar a cabo ataques sorpresivos, y ganó. Bajo Jonatán, los macabeos dominaron ambos lados del Jordán, sobre una superficie de unos 2.000 kilómetros cuadrados. En 145 a. C., Demetrio II logró finalmente derrotar a Balas; éste tuvo que huir y luego fue muerto, pero por entonces la monarquía seléucida se hallaba extremadamente debilitada. Las guerras civiles, que habían sido casi continuas desde la muerte de Antíoco IV, dieciocho años antes, habían provocado una continua reducción de los dominios de Antioquía. Todo el Este, inclusive hasta los valles del Tigris y el Eufrates, formaba parte ahora del reino independiente de Partia (gobernado por un pueblo afín a los persas). A los seléucidas solamente les quedaba Siria.

El poder de Demetrio II era tan limitado que no podía llevar una verdadera ofensiva contra las fuerzas macabeas. En realidad, necesitaba ayuda contra sus propios enemigos. Jonatán le ofreció tal ayuda y le propuso enviar un contingente de avezados mercenarios judíos a su servicio si Demetrio le entregaba los puestos fortificados que rodeaban a Jerusalén. Demetrio aceptó el contingente, lo usó para establecerse firmemente en el poder en Antioquía y luego se negó a entregar los puestos fortificados.

El encolerizado Jonatán esperó lo inevitable: nuevos problemas dinásticos. En 143 a. C., un general llamado Trifón utilizó a un niño que era considerado hijo de Balas y le dio el título de Antíoco VI para rebelarse contra Demetrio II. Jonatán inmediatamente dio su apoyo al nuevo pretendiente.

Pero Trifón, cansado de la molestia de tener que actuar escudándose en un niño, planeó asesinar a Antíoco VI. Esto implicaba el riesgo de enajenarse la buena voluntad de Jonatán, que en ese momento era su principal apoyo. Por ello, Trifón planeó sumergir antes el poder macabeo en la confusión del modo más directo posible. Invitó a Jonatán a una reunión en la ciudad real de Tolemaida, situada a 135 kilómetros al norte de Jerusalén. Jonatán, aparentemente halagado por el considerable respeto con que lo trataba el poder seléucida, acudió a la ciudad con un grupo muy pequeño. Fue capturado y muerto en 142 a. C.

Pero quedaba un hermano macabeo: Simón. Reclamó el cuerpo de Jonatán y lo enterró en la tumba de la familia. Luego entabló nuevamente relaciones con Demetrio II, quien mantenía algunas tropas contra Trifón. Simón le ofreció una alianza contra Trifón a cambio del reconocimiento de la total independencia de Judea. Se selló el trato, y en 142 a. C. hubo un Estado judío independiente por primera vez desde la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, 445 años antes. Simón gobernó como rey (aunque no usó el título) y sumo sacerdote. Casi inmediatamente, Simón comenzó a fortalecerse. En 141 a. C. se apoderó de los puestos fortificados de Jerusalén, de modo que al menos la capital quedó totalmente libre de soldados extranjeros. También se apoderó de la ciudad costera de Jaffa, para dar al nuevo reino independiente una salida al mar.

Mientras tanto, Demetrio ganó muy poco con la concesión hecha a Simón. Con la intención de fortalecerse para el enfrentamiento con Trifón, Demetrio marchó al Este para incrementar allí sus dominios y sus recursos impositivos, como había hecho

Antíoco IV una generación antes. A Demetrio le fue igualmente mal; fue derrotado por los partos y hecho prisionero en 139 a. C.

Pero en 137 a. C., un hermano de Demetrio derrotó a Trifón y asumió el gobierno con el nombre de Antíoco VII. Fue el último gobernante seléucida que mostró algún vigor, y decidió restablecer su dominio sobre Judea. Una vez más, las fuerzas macabeas se enfrentaron con la invasión seléucida. En la primera escaramuza, los judíos, conducidos por dos hijos de Simón, Juan Hircano y Judas, lograron la victoria, y Antíoco VII decidió recurrir a métodos más indirectos.

Simón tenía un yerno, Tolomeo, que codiciaba el poder y estaba dispuesto a aliarse con Antíoco. En 134 a. C., Tolomeo invitó a un banquete a su suegro y sus cuñados. Acudieron Simón y dos de sus hijos, pero no Juan Hircano. Después de que Simón y sus hijos bebiesen lo suficiente como para ser inocuos, Tolomeo los desarmó y asesinó. Así murió Simón, el último de los cinco hijos del sacerdote Matatías, ocho años después de tomar en sus manos el gobierno y treinta y cinco años después del comienzo de la rebelión macabea.

Juan Hircano, el hijo restante de Simón, se refugió en las montañas con un grupo guerrillero para combatir a Tolomeo, quien, a su vez, llamó en su ayuda a Antíoco VII. En 133 Antíoco invadió Judea y, después de un prolongado sitio, tomó Jerusalén. Pero lo que Antíoco necesitaba era dinero (como todos los seléucidas desde la derrota ante Roma de medio siglo antes). Juan Hircano ofreció más que Tolomeo, por lo que Antíoco entregó Jerusalén al macabeo. Tolomeo tuvo que huir y Juan Hircano fue aceptado como gobernante en lugar de su padre.

En 130 a. C., Antíoco VII marchó al Este para tratar de conquistar nuevamente las provincias perdidas y al año siguiente murió allí en una batalla. Aunque el Reino Seléucida logró llevar una vida agonizante durante medio siglo más, el Reino de Judá ya no tuvo nunca más que preocuparse por él. La larga lucha de Judá por la libertad de conciencia (la primera de tales guerras de la historia) fue ganada, y en verdad contribuyó mucho a la destrucción de los seléucidas.

La última resistencia de Cartago

Pero mientras la tierra de Canaán vio el resurgimiento de un pueblo que recuperó su independencia, muy diferente fue el destino de la gran ciudad de los cananeos del Oeste. Después de la muerte de Aníbal, Cartago continuó tratando de mejorar su futuro dentro de la limitada región que le permitieron conservar los victoriosos y vengativos romanos. Industriosamente, los cartagineses lucharon por cultivar sus campos, vender su producción e invertir sus beneficios.

Lo hicieron bajo el constante acosamiento del rey númida Masinisa, que tenía a los romanos de su parte y vivió hasta los ochenta y tantos años. Hacía correrías por los reducidos territorios de Cartago, y los frustrados cartagineses no podían hacer nada, pues los términos de la paz les prohibía hacer la guerra sin consentimiento de los romanos. Cuando apelaban a Roma, invariablemente recibían una negativa. Por ultrajantes que fuesen las provocaciones de Masinisa, Roma siempre lo apoyó, y Cartago no podía hacer nada.

Pero Roma nunca estaba satisfecha. El mero hecho de que los cartagineses viviesen y prosperasen era una afrenta para los romanos. Un viejo senador romano, Marco Porcio Catón, encabezó una misión enviada a Cartago en 153 a. C., y tanto le alarmó la vista de

su prosperidad que en lo sucesivo, en toda ocasión posible, machacó los oídos del Senado Romano con la frase *Carthaginem delenda esse,* es decir, «Cartago debe ser destruida». Roma halló la oportunidad en 149 a. C, cuando Cartago, hostigada por Masinisa más allá de todo lo soportable, trató de defenderse. De inmediato, Roma le declaró la guerra. Los atemorizados cartagineses retrocedieron inmediatamente y solicitaron condiciones de paz. Los romanos exigieron como rehenes 300 jóvenes de las mejores familias. Los sumisos cartagineses se los enviaron. Luego los romanos enviaron una expedición a Cartago que destruyó todos los barcos que halló en el puerto. Además, exigieron que les entregasen todas las armas, pues no se les permitía hacer la guerra en ningún caso. Los cartagineses entregaron sus armas.

Los romanos ordenaron después qué los cartagineses abandonasen la ciudad y se retiraran a aldeas situadas a no menos de quince kilómetros de la costa, y al llegar a este punto los cartagineses finalmente se rebelaron. Si su ciudad iba a ser destruida, ya no tenían nada por lo cual vivir, y si iban a morir, al menos se llevarían con ellos a algunos romanos.

Cartago, enloquecida, se dispuso a luchar. Los templos mismos fueron convertidos en talleres para hacer armas, v las mujeres dieron su cabello a fin de hacer cuerdas para los arcos. Los cartagineses lucharon con total desesperación: estaban todos decididos a morir allí mismo antes que rendirse, y los asombrados romanos hallaron que debían montar un sitio en regla.

Durante dos años los desafió la ciudad desesperada, y en, ese lapso murieron los dos grandes enemigos de Cartago, Catón y Masinisa, el primero a los ochenta y cinco años y el segundo a los noventa. Ninguno de estos crueles viejos pudo vivir para ver a Cartago destruida. Ambos pasaron sus últimos años observando cómo las armas romanas eran humilladas nuevamente por el enemigo cartaginés, en la Tercera Guerra Púnica. Pero en 146 a. C. llegó el fin inevitable. Cartago fue tomada y arrasada. Muchos cartagineses optaron por morir entre las llamas, luchando hasta el final. Los que no lo hicieron fueron muertos o esclavizados.

Los romanos juraron no permitir jamás que se levantase nuevamente una ciudad en ese lugar. Pero las generaciones posteriores no aceptaron esa decisión, pues allí había un puerto excelente. Un siglo más tarde, se fundó una nueva Cartago, pero fue una Cartago romana. Los viejos cartagineses de ascendencia fenicia desaparecieron para siempre. Quedaron durante algún tiempo unas pocas aldeas cartaginesas cercanas, donde todavía podía oírse la lengua púnica, pero gradualmente se fueron extinguiendo y, por último, desaparecieron también. Los libros mismos de Cartago fueron destruidos, de modo que no quedó siquiera una voz descarnada que hablase en defensa de la ciudad contra la polémica de sus enemigos griegos y romanos.

Pero Canaán subsistió. Las viejas ciudades fenicias de Tiro y Sidón hasta tuvieron una sombra de independencia, gracias a la decadencia de la monarquía seléucida, y, por supuesto, quedaba también el Reino Macabeo ascendente de los judíos.

El reino macabeo

Con la declinación de la monarquía seléucida, el Reino Macabeo pasó de la defensiva a la expansión imperialista casi inmediatamente. Juan Hircano ocupó territorios situados al este del mar Muerto y luego, en 125 a. C., conquistó Idumea, a lo largo de las costas occidentales de esta masa de agua.

La lucha judía por la libertad de conciencia puso de relieve enseguida algo que en la historia sucedería con frecuencia en el futuro: una vez que los defensores de una fe conquistan su derecho a mantener sus creencias, no están en modo alguno dispuestos a reconocer a otros el mismo derecho. Los judíos obligaron a los idumeos a aceptar el judaísmo a punta de espada, sentando un fatal precedente del que mucha gente iba a sufrir en el futuro, y los mismos judíos no iban a ser los que menos sufrieran por ello.

Juan Hircano también invadió Samaria y en 129 a. C. había ocupado el monte Gerizim, la montaña sagrada de los samaritanos. En ella estaba el templo samaritano, que Juan Hircano destruyó fríamente, otro precedente del que iban a sufrir los mismos judíos.

En 108 a. C., Juan Hircano puso sitio a la misma Samaria, situada a 11 kilómetros al noroeste del monte Gerizim. Era en gran parte una ciudad griega, y los samaritanos llamaron en su ayuda a Antíoco IX, un oscuro seléucida que muy poco pudo hacer. La ciudad cayó en 107 a. C. Por la época en que Juan Hircano murió en 104 a. C., después de un reinado casi uniformemente triunfal de treinta años, el Reino Macabeo, aunque aún pequeño, era la mayor potencia militar del Este.

Pero tuvo problemas internos. El judaísmo nunca fue una creencia monolítica y se dividía una y otra vez en sectas mutuamente hostiles. Había una diferencia básica entre los sacerdotes y los legos. Los primeros tenían en sus manos el Templo y el ritual oficial, y se llamaban a sí mismos «sadoquim» (seguidores de Sadoc, el primer sumo sacerdote). A través del griego, esto ha dado «saduceos» en castellano.

Los saduceos eran estrictamente ortodoxos y tradicionalistas en su concepción del judaísmo y sólo aceptaban la ley mosaica (los cinco primeros libros de la Biblia). Rechazaban los agregados que habían sido tomados de creencias persas y griegas. Así, los saduceos no creían en los ángeles, ni en la inmortalidad del alma, ni en el juicio final y la resurrección, ni siquiera en el Mesías. Además, se aferraban a los antiguos ritos tradicionales en los sacrificios y rechazaban toda reforma.

Bajo Juan Hircano, los saduceos lograron impedir que quienes no eran sacerdotes sirviesen en él Sanedrín, asamblea legislativa que se reunía en Jerusalén y tomaba decisiones en asuntos religiosos. Estos legos se llamaban coléricamente a sí mismos «perushim» («separados», presumiblemente del Sanedrín y de toda influencia religiosa). Esta voz ha dado en castellano, a través del griego, «fariseos». Los fariseos aceptaban todas las coloridas adiciones al judaísmo hechas desde el exilio: ángeles, demonios, la vida después de la muerte y el Mesías *.

Surgió la tendencia entre los fariseos a multiplicar las minucias en el ritual y a adherir a ellas rígidamente. Algunos de ellos, al parecer, se sentían orgullosos de su piedad, hacían ostentación de ella, y estaban convencidos de que esto los «separaba» (otro posible origen del nombre de la secta) de la gente ordinaria. Tales posiciones, *no* características de la secta en su conjunto, fueron atacadas en el Nuevo Testamento, por lo que nuestra palabra «fariseísmo» ha llegado a significar «hipocresía autocomplaciente».

Además, había pequeñas sectas ascéticas, la más conocida de las cuales era la de los esenios. (El origen de la palabra es incierto, pero puede provenir de una voz que significaba «curador», quizá porque algunos de ellos eran considerados tan santos que curaban las enfermedades por el tacto). Habitaban en comunas de las que se hallaban

* El judaismo moderno y buena parte del cristianismo descienden del punto de vista fariseo.

excluidas las mujeres y estaban situadas a lo largo de las costas del mar Muerto, como muchos monjes cristianos de tiempos posteriores.

Juan Hircano se alió con los saduceos, como era bastante natural. Los fariseos, después de todo, esperaban al Mesías, y desde los días del exilio habían sostenido que el anhelado rey ideal pertenecería a la casa de David. Los macabeos no descendían de la casa de David, sino que eran levitas, por lo que desde su punto de vista el mesianismo era prácticamente una traición, y los fariseos eran potenciales traidores, todos ellos.

A la muerte de Juan Hircano I, en 104 a. C., le sucedió su hijo Aristóbulo I. Este conquistó Galilea, y bajo su gobierno el Reino Macabeo alcanzó su máxima extensión. También adoptó el título de rey y lo añadió al título de sumo sacerdote.

Pero sólo reinó un año y, en 103 a. C., le sucedió su hermano menor, Alejandro Janneo. Durante su reinado de veintisiete años, Judea prosperó, en paz y vigorosa. El único suceso desgraciado fue una revuelta de los exasperados fariseos, quienes reprochaban a Alejandro su constante apoyo a los saduceos. En verdad, no llegó a ser siquiera una revuelta, pues todo lo que hicieron los fariseos fue arrojar cidras al rey mientras oficiaba en una de las fiestas. El exasperado monarca, resentido por el atentado contra su dignidad, se tomó una sangrienta venganza, haciendo matar a muchos de los fariseos.

[Mapa XI – El Reino Macabeo (100 a. C.)]

Cuando Alejandro Janneo murió, en 76 a. C., dejó una esposa, Salomé Alejandra, y dos hijos. Salomé Alejandra, una mujer de suave carácter, invirtió la política de los anteriores macabeos y se alió con los fariseos, con lo que llevó la paz interna al reino. Además, separó el Estado del Templo, haciendo sumo sacerdote a su hijo Juan Hircano II, pero conservando para sí el poder temporal. Mientras ella vivió, los judíos vivieron en paz, pero se estaban acumulando nubes en el horizonte. Los viejos adversarios, los tolomeos y los seléucidas, eran un cero a la izquierda ahora y sólo quedaba una gran potencia en el mundo mediterráneo: Roma.

En 133 a. C., cuando Juan Hircano I acababa de iniciar su reinado y los judíos entraban en un período de prosperidad que duraría dos generaciones, murió el rey Atalo II de Pérgamo, reino que se extendía por el tercio occidental de Asia Menor. Dejó su reino a los romanos, que lo aceptaron. Así, los dominios romanos se extendieron a Asia por primera vez. Poco a poco, otras partes de Asia Menor también aceptaron actuar como títeres

En 88 a. C., cuando Alejandro Janneo estaba en la cúspide de su poder, el Reino del Ponto, en Asia Menor occidental, declaró la guerra a Roma: fue el último intento de un reino griego de resistir contra los poderosos romanos. Durante un momento, el Ponto tuvo un éxito sorprendente, pero por la época en que murió Alejandro Janneo era evidente que había fracasado y que toda Asia Menor caería bajo la influencia romana.

Por ello era el peor momento para que los judíos se enredaran en querellas dinásticas. Sin embargo, fue lo que ocurrió. Cuando Salomé Alejandra murió, en 67 a. C., su hijo menor, Aristóbulo II, apoyado por los saduceos, decidió disputar el trono a su hermano mayor. Aristóbulo logró las victorias iniciales y se apoderó del trono y el sumo sacerdocio.

Pero del lado de Juan Hircano II estaba el gobernador de Idumea, Antípatro, que era él mismo un idumeo. Era de religión judía, por supuesto, pero había una vieja tradición de enemistad entre Judea e Idumea (que se remontaba a la época en que eran, respectivamente, Judá y Edom) y los judíos nunca olvidaron que Antípatro era un idumeo.

Antípatro, al hallarse de la parte perdedora, pidió ayuda externa, específicamente, a los árabes nabateos. Estos accedieron gustosamente y pronto pusieron sitio a Jerusalén; fue entonces Aristóbulo quien se halló en dificultades. Cuando en una guerra civil uno de los bandos pide ayuda extranjera, es casi seguro que el otro hará lo mismo, si puede. Aristóbulo llamó a Roma en su ayuda.

A la sazón, estaba en el Este un nuevo general romano. Era Gnaeus Pompeius Magnus, más conocido como Pompeyo por los hispanohablantes. En 65 a. C., Pompeyo había infligido una derrota definitiva al Ponto. Toda el Asia Menor se halló entonces bajo la dominación romana, y aunque algunas regiones conservaron reyes locales propios, éstos no se atrevían ni a estornudar sin permiso de los romanos.

Pompeyo se dirigió luego hacia el Sur. Por esa época, el último fragmento del antaño poderoso Imperio Seléucida era la región siria que rodeaba a Antioquía. Durante medio siglo, su historia sólo había consistido en riñas entre los miembros de la casa real; por entonces, uno de ellos llamado Antíoco XIII gobernaba la ciudad. Pompeyo puso fin a la comedia en 64 a. C. Anexó la región a Roma con el nombre de Provincia de Siria, y el Imperio Seléucida dejó de existir.

Mientras estaba en Siria recibió la petición de ayuda de Aristóbulo. Inmediatamente Pompeyo envió un mensajero a Judea ordenando una tregua. Luego marchó hacia Judea al frente del ejército romano. No hubo ninguna resistencia digna de mención hasta que Pompeyo llegó a la misma Jerusalén. Allí Pompeyo se dedicó sin prisa a poner sitio a la ciudad, construyendo una rampa destinada a trasladar por ella los ingenios de asedio hasta las murallas de la ciudadela central. Pompeyo aprovechó el Sabbath, día en que los judíos se negaban a combatir a menos que fuesen atacados, para ubicar sin molestias los ingenios. Luego lanzó también el ataque final durante un Sabbath. Jerusalén cayó y el Reino Macabeo llegó a su fin. Después de menos de ochenta años de vida y sólo un siglo después de que Matatías iniciase la revuelta contra Antíoco IV, Judea se convirtió en una provincia romana.

Pompeyo no intervino para nada en la vida religiosa. Juan Hircano fue confirmado como sumo sacerdote, mientras que Aristóbulo fue hecho prisionero, aunque había sido él quien había pedido la ayuda romana. (Quizá Pompeyo pensó que Hircano era una personalidad más débil y, por ende, sería un sumo sacerdote más seguro. También puede ser que Antípatro, el astuto idumeo, tuviese algo que ver con esa decisión.) Fue eliminada la dominación judía sobre los samaritanos y las ciudades griegas, y sólo permanecieron bajo el control de Jerusalén las regiones judías: Judea, Galilea e Idumea.

Pompeyo sintió curiosidad por los extraños ritos de los judíos y penetró en el *sancta santorum*, el lugar donde sólo podía entrar el sumo sacerdote, y lo hizo el día de la Expiación. Los adversarios del judaísmo difundieron el cuento (quizá, más burlonamente que en serio) de que los judíos, tan contrarios a la idolatría, secretamente adoraban en el santuario a una cabeza de asno. Al parecer, Pompeyo no encontró nada, pero, por otro lado, salió de allí indemne, para sorpresa de los judíos más piadosos. Luego, Pompeyo volvió a Roma llevándose consigo a Aristóbulo y sus dos hijos.

12. Roma triunfante

Herodes

Pero el total dominio de Asia Menor por Roma y el fin de los seléucidas no hacía presagiar la paz en el Este. Al oriente de Siria estaba el Reino Parto, que se había hecho cada vez más poderoso mientras los seléucidas declinaban, hasta convertirse en el más grande adversario de Roma en el Este.

En 53 a. C., un general romano, Marco Craso, partió de Antioquía para invadir y aplastar a Partia. Pero fue su propio ejército el que sufrió una desastrosa derrota y el mismo general halló la muerte. Su lugarteniente, Cayo Casio Longino, conservó parte del ejército y se esforzó por proteger a Siria del contraataque parto. Los judíos favorecieron a los partos en la creencia de que podrían liberarlos de Roma, pero Antípatro, que analizó la situación correctamente, se mantuvo fiel a los romanos y conservó la provincia firmemente.

Los romanos se recuperaron y un nuevo hombre, Julio César, subió al poder. César mostró su gratitud por la lealtad de Antípatro a Roma en un momento de crisis haciéndolo procurador de Judea *. Antípatro puso a sus dos hijos en cargos subordinados a él: el mayor, Fasael, gobernó Jerusalén, y el menor, Herodes, Galilea.

César también liberó a Aristóbulo II y su hijo mayor, Alejandro, del cautiverio romano, en 49 a. C. Inmediatamente volvieron a Judea con la intención de recuperar al menos el sumo sacerdocio, pero fueron decapitados por individuos pagados por Pompeyo. Por entonces, éste y César estaban al borde de la guerra civil, y los dos macabeos fueron considerados partidarios de César. Ambos fueron muertos.

Alejandro había estado casado con Alejandra, una hija de Juan Hircano II y, por consiguiente su prima carnal. Sobrevivía un hijo de este matrimonio, Aristóbulo III. Este joven, su tío Antígono Matatías y Juan Hircano II eran los únicos macabeos varones que quedaban vivos.

César derrotó a Pompeyo en Grecia, en 48 a. C., y éste huyó a Egipto, donde fue muerto. Durante un tiempo César fue el dominador supremo, pero en 44 a. C. fue asesinado. Uno de los líderes de los asesinos, Casio Longino, se apoderó de las secciones orientales del ámbito romano. Entre éstas se hallaba Judea, y Antípatro, cautelosamente, se adhirió a él nuevamente, como había hecho después de la derrota de Craso.

Ahora el caos en Roma fue mucho mayor que en la anterior ocasión, y por tanto Judea era mucho más difícil de gobernar. Uno de los adversarios de Antípatro había aprendido lo suficiente de los sucesos romanos como para labrarse su propio camino mediante el

---

* «Procurador», que significa «custodio», era el nombre que daban los romanos al gobernante de una región que sólo era parte de una provincia.

asesinato y, en 43 a. C., logró envenenar al procurador. Pero el partido antirromano no ganó nada con esto, pues Casio apretó los tornillos a la provincia y los hijos de Antípatro, Fasael y Herodes, recuperaron el poder.

Pero el mundo romano no vivía en el vacío. Al este, los partos aprovecharon gustosamente la oportunidad que les brindaban los problemas internos de Roma. Invadieron Siria en el 40 a. C., se apoderaron de una ciudad tras otra, llegaron al Mediterráneo y finalmente marcharon sobre Judea. Con ellos iba Antígono Matatías, hijo menor del difunto Aristóbulo II y sobrino del sumo sacerdote, Juan Hircano II.

Fasael y Herodes permanecieron leales a Roma y trataron de organizar la resistencia contra los partos, pero los sentimientos judíos eran abrumadoramente favorables a los partos. Fasael fue capturado por éstos y muerto. Juan Hircano II también fue capturado, pero, aunque lo dejaron con vida, le cortaron los oídos, de modo que nunca pudiese volver a ser sumo sacerdote, por ser una persona físicamente mutilada. En su lugar fue hecho rey y sumo sacerdote Antígono Matatías, por lo que, en apariencia, había sido restaurado el Reino Macabeo. Pero solo en apariencia, pues únicamente podía mantenerse mientras los jinetes partos permaneciesen en la región y los romanos estuviesen demasiado ocupados en otras partes para intervenir.

Herodes, el otro hijo de Antípatro, se casó con Mariamne, sobrina de Antígono Matatías, y luego ambos huyeron hacia el Sur. Eludieron a sus perseguidores con gran dificultad y se dirigieron primero al reino de los nabateos, y luego a Alejandría —donde aún reinaba Cleopatra, del linaje de los tolomeos— y finalmente a Roma. En Roma, Herodes demostró ser digno hijo de su padre, pues logró hábilmente ganar el favor de los hombres que en ese momento dominaban Roma, Ellos eran Octavio, joven sobrino-nieto de Julio César, y Marco Antonio. Juntos, en 42 a. C., habían derrotado y dado muerte a los líderes de los asesinos de César, entre ellos, Casio Longino y luego se dividieron entre ellos el mundo romano. Herodes recibió más que el título de su padre. Como reconocimiento a su lealtad, fue hecho rey no solo de Judea, Idumea y Galilea, sino también de Samaria. Las tierras que iba a gobernar eran casi iguales a las del Reino Macabeo en su momento de apogeo. Sólo había un inconveniente: debía reconquistarlas por sí mismo. Sólo recibiría una mínima ayuda romana, pues Octavio y Marco Antonio, aunque nominalmente eran aliados, estaban a punto de combatir, y necesitaban sus fuerzas para este combate.

Herodes desembarcó en Judea en 39 a. C. Los partos se habían marchado, pero los judíos antiidumeos y antirromanos apoyaban fervientemente a su gobernante macabeo, Antígono Matatías. Se luchó en Judea durante dos años. Pero Herodes era un líder capaz y siempre podía contar con alguna ayuda romana. En 37 a. C. se derrumbó la última resistencia contra él y tomó Jerusalén. Antígono Matatías fue ejecutado, y el joven Aristóbulo III, su sobrino, fue hecho sumo sacerdote.

Pero al año siguiente Herodes se cansó del acuerdo, pues era evidente que el pueblo obedecía al sumo sacerdote, no al rey. Hizo ejecutar a Aristóbulo III. De todos los macabeos, sólo quedaba el mutilado Juan Hircano II, que no podía ya ser sumo sacerdote.

Así llegó a su fin el sumo sacerdocio macabeo, ciento quince años después de que Jonatán, el hermano de Judas Macabeo, aceptase las vestiduras sacerdotales. Después de 36 a. C., los sumos sacerdotes fueron elegidos entre una u otra de las familias sacerdotales aristocráticas de Jerusalén. Esto ocasionó la decadencia del prestigio del sumo sacerdocio y del poder saduceo, y el correspondiente aumento de la influencia de los fariseos sobre los sentimientos de los judíos en general.

Herodes era ahora rey indiscutido de Judea. Fue execrado por los judíos antirromanos, quienes lo veían como al destructor de la casa real macabea y el hombre que había restablecido las cadenas de Roma sobre esa tierra... y, además, por ser idumeo. Solamente tenemos noticias de él en la historia a través de las palabras de sus enemigos, que lo consideraban un tirano sombrío y brutal, en verdad, como casi un loco. Pero quizá la verdad sea distinta.

Herodes trató de gobernar, y durante su largo reinado de treinta y tres años Judea estuvo en paz y prosperó. Más aún, como había hecho antes su padre, condujo hábilmente la frágil barca de Judea a través de las peligrosas aguas de la política romana. Apoyó a Marco Antonio en su lucha contra Octavio, pero cuando fue derrotado en 31 a. C., Herodes cambió rápidamente de bando con tal agilidad que se ganó el favor de Octavio. Este gobernaba ahora toda Roma y pronto sería llamado Augusto y considerado el primero de los emperadores romanos *. Gracias a Herodes, este cambio se produjo sin ningún daño para Judea.

Herodes fue un gran constructor y embelleció el país con edificios de estilo romano. Puesto que era judío y observaba respetuosamente todo el ritual (al menos mientras estaba en Judea), no descuidó el Templo. Comenzó a reconstruirlo, con grandes gastos, para darle mayor magnificencia que la que había tenido nunca, mucho mayor aún que la del edificio construido por Salomón.

Favoreció a los fariseos, ya que los saduceos habían estado tan íntimamente ligados a sus predecesores macabeos, y sólo exigió que los judíos, conservando plena libertad de culto, mantuviesen su religión ajena a la política. Hasta esto quizá no haya sido tanto por tiranía como por una prudente consideración del poder real de Roma y de la venganza que ésta podía tomarse si los judíos se rebelaban.

Más aún, se casó con Mariamne (fue su segunda mujer) y tuvo de ella dos hijos, Alejandro y Aristóbulo. De este modo, se fundieron los linajes de idumeos y macabeos. Alejandro y Aristóbulo eran tataranietos de Alejandro Janneo, al menos por línea materna.

Pero todo esto no sirvió de nada. Los judíos no se apaciguaron y siguieron odiando al idumeo que los gobernaba. Se produjo un recrudecimiento del mesianismo. Ahora que los macabeos habían desaparecido y que el Estado judío independiente había sido eliminado, un número cada vez mayor de judíos comenzó a esperar al milagroso descendiente de la casa de David que barrería con todos los enemigos y crearía un poderoso reino mundial con capital en Jerusalén. Casi cualquier bandido, cualquier predicador, podía pretender ser el Mesías, hallar seguidores e iniciar algún género de revuelta. Varios lo hicieron en el reinado de Herodes y en los de sus sucesores inmediatos.

Herodes debía aplastar todo brote mesiánico lo antes posible, pues eran terriblemente peligrosos. Si cualquiera de ellos escapaba a su atención o eludía a sus fuerzas durante un tiempo suficientemente largo como para adquirir vigor y atraer la atención de Roma, podía ser el fin de Judea.

Desgraciadamente, el éxito de Judas Macabeo y sus adeptos siglo y medio antes, había destruido la prudencia judía. Puesto que los primeros macabeos habían tenido éxito contra un Imperio Seléucida debilitado y en decadencia, eran demasiados los que

---

* Sobre la historia de Augusto y sus sucesores, véase mi libro *The Roman Empire,* Houghton Mifflin, 1967 [versión española, *El Imperio Romano*, Alianza Editorial].

pensaban que sólo se necesitaba audacia y fe para deshacerse de cualquier opresor. Muchos se negaban a reconocer la realidad de una Roma muchísimo más fuerte e infinitamente más enérgica que el Reino Seléucida.

Florecieron en Judea grupos extremistas que adherían a esas ideas. Eran los cananeos o «celotes», que se negaban a pagar impuestos a Roma, sostenían que todo romano que invadiese el recinto del Templo debía ser muerto y afirmaban que Judea debía liberarse de Roma por la fuerza, si era necesario. Herodes hizo ejecutar a su primer jefe sin juicio, pero el movimiento continuó. Hasta surgió en él un ala más extremista aún, la de los «sicarios», así llamados por la pequeña daga, o «sicarius», que llevaban. Eran terroristas que creían en el asesinato como instrumento político.

Sólo Herodes se alzaba entre la locura del patriotismo judío y el riesgo mortal de la venganza romana, y sus únicas recompensas fueron el vilipendio y el peligro de asesinato. No es sorprendente, pues, que, a medida que pasaron los años, se volviese cada vez más receloso, particularmente de posibles intentos de usar algún títere macabeo contra él. En el 30 a. C., hizo ejecutar al anciano sin orejas Juan Hircano. Luego, en 29 a. C., en un ataque de celos, hizo matar a su mujer, Mariamne. El inútil remordimiento que siguió a este acto, pues en apariencia la amaba tiernamente, lo sumió en la melancolía y la desconfianza.

Se casó luego con una serie de mujeres (según ciertos relatos, tuvo hasta diez), sin que ninguna lo satisficiese, pero engendrando bastantes hijos de diferentes mujeres como para crear un complicado problema sucesorio.

En su vejez, los recelos de Herodes crecieron hasta el nivel de la paranoia. Hizo ejecutar a varios de sus hijos (se cuenta que el emperador Augusto comentó secamente que preferiría ser el cerdo de Herodes antes que su hijo). Entre los que hizo ejecutar, en 6 a. C., se contaban los dos hijos que tuvo con Mariamne.

Pero el menor de estos hijos dejó vástagos pequeños: tres niños y una niña, en los que sobrevivía el linaje macabeo. Uno de los niños se llamaba Herodes Agripa, nombre que recibió en honor de Mario Vipsanio Agripa, yerno del emperador Augusto y amigo de Herodes. A la muerte de su padre, Herodes Agripa, que tenía cuatro años, fue enviado a Roma. Allí, al menos, estuvo seguro durante los restantes años de vida de Herodes. La hermana de Herodes Agripa era Herodías.

En 4 a. C., Herodes murió. Los historiadores lo llaman a veces Herodes el Grande, en parte para distinguirlo de sus descendientes, todos los cuales sumaron el nombre de «Herodes» a los suyos propios.

Jesús

Sobrevivieron a Herodes cuatro de sus hijos. Dos de ellos, Herodes Arquelao y Herodes Antipas, eran hijos de una samaritana. Los otros dos, hijos de dos mujeres diferentes, eran ambos llamados Herodes Filipo en las historias, lo cual es una fuente de gran confusión.

En su testamento, Herodes dividió su reino en tres partes. Su hijo mayor, Herodes Arquelao, iba a gobernar Idumea, Judea y Samaria. Herodes Antipas tendría Galilea y una región situada inmediatamente al este del Jordán. Un Herodes Filipo gobernaría Iturea, región principalmente no judía al este del mar de Galilea. El segundo Herodes Filipo fue dejado de lado.

El testamento, claro está, no tenía ningún valor mientras no lo ratificase el emperador Augusto, lo que hizo sólo después de muchas vacilaciones. Cuando por último se decidió a hacerlo, suprimió el título de rey. Herodes Arquelao sería sencillamente etnarca («gobernador de un pueblo») y los otros dos serían tetrarcas («gobernadores de un cuarto»). Por esta razón, el Herodes Filipo que gobernó Iturea es comúnmente llamado Filipo el Tetrarca, para distinguirlo del otro.

Herodes Arquelao fue un fracaso. Pese al consejo de Augusto de que tratase suavemente a sus difíciles súbditos judíos y los dejase hacer lo que quisiesen cuando ello fuera posible, el etnarca adoptó una rígida actitud de mantenimiento de la ley y el orden a toda costa. El resultado fue que hubo constantes disturbios entre sus súbditos, quienes lo detestaban por ser medio idumeo y medio samaritano. Una u otra facción judía enviaban a Roma una delegación tras otra para pedir que Herodes Arquelao fuese destituido.

Finalmente, Augusto vio que ésta era la única esperanza de establecer la paz en la pequeña pero revoltosa provincia. En el 6 d. C. *, Herodes Arquelao fue despojado de la etnarquía. Vivió retirado hasta su muerte, ocurrida el año 12, mientras la etnarquía era gobernada por una serie de procuradores romanos.

Herodes Antipas siguió siendo tetrarca de Galilea y fue suficientemente buen político como para evitar un enfrentamiento con sus subditos, excepto en un aspecto. Su medio hermano Herodes Filipo *(no* el tetrarca, sino el otro) se había casado con Herodías, la nieta de Mariamne la Macabea. Este matrimonio fue un fracaso. Herodes Antipas, que estaba casado con una hija del rey nabateo, se divorció de ella para casarse con Herodías. El segundo matrimonio de Herodías parece haber sido una unión por amor, pero quizá Herodes Antipas pensó también que casarse con una descendiente de los macabeos le granjearía las simpatías del pueblo, al menos un poco.

Pero no fue así. Herodías era la media sobrina carnal de su nuevo marido, pero también había sido la media sobrina carnal de su anterior marido sin que esto pareciese preocupar a nadie. Ahora Herodes Antipas se había casado con su media hermana política, y esto era considerado como un incesto por los judíos más conservadores.

Uno de los más escandalizados era un predicador del despertar religioso llamado Juan, quien actuaba al este del Jordán, en lo que era territorio de Herodes Antipas. Predicaba el arrepentimiento y un nuevo comienzo, y hacía pasar a sus seguidores por un lavado simbólico en las aguas del Jordán, como signo de purificación de los viejos pecados. Por ello se lo llamó Juan el Bautista; «bautista» proviene de una palabra griega que significa «sumergir en agua».

Juan Bautista acusó a Herodes Antipas de violar las reglas rituales judías contra el incesto y su duro lenguaje fue particularmente ofensivo con Herodías. Peor aún, el gobernante nabateo, ofendido por el abandono de su hija, guerreó contra Herodes Antipas y lo derrotó. Sin duda, la intervención romana hizo que la derrota no tuviese consecuencias, pero Herodes Antipas se sintió humillado por ella. Su creencia de que Juan Bautista tal vez estuviese pagado por los nabateos y el sentimiento de Herodías de que, de todos modos, el lenguaje del predicador era intolerable hicieron que Herodes Antipas enviase a Juan a la prisión y luego lo hiciese ejecutar.

---

* Las fechas posteriores al año en que nació Jesús, según la tradición, pueden indicarse con las iniciales A.D., que significan «Anno Domini», o sea «Año del Señor», o también d. C. por «después de Cristo». Pero en este libro indicaré esas fechas sin iniciales. Por ejemplo, escribiré 10 a. C., pero en lugar de 10 A.D. o d. C., escribiré sencillamente 10.

Otro predicador galileo, que parece haber sido un discípulo de Juan en un principio, era Josué o Jesué, más conocido por nosotros en la versión griega del nombre: Jesús. Prosiguió la labor de Juan, pero, como tuvo la prudencia de no atacar personalmente a Herodes Antipas ni a su mujer, se le dejó en paz.

Reunió discípulos a su alrededor y luego se dirigió a Jerusalén, donde algunos lo saludaron como al Mesías. Los sacerdotes judíos, que no deseaban tener problemas en Judea por entonces, juzgaron necesario suprimir de inmediato este brote de mesianismo. Tenían razones para sentirse inquietos, pues la situación con respecto a Roma había empeorado mucho desde los tiempos de Herodes. El tolerante y capaz emperador Augusto había muerto en 14 y había sido sucedido por su capaz pero impopular hijastro Tiberio. El principal ministro de Tiberio era Lucio Elio Sejano, quien era de fuertes sentimientos antijudíos y no estaba dispuesto a hacer concesiones a esta turbulenta provincia que tenía simpatías por los partos. En el año 26 fue nombrado un nuevo procurador para que gobernase a Judea. Su nombre era Poncio Pilatos, era un protegido de Sejano y llegó a Judea decidido a no tolerar ningún absurdo.

Mientras que los procuradores anteriores habían establecidos sus cuarteles generales en Cesárea, ciudad de la costa samaritana situada a 80 kilómetros al noroeste de Jerusalén, Poncio Pilatos estacionó tropas en la capital misma. Así, el ejército entró en Jerusalén con sus insignias, que llevaban el retrato del emperador. Los excitados judíos consideraron que tales retratos eran una violación del mandamiento contra la idolatría y protestaron violentamente. Las cosas llegaron casi al borde de la revuelta antes de que se pudiera persuadir a Pilatos a que retirase las censurables insignias.

Pero era claro que Pilatos trataba de provocar problemas, y el partido sacerdotal trató desesperadamente de no brindarle ninguna oportunidad.

Sin duda, Jesús predicaba una doctrina suave y amable. Rechazaba el uso de la fuerza —«no resistáis al mal» (Mateo 5, 39)— y aconsejaba pagar los impuestos romanos —«dad al César lo que es del César» (Mateo 22, 21)—. Tampoco hizo ninguna manifestación pública de mesianismo. Pero la menor sugerencia de mesianismo dentro de Jerusalén podía dar a Poncio Pilatos la oportunidad que buscaba, por lo que el partido sacerdotal juzgó que debía tomar medidas.

Al parecer, las suaves enseñanzas de Jesús le enajenaron la adhesión de algunos de sus seguidores iniciales que esperaban actitudes más fuertes. Según la tradición, uno de ellos era Judas Iscariote. «Iscariote» en sí mismo no tiene sentido, pero si es una deformación de «Sicariot», quizá Judas fue un miembro de la facción extremista que deseaba un Mesías de la guerra, no de la paz. El desilusionado Judas reveló el paradero de Jesús al partido sacerdotal, que lo hizo arrestar y lo entregó a Pilatos. Para los romanos, todo judío que se considerase un Mesías (o que fuese así considerado por otros) era como si se considerase (o fuese considerado) rey de los judíos, y esto era traición. Por ello, Jesús recibió el trato habitual que recibían los traidores según la ley romana, y fue crucificado, tal vez en el año 29.

Pero algunos de sus seguidores se negaban a aceptar esta crucifixión como un hecho definitivo. Aún era el Mesías, insistían, el «Ungido» *.

Los adeptos de Jesús afirmaron enfáticamente que en realidad no estaba muerto, que se había levantado de la tumba tres días después de la crucifixión, había hablado con sus

* La voz «Ungido» es «Khristos» en griego, «Christus» en latín y «Cristo» en castellano, por lo que el predicador crucificado es conocido en la historia como Jesucristo, esto es, Josué el Mesías.

discípulos y luego se había elevado a los cielos, de donde retornaría (el «Segundo Advenimiento») el Día del Juicio, que era inminente.

Se contaron relatos sobre su nacimiento que estaban de acuerdo con las profecías mesiánicas, se dijo que era descendiente de David y había nacido en Belén de una virgen, que había pasado peligros, realizado curas milagrosas, etcétera. Quienes habían oído su prédica registraron sus palabras según las recordaban (pues no dejó escritos) y se elaboró con ellas una breve biografía. Tres versiones de esta biografía se conservan en los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas **.

Nadie habría creído por entonces que los adeptos de Jesús dejarían alguna huella en el mundo. Eran judíos, y judíos muy ortodoxos, que sólo diferían de otros en que afirmaban que el Mesías ya había llegado y el fin del mundo estaba cercano. Pero la mayoría de los judíos no aceptaban un Mesías que aparentemente había sido derrotado y ejecutado sin respuesta alguna. Querían un Mesías victorioso, a la manera de Judas Macabeo.

[Mapa XII – La Judea Romana (30 d. C.)]

Cuando algún miembro de la nueva secta hacía demasiado bullicio sobre el carácter mesiánico de Jesús, era probable que tuviese problemas con el partido sacerdotal, que no quería ningún Mesías, y con el judío común, que deseaba un Mesías victorioso. Alrededor del año 31, uno de los adeptos de Jesús llamado Esteban fue lapidado por blasfemo, pues proclamó que Jesús era el Mesías. Fue el primer mártir de la nueva secta.

Participó en la lapidación, aprobándola cálidamente, un joven judío llamado Saulo, que había nacido en Tarso, Asia Menor, por el año 10, había acudido a Jerusalén para recibir educación religiosa y era un empedernido fariseo. Se destacaba entre los que deseaban eliminar a la nueva secta, hasta por la fuerza, si era necesario.

Pese a la oposición de la mayoría, la nueva secta empezó a propagarse, y miembros de las comunidades judías que habitaban en ciudades fuera de Judea se interesaron por ella. Así, llegaron a Judea informes de que entre los judíos de Damasco había miembros de la nueva secta. En algún momento alrededor del año 35, Saulo recibió permiso para viajar a Damasco (a unos 210 kilómetros al norte de Jerusalén) para suprimir ese brote.

En sus cartas posteriores, Saulo dijo que en ese tiempo tuvo una visión de Jesús y se quedó ciego durante tres días. Como resultado de esto, Saulo se convirtió a la nueva secta y se volvió un defensor tan fanático de ella como fanática había sido su oposición anterior. Como resultado de su conversión, se hizo impopular entre los judíos que antes lo habían apoyado y se vio obligado a retirarse a su Tarso natal.

Y la secta siguió difundiéndose. Había judíos en todas las ciudades de la mitad oriental del Imperio Romano, y donde existía una comunidad judía, con seguridad había algunos que iban a Jerusalén a sacrificar al Templo de Jerusalén y volvían con la nueva de que el Mesías había llegado y pronto retornaría. Por ello, en Antioquía los miembros de la nueva secta eran llamados los «mesianistas», pero como era una ciudad de habla griega, se usó el equivalente griego de la palabra y fueron llamados «cristianos».

** Un Cuarto evangelio, el de San Juan, fue escrito una generación después y desde un punto de vista diferente.

Herodes Agripa

En Judea, la situación siguió siendo muy turbulenta, y Poncio Pilatos no hizo ningún esfuerzo por suavizar las cosas. Su protector, Sejano, perdió el favor de Tiberio y fue ejecutado en el 31. Por esto, Pilatos tuvo que ser más cauteloso, pero aun así su gobierno fue un conspicuo fracaso y, finalmente, fue relevado en 36. Le siguieron otros dos procuradores, ninguno de los cuales duró más de unos pocos meses.

Luego, en 37, el emperador Tiberio murió, y le sucedió su sobrino nieto Cayo, más conocido por su sobrenombre de «Calígula», o «Botitas». Los judíos se alegraron mucho de esto, pues era bien sabido que uno de los amigotes favoritos de Calígula era Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande por su esposa Mariamne la Macabea. Herodes Agripa era chozno de Alejandro Janneo y quizá pudiese persuadir a Roma a que tratase con mayor indulgencia a Judea.

En verdad, si Herodes Agripa tenía presente su ascendencia judía, parecía en condiciones de ayudar mucho a Judea, pues sus relaciones eran de las mejores. De niño había tenido casi una madre adoptiva en Antonia, cuñada del emperador Tiberio. Posteriormente, fue amigo íntimo de Calígula, tan cercano a él que insinuó despreocupadamente que ya era hora de que Tiberio muriese y Calígula le sucediese en el trono. Tiberio se enteró de esto y envió a Herodes Agripa a prisión. Pero Tiberio murió a los seis meses y Calígula liberó de inmediato a su amigo.

Calígula hizo a Herodes Agripa rey de la región situada al este del mar de Galilea, que antaño había gobernado su medio tío carnal Filipo el Tetrarca, muerto en el 34. Herodes Antipas, quien aún gobernaba en Galilea, se fastidió de que su medio sobrino carnal recibiese el título de rey mientras él sólo era un tetrarca. Se quejó de ello, al parecer con razón. Pero Calígula no veía ninguna necesidad de hacer justicia abstracta, cuando su propósito era sencillamente recompensar a un amigo. Destituyó a Herodes Antipas de su cargo y agregó Galilea al reino de Herodes Agripa. Antipas murió poco después en el destierro.

Pero todo este favoritismo hacia Herodes Agripa no significó que los judíos seguirían gozando del alivio que siguió a la destitución de Pilatos y la muerte de Tiberio. En verdad, surgió un nuevo peligro, más terrible aún. Calígula era un joven caprichoso que no había conocido más que el lujo y la obsequiosidad de los demás durante toda su vida. Después de ser emperador durante siete meses (actuando razonablemente bien), cayó seriamente enfermo, y es posible que esta enfermedad afectase sus facultades mentales, pues luego se hizo cada vez más extravagante.

Decidió, por ejemplo, hacerse adorar como un dios y colocar su imagen en varios templos. En tiempos romanos, esto no era tan horrible como nos parecería hoy. Muchas partes del Imperio estaban habituadas a rendir honores divinos a los gobernantes y, de todos modos, la adoración sólo consistía en una fórmula ritualizada de palabras, una pizca de incienso y nada más. Era muy superficial, por cierto.

Pero en un sector del Imperio, esto provocó gran agitación. Para los judíos, todo culto del emperador, por superficial que fuese, constituía una abominación, y colocar su imagen en el Templo era absolutamente impensable. Significaba volver a los sombríos tiempos de Antíoco IV, de dos siglos antes. Pero Calígula estaba dispuesto a ser firme. Judea era la más turbulenta provincia del Imperio, y los judíos los menos asimilables de todos sus habitantes. Quizá decidió que ya era tiempo de que recibiesen una lección.

En Alejandría, donde eran más numerosos (fuera de la misma Judea) y más influyentes, habían tenido continuos conflictos con la población griega y las autoridades

romanas. No sólo se negaban los judíos a participar en los servicios religiosos oficiales del Imperio, sino que también se negaban a servir en el ejército, donde se les exigían prácticas religiosas inaceptables para ellos. En el año 38 hubo disturbios antijudíos en Alejandría, y en las sinagogas fueron instaladas por la fuerza imágenes del emperador. Calígula no veía razón alguna por la cual no hacer lo mismo en el Templo de Jerusalén.

La emergencia dio momentánea prominencia al más grande de todos los judíos alejandrinos, Filón. Nacido por el 30 a. C., fue el primer filósofo judío en el sentido griego del término, el primero que expresó el judaísmo en términos del pensamiento griego. Era, específicamente, un adepto de la Academia, que se remontaba al gran filósofo griego del siglo IV a. C. Platón. Filón trató de fusionar a Moisés con Platón, por así decir. Esta iba a ser la tarea del cristianismo en los siglos siguientes, y Filón es llamado a veces «el primer teólogo».

En el 40, cuando era un anciano y estaba en el último año de su vida, Filón encabezó una embajada a Roma quizá para pedir a Calígula que rescindiese el edicto por el que se quitaba carácter sagrado al Templo. Es el único suceso de su vida claramente conocido, y fue un fracaso. Volvió sin lograr nada y poco después murió.

Heredes Agripa tuvo más éxito, y ahora cumplió las esperanzas que habían sido puestas en él. Intercediendo ante su buen amigo el emperador, señaló que todo intento de violar el Templo seguramente provocaría una revuelta judía, que a los judíos fanáticos no les preocupaba para nada la muerte y lucharían como fieras, y que toda la cuestión no valía los gastos de dinero y vidas romanas que costaría. Calígula, con renuencia, rescindió el decreto.

Pero tratándose de Calígula, por supuesto, un acto semejante no podía inspirar mucha tranquilidad. El excéntrico emperador podía cambiar de opinión en cualquier momento y decidir nuevamente colocar su imagen en el Templo. Pero en el año 41 Calígula fue asesinado y el peligro desapareció.

Sin embargo, la crisis fue de consecuencias fatales para los judíos, pues fortaleció a los celotes, el partido de los nacionalistas extremistas que llamaban a la guerra contra Roma. Al fervor nacionalista se unió ahora el celo religioso despertado por los relatos de profanaciones en Alejandría y el intento de profanar el Templo mismo. Pero, por un momento, pareció que las cosas marcharían bien.

Cuando Calígula murió, los asesinos hallaron oculto a un tío de éste, Claudio, y rápidamente lo proclamaron emperador. Claudio era hijo de esa Antonia que había protegido tiempo antes al joven Herodes Agripa. Así, el rey judío era amigo del nuevo emperador, como lo había sido del anterior. Más aún, Claudio había llevado una vida retirada y no tenía idea de cómo actuar en cuestiones públicas, y el suave Herodes Agripa lo aconsejó y lo ayudó a superar los obstáculos iniciales. Claudio, agradecido, nombró a Herodes Agripa rey de todo el ámbito que antaño había gobernado Herodes.

Por última vez, Judea fue independiente y grande, al menos en apariencia, y por breve tiempo su tierra llegó a la cúspide de su prosperidad y estuvo materialmente mejor que nunca desde los tiempos de Salomón, casi mil años antes.

Herodes Agripa I adhirió escrupulosamente a todos los principios del judaísmo, con la esperanza de que los judíos olvidasen de que sólo era macabeo por su abuela. Los judíos sintieron más simpatía hacia él que hacia su abuelo, tal vez por los servicios que Herodes Agripa les prestó en la época de Calígula. Cuando, durante una fiesta de Pascua, Herodes lamentó, llorando, no ser totalmente judío por nacimiento, se dice que

los espectadores, llorando con él en simpatía, proclamaron a voces que él *era* judío y hermano de ellos.

Exhibió su celo judío tomando medidas contra los que afirmaban el carácter mesiánico de Jesús y que, al hacerlo, ofendían al sacerdocio, a los conservadores, y ponían en peligro las relaciones con Roma. Hizo ejecutar a Santiago, uno de los discípulos originales de Jesús, y metió en prisión durante un tiempo a otro, Pedro.

Pero en el año 44, después de haber reinado sólo poco más de dos años, Herodes Agripa murió repentinamente, tal vez de apoplejía o de un ataque al corazón, en el curso de unos juegos que se realizaban en honor de Claudio. Su muerte fue un tremendo desastre para los judíos. Si hubiese vivido veinte años más, como bien podía haber sucedido, su astuta habilidad para aplacar tanto a judíos como a romanos podía haber mantenido la paz entre unos y otros, paz que podía haber durado muchos años después de su muerte. Pero ocurrió que dejó un hijo adolescente a quien Claudio no quiso confiar el difícil trono de Judea. La tierra pasó nuevamente bajo el gobierno de procuradores romanos y terminó para siempre su momento de grandeza.

Pablo

Si la muerte de Herodes Agripa fue un momento decisivo para los judíos, pronto iba a surgir un momento decisivo de otra clase para la nueva secta judía de los cristianos que llevaría a una victoria que ningún no cristiano habría imaginado por entonces.

Saulo, que antes había perseguido a los cristianos y luego se había convertido a sus creencias, se vio obligado a retirarse a Tarso, pero reapareció en Antioquía por el 46. Los cristianos eran allí más fuertes que en cualquier otra parte fuera de Judea, tanto que hasta comenzaron a pensar en enviar misioneros a otras comunidades judías del mundo griego. Fue Saulo quien, en compañía de un compañero llamado Bernabé y luego solo, emprendió esa tarea.

En tres viajes, Saulo fue a la isla de Chipre, recorrió toda Asia Menor y llegó a Macedonia y Grecia. En todas partes encontró comunidades y sinagogas judías en las que pudo predicar sobre la muerte y la resurrección de Jesús, su segundo advenimiento y el fin inminente del mundo. Pero en casi todas partes los judíos fueron hostiles a esa doctrina: Jesús no respondía a su idea del Mesías.

Casi desde el comienzo, Saulo, que se había criado en una ciudad griega, comprendió que si los judíos no lo escuchaban, habría gentiles que lo harían. La cultura clásica de Grecia estaba en decadencia desde hacía tiempo, y sus dioses y titulares ya no eran satisfactorios. Los griegos hallaban mucho más atractivas las nuevas creencias del Este, más místicas, más confiadas, más coloridas y prometedoras de una vida después de la muerte. Como resultado de esto, en todo el Imperio se estaban difundiendo los ritos de las deidades orientales, como el de Isis, de Egipto, o el de Cibeles, de Asia Menor.

También el judaísmo tuvo sus adeptos y hubo un sorprendente número de conversiones a esta religión. Habría habido más, sin duda, pero los judíos consideraban indispensable la circuncisión de todo varón converso. Esta es una operación que es desagradable para muchos y penosa para todos, y era menester ser un verdadero creyente para aceptar la conversión en esos términos. Por esta razón, la mayoría de los conversos eran mujeres. Pero esto también servía a los fines del judaísmo, porque los hijos de mujeres judías eran considerados judíos, y los niños muy pequeños podían ser circuncidados fácilmente y se los aceptaba como judíos de nacimiento. La segunda

dificultad que planteaban las conversiones al judaísmo era que el judío era tanto miembro de una nación como de una religión. Un convertido al judaísmo hallaba que el centro de su patriotismo, tanto como de su religión, debía ser el Templo de Jerusalén, de modo que esas conversiones tenían un tufillo de traición a Roma.

Saulo parece haber comprendido estas dificultades. Para él, la cuestión del mesianismo era universal, y no meramente judía. Creer en Jesús no exigía (en su opinión) aceptar las aspiraciones políticas y nacionales del judaísmo. Para él la circuncisión, en y por sí misma, era un ritual sin importancia; lo que contaba era la creencia interna: «...es judío el que lo es internamente; y es circuncisión, la del corazón, en el espíritu, y no en la letra...» (Romanos 2, 29).

Saulo, pues, adoptó el nombre romano de Pablo y comenzó a predicar abiertamente a los gentiles, instándolos a aceptar a Jesús sin necesidad de la circuncisión ni de observar las minucias del ritual adoptado por los fariseos. Ofrecía la conversión al judaísmo sin las dificultades mencionadas y tuvo un éxito extraordinario. Allí adonde fue surgieron comunidades cristianas cuya fuerza derivaba de los gentiles.

La ausencia de circuncisión entre los conversos gentiles era horrenda para los judíos, y como resultado de ello se ensanchó el abismo que los separaba de los cristianos. En verdad, hasta aquellos judíos que aceptaban a Jesús estaban horrorizados, por lo que durante un tiempo los cristianos se dividieron en dos grupos: los cristianos judíos circuncisos, que aceptaban totalmente la ley mosaica junto con el mesianismo de Jesús, y los cristianos gentiles incircuncisos, dispuestos a interpretar las enseñanzas de Jesús a la luz de la filosofía griega. .

Las dos concepciones chocaron frontalmente en el concilio realizado en Jerusalén en el 48. Santiago, un hermano de Jesús, fue el exponente de la concepción judeo-cristiana, y Pablo el de la gentil-cristiana. El resultado fue la victoria de Pablo, y el cristianismo se apartó del judaísmo nacional.

Alrededor del 57, Pablo retornó de su tercer viaje de misión y visitó Jerusalén. Allí fue reconocido por los judíos, quienes consideraban que sus enseñanzas eran contrarias a la ley de Moisés y sentían que su presencia profanaba el Templo. Peor aún, circuló el rumor de que había llevado gentiles a éste. Estallaron disturbios y Pablo estuvo a punto de ser linchado, de no ser por la protección que le brindó un destacamento de soldados romanos.

Los romanos tenían los problemas habituales con la inquieta provincia. Después de la muerte de Herodes Agripa, se sucedieron una serie de procuradores que no fueron muy afortunados en el gobierno de la provincia, y desde el año 52 el procurador era Antonio Félix. Se casó con Drusila, una hija de Herodes Agripa I, pero esto no impidió que la situación siguiera empeorando.

Pablo fue llevado ante Félix bajo la acusación de haber profanado el Templo, y Pablo se defendió como un fariseo que sencillamente afirmaba la resurrección de Jesús, señalando que la resurrección era un importante elemento de la creencia farisea. Pero cuando Pablo empezó a hablar del fin inminente del mundo, Félix lo despachó como a un chiflado. Ordenó que metieran a Pablo en prisión, más para mantener la paz que por otra razón.

Por entonces, un nuevo emperador ocupaba el trono. En 54 Claudio había sido envenenado por su cuarta mujer, Agripina, y fue quinto emperador de Roma un hijo de ella de un matrimonio anterior: Nerón. En el 60, Félix, que había sido designado por

Claudio, fue reemplazado por Porcio Festo. Al llegar a su nuevo cargo, en el 61, Festo fue saludado por Herodes Agripa II.

Herodes Agripa II era el único hijo de Herodes Agripa I, y tenía diecisiete años cuando murió su padre. Su tío, un hermano menor de Herodes Agripa I, reinaba sobre una pequeña región del Líbano centrada en la ciudad de Calcis, a unos cien kilómetros al norte del mar de Galilea. Cuando en el año 48 murió su tío, Herodes de Calcis, Herodes Agripa fue hecho rey en su lugar. En el 53, su gobierno se extendió por el territorio que había pertenecido antaño a Filipo el Tetrarca y también sobre partes de Galilea.

Mientras Herodes Agripa II y Festo estaban juntos, apareció de nuevo el caso de Pablo, quien fue llevado ante ellos. Se defendió con tal energía que Herodes Agripa II le dijo: «Por poco me conviertes al cristianismo».

Pablo era ciudadano romano y, como lo único que podía esperar de un procurador ansioso de evitar problemas innecesarios con los judíos era que lo mantuviese en la prisión, apeló al emperador. Por consiguiente, se le permitió zarpar para Roma; fue el cuarto y el último de sus viajes de misión. Se ignora qué le sucedió a Pablo posteriormente, pero se supone que murió en Roma alrededor del 67.

La rebelión judía

Otros procuradores sucedieron a Festo y la agitación en Judea fue en aumento. Sólo hacía falta una chispa para provocar el incendio. En 66 hubo disturbios en Cesarea, la ciudad costera donde el procurador tenía su cuartel general, y los judíos fueron expulsados. La noticia de esto y el rumor de que el procurador pretendía apropiarse de una gran parte del tesoro del Templo para sus fines personales dieron comienzo a los motines en Jerusalén.

A la sazón estaban en Jerusalén Herodes Agripa II y su hermana Berenice. Trataron ansiosamente de calmar los ánimos, previniendo que la venganza romana sería tremenda, pero los celotes dominaban la situación y no estaban dispuesto a oír razones. Pensaban en el precedente de la rebelión macabea y muchos abrigaban la esperanza de que apareciese un Mesías. Primero se apoderaron del Templo y luego de Jerusalén. La guarnición romana fue expulsada de la ciudad.

Como en los días de la revuelta macabea, dos siglos y cuarto antes, la primera reacción provino del gobernador local de la región, quien envió apresuradamente hacia el Sur fuerzas inadecuadas. La legión romana penetró en Jerusalén, pero aquí se encontró con una inesperada resistencia y tuvo que retirarse. En Betorón, a unos 30 kilómetros al noroeste de Jerusalén, las fuerzas judías, que acosaban a la legión en retirada, la obligaron a presentar batalla y le infligieron una derrota.

Esta derrota de los romanos convenció hasta a los más vacilantes de los judíos que habían vuelto los días de la gloria macabea, y todo el país se unió a la revuelta. Se estableció en Jerusalén un gobierno rebelde, se dividió el país en distritos militares, y Galilea, la parte más septentrional y expuesta, fue colocada bajo el mando de un joven sacerdote llamado José, más conocido por la forma romanizada de su nombre: Josefo.

Pero si los rebeldes pensaban que, porque habían derrotado a una legión romana, habían derrotado a los romanos, estaban muy equivocados. El emperador Nerón comprendió que estaba ante una rebelión importante y en el 67 envió no menos de tres legiones a Antioquía bajo el mando de Vespasiano, el mejor general romano de la época.

Vespasiano condujo a su ejército hacia el Sur y halló pocas dificultades para ocupar Galilea. Josefo y algunos de sus hombres buscaron refugio en la fortaleza de Jotapata, a 27 kilómetros al oeste del mar de Galilea. Esta resistió el asedio durante siete semanas y luego cayó. Josefo logró escapar a la matanza que siguió y hasta se ganó la consideración de Vespasiano al predecir astutamente que el general estaba destinado a ser emperador. Josefo, pensando que los romanos eran irresistibles, en lo sucesivo se unió a ellos con todo su corazón. Por igual razón hizo lo mismo Heredes Agripa II, ahora que su reino había sido limpiado de rebeldes.

Vespasiano procedió luego a someter la costa marina de Judea, sin hallar oposición de los rebeldes, quienes, en el interior, estaban entregados a la locura suicida de luchar unos contra otros; los extremistas triunfaron sobre todos los que mostraron la más leve sombra de moderación.

En 68, Vespasiano inició las operaciones en Judea propiamente dicha. Ocupó el territorio sistemáticamente, provincia por provincia, encerrando a los celotes en espacios cada vez más estrechos al oeste del mar Muerto. Los celotes resistieron enconadamente, y por un momento pareció que tenían alguna posibilidad, pues en el curso del año había estallado en Roma una revuelta contra Nerón. Esta fue, en parte, producto de la extravagancia de Nerón y de su tiranía sobre sus asociados, y también, en parte, de las dificultades en Judea. Sea como fuere, el emperador se dio muerte antes que esperar su ejecución.

Esto abrió un período de anarquía, pues no quedaban herederos de la casa de Augusto. El trono imperial estaba libre, y cualquiera que tuviese seguidores en las fuerzas armadas podía apoderarse de él. En tal situación se hallaban los diversos generales, por supuesto, y Vespasiano se sintió obligado a atenuar la lucha para ver qué ocurría en Roma.

En el año 69, tres generales se adueñaron temporalmente del trono imperial, uno tras otro, y luego en julio de ese año los ejércitos de Judea y Egipto proclamaron emperador a Vespasiano. Por entonces, Jerusalén estaba prácticamente aislada, pero Vespasiano debía primero afirmar su poder. Marchó a Roma (llevándose a Josefo, cuya profecía parecía a punto de cumplirse) y en 70 derrotó a sus rivales y se convirtió efectivamente en emperador.

El hijo de Vespasiano, Tito, permaneció en Alejandría hasta que su padre (ahora emperador) le ordenó que se dirigiese a Judea para completar la tarea. En mayo del 70 Jerusalén fue puesta bajo sitio. Las murallas fueron destruidas paso a paso; los defensores retrocedieron paso a paso. El hambre y la violencia hicieron su mortal faena, y el 28 de agosto fue tomado y destruido el Segundo Templo. Así terminó éste, después de seis siglos de existencia, y mil años después de que Salomón construyese el Primer Templo. Nunca habría un tercero.

Otras partes de la ciudad resistieron durante un mes más y algunas fortalezas de Judea por más tiempo aún. La última en caer fue la ciudad de Masada, sobre las costas occidentales del mar Muerto y a 55 kilómetros al sudeste de Jerusalén. Sólo en 73 los romanos estuvieron en condiciones de capturarla, y entonces, justo antes del asalto final, sus últimos defensores, 960 hombres, mujeres y niños, se mataron antes que rendirse. La rebelión judía había terminado.

Fuera de Judea, las consecuencias fueron también serias. En Alejandría, la hostilidad latente entre griegos y judíos estalló abiertamente. Hallándose Judea en rebelión contra Roma, el gobierno no sentía ninguna disposición a proteger a los judíos alejandrinos,

como a veces había hecho en el pasado. El mayor templo judío de Alejandría fue destruido y miles de judíos fueron muertos.

El judaísmo alejandrino nunca se recuperó. La única colonia judía grande e influyente que quedó en el Imperio Romano después de la rebelión de Judea fue la de Cirene, situada sobre la costa africana a 800 kilómetros al oeste de Alejandría.

En Judea quedaron muchos miles de judíos, que fueron dejados en paz y hasta gozaron de cierto grado de libertad religiosa. Podían estudiar sus libros sagrados y efectuar su culto en las sinagogas, pero Jerusalén quedó en ruinas, y por un riguroso edicto del gobierno nunca se volvería a reconstruir el Templo y debía ser abolido el sumo sacerdocio. Más aún, se estacionó por tiempo indefinido una legión romana en el territorio.

Herodes Agripa conservó su título real, pero no quedaba mucho por gobernar en su reino y era execrado por los judíos que quedaron a causa de su espíritu romanizante. Por ello se marchó a Roma con su hermana Berenice. En Roma, ésta se hizo amante de Tito, hijo del emperador y destructor del Templo. Pero era tal la impopularidad de los judíos por entonces, que Tito se vio obligado a abandonarla ante los gritos del populacho contra ella.

En 71, Tito y su padre, el emperador Vespasiano, celebraron un triunfo en honor de sus victorias en Judea; aún se yergue en Roma el Arco de Tito, que conmemora ese triunfo. En él está representado el botín del Templo llevado a Roma, incluido el candelabro de siete brazos, que es ahora uno de los símbolos más conocidos del judaísmo.

Las conversiones al judaísmo cesaron con la rebelión; el judaísmo jamás volvería a tratar activamente de hacer nuevos conversos. La rebelión había ofendido a los gentiles que eran leales al Imperio, y la derrota desalentó a quienes podían haberse sentido atraídos por las esperanzas mesiánicas de los judíos.

Por otro lado, también cesaron las conversiones del judaísmo al cristianismo. Los judíos cristianos creyeron que la rebelión señalaba el comienzo del fin y que anunciaba el retorno de Jesús y los inicios de la era mesiánica. Siguieron al pie de la letra las palabras de Jesús que figuran en Mateo 24, 16. Al hablar de los días finales, él había dicho: «los que se hallen por entonces en Judea que huyan a las montañas».

Así, los cristianos no participaron en la defensa de Jerusalén. A causa de esto fueron considerados como romanizantes y se los aisló. El cristianismo judío se extinguió; la nueva religión se hizo totalmente gentil y se alejó cada vez más de sus orígenes judíos.

La última resistencia de Judea

Pero, pese a todo, el judaísmo sobrevivió. Jerusalén ya no existía como centro nacional, pero por todas partes había maestros judíos. El centro del saber judío después de la rebelión era la ciudad de Jamnia, situada cerca de la costa y a unos 50 kilómetros al oeste de Jerusalén. Allí alrededor del 90 se reunieron los sabios judíos que elaboraron la edición final de la Biblia. Ellos decidieron cuáles libros incluir en ellas y cuáles omitir *.

---

* Los libros omitidos aún se encuentran en otras versiones de la Biblia, como la Septuaginta, y constituyen los llamados «Libros Apócrifos» («ocultos»).

Los sabios que realizaron esa tarea y tomaron la decisión final sobre la forma exacta de los libros que aceptaban se llamaron a sí mismos «masoretas». Este término proviene de una voz hebrea que significa «tradición», porque esos sabios consideraban que estaban conservando la tradición antigua y eliminando los agregados posteriores. Por ello, el producto de su labor es llamado el «texto masorético», y se supone que la Biblia hebrea es aún ese texto, letra por letra.

La tradición judía también perduró en el mundo secular. En Roma, Josefo siguió siendo judío y trabajó para dar a conocer al mundo gentil la herencia judía. Por el 77 había terminado de escribir una historia de la rebelión judía, y por el 90 escribió un libro sobre la historia judía. Este libro, titulado *Antigüedades de los judíos,* tenía la finalidad de demostrar que los judíos poseían una tradición tan gloriosa como la griega o la romana, y más antigua. Murió algún tiempo después del 93.

Herodes Agripa II vivió hasta alrededor del 100. Con él murió el último descendiente importante del linaje de los macabeos y el de los herodes, pues representaba a ambos.

En cuanto a Vespasiano, murió en 79 y fue sucedido por su hijo Tito. Este fue un monarca benevolente, generoso y afable, pero su reinado fue breve. Murió en el 81 y fue sucedido por su hermano menor Domiciano, quien era mucho menos popular. Alrededor del 90, Domiciano aprobó leyes desfavorables para judíos y cristianos. No es que tuviese nada contra los cristianos en particular, pero la mayoría de los romanos aún consideraban a éstos sólo como una clase de judíos. Esta fue la última vez que hubo tal confusión.

Domiciano fue asesinado en 96 y sucedido por un anciano senador llamado Nerva. Era un hombre amable que suprimió las restricciones contra judíos y cristianos, y antes de morir, en 98, tomó medidas para que su sucesor fuese el competente general Trajano.

Durante todo el siglo primero del Imperio, el ámbito romano siguió expandiéndose y con Trajano llegó a su cúspide. Trajano agregó Dacia (la región que es hoy Rumania) al Imperio entre 101 y 107, y más tarde, en 113, marchó contra los partos. Tomó Armenia en 114 y la región del Tigris y el Eufrates en 115 y 116. Durante un momento, los ejércitos romanos acamparon a orillas del golfo Pérsico.

Pero Trajano ya era viejo, bien avanzados los sesenta. Mientras se hallaba lejos en el Este, cayó enfermo y circularon por el Imperio rumores sobre su muerte. Los judíos de Cirene, excitados, quizá, por otra esperanza mesiánica, se rebelaron en 116. Hicieron una matanza con todos los gentiles que pudieron capturar y fueron a su vez diezmados, más intensamente aún, cuando las autoridades romanas recuperaron el control de la situación. Cuando le llegaron a Trajano las noticias sobre estos desórdenes, se vio obligado a iniciar el retorno. Murió en camino, y en 117 fue hecho emperador su primo e hijo adoptivo Adriano. Por entonces, la revuelta de los judíos de Cirene había sido sofocada completamente y había desaparecido la última colonia judía importante del Imperio.

En el curso de su gobierno, Adriano visitó las diversas partes del Imperio. En 130 pasó por Judea y le inquietó observar que, aunque Jerusalén había sido destruida sesenta años antes, sus ruinas aún eran un lugar de veneración para los judíos. Decidió construir allí una nueva ciudad que fuese totalmente romana y pagana.

Cuando los judíos se enteraron de esta decisión, se sintieron arrastrados una vez más a una torva rebelión. El jefe espiritual de la nueva revuelta era Aquiba ben Josef. Tenía ochenta años y recordaba cómo era el Segundo Templo antes de su destrucción.

Después de este hecho, Aquiba había llegado a ser uno de los más importantes sabios judíos.

El jefe militar era Simón Bar Koziba. Se supone que Aquiba lo proclamó el Mesías y lo hizo llamar «Bar-Kokhba», o «hijo de una estrella». También se cree que Aquiba viajó por regiones muy alejadas de Judea, a fin de obtener apoyo para la rebelión de los judíos dispersos por todas partes.

En el otoño de 131 estalló la revuelta; Judea presentó su última resistencia. La rebelión estuvo bien organizada, mucho mejor que la del 66, y las fuerzas romanas, cogidas por sorpresa, se vieron obligadas a evacuar sus campamentos cercanos a Jerusalén. Los judíos rebeldes se apoderaron de lo que quedaba de la ciudad, restablecieron los sacrificios según el ritual antiguo, acuñaron moneda y trataron de establecer un gobierno. Una legión romana enviada al interior demasiado apresuradamente nunca reapareció. Pero los romanos reagruparon sus fuerzas y el mismo Adriano acudió a Judea. Metódicamente, los romanos restablecieron su dominación, y en 134 los judíos fueron obligados a salir de Jerusalén nuevamente.

La ciudad que (excepto durante un intervalo de medio siglo en tiempo de los caldeos) había sido la capital judía desde que David se apoderase de ella, once siglos antes, quedó fuera del control judío durante más de. dieciocho siglos (sin que los judíos la olvidaran jamás).

Bar Kokhba buscó refugio en una fortaleza situada a 13 kilómetros al sudoeste de la ciudad, fortaleza que fue tomada a fines del verano de 135 y Bar Kokhba muerto. La última resistencia fue barrida luego en las costas del mar Muerto. Aquiba también fue ejecutado. Según la tradición fue despellejado vivo.

Esta vez fue realmente el fin. La tierra había sido arrasada en tres años de enconada guerra; la mayor parte de las ciudades estaban destruidas; la mayoría de los habitantes habían sido muertos. La historia de la antigua tierra de Canaán llegó a su fin, pues todos los pueblos asociados a ella habían desaparecido o habían quedado reducidos a la insignificancia. En su suelo todavía ocurrirían muchos grandes sucesos, pero en ellos intervendrían hombres e ideas externos.

Pero el judaísmo sobrevivió, en Galilea, en muchas ciudades del Imperio y, fuera del Imperio, en los valles del Tigris y del Eufrates. En todas partes era una pequeña minoría impotente y objeto de sospechas y odio; pero permaneció viva a lo largo de dieciocho siglos más de constantes persecuciones, a veces increíblemente brutales.

En cierto modo, hasta podría decirse que obtuvo la victoria. La tierra de Canaán, que tantas contribuciones había hecho a la historia de la civilización —las ciudades, el comercio marítimo, la alfarería y el alfabeto—, aún haría otra. Después de luchar y sobrevivir contra todos sus enemigos —filisteos, asirios, caldeos y griegos— parecía que finalmente los romanos habían borrado a los judíos como nacionalidad. Pero los judíos se mantuvieron durante el tiempo suficiente para completar el judaísmo hasta el punto en que el cristianismo pudo formarse a partir de él. Y el cristianismo, que surgió de la muerte de un predicador judío y de la actividad misionera de otro predicador judío, finalmente conquistó a Roma y todo el mundo occidental.

Cronología

A. C.

7800 Las más antiguas huellas de habitación humana en Jericó.

7000 Comienza la Nueva Edad de Piedra en el Cercano Oriente.

4500 Empieza a usarse el cobre en el Cercano Oriente. Fundación de Biblos.

4000 Los ghassulianos entran en Canaán.

3100 Comienza la Edad del Bronce en el Cercano Oriente. En Sumeria se inventa la escritura.

3000 Los fenicios se establecen en la costa de Canaán.

2615 Inicios del Antiguo Imperio en Egipto.

2300 Los egipcios, conducidos por Uni, invaden Canaán. Fundación del Imperio de Sargón de Agadé en la región del Tigris y el Eufrates.

2000 Los amorreos invaden la Media Luna Fértil.

1990 Comienzos del Imperio Medio en Egipto.

1900 Epoca de Abraham.

1850 Los egipcios, bajo Sesostris III, invaden Canaán.

1700 Fundación del Imperio de Hammurabi en el Tigris y el Eufrates.

1680 Los hicsos dominan Egipto. Epoca de Jacob y José.

1570 Los hicsos son expulsados de Egipto. Creación del Nuevo Imperio.

1469 Tutmosis III llega a ser gobernante único de Egipto.

1468 Tutmosis III derrota a los cananeos en Megiddo.

1462 Tutmosis III toma Cadesh.

1450 Fundación de Tiro.

1400 En Ugarit se usa el alfabeto. Comienza la Edad del Hierro entre los hititas. Derrumbe de la civilización cretense.

1379 Akenatón gobierna Egipto. Se crean reinos hebreos alrededor del borde de Canaán.

1350 Los hititas derrotan al Mitanni, que desaparece de la historia. Ugarit es destruida por un terremoto.

1319 Seti I gobierna Egipto.

1304 Ramsés II gobierna Egipto.

1298 Ramsés II libra con los hititas una batalla que termina en un empate. Canaán queda bajo la dominación egipcia.

1240 Los israelitas, conducidos por Josué, cruzan el Jordán y toman Jericó.

1237 Merenptah gobierna Egipto.

1232 Merenptah derrota a las bandas guerreras israelitas en Canaán.

1230 Los Pueblos del Mar invaden Egipto y son derrotados por Merenptah.

1185 Los Pueblos del Mar invaden nuevamente Egipto y son derrotados por Ramsés III. Los filisteos se establecen en la costa cananea.

1150 Barac de Neftalí derrota a los cananeos en el monte Tabor. Cántico Triunfal de Débora.

1120 Gedeón de Manasés derrota a los medianitas.

1100 Jefté de Galaad derrota a los amonitas y efraimitas.

1050 Los filisteos derrotan a los israelitas en Afec y destruyeron el santuario de Siló. Epoca de Samuel.

1020 Saúl gobierna Israel. Abibaal gobierna Tiro.

1000 Los filisteos derrotan a Saúl en el monte Gilboé. Isbóset gobierna Israel. David gobierna Judá.

991 David gobierna Israel-Judá.

990 David toma Jerusalén.

970 Revuelta de Absalón.

969 Hiram gobierna Tiro.

961 Salomón gobierna Israel-Judá.

960 Colonos de Tiro fundan Utica.

954 Salomón consagra el Templo de Jerusalén.

935 Sheshonk I gobierna Egipto.

930 Rezón llega al poder en Damasco. Jeroboam se rebela contra Salomón y luego huye a Egipto.

922 Roboam gobierna Israel-Judá. Israel se rebela con éxito. Jeroboam gobierna Israel.

917 Sheshonk hace una incursión por Judá e Israel, y saquea el Templo.

915 Abiyyam gobierna Judá.

913 Asa gobierna Judá.

901 Nadab gobierna Israel.

900 Nadab es muerto en una rebelión del ejército. Basa gobierna Israel.

887 Etbaal gobierna Tiro.

878 Los sirios invaden Israel y destruyen a Dan.

877 Ela gobierna Israel.

876 Ela es muerto en un golpe del ejército. Omri gobierna Israel y funda Samaria.

873 Josafat gobierna Judá.

968 Ajab gobierna Israel con Jezabel como reina. Epoca de Elías.

859 Salmanasar III gobierna Asiria.

856 Los sirios ponen sitio a Samaria.

855 Ajab derrota a los sirios.

854 Ajab de Israel y Benhadad II de Siria libran en Karkar una batalla contra Salmanasar III que termina en un empate.

850 Ajab muere en una batalla. Ocozías gobierna Israel. Moab se rebela contra Israel.

849 Joram gobierna Israel, no logra reconquistar Moab. Estela de Moab. Joram (otro Joram) gobierna Judá. Epoca de Eliseo.

842 Ocozías gobierna Judá dominado por la reina madre Atalía. Jehú se rebela y mata a Joram de Israel y a Ocozías de Judá. Jehú gobierna Israel y hace ejecutar a Jezabel. Atalía hace asesinar a la familia real de Judá y gobierna Judá. Benhadad II de Siria es muerto en un golpe del ejército y Hazael gobierna Siria. Salmanasar III de Asiria hace incursiones por Siria e Israel, Jehú se ve obligado a pagar tributo.

836 Atalía es muerta en un golpe del ejército. Joás gobierna Judá gracias al sumo sacerdote Joyada.

814 Joacaz gobierna Israel. Siria, bajo Hazael, llega al apogeo de su poder. Colonos de Tiro fundan Cartago en el norte de África.

806 Benhadad III gobierna Siria. El ejército asirio invade Siria y toma Damasco.

798 Joás (otro Joás) gobierna Israel.

797 Joás de Judá es muerto en una rebelión del ejército. Amasias gobierna Judá.

790 Muerte de Eliseo.

786 Joás de Israel derrota a Amasias de Judá en Betsames.

783 Jeroboam II gobierna Israel. Israel llega al pináculo de su poder.

769 Amasias es muerto en una revuelta del ejército. Osías gobierna Judá.

760 Amós predice en Betel.

753 Fundación de Roma.

748 Zacarías gobierna Israel; es muerto en un golpe del ejército. Menajem gobierna Israel.

745 Teglatfalasar III usurpa el gobierno de Asiria.

738 Teglatfalasar III derrota a la coalición occidental encabezada por Judá. Pecajya gobierna Israel.

736 Pecajya es muerto en una revuelta del ejército. Pecaj gobierna Israel. Shabaka gobierna Egipto.

734 Jotam gobierna Judá; muere. Ajaz gobierna Judá. Epoca de Isaías.

732 Teglatfalasar III toma Damasco. Fin de la Siria aramea como potencia independiente. Pecaj es muerto en una rebelión del ejército. Oseas gobierna Israel.

728 Salmanasar V gobierna Asiria.

725 Salmanasar V pone sitio a Samaria.

722 Salmanasar V es muerto en un golpe del ejército. Sargón II gobierna Asiria. Samaria cae; fin de Israel como poder independiente. Los israelitas son llevados al exilio, en Asiria; se pierden diez tribus. La tierra es ocupada por los samaritanos.

715 Ezequías gobierna Judá y refuerza el yahvismo.

705 Senaquerib gobierna Asiria.

701 Senaquerib pone sitio a Jerusalén, pero no consigue tomarla.

687 Manasés gobierna Judá.

681 Senaquerib es asesinado. Asarhaddón gobierna Asiria.

671 Asarhaddón conquista Egipto.

669 Asurbanipal gobierna Asiria.

642 Amón gobierna Judá.

640 Amón es asesinado. Josías gobierna Judá.

627 Asurbanipal muere. Asiria entra en una rápida decadencia.

622 Descubrimiento del Libro de la Ley en el Templo. El yahvismo es reformado.

612 Caldeos y medos, aliados, toman y destruyen Nínive.

509 Nekao II gobierna Egipto. Derrota y mata a Josías en Megiddo. Joacaz gobierna Judá, pero es depuesto por Nekao. Joaquim gobierna Judá.

605 Nabucodonosor gobierna Caldea y derrota a Nekao en Karkemish. Epoca de Jeremías.

597 Nabucodonosor pone sitio a Jerusalén. Joaquín gobierna Judá. Jerusalén es tomada por Nabucodonosor. Joaquín y muchos otros son llevados al exilio en Babilonia. Sedecías gobierna Judá.

590 Epoca de Ezequiel. Comienzos del judaísmo.

587 Nabucodonosor asedia nuevamente a Jerusalén, la toma, destruye el Templo de Salomón, mata a Sedecías y a su hijo y lleva más gente al exilio en Babilonia. Fin de Judá como reino independiente. Nabucodonosor pone sitio a Tiro.

574 Se levanta el sitio de Tiro. Etbaal III de Tiro es depuesto. Baal II gobierna Tiro.

561 Amel-Marduk gobierna Caldea.

559 Asesinato de Amel-Marduk. Ciro funda el Imperio Persa.

555 Nabónido gobierna Caldea.

546 Ciro conquista Asia Menor. Epoca del Segundo Isaías.

540 Cartagineses y etruscos, aliados, derrotan a los griegos en el mar cerca de Córcega. Fin de la colonización griega del Mediterráneo occidental.

538 Ciro toma Babilonia. Fin del Imperio Caldeo. Ciro permite a los judíos exiliados retornar a Judea. Fracasa el intento de restablecer la casa de David con Zorobabel.

530 Ciro muere en una batalla. Cambises gobierna Persia.

525 Cambises conquista Egipto.

521 Darío gobierna Persia.

516 En Jerusalén es consagrado el Segundo Templo.

499 Las ciudades jónicas de Asia Menor se rebelan contra Persia.

494 Los fenicios derrotan a los griegos en el mar cerca de Mileto. La revuelta jónica es aplastada.

490 Los atenienses derrotan a los persas en Maratón.

486 Jerjes I gobierna Persia.

480 Jerjes I conduce una gran fuerza militar a Grecia y es derrotado por los griegos en la batalla naval de Salamina. En Sicilia, los griegos derrotan a los cartagineses en Himera.

464 Artajerjes I gobierna Persia.

458 Esdras llega a Jerusalén e inicia el renacer religioso.

440 Nehemías llega a Jerusalén.

437 Se reconstruyen las murallas de Jerusalén.

415 Atenas envía una fuerza expedicionaria contra Siracusa, que sufre una desastrosa derrota.

409 Los cartagineses inician una triunfal ofensiva en Sicilia.

405 Dionisio I gobierna Siracusa.

404 Artajerjes II gobierna Persia.

398 Dionisio I toma la base cartaginesa de Motya.

387 Dionisio I crea, de hecho, un imperio en el centro del Mediterráneo.

379 Los cartagineses derrotan a Dionisio I en Panormo.

368 Muerte de Dionisio I.

359 Artajerjes III gobierna Persia.

356 Filipo II gobierna Macedonia.

345 Artajerjes III aplasta la rebelión fenicia. Tenes de Sidón es depuesto y ejecutado.

344 Timoleón de Corinto llega a Sicilia.

343 Artajerjes III reconquista Egipto.

339 Timoleón derrota a los cartagineses en el río Crimiso.

338 Filipo de Macedonia logra el dominio de toda Grecia.

336 Filipo II es asesinado. Gobierna Macedonia Alejandro III (el Grande o Magno).

334 Alejandro Magno invade Asia.

332 Alejandro Magno pone sitio a Tiro y la toma. Fin de la monarquía tiria. Alejandro toma Judea sin combatir. Alejandro asedia a Gaza y la toma. También toma Egipto sin lucha y funda Alejandría.

323 Después de conquistar todo el Imperio Persa, Alejandro Magno muere en Babilonia.

317 Agatocles gobierna Siracusa.

312 Tolomeo derrota a Demetrio en Gaza. Tiene el dominio de Judea. Seleuco I captura Babilonia, funda Seleucia e inicia la Era Seléucida.

311 Los cartagineses ponen sitio a Siracusa.

310 Agatocles invade África y amenaza a Cartago, que levanta el sitio de Siracusa.

307 Se fundan nuevos reinos con los restos del imperio de Alejandro.

301 Antígono es derrotado en Ipso. El imperio de Alejandro queda definitivamente fragmentado.

300 Seleuco I funda Antioquía. Simón I es sumo sacerdote en Jerusalén.

290 Roma llega a dominar toda la Italia central.

289 Agatocles muere. Los mamertinos se establecen en Messana, Sicilia.

285 Tolomeo I abdica. Tolomeo II gobierna Egipto.

283 Muere Tolomeo I.

281 Pirro lleva un ejército al sur de Italia y derrota a Roma.

280 Seleuco I es asesinado.

277 Pirro lleva su ejército a Sicilia y derrota a los cartagineses.

275 Pirro combate con los romanos por última vez. Retorna a Grecia.

270 Roma domina toda Italia meridional. Hierón de Siracusa derrota a los mamertinos. Se publica la Septuaginta en Alejandría.

265 Los romanos derrotan a Hierón en Siracusa.

264 Empieza la Primera Guerra Púnica.

256 Los romanos, conducidos por Régulo, invaden Africa y ponen sitio a Cartago.

255 Los cartagineses, conducidos por Jantipo, derrotan a Régulo.

250 Onías II es sumo sacerdote en Jerusalén.

247 Amílcar Barca llega a ser general cartaginés.

246 Tolomeo III gobierna Egipto.

241 Los cartagineses admiten su derrota: fin de la Primera Guerra Púnica. Tolomeo III sacrifica en el Templo de Jerusalén.

239 Amílcar Barca derrota y destruye a los mercenarios que amenazan a Cartago. Roma obliga a Cartago a cederle Cerdeña y Córcega.

235 Amílcar Barca se marcha a España.

228 Muere Amílcar Barca. Asdrúbal lo reemplaza.

226 Asdrúbal acuerda con Roma limitar su dominación al territorio situado al sur del río Ibero.

225 Asdrúbal funda Cartagena sobre la costa española.

223 Antíoco III gobierna el Reino Seléucida.

221 Asdrúbal es asesinado. Lo reemplaza Aníbal Barca. Tolomeo IV gobierna Egipto.

219 Aníbal pone sitio a Sagunto. Simón II es sumo sacerdote en Jerusalén.

218 Comienza la Segunda Guerra Púnica. Aníbal cruza los Alpes e invade Italia. Derrota a los romanos a orillas del Trebia y del Ticino.

217 Aníbal derrota a los romanos en el lago Trasimeno. Tolomeo IV derrota a Antíoco III en Rafia.

216 Aníbal derrota a los romanos en Cannas.

211 Aníbal se dirige hacia las murallas de Roma.

209 Antíoco III comienza la reconquista del Este.

208 Los romanos derrotan a Asdrúbal Barca en el río Metauro. Es el comienzo del fin para Aníbal.

206 Los romanos, bajo el mando de Escipión, toman España.

204 Los romanos, conducidos por Escipión, invaden África.

203 Tolomeo V sube al trono de Egipto.

202 Los romanos, comandados por Escipión, derrotan a Aníbal en Zama. Fin de la Segunda Guerra Púnica.

200 Los romanos envían un ejército a Macedonia. Antíoco III derrota a Tolomeo V en Panias, y Judea pasa de los tolomeos a los seléucidas.

197 Los romanos derrotan a Filipo V de Macedonia.

196 Onías III es sumo sacerdote en Jerusalén. Los romanos obligan a exiliarse a Aníbal.

195 Aníbal llega a Tiro. Mantiene una conferencia con Antíoco III en Efeso.

191 Los romanos derrotan a Antíoco III en las Termopilas.

190 Los romanos derrotan a Antíoco III en Magnesia.

187 Antíoco III es muerto. Seleuco IV gobierna el Reino Seléucida.

183 Aníbal se suicida.

181 Tolomeo VI gobierna Egipto.

175 Seleuco IV es asesinado. Antíoco IV gobierna el Reino Seléucida y pone a Josué-Jasón como sumo sacerdote títere en Jerusalén.

172 Onías-Menelao es designado sumo sacerdote títere en Jerusalén.

170 Onías III, sumo sacerdote exiliado, es muerto cerca de Antioquía. Antíoco IV invade Egipto y toma Memfis.

169 Antíoco IV pone sitio a Alejandría. Retorna para saquear Jerusalén.

168 Antíoco IV reinicia el sitio de Alejandría. Roma lo obliga a alejarse.

167 Antíoco IV profana el Segundo Templo y decreta el fin del judaísmo. Matatías y sus hijos comienzan la revuelta macabea.

166 Muerte de Matatías. Judas Macabeo asume el mando y derrota a las fuerzas seléucidas en Betorón.

165 Judas Macabeo derrota a los seléucidas en Emaús y Betsur. Entra en Jerusalén y purifica y vuelve a consagrar el Segundo Templo.

163 Antíoco IV muere en el Este. Ocupa el trono Antíoco V.

162 Fuerzas seléucidas derrotan a Judas Macabeo en Betzacaría. Lisias, regente seléucida, ofrece a los judíos la libertad religiosa. Antíoco V y Lisias son muertos. Demetrio I gobierna el Reino Seléucida.

161 Judas Macabeo muere en batalla

159 Eliakim-Alcimo muere. Fin del sumo sacerdocio que se remontaba a Sadoc.

157 Demetrio I nombra a Jonatán, hermano de Judas Macabeo, gobernador de Judea.

153 Catón encabeza la misión enviada a Cartago y pide que se la destruya.

152 Alejandro Balas desencadena la guerra civil contra Demetrio I. Jonatán es hecho sumo sacerdote, con lo que comienza el sumo sacerdocio macabeo.

150 Demetrio I recibe la muerte en una batalla. Balas gobierna el Reino Seléucida.

149 Comienzos de la Tercera Guerra Púnica.

147 Jonatán derrota al ejército seléucida en Azoto.

146 Los romanos toman y destruyen definitivamente a Cartago.

145 Demetrio II gobierna el Reino Seléucida.

143 Trifón se rebela contra Demetrio II.

142 Trifón hace ir a Jonatán a Tolemaida y lo mata. Simón, su hermano, toma el poder en Judea y recibe la independencia de Demetrio II.

141 Simón se apodera de Jaffa.

139 Demetrio II es tomado prisionero por los partos.

137 Antíoco VII gobierna el Reino Seléucida.

134 Simón es asesinado.

133 Antíoco VII toma Jerusalén y hace a Juan Hircano I, hijo de Simón, gobernador de Judea. Roma se apodera del Reino de Pérgamo, en Asia Menor.

129 Juan Hircano destruye el templo samaritano del monte Gerizim.

125 Juan Hircano I conquista Idumea. Obliga a los idumeos a adoptar el judaísmo.

107 Juan Hircano toma Samaria.

104 Aristóbulo I gobierna Judea. Conquista Galilea.

103 Alejandro Janneo gobierna Judea. El Reino Macabeo llega a la cúspide de su poder.

88 El Ponto declara la guerra a Roma.

76 Salomé Alejandra muere. Sus hijos, Juan Hircano II y Aristóbulo II, luchan por la sucesión.

65 El general romano Pompeyo completa la derrota del Ponto.

64 Pompeyo destrona a Antíoco XIII y pone fin al Reino Seléucida. Toma Jerusalén y da fin al Reino Macabeo. Confirma a Juan Hircano II como sumo sacerdote.

53 Los partos derrotan a los romanos conducidos por Craso. Antípatro el Idumeo mantiene a Judea fiel a Roma.

49 Aristóbulo II y su hijo Alejandro son liberados de la prisión, pero son muertos en el viaje de regreso a Judea. Antípatro es nombrado procurador de Judea.

48 Julio César derrota a Pompeyo. Este huye a Egipto, donde recibe la muerte.

44 César es asesinado.

43 Antípatro el Idumeo es asesinado.

42 Octavio y Marco Antonio derrotan a los asesinos de César.

40 Partia toma Jerusalén. Juan Hircano II es mutilado. Antígono Matatías es hecho sumo sacerdote.

39 Herodes, hijo de Antípatro, desembarca en Judea.

37 Herodes gobierna Judea. Antígono Matatías es ejecutado. Aristóbulo III asciende al sumo sacerdocio.

36 Aristóbulo III es ejecutado. Fin del sumo sacerdocio macabeo.

31 Octavio derrota a Marco Antonio. Funda el Imperio Romano y gobierna con el nombre de Augusto, como primer emperador.

30 Juan Hircano II es ejecutado.

29 Mariamne, mujer de Herodes, es ejecutada.

6 Los hijos de Mariamne son ejecutados.

4 Muerte de Herodes. Nacimiento de Jesús.

D.C.

6 Herodes Arquelao es depuesto como etnarca de Judea.

14 Tiberio es emperador de Roma.

26 Poncio Pilatos gobierna como procurador de Judea.

29 Jesús es crucificado.

31 Martirio de Esteban.

35 Conversión de Saulo en el camino de Damasco.

37 Calígula es emperador romano. Herodes Agripa I gobierna sobre partes de Judea.

38 Motines antijudíos en Alejandría.

40 Calígula decide poner una estatua de sí mismo en el Templo de Jerusalén. Filón de Alejandría le pide que no lo haga. Herodes Agripa I hace cambiar de opinión a Calígula.

41 Claudio sube al trono imperial. Herodes Agripa I gobierna sobre toda Judea.

44 Herodes Agripa I muere. Judea vuelve a ser gobernada por procuradores.

46 Saulo comienza su ciclo como misionero cristiano. Cambia su nombre por el de Paulo. Atrae a los gentiles, eliminando la circuncisión.

48 Concilio de Jerusalén, donde triunfa la versión paulina del cristianismo. Herodes Agripa II gobierna en Calcis.

52 Antonio Félix es procurador de Judea.

53 Herodes Agripa II gobierna sobre Iturea y Galilea.

54 Nerón es hecho emperador romano.

57 Pablo es tomado en custodia protectora.

61 Porcio Festo es nombrado procurador de Judea. Paulo apela al emperador y marcha a Roma.

66 Estalla la rebelión en Judea.

67 El general romano Vespasiano se dirige a Judea con tres legiones y toma Jotapata.

68 Nerón se mata. Anarquía en Roma.

70 Vespasiano es hecho emperador. Su hijo Tito toma Jerusalén, destruye el Segundo Templo y suprime el sumo sacerdocio. Los judíos alejandrinos son destruidos.

71 Vespasiano y Tito celebran el triunfo en Roma.

73 Es tomado el último punto de resistencia judío, Masada.

77 Josefo publica la historia de la rebelión judía.

79 Tito es hecho emperador.

81 Domiciano sube al trono imperial.

90 Los sabios judíos establecen en Jamnia el texto masorético de la Biblia. Domiciano aprueba leyes contra los judíos y los cristianos. Josefo publica *Antigüedades de los judíos.*

96 Domiciano es asesinado. Nerva es hecho emperador, y rescinde las leyes contra judíos y cristianos.

98 Trajano es hecho emperador.

115 Roma alcanza la máxima extensión territorial de su historia, cuando Trajano lleva su ejército hasta el golfo Pérsico.

115 Los judíos de Cirene se rebelan y son barridos.

117 Adriano sucede a Trajano como emperador.

130 Adriano visita Judea y decide construir una ciudad pagana en el lugar de las ruinas de Jerusalén.

131 Los judíos de Judea se rebelan y toman Jerusalén.

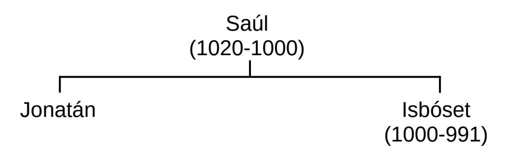
134 Los romanos recuperan Jerusalén.

135 La revuelta judía es aplastada.

Apéndices

I. REYES DE ISRAEL
(todas las fechas son a. C.)

1. LINAJE DE SAÚL (1020-991)

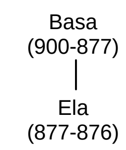


2. LINAJE DE JEROBOAM (922-900)

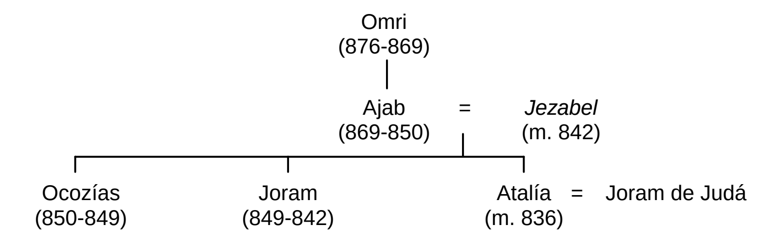
Jeroboam
(922-901)

Nadab
(901-900)

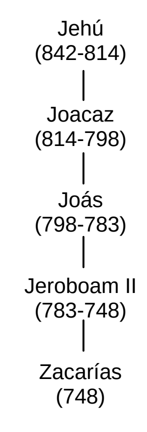
3. LINAJE DE BASA



4. LINAJE DE OMRI



5. LINAJE DE JEHU (842-748)



6. LINAJE DE MENAJEM

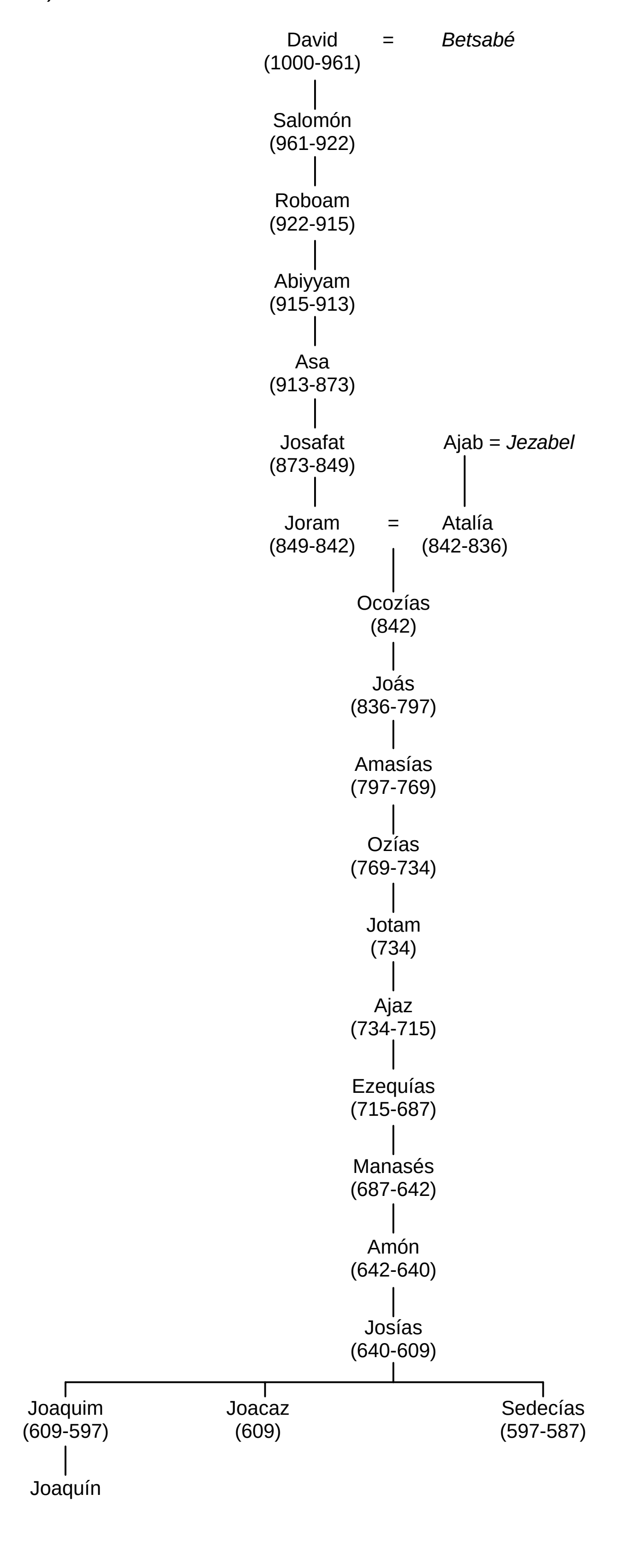
Menajem
(748-738)
|
Pecajya
(738-736)

SIN DINASTÍA:

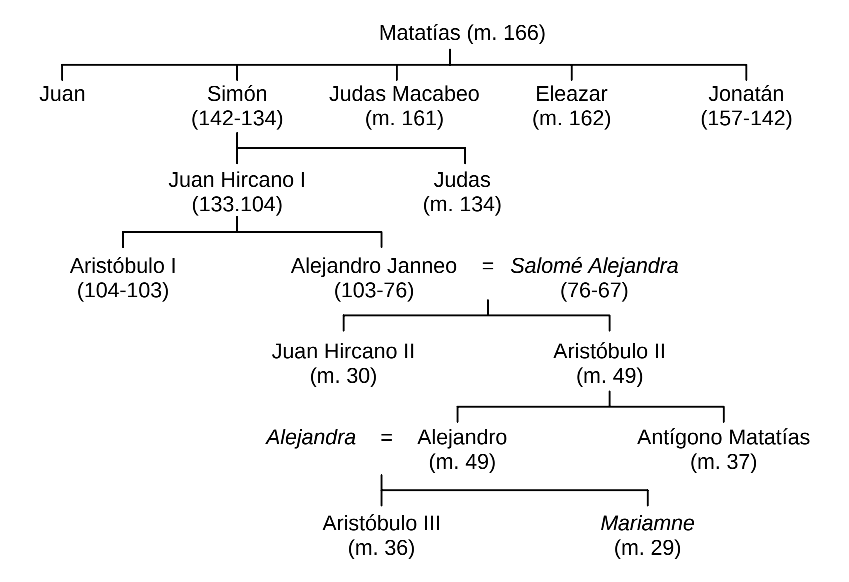
Pecaj
(736-732)

Oseas
(732-722)

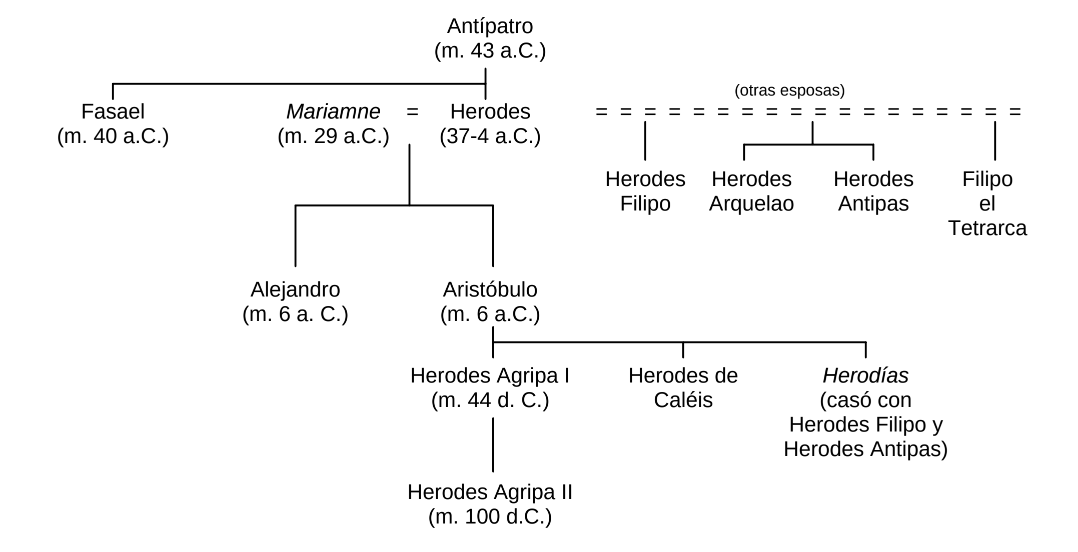
II. DINASTÍA DAVÍDICA DE JUDA
(todas las fechas son a. C.)



III. LA FAMILIA MACABEA
(todas las fechas son a. C.)



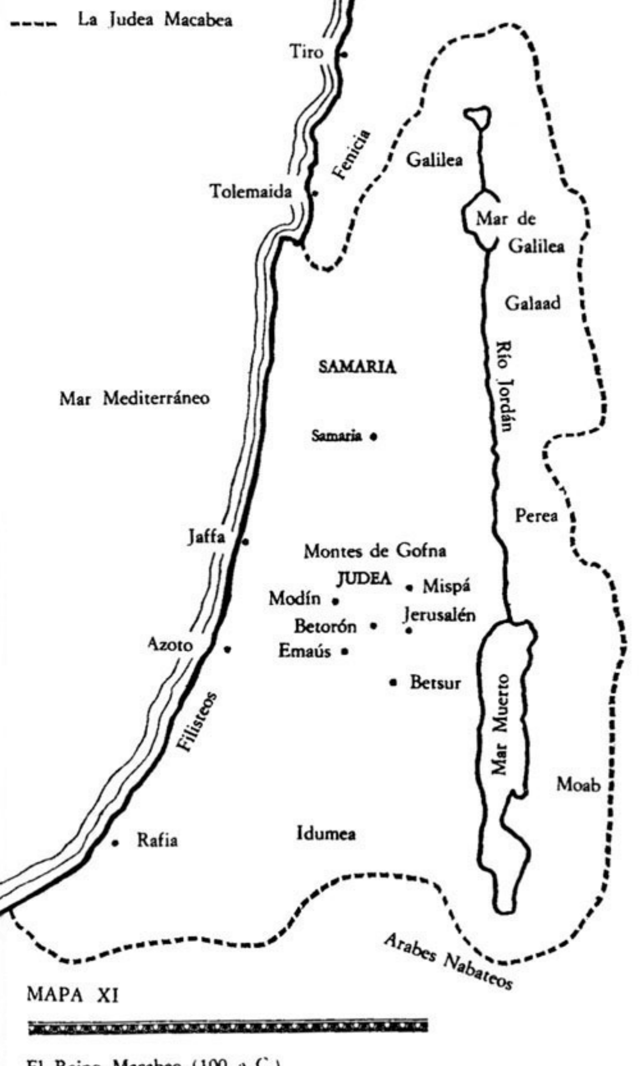
IV. LA FAMILIA DE HERODES





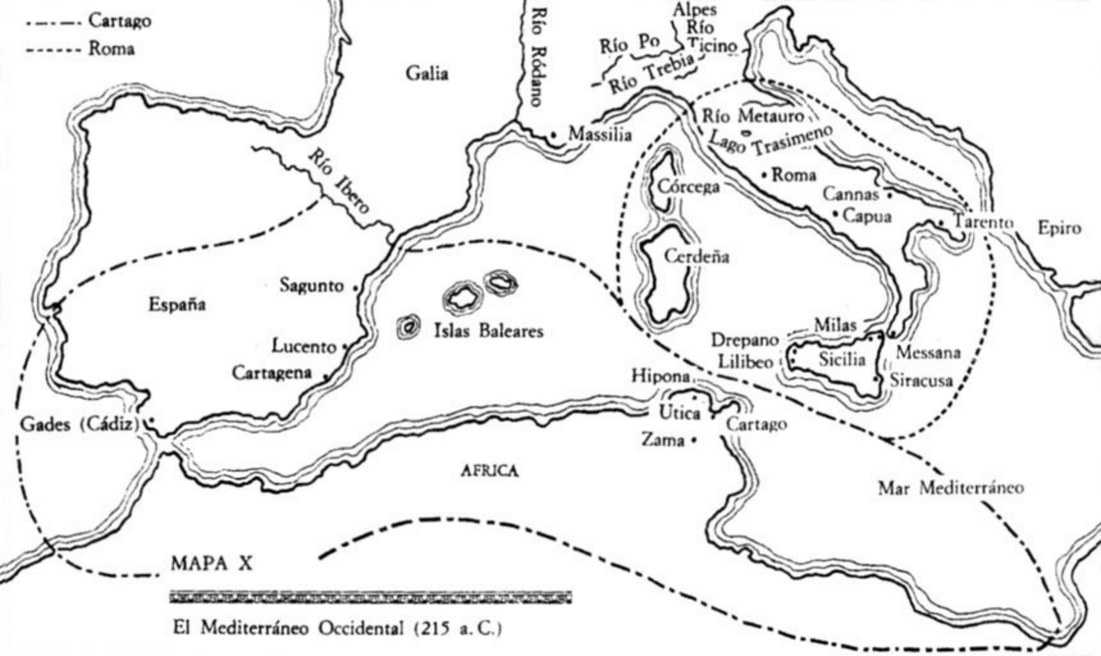
MAPA I

LA MEDIA LUNA FERTIL
(c. 2500 a. C)

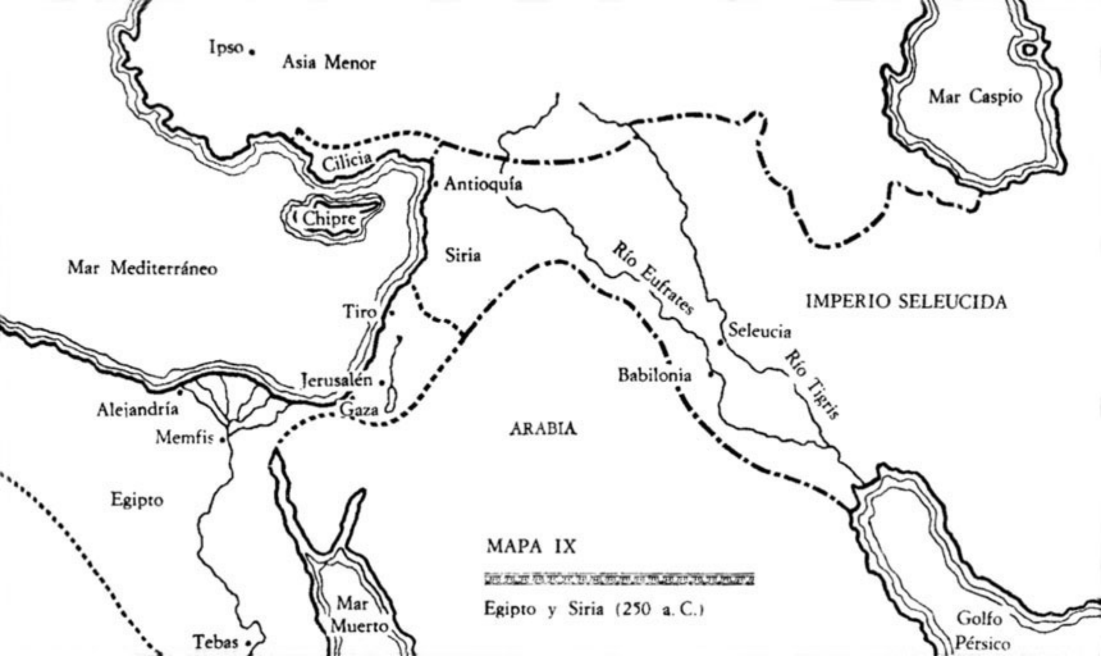


MAPA XI

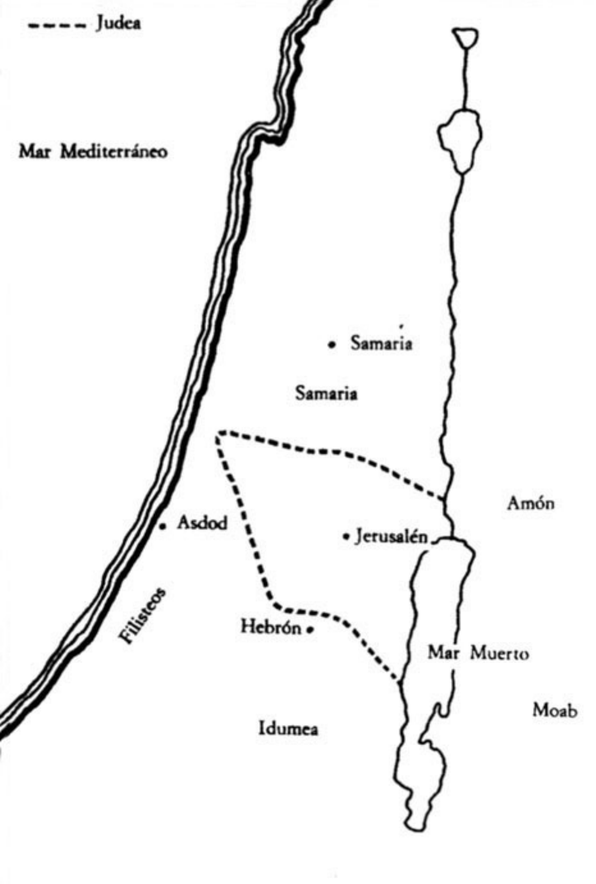
El Reino Macabeo (100 a. C.)



El Mediterráneo Occidental (215 a. C.)


Ipso
Asia Menor
Mar Caspio
Cilicia
Antioquía
Chipre
Siria
Mar Mediterráneo
Río Eufrates
IMPERIO SELEUCIDA
Tiro
Seleucia
Río Tigris
Jerusalén
Babilonia
Alejandría
Gaza
ARABIA
Memfis
Egipto
MAPA IX
Egipto y Siria (250 a. C.)
Mar Muerto
Golfo Pérsico
Tebas


MAPA VIII
Sicilia (380 a. C.)
Tarento
Mar Mediterráneo
Crotona
Panormo
Motya
Segesta
Lilibeo
Río Crimiso
Himera
Messana
Reggio
Selino
Río Halico
Cartago
Acragas
Gela
AFRICA
Siracusa
Camerina
La Sicilia Cartaginesa



MAPA VII

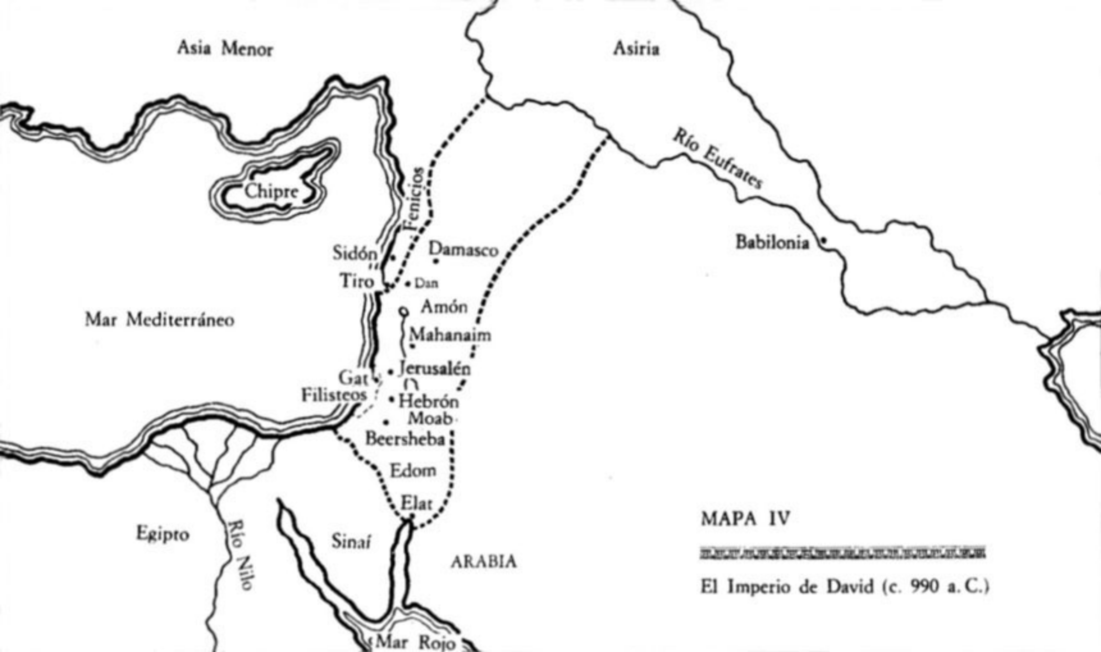
La Judea Persa (c. 440 a. C.)


MAPA VI
Judá bajo Josías (610 a. C.)
Sidón
Damasco
Tiro
Fenicios
Mar Mediterráneo
Mar de Galilea
Megiddo
Samaria
Amón
Jerusalén
Hebrón
Mar Muerto
Filisteos
Moab
Edom
Egipto
Judá



MAPA V

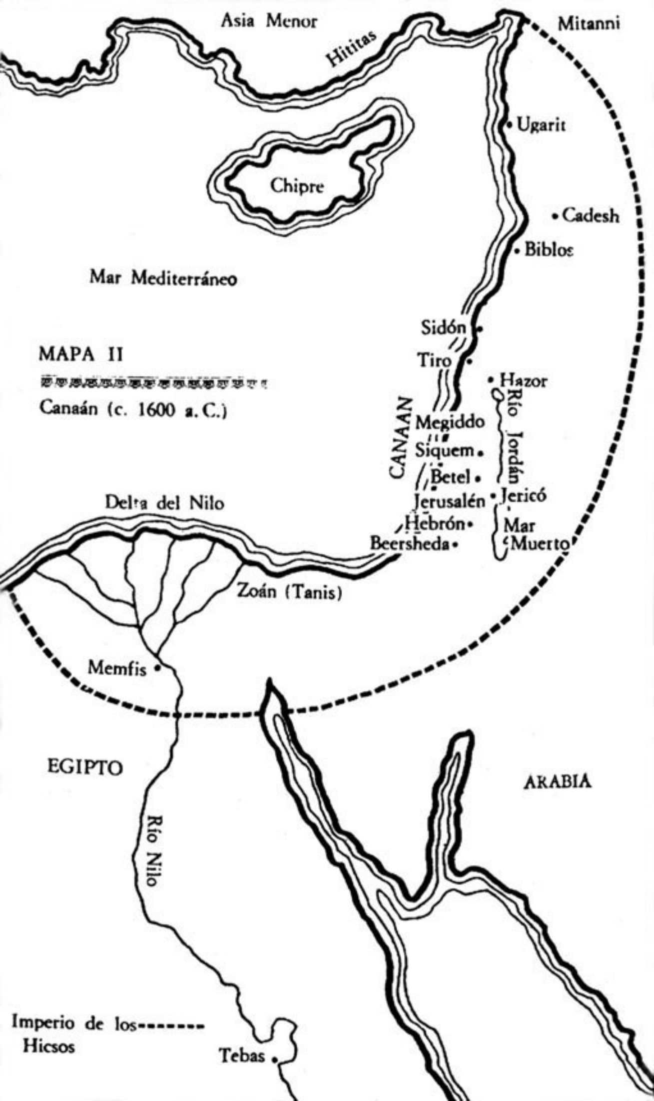
Israel y Judá (c. 850 a. C.)



MAPA IV

El Imperio de David (c. 990 a. C.)


MAPA III
Las Tribus de Israel (c. 1100 a. C.)
Sidón
Sidonios
(Fenicios)
Tiro
DAN
Dan (Lais)
Mar Mediterráneo
Hazor
Aser
Neftalí
Mar de Galilea
Zabulón
Mt. Tabor
Isacar
Endor
Sunem
Monte
Gilboé
Jabes-Galaad
Manasés
Siquem
Río Jaboc
Río Jordán
Afec
Amón
Siló
Mispá
Efraim
Gad
Gueba
Michmash
Asdod
Ecrón
Gabaón
Guibá
Nob
Ascalón
Filisteos
Gat
Jebús
(Jerusalén)
Rubén
Gaza
Judá
Hebrón
Mar Muerto
Beersheba
Moab
Simeón
Amalec
Dominio Israelita
Edom


Asia Menor
Mitanni
Hititas
Ugarit
Chipre
Cadesh
Biblos
Mar Mediterráneo
Sidón
Tiro
MAPA II
Canaán (c. 1600 a. C.)
Hazor
Río Jordán
CANAAN
Megiddo
Siquem
Betel
Jericó
Jerusalén
Delta del Nilo
Hebrón
Mar Muerto
Beersheda
Zoán (Tanis)
Memfis
EGIPTO
ARABIA
Río Nilo
Imperio de los Hicsos
Tebas


MAPA XII
La Judea Romana (30 d. C.)
Sidón
Damasco
Tiro
Mar Mediterráneo
Tiro
Iturea
Tolemaida
Cafarnaum
Jotapata
Galilea
Mar de Galilea
Séforis
Tiberíades
Cesarea
Decápolis
Samaria
Apolonia
SAMARIA
Antípatris
Río Jordán
Perea
Jaffa
Lida
Jamnia
JUDEA
Jericó
Azoto
Jerusalén
Ascalón
Hebrón
Mar Muerto
Idumea
Beersheda
Masada